



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**DOCTORADO EN ANTROPOLOGÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS/ INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ANTROPOLÓGICAS / INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES**

**“VIVIR ENTRE FRONTERAS”: MOVILIDADES DE COMUNIDADES AFROCOLOMBIANAS
EN LA FRONTERA COLOMBIA Y ECUADOR**

“Memoria de los nuevos paisajes y reconfiguración territorial”

**TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTORA EN ANTROPOLOGÍA**

**PRESENTA:
ANGELA YESENIA OLAYA REQUENE**

**TUTOR PRINCIPAL
DRA. CITLALI QUECHA REYNA, IIA, UNAM**

MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR

**DRA. MARÍA ELISA VÉLAZQUEZ, INAH
DR. LUCIANO CONCHEIRO, UAM-XOCHIMILCO**

CIUDAD DE MÉXICO, MAYO DE 2019



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	5
1. CAPÍTULO: ESPACIO Y REGIÓN EN EL PACÍFICO COLOMBIANO. UN ACERCAMIENTO AL LUGAR DE ESTUDIO	23
1.1 Lugares y poblamiento	27
1.2 El río Mira: Un dispositivo ribereño-fluvial	40
1.3 Sistema de lugares: imbricaciones entre lo local y lo transnacional	46
1.4 Prácticas de des-territorialización y re-territorialización	52
2. CAPÍTULO: UNA ETNOGRAFÍA MULTISITUADA EN LA FRONTERA COLOMBO-ECUATORIANA	57
2.1 “El campo ya no da de comer, el campo sólo da coca”	63
2.2 La espacialidad del río Mira: Una narrativa multisituada	78
3. CAPÍTULO: EL PACÍFICO COLOMBIANO. ENSAMBLAJE DE FRONTERAS	84
3.1 La espacialidad de la frontera colombo-ecuatoriana	86
3.2 Frontera y muros porosos	89
3.3 Frontera interna, límite y margen	98
3.4 Frontera y prácticas de legibilidad e ilegibilidad	102
3.5 Frontera y conflicto armado	104
3.6 La frontera como refugio	116
3.7 Frontera, Estado y Capital	118
4. CAPÍTULO: LA FRONTERA CULTURAL EN EL PACÍFICO COLOMBIANO. “PERMANENCIAS Y MOVILIDADES”	126
4.1 Cambio cultural y experiencias de adaptación al medio ambiente	128
4.2 Desbordamientos de ríos e inundaciones	133
4.2.1 “Vengo de un pueblo que se lo llevó el río”	135
4.3 Vereda el Congal-Frontera: Memorias de un pueblo que resiste al olvido	145
4.3.1 Familias pioneras y “llegadizas”	148
4.3.2 “Con la llegada del aserrío se fue creciendo el pueblo”	163
4.4 Las vivencias en el río Mira: Una pedagogía del lugar	169
4.4.1 Canastos de cangrejos	174
4.4.2 “Vamos a recolectar cacao entre cultivos de coca”	175

4.5	“Niche panda”: “viajo, mato o caigo”	182
4.5.1	El “Trato”	188
4.4.2	Río Mira y el océano Pacífico: Una ruta del narcotráfico	190
4.5	La llegada de las iglesias cristianas	194
5.	CAPÍTULO: RAZA Y REGIÓN EN COLOMBIA	202
5.1	Reflexiones teóricas en torno a “raza” y racismo	206
5.2	La “regionalización de las razas” en Colombia	212
5.2.1	Raza, espacio y ambiente	227
5.3	La racialización del despojo	232
6.	CAPÍTULO: “Espacialidad de las violencias”	247
6.1	Testimonios de guerra en la Frontera	262
6.2	La militarización de la vida: “plomo” y soldados	270
6.3	Viajes y retornos	283
7.	CAPÍTULO: CONCLUSIONES	294
	Bibliografía	307

TABLA DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1. Río Mira, frontera con Ecuador	22
Ilustración 2. Familia afrocolombiana en el río Mira	56
Ilustración 3. La llegada al Congal-Frontera	68
Ilustración 4. Trabajo en el monte	73
Ilustración 5. Joven agricultor en el Congal-Frontera	77
Ilustración 6. Antiguo San Jacinto	82
Ilustración 7. Hombre agricultor de cacao	84
Ilustración 8. Secado de pescado	85
Ilustración 9. Barrio Nuevo Milenio	114
Ilustración 10. Árboles de cacao en medio de cultivos de coca	115
Ilustración 11. Casa abandona vereda Sagumbita	116
Ilustración 12. Joven agricultor entre cultivos de coca y cacao	125
Ilustración 13. Pescadores desenredan atarraya a orillas del río	133
Ilustración 14. Casa de estaca altas	135
Ilustración 15. Niñas navegando en el río Mira	140
Ilustración 16. Inundación del Río Mira	142
Ilustración 17. Barrio Obrero, Tumaco	144
Ilustración 18. Agustín Requene (G3) en el estero Aviguaral	157
Ilustración 19. Pescador en el estero Sagumbita	159
Ilustración 20. Cosecha de plátano y cacao	173
Ilustración 21. Tejiendo canastos de cangrejos	175
Ilustración 22. María, entre semillas de cacao y matas de coca	177
Ilustración 23. Matas de plátano en medio de cultivos de coca	180
Ilustración 24. Niño pescador en el río Mira	194
Ilustración 25. Doña Martina, la última cantora	198
Ilustración 26. Una tarde después del culto	199
Ilustración 27. Acta de nacimiento Pedro Requené	201
Ilustración 28. Casa de familia pescadora abandona a raíz del derrame de petróleo	245
Ilustración 29. Escuela abandonada en el río Mira	246
Ilustración 30. Niño trabaja en la cosecha de cacao	279
Ilustración 31. Desde el sueño de la frontera	288
Ilustración 32. Las nuevas generaciones	293
Ilustración 33. El viaje	306

TABLA DE ACTAS

Acta 1. Venta y compra de tierra 16 de agosto de 1956	150
Acta 2. Registro de nacimiento Agustín Requené 1951	152
Acta 3. Compra de tierras 24 de febrero 1934	154
Acta 4. Compra de tierras 15 de noviembre 1942	155

TABLA DE DIBUJOS

Dibujo 1. La espacialidad del río Mira	86
Dibujo 2. Desplazamientos río y mar	137
Dibujo 3. A río muerto, tierra muerta	244
Dibujo 4. El manglar como testigo	249
Dibujo 5. "Cabeza en el río"	252
Dibujo 6. Espacios de confinamiento	257
Dibujo 7. Armas de juguete	264
Dibujo 8. El soldado	265
Dibujo 9. El culto	267

AGRADECIMIENTOS

Mis estudios de posgrado en la Universidad Nacional Autónoma de México han significado una trascendental experiencia en mi formación académica y humanística. No me resta más que agradecer a nuestra máxima casa de estudios por las oportunidades de formación e investigación desde una perspectiva plural de ideas, libre cátedra y conocimientos pertinentes para entender las complejidades de la realidad social. Durante mis estudios de doctorado pude adquirir habilidades metodológicas y teóricas para mi desarrollo profesional. Por este hecho quiero agradecer de manera especial a la Coordinación de Estudios de Posgrado de la universidad.

Al posgrado en antropología por acogerme en el doctorado y por los apoyos económicos recibidos, tanto para la realización de trabajo de campo, como para la asistencia a congresos académicos y estancias de investigación. De manera especial agradezco al coordinador del posgrado Dr. Hernán Salas, por su claridad y orientación académica para el desarrollo y culminación del plan de estudios del doctorado. A Luz e Hilda, por su paciencia y orientación en la realización de trámites administrativos. Infinitas gracias por acompañarme en esta etapa.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT) por la beca económica otorgada para la realización de mis estudios de doctorado. Sin este apoyo difícilmente hubiera podido acceder y culminar mi formación doctoral. Muchísimas gracias.

Al Afro-Latin American Research Institute at the Hutchins Center at Harvard University, por recibirme durante el semestre académico (2018-2) para la realización de una estancia de investigación doctoral. Agradezco al Dr. Alejandro De la Fuente (director) por su orientación académica para el fortalecimiento de mi investigación. No puedo dejar de mencionar aquí el invaluable apoyo de la Dra. Bronislava Greskovicova-Chang (coordinadora de programa) por asesorarme y hacer de mi paso por la Universidad de Harvard una experiencia provechosa y enriquecedora en términos profesionales y culturales.

A la Red de Investigación Interdisciplinaria sobre Identidades, Racismo y Xenofobia en América Latina (Red Integra), por ser un espacio multidisciplinar de diálogo y reflexión que me permitió acercarme a analizar las implicaciones de la “raza” y el racismo en los fenómenos de desigualdades sociales y violencias contra las comunidades afrocolombianas. Pero también, por su compromiso para crear herramientas y estrategias de lucha contra el racismo y la xenofobia en nuestras sociedades.

A las comunidades afrocolombianas integrantes del Consejo Comunitario Bajo Mira y Frontera, por toda su hospitalidad y acompañamiento en la realización del trabajo de campo. Especialmente por compartir conmigo sus memorias de poblamiento y movilidad en la frontera con Ecuador, así como las experiencias de dolor y estrategias para la superación del duelo individual y colectivo ocasionado por las múltiples violencias que

enfrentan en su cotidianidad. Agradezco a las familias Benavides, Requené, Nazareno y Moreno, por recibirme en sus hogares e integrarme como un miembro más de la familia. A don Agustín y doña Empera, por guiarme en cada ruta de viaje y mostrarme las sobrevivencias familiares y colectivas que se tejen en la cotidianidad de sus espacios y lugares.

A los niños, niñas y jóvenes, por compartir conmigo sus testimonios y representaciones en las formas de narrar e identificarse con sus lugares. Infinitas gracias por acompañarme en los talleres de dibujos. A Carlos y Vitalia, por enseñarme a nadar y navegar en canoa. A Ferney gracias por enseñarme a clasificar los peces en el río. A Maritza y Betty, por enseñarme a sembrar y cosechar cacao. A Fabian por invitarme al culto de la iglesia cristiana y transmitirme la importancia de aprender a tocar la batería.

A la Dra. Citlali Quecha Reyna, por cuatro años de dedicación, entrega y acompañamiento en la asesoría de mi tesis doctoral. Le agradezco sus comentarios, observaciones y recomendaciones bibliográficas. De manera especial por mostrarme los caminos y desafíos de la investigación etnográfica en territorios y comunidades afrodescendientes. Su trabajo como directora de tesis fue vital para mi formación académica en la antropología, sobre todo para comprender las teorías propias de la disciplina y su aplicabilidad en el trabajo de campo. Quiero resaltar la calidad humana, generosidad, paciencia, alegría y sobre todo entrega y responsabilidad de la Dra. Quecha, no solamente en la asesoría y escritura de la tesis, sino también enseñarme que la antropología es un compromiso ético y político con los grupos sociales con que trabajamos. La Dra. Quecha es un gran ejemplo y camino a seguir para mí.

A mi comité académico y tutorial: la Dra. María Elisa Velázquez, por sus recomendaciones metodológicas y bibliográficas para incorporar la historiografía como herramienta de análisis en la historia y memoria colectiva de los pueblos afrodescendientes en Colombia. A las doctoras Alicia Castellanos y Eugenia Iturriaga, por tener la disponibilidad de leerme y apoyarme a mejorar la investigación. Al Dr. Luciano Concheiro por todas las pláticas, reuniones de trabajo e invitaciones a congresos académicos para aportar y conocer las estrategias de luchas por otros mundos posibles en América Latina. De manera especial por enseñarme la responsabilidad de los intelectuales en construir una ética investigativa con los movimientos sociales indígenas, campesinos y afrodescendientes. Agradezco infinitamente todo el acompañamiento.

A la Dra. María Angela Rodríguez, por motivarme a inscribirme al doctorado en antropología de la UNAM. Gracias por el acompañamiento inicial y consejos.

A mis compañeras del posgrado, por solidaridad y consejos para el desarrollo profesional. Gracias compañeras por tejer vínculos de amistad para la vida.

A mi amigas y amigos, Ana, Héctor, Ilse y Nitonel. Por todos sus consejos, apoyos y ánimo para culminar esta etapa de formación.

A Francisco Morales Silva, por su acompañamiento y apoyo durante más de nueve años de mi caminar por México. Gracias por las tardes de café, periódicos y largas pláticas.

A mi madre, Luz Stella Requetet, infinitas gracias por enseñarme a ejercer una pedagogía para la vida, cimentada en hacer de la educación un proceso de formación en comunidad. De manera especial, gracias por acompañarme a mis primeros trabajos de campo. A mi padre, Alfredo Olaya, por todo su amor y apoyo. A mis hermanos, Kelly y Luis, por su solidaridad y amistad.

A todos mis familiares maternos y paternos. A mi abuela, Lucinda, por su cariño y testimonios en la frontera. A Rodrigo y Johana, quienes se marcharon muy temprano de este mundo. Sus memorias son un compromiso para continuar visibilizando y trabajando por la erradicación de las violencias y exclusiones en nuestro Tumaco. A Cristian David, el pequeño de la familia, por ser el motor que me motiva a trabajar por nuestros niños y niñas.

A Marco Antonio. Por su amor y acompañamiento en la etapa final del doctorado. Gracias por todo lo vivido, *gracias por tu estar*.

“Vivir entre fronteras”



Fuente: fotografía propia. Río Mira, frontera Colombia y Ecuador, diciembre 2015.

INTRODUCCIÓN

Nunca he perdido la esperanza de regresar a mi pueblo algún día. Sin embargo, me invade la nostalgia y la tristeza al recordar de dónde vengo, dice Ricardo Nazareno. La primera vez que entreviste a Ricardo le pregunté cuáles eran los recuerdos de su lugar de origen. Dijo que en su pensamiento solo había momentos borrosos que le recuerdan haber vivido a orillas del río Mira. Le pregunté ¿Volverías?, responde: No, salí buscando una mejor vida. Desconfió en regresar, solo tengo recuerdos de las matanzas y los miedos que me empujaron a huir, dejarlo todo y desaparecer de mi pueblo.

- ¿Renuncias a tu país?
- Sí
- ¿Porqué?
- La gente negra no vale nada en Colombia. De las tierras fronterizas con Ecuador solo brotan cultivos de coca, militares y grupos criminales. Es un lugar sin futuro.
- ¿Estás seguro de que no volverías?
- Bueno... sólo si tocan a mis hijas que se quedaron en el pueblo
- Y entonces, ¿a qué volverías?
- A matarlos
- ¿A quiénes?
- A los que me quitaron mis tierras, mataron a mi hijo y me hicieron huir, sin nada.
- ¿Sabes quiénes son?
- No, no recuerdo sus rostros.

Ricardo Nazareno vive en condición de refugiado en Ecuador. Huye de un recuerdo en el que los asesinos de su hijo mayor no tienen rostro. Las balas que acabaron con su vida pudieron haber salido de cualquiera de los grupos armados ilegales que controlan la zona fronteriza que Colombia comparte con Ecuador en el Pacífico sur colombiano. Pero Ricardo, no solamente huye de la muerte, sino también de una región en la que siente no valer nada. Esta situación complica aún más cualquier decisión para quienes huyen de la guerra en Colombia y desean retornar a su casa. El retorno puedes costarles la vida; los

territorios están controlados por bandas criminales, grupos armados y carteles del narcotráfico.

La ubicación geopolítica de la frontera colombo-ecuatoriana es considerada la causa fundamental en los altos índices de violencias, desplazamientos forzados internos y flujos de migración transnacional que viven las comunidades afrocolombianas. Esta frontera se extiende desde la costa del océano Pacífico cerca del municipio de Tumaco, Nariño, hasta llegar al sur de la provincia de Esmeraldas, Ecuador. Tumaco, cuenta con una extensión de 3750 Km² distribuidos en ocho cuencas hidrográficas: río Chagüi, río Rosario, *río Mira*, río Curay, río Mejicano y río Mataje que representan un 12.11% del departamento de Nariño, convirtiéndolo en el segundo municipio más extenso del país. Extensas zonas se hallan cubiertas de selva predominando los manglares en la región costanera. La faja del litoral se caracteriza por sus números esteros, caños, islas y cubiertas de manglares, que lo convierte en un espacio geoestratégico fundamental, tanto para la puesta en marcha de economías extractivas, como para la operación de economías criminales, principalmente, vinculadas a los cultivos, procesamiento y tráfico de cocaína a mano de grupos armados ilegales. Reconocido como uno de los municipios más violentos de Suramérica como consecuencia de la presencia de grupos armados ilegales y cárteles del narcotráfico de procedencia nacional e internacional¹, en las últimas cuatro décadas devino en uno de los escenarios de guerra más catastróficos de Colombia, lo que ha afectado el tejido sociocultural de las comunidades afrocolombianas, definiendo en buena medida su configuración territorial y alterando económica y socialmente a la región.

La presencia de grupos armados ilegales, el miedo generado por los enfrentamientos que tienen lugar casi a diario en los barrios costeros y veredas ribereñas fronterizas con Ecuador (la mayoría son de asentamiento palafíticos) ha generado reclutamiento forzado de jóvenes, masacres colectivas, asesinatos de líderes sociales, desplazamientos forzados que se mezclan con la extrema pobreza de las comunidades. Los atentados contra la población civil, asesinatos selectivos, secuestros y extorsiones hacen que Tumaco y su zona fronteriza con Ecuador lidere las estadísticas de muertes violentas a

¹ Estos grupos se disputan el control de los cultivos de coca para la producción y envío de cocaína la cual es sacada del territorio ya se ha por el mar Pacífico o la frontera con Ecuador.

nivel departamental y nacional. Si bien todas estas violencias fomentan flujos de movidades de los pobladores locales, también introducen nuevas prácticas de producción del espacio, nuevas ideas, nuevas mentalidades y nuevas representaciones que ubican a las zonas costeras, ribereñas y fronterizas como una “*espacialidad de las violencias*”.² Es decir, geografías fuertemente sitiadas por las economías del narcotráfico y el crimen organizado. En la frontera que separa a Colombia y Ecuador los gobiernos de ambos países despliegan sus fuerzas militares contra organizaciones criminales ligadas al tráfico de drogas. Las comunidades fronterizas viven en medio de un fuego cruzado, padeciendo la militarización de su territorio que es usado como base operacional y que ha puesto su vida en riesgo, además del fuerte impacto económico, social y cultural a lo largo de la presencia de estos grupos en la región.

En este contexto, la presente tesis analiza la movilidad local/multiresidencial y migración transnacional de las comunidades afrocolombianas fronterizas con Ecuador. Será importante comprender la importancia del espacio y el lugar en los procesos de poblamiento y, finalmente, las posibilidades de permanencia y capacidad de estos pueblos para sostener procesos locales y globales en los cambios del espacio. Es decir, los fenómenos que integran y disuelven sus formas de organización cultural y territorial, como el conflicto armado, el crimen organizado, las economías del narcotráfico, desplazamientos forzados y migraciones transnacionales, despojos de tierras y territorios y la movilidad ocasionada por las dinámicas geográficas de los ríos: crecidas e inundaciones que intervienen constantemente en la pérdida de cultivos, desaparición de territorios y, con ello, la creación de nuevos países y reconfiguración territorial. A partir de estos fenómenos

² La “*espacialidad de las violencias*” funciona como un eje ordenador de las relaciones políticas y culturales de las diferentes regiones del país, una división binaria entre “buenos” y “malos” que queda impresa en los imaginarios y paisajes espaciales de los grupos sociales. En particular, los usos políticos que hacen las élites de esta “*espacialidad de las violencias*” criminaliza los espacios y comunidades afrocolombianas como sujetos productores de la guerra y el terror. Con ello, se pretende omitir, por una parte, que las violencias armadas son la expresión de relaciones de dominación y explotación impuestas por grupos armados en sus acciones de control de los espacios y pobladores para la ejecución y movilidad de economías criminales y, por otra, son la expresión de la débil presencia del Estado y falta de garantías institucionales para el cumplimiento de los derechos étnico-culturales de las comunidades afrocolombianas. Profundizaremos sobre esto en el capítulo seis.

se estudian las experiencias y reflexiones de las comunidades respecto a los impactos vividos.

Apelando a la etnografía propongo el estudio antropológico del Pacífico colombiano como una región de fronteras, a partir de una perspectiva amplia que permita detectar y comprender el lugar de representación de esta región en el espacio colonial y luego nacional, los procesos de demarcación político-territorial de los límites fronterizos con la república de Ecuador, así como su importancia en los procesos de poblamiento y movilidad de las comunidades afrocolombianas que habitan en el río Mira, municipio de Tumaco.

Problematizaré al Pacífico no solamente como el lugar en que se establecen los límites de la frontera nacional con Ecuador, sus significados, porosidades y cruces, sino también enfatizaré en su construcción como *frontera interna*, teniendo presente los estigmas persistentes y la “racialización” de las identidades y territorios de las comunidades afrocolombianas que habitan la región. Como indica Grimson (2000) la pregunta antropológica por el estudio de las fronteras interétnicas, nacionales e interestatales, implica distinguir la construcción histórica de cada una de ellas: las fronteras culturales de las fronteras identitarias; las fronteras de significados de las frontera de sentimientos de pertenencia; las fronteras nacionales de las fronteras étnicas, con la intención de analizar sus niveles de articulación y las formas en cómo los grupos sociales las producen y les asignan significados en contextos determinados. El abordaje antropológico de la frontera colombo-ecuatoriana abre una perspectiva de análisis que integra la multiplicidad y mixtura de los asentamientos, movilidades y flujos de migración afrocolombianos con sus distinciones y conflictos.

La perspectiva histórico-cultural es el referente que permite identificar y ensamblar los desplazamientos, trayectorias y movilidades de las comunidades afrocolombianas, así como el valor que ellas le confieren a las experiencias y manifestaciones de cambio cultural que emergen en contextos de violencias y extremas desigualdades sociales. Se estudian estos cambios a partir de las voces situadas por personas, familias y comunidades sobre momentos significativos en la transformación de sus espacios, territorios, conocimientos y culturas. Por otra parte, se analiza el impacto de un conjunto de fenómenos sociales y

económicos asociados con las transformaciones espaciales, de las comunidades estudiadas. Estos son la “racialización” de la región, el incremento de los cultivos de coca y economías extractivas, las violencias ejercidas por grupos armados y el cambio en las representaciones que sobre el territorio y la frontera construyen los niños y jóvenes de estas comunidades.

Para localizar de manera etnográfica el proceso descrito se tomarán como referente las veredas integradas al Consejo Comunitario Bajo Mira y Frontera localizado en el río Mira, municipio de Tumaco. El río Mira atraviesa la frontera que actualmente divide a Colombia y Ecuador por el Pacífico sur, convirtiéndose en un lugar de intersección que vincula las identidades y culturas de las poblaciones afrodescendientes del Pacífico colombiano y ecuatoriano. Las prácticas de movilidades de las comunidades afrocolombianas serán el principal referente para comprender sus formas de organización socio-territorial, ellas vigían entre un lugar de partida y lugar de llegada. La simultaneidad entre el río y la frontera como espacio de movimiento y estabilidad, desarraigo y permanencias, describe complejas trayectorias de historicidades construidas y disputadas; sitios de movilidad resultantes de procesos de territorialización entre las personas y sus espacios.

¿Qué relación existe entre las concepciones del espacio fronterizo, la memoria histórica y los ordenamientos socioespaciales del río para las comunidades afrocolombianas? ¿Cómo las comunidades afrocolombianas construyen lugar a partir de la movilidad? Intentaré responder a estas preguntas a partir de la noción de “*itinerarios de viaje*” propuesta por el antropólogo James Clifford (2008) para explicar cómo el “viaje”, es decir, la movilidad de las personas configura vínculos multilocales entre el lugar de “origen” y “llegada” ampliando el repertorio de significados en la construcción de lugares más allá del territorio de origen.

Para las comunidades afrocolombianas cruzar la frontera no es un acontecimiento nuevo. Históricamente los procesos de movilidad han estado vinculados en relaciones de intercambio comercial y redes de parentesco entre las poblaciones afrodescendientes de Colombia y Ecuador. En este sentido los flujos migratorios han sido tradicionalmente viajes de ida y vuelta, pero en la actualidad este panorama ha cambiado considerablemente por la presencia de grupos armados ilegales entendidos como guerrilla, paramilitarismo, cárteles del narcotráfico y otras estructuras armadas denominadas como BACRIM (bandas

criminales) que se disputan el control de los territorios con fines al desarrollo de la cadena productiva de la coca (cultivo, procesamiento y tráfico de drogas). Estos grupos al disputarse los territorios afrodescendientes han generado una situación de vulnerabilidad y constantes riesgos de desplazamientos forzados para las comunidades que habitan en la zona. En estas situaciones la movilidad ha dejado de ser para las personas afrocolombianas una decisión voluntaria, convirtiéndose en una *decisión forzada*. De acuerdo con la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR) 2017, un promedio de 400 personas al mes ha cruzado la frontera entre Colombia y Ecuador en el 2016, en el 2015 el promedio fue de 600. Sin embargo, fue la década de los 90 hasta el 2004 donde se registró el mayor número de afrocolombianos solicitantes de refugio en Ecuador, con un promedio de 1300 y 1400 personas al mes. Es importante resaltar que pese a los esfuerzos de organismos internacionales como la ACNUR para visibilizar las trayectorias de las personas que huyen del conflicto en la frontera colombo-ecuatoriana, el Estado colombiano cuenta con un débil registro sobre los flujos de migración transnacional; situación que dificulta visibilizar los efectos de las violencias armadas³ en estas poblaciones; así como el desarrollo de medidas de reparación y no repetición, a las víctimas del conflicto armado.

Analizar los efectos de la migración transfronteriza en el contexto del conflicto armado implica comprender a cabalidad los sentidos y significados que le atribuyen las personas y comunidades afrocolombianas a sus territorios. Dado que, los efectos de los desplazamientos forzados, despojo de tierras y territorios, y la búsqueda de lugares de refugio transitorio o de asentamiento en más de 60 años de conflicto armado, han suscitado procesos de desarticulación del tejido social comunitario y territorial en gran parte de estas comunidades. Convirtiendo la espacialidad de sus territorios en testigos físicos de la guerra y el destierro.

En las últimas décadas algunas veredas fronterizas como el Congal, Bocana Nueva y el Descolgadero, han reducido notablemente su población como consecuencia de las disputas de territorios a manos de las guerrillas de las FARC, grupos paramilitares y ejército. Otras

³ Por violencias armadas se entenderá en esta investigación el entramado de acciones ejecutadas por grupos armados (guerrillas, paramilitares, bandas criminales y ejército) en territorios y contra las comunidades afrocolombianas que ponen en riesgo su vida y ocasionan masivos flujos de desplazamientos y migraciones forzadas; además de la pérdida de tierra y territorios.

veredas como San Jacinto y la Barca han desaparecido a consecuencia de las inundaciones y desbordamientos de ríos y mareas que amenazan frecuentemente la zona fronteriza al ser una región de alta pluviosidad y donde se carece de medidas de contingencia y planes de reubicación de la población veredal. Es recurrente que las personas y familias experimenten desplazamientos interseccionales; es decir, se han visto obligados a desplazarse tanto por las inundaciones y desbordamientos de ríos como por los constantes despojos de tierras ocasionados por los grupos armados. De esta manera, la frontera que fue principalmente interétnica, identitaria y comercial ha estado signada por las dinámicas de las violencias armadas.

La guerra entre guerrillas y paramilitares en la región obligó al desplazamiento forzado de poblados enteros. Sagumba grande, una *vereda*⁴ que según algunos pobladores vecinos para los 90 registraba un promedio de 165 familias, desapareció por completo. Hoy, sólo quedan restos de unos cuantos palafitos sembrados en las orillas del río que dan testimonio sobre la memoria del conflicto armado. En otros caseríos fronterizos como el Playón, Cacagual y el Guabal el número de familias se ha reducido notablemente. Esta situación ha motivado la constante búsqueda de refugio de afrocolombianos en Ecuador. El desplazamiento forzado con alcance transnacional ha permanecido con poca visibilidad por parte del Estado colombiano. Existen débiles estadísticas oficiales sobre las rutas de desplazamiento de las familias, sus nuevos arraigos y permanencias. Sumado a ello, se desconoce por parte del gobierno regional y estatal cuántas de estas familias afectadas también por los desbordamientos de ríos han migrado hacia Ecuador. Según manifiestan algunos líderes del municipio los desbordamientos de ríos han causado un mayor número de desplazamientos forzados que el conflicto armado.

Por su parte, las economías extractivas han configurado una espacialidad de la región, principalmente, para la movilidad de capital en deterioro de los recursos naturales y

⁴ La vereda es el área geográfica de asentamiento en la que las familias construyen casas “palafíticas” en áreas de tierra firme y protegidas de las crecientes del río y de las mareas máximas, empleando plataformas levantadas sobre pilotes para separarlas del suelo (Mosquera, 2001). En la zona rural del municipio de Tumaco, como en Buenaventura o Quibdó, la conformación de veredas a partir de la arquitectura “palafíticas” construye y moviliza valores culturales y costumbres relacionadas con las modalidades cotidianas de habitar y apropiar el espacio.

las formas de organización socioterritorial de las comunidades afrocolombianas. Sumado a ello, operan en espacios con una fuerte presencia de grupos armados ilegales. Los yacimientos de oro, plata, platino y las fuentes de hidrocarburos (petróleo y carbón) en el Pacífico, motivan un aumento en la presencia de estos grupos que se involucran en la explotación de los recursos naturales, como forma no sólo de financiación de sus actividades ilícitas, sino también como un medio de incrementar su poder. En la frontera colombo-ecuatoriana grupos armados ilegales han incursionado en actividades económicas extractivas (cultivos de palma africana y explotación maderera) lo que agudiza más la disputa por el control de territorios y su población.

El control y expansión de las economías extractivas y violencias armadas reproducen estructuras de poder y dominación sobre los territorios, recursos naturales y los marcos materiales y simbólicos de la vida cotidiana de las comunidades afrocolombianas, generando múltiples dinámicas de transformación en la región. Entre las que se destacan diversos tipos de movilidades y flujos migratorios de los pobladores locales, no solamente en el espacio local, sino también transnacional. Esta situación ha elevado los niveles de riesgo de líderes al interior de las comunidades, así como presidentes de las juntas de acción comunal y miembros de las juntas directivas de los concejos comunitarios. Frente a estas transformaciones las comunidades construyen diferentes formas de organización colectiva o sobrevivencias que se tejen desde lo individual, familiar o comunitario, para hacer frente a los modos de producción capitalista y sus estructuras de dominación.

En este marco de referencias la presente investigación busca contribuir también al análisis antropológico sobre el flujo histórico de las movilidades, económicas, políticas y “raciales” que han incidido en los procesos de poblamiento, modos de producción del espacio de las comunidades afrocolombianas en la frontera colombo-ecuatoriana. Con el fin de explicar estas dinámicas, discutiré, en un primer momento, las diversas condiciones de cambio cultural, tanto estructurales como estratégicas de los territorios y poblaciones afrodescendientes a lo largo de las diversas transiciones que ha tomado el capital extractivo en la región. Particularmente me interesa indagar por los modos en que estos territorios y comunidades que se han representado como aislados en el imaginario nacional, en realidad han estado integrados de manera traumática a formaciones económicas basadas en la

extracción de recursos naturales; situación que ha transformado la relación social entre las comunidades y las formas de habitar, desplazarse y organizar la naturaleza.

En segundo lugar, busco trazar un mapa y categorizar de manera conceptual y etnográfica las movilidades y creación de territorios afrocolombianos y su articulación con la vida cotidiana en la frontera entre Colombia y Ecuador. En este documento abarcaré los elementos y narrativas que me han sido relatadas personalmente durante el trabajo de investigación en campo, referidas a la simultaneidad entre el mar, los ríos y la frontera como espacio de movimiento y estabilidad, desarraigo y permanencias, lugar del que se parte y adonde se llega. Como se desarrollará las experiencias de movilidad lejos de significar una extensión o transferencia de significados culturales, describe complejas trayectorias de historicidades construidas y disputadas, sitios de desplazamientos y prácticas de cruce e interacción producidas por las relaciones entre las personas y resultantes de procesos de territorialización entre las personas y sus espacios.

Si ampliamos el abanico de situaciones y el marco temporal de las prácticas de movilidad afrocolombiana, sus raíces, itinerarios y rutas en la frontera colombo-ecuatoriana, se hace visible que, desde 1990, se han visto poderosamente acentuadas por tres fuerzas económicas globales: el conflicto armado, la cadena productiva del narcotráfico y las economías extractivas (principalmente cultivos de palma africana e industrias madereras); sin desconocer que estas movilidades también obedecen a desigualdades persistentes que han generado una progresiva precarización de sus lugares. De hecho, esto es clave para el abordaje etnográfico, la pobreza y los conflictos económicos y armados, de por sí capaces de impulsar dinámicas de desterritorialización, también intensifican el impacto de los desastres ambientales en estas comunidades. La pérdida de tierra producto de los desbordamientos de ríos genera un impacto desastroso que complejiza las prácticas de producción del espacio: agricultores pierden acceso a tierras fértiles en las riberas de los ríos, de ahí la pérdida de medios de subsistencia y el incremento de flujos de migración transnacional.

De lo anterior se desprenden los siguientes objetivos de investigación:

Objetivo general:

Analizar de manera conceptual y etnográfica los viejos y nuevos procesos de poblamiento, movilidad local y migración transnacional de las comunidades afrocolombianas en la frontera que Colombia comparte con Ecuador por el Pacífico sur, municipio de Tumaco.

Objetivos específicos

- a. Determinar de qué manera la representación y articulación del Pacífico colombiano en los relatos nacionales de conformación del Estado-nación constituyen procesos racializantes de segregación y marginación de esta región.
- b. Analizar las formas de conectividad del Pacífico a partir de las dinámicas del capital extractivo, sus tensiones y conflictos con los derechos territoriales de las comunidades afrocolombianas que habitan en la frontera colombo-ecuatoriana.
- c. Conocer los ensambles de las fronteras internas (regionales/nacionales) y externas (globales) en el Pacífico colombiano, sus condiciones y contenidos en los órdenes económicos, políticos y culturales de organización de las comunidades afrocolombianas.
- d. Determinar cómo las experiencias de movilidad, cruce e interacción río-mar en el espacio fronterizo Colombia-Ecuador definen procesos de movilidad y poblamiento.
- e. Indagar por la creación de nuevos paisajes, reconfiguración territorial y nuevas rutas de movilidad y desplazamiento de las comunidades afrocolombianas a partir de la llegada de grupos armados ilegales y cultivos de coca a la frontera colombo-ecuatoriana.

Hipótesis general

Sostendré en esta investigación como hipótesis que la débil legibilidad de los flujos de migraciones de comunidades afrocolombianas hacia Ecuador se debe en parte a la exclusión histórica de los territorios afrocolombianos de los discursos nacionalistas y, en consecuencia, de las políticas orientadas a gestar la identidad nacional. Estos territorios y los pueblos que lo habitan no han sido referentes estructurantes en los sistemas de clasificación y distinción de la sociedad colombiana. Esto permite ahondar en el análisis del abandono histórico de la zona fronteriza y los fuertes procesos de marcación de límites internos entre la región Pacífico y las regiones centro del país. En este espacio fronterizo lo

que se percibe claramente, es la delimitación de una *frontera interna*, derivada del orden colonial y sus relaciones de dominación con los pueblos afrocolombianos. En la frontera interna la construcción del imaginario colonial del Pacífico como territorio “inhóspito” y “salvaje” ha servido como instrumento a las élites económicas y políticas del país para “naturalizar” las condiciones de abandono estatal y desigualdades en la región.

Es importante resaltar que en la construcción social de la frontera interna hay porosidades, la presencia de las élites económicas en los territorios afrocolombianos del Pacífico se establece desde una lógica global de incorporación del capital extractivo a la región para el apalancamiento y el acceso a tierras y otros recursos naturales, en un contexto de fuertes resistencias y de reclamos por parte de las comunidades que tienen la ocupación ancestral de los recursos y territorios. Las exclusiones en esta región designan esa condición políticamente inducida en la que las poblaciones en función de su cuerpo, color de piel, identidades y culturas adolecen por parte del Estado de apoyos sociales y económicos, encerrándolas en condiciones de precariedad, aislamiento e incomunicación. Sin embargo, a nombre del desarrollo de la nación el Pacífico ha sido conectado como la principal plataforma de apertura de la economía nacional a los capitales extranjeros con el fin de explotar los recursos naturales más no de generar condiciones de vida digna para la gente. En esta perspectiva la geografía nacional reproduce la dicotomía centro/periferia. El centro donde se concentran las acciones y los beneficios del desarrollo capitalista y una periferia donde gran parte del capital se acumula en condiciones que llevan a una precarización y aun empobrecimiento extendido de los pueblos que lo habitan.

El documento se organiza en siete capítulos. El primer capítulo “**Espacio y región en el Pacífico colombiano. Un acercamiento al lugar de estudio**” aborda algunos de los conceptos antropológicos: lugar, territorio, sistema de lugares, desterritorialización y reterritorialización para armar la discusión teórica sobre la frontera entre Colombia y Ecuador; pone especial atención en los procesos históricos de creación de la región Pacífico colombiano, así como en las conceptualizaciones sobre los flujos de movilidad (local/pendular) y el transnacionalismo. Con la intención de situar a los sujetos de la investigación se construye una interpretación de la frontera que presente la complejidad de los procesos socioculturales y espaciales que la conforman; así como la centralidad que el

río Mira adquiere como dispositivo de movilidad fluvial-ribera en las actividades rutinarias de las personas. Finalmente propone algunos ejes analíticos para el estudio de la frontera, referidos principalmente a las redes de parentesco, sistemas de intercambio y comercio y la ampliación de este espacio en escenarios políticos y económicos de mayor densidad transnacional.

El segundo capítulo “**Una etnografía multisituada en la frontera colombo-ecuatoriana**” expone los desafíos metodológicos para el análisis etnográfico de la frontera desde un abordaje multisituada que permite ensamblar los procesos históricos de poblamiento y creación de territorios con las dinámicas contemporáneas de itinerarios, trayectorias, movi­lidades, desplazamientos, migraciones, nuevos paisajes y reconfiguración territorial. Este trabajo de investigación retoma experiencias de campo obtenidas entre 2015 y 2018 en el que se analizan algunos sucesos y narrativas relevantes que refieren a la complejidad de la formación fronteriza, definida no sólo como el lugar de las comunidades afrocolombianas, sino también como un espacio transnacional “donde viven y se desarrollan asentamientos y sociedades multilocales”. La etnografía multisituada abarca una serie de elementos que tienen que ver en cómo confluyen en la frontera las políticas de desarrollo económico agenciadas por los sucesivos gobiernos en Colombia y las dinámicas de violencias armadas a manos de grupos armados, bandas criminales y cárteles del narcotráfico, con los espacios geopolíticos donde las comunidades han construido sus territorios, con las determinaciones políticas que regulan o no los flujos de migración hacia Ecuador, con las formas culturales, económicas y violencias que han transformado su entorno, y con muchos otros asuntos que hacen que el estudio histórico de esta frontera sea indispensable para comprender su presente.

A partir de la etnografía multisituada será importante analizar las comprensiones y prácticas de producción del espacio en la creación de los territorios y organización de las comunidades afrocolombianas. De esta manera el abordaje etnográfico estará en constante diálogo con los estudios socioespaciales para abordar la producción del espacio, no desde una perspectiva clásica que lo concibe como un simple receptáculo de las relaciones sociales, sino abordarlo como elemento fundamental en la transformación histórica, política y económica de los territorios y comunidades. Al respecto, el geógrafo David Harvey

(2001) ha planteado la necesidad de conceptualizar las relaciones espaciales de los grupos sociales, desde los procesos, los flujos y las relaciones productivas y socioculturales. Por tanto, es necesario preguntarse ¿Cómo se producen los espacios en la frontera colombo-ecuatoriana? ¿Para qué son producidos? ¿Qué actores o instituciones están involucrados en su producción? Y ¿Cuáles son las consecuencias políticas, económicas y culturales que se derivan de dicha producción? Retomando estas preguntas, intento proponer algunas respuestas a partir de los pioneros procesos de poblamiento de la frontera, las movilidades y desplazamientos de las personas, familias y comunidades y la producción de una “espacialidad de las violencias” generadas por las dinámicas de la guerra y el capitalismo, como estructuras que también generan una fabricación del espacio, para dominar y explotar a las comunidades y territorios afrocolombianos.

El tercer capítulo **“El Pacífico colombiano. Ensamblaje de fronteras”** Se aborda la espacialidad de la región Pacífico como el lugar de las comunidades afrocolombianas fronterizas con Ecuador. Se exponen algunos conceptos sobre el significado de la vida en la frontera. La construcción analítica del ensamblaje fronterizo da cabida a su abordaje regional, nacional y global en tanto representaciones de ordenes temporales y espaciales con un grado considerable de diferenciación interna y un nivel cada vez mayor de imbricaciones mutuas. Pensando en la idea de intersticios culturales de Homi Bhaba surge la necesidad de pensar al Pacífico no solamente en su localización geopolítica y fronteriza con Ecuador, sino también, concentrarse en su producción como un espacio “entre-medio” para la elaboración y articulación de las diferencias culturales, individuales o comunitarias. Estos espacios “entre-medio” “proveen el terreno para elaborar estrategias de identidad que inician nuevos signos de identidad, y sitios innovadores de colaboración y cuestionamiento, en el acto de definir la idea misma de sociedad” (Bhabha, 1994, p.18). Es decir, es en la frontera ya sea regional, nacional o global donde se negocia las experiencias colectivas e intersubjetivas de quién pertenece o no a una determinada nacionalidad. Por consiguiente, el Pacífico y su zona fronteriza con Ecuador es abordada como un lugar enunciativo de ideas y representaciones hegemónicas; pero también de otras historias y voces disidentes que producen representaciones complejas de diferencia e identidad, pasado y presente, adentro y afuera, inclusión y exclusión.

De manera especial en este capítulo se analizan los flujos contemporáneos de movilidad y migración transfronteriza y las prácticas de legibilidad e ilegibilidad del Estado colombiano en relación con las economías de los desplazamientos y las políticas de control migratorio hacia los pueblos afrocolombianos. Lo que permite pensar acerca de las diversas dinámicas temporales en las que se enmarcan las interacciones de las personas con el Estado, la frontera y políticas migratorias. Finalmente se analiza cómo los modelos de desarrollo económico conciben a esta frontera como un espacio nada más para la extracción de recursos naturales en detrimento de los derechos étnicos territoriales conquistados por las comunidades afrocolombianas con la ley 70 de 1993.

El cuarto capítulo **“La frontera cultural en el Pacífico sur colombiano. Permanencias y movilidades”** recrea la historicidad de algunos procesos sociales de la frontera, referidos a los procesos de poblamiento y movilidades; así como la construcción de representaciones colectivas sobre el espacio y los conocimientos asociados a él. Se pone especial atención a los desplazamientos ocasionados por los desbordamientos de ríos e inundaciones que además generan nuevos itinerarios de movilidades y poblamiento que refieren a la simultaneidad entre los ríos y el mar. Con las narrativas de las familias pioneras en los procesos de poblamiento y formación de veredas se elabora una cartografía de una ancestral movilidad de las comunidades afrocolombianas en el contexto local y transnacional, y la conformación de una identidad colectiva que rebasa las identificaciones en el espacio local para conectarlas en un espacio transnacional. En este capítulo serán centrales las narrativas de los pobladores locales referidas a las transformaciones del paisaje y nuevas configuraciones espaciales y territoriales a partir de la llegada de los cultivos de coca. Finalmente, se analiza cómo la historicidad del río Mira, como lugar de movimiento y estabilidad, es reconfigurado por los niños y jóvenes como un espacio central y obligatorio en las rutas del narcotráfico.

El capítulo cinco **“Raza y región en Colombia”** analiza los discursos y representaciones racistas sobre la región Pacífico y comunidades afrocolombianas a mediados del siglo XIX en el marco de conformación del Estado-nación colombiano. Veremos cómo en este momento histórico la categoría de “raza” construye un orden naturalizado de la sociedad y una clasificación jerárquica de los grupos sociales a partir de

enfatar en supuestas diferencias biológicas, culturales, morales y geográficas. El Pacífico fue representado por los intelectuales de la época como una región paradigmáticamente “aislada” e “inhóspita” y, sus pobladores como “salvajes” e “incivilizados”. Dichas representaciones perviven en los actuales discursos que plasman los medios de comunicación y las élites políticas del país como una vía para justificar ideológicamente la situación de discriminación estructural que prevalece hasta ahora en la región y, con ello, explicar la marginalidad y pobreza de las comunidades afrocolombianas.

El capítulo seis “**Espacialidad de las violencias**” reflexiona sobre el cambio cultural que ha dejado el conflicto armado y las economías del narcotráfico en la frontera colombo-ecuatoriana, para tratar de cartografiar los impactos de las violencias armadas sobre las personas, sus espacios y proyectos de vida. A través de los testimonios de niños y jóvenes, testigos de la guerra y el despojo de tierras y territorios, se reflexiona cómo el avance del crimen organizado, local y global, genera un “espacio de las violencias y de las muertes” con su respectivo poder económico, militar y eficiencia de muerte, que conllevan desplazamientos forzados, confinamientos, masacres colectivas, asesinatos selectivos, sufrimiento social, resquebrajamientos familiares, orfandad y, barbarie en la forma de asesinar o de aniquilar a los contrarios, en síntesis los grupos armados bien pueden ser considerados como “profesionales de las violencias” (Tilly, 2003).

También se analiza los procesos socioculturales que se construyen con las dinámicas de re-territorialización de afrocolombianos en Ecuador. Los viajes y retornos, las metáforas de rupturas y la pérdida del lugar de “origen” así como las conceptualizaciones sobre la colombianidad en contextos transnacionales son algunos ejes analíticos que complejizan aún más el estudio de esta frontera abriendo nuevos interrogantes para futuras investigaciones. Este capítulo se pregunta con qué configuraciones de poder político y económico se enfrentan las comunidades afrocolombianas y con qué habilidades sostienen procesos de cambio cultural en las sociedades de “acogida”. Se abordan, además, los problemas de despojo de tierras y territorios y con ello los flujos de migración transnacional como, principio o resultado, de las acciones violentas de grupos armados, bandas criminales y cárteles del narcotráfico.

Finalmente, el capítulo siete concluye esta investigación con la propuesta de nuevos abordajes teóricos y metodológicos que permitan ampliar la construcción de una cartografía sociopolítica de las movilidades afrodescendientes.

Contribución al campo de estudio afrolatinoamericanos

La configuración de un campo de estudios afrolatinoamericanos aparece como un esfuerzo de investigadores interesados en ofrecer una perspectiva histórica de las poblaciones de ascendencia africana, las desigualdades y jerarquías raciales con que surgen los estados nacionales en que viven dicha población, hasta la emergencia de los movimientos sociales afrodescendientes que cuestionan los discursos y representaciones tradicionales sobre “raza” y nación y exigen medidas de reparaciones históricas contra los racismos y las desigualdades sociales.

De manera particular, la historia y la antropología han contribuido al estudio de las rutas de la trata trasatlántica, los modelos de las sociedades coloniales-esclavistas y la influencia que las prácticas culturales de raíces africanas han ejercido en la formación de las sociedades nacionales en la región. No obstante, los problemas contemporáneos de racismos y reconocimiento de los pueblos afrodescendientes también se sitúan en cómo los modelos de desarrollo económico neocoloniales, de manera particular las economías extractivas y agroindustriales, reproducen estructuras de poder y dominación sobre los territorios y pueblos, generando múltiples dinámicas de transformación en sus territorios. Entre las que se destacan diversos tipos de movilidades y flujos migratorios de las personas a escala local y global.

Este trabajo buscar aportar al campo de estudio afrolatinoamericanos a través de una cartografía sociopolítica de los flujos contemporáneos de movilidades de pueblos afrocolombianos en la frontera entre Colombia y Ecuador, que permita identificar los lugares de expulsión y nuevos arraigos de estos pueblos, así como las expresiones de racismo y xenofobia contra ellos. La población afrocolombiana ha conquistado importantes derechos sobre la propiedad colectiva de tierras y territorios y formas autónomas de organización económica; derechos que están siendo amenazados y vulnerados por los

actuales modelos económicos extractivos y agroindustriales agenciados por los sucesivos gobiernos en Colombia (con sus mercados nacionales e internacionales, ejércitos y tecnologías) a nombre del desarrollo de la nación; lo que ha llegado a reforzar condiciones de extrema precariedad y violentos procesos de desterritorialización de estos pueblos. En el Pacífico colombiano el desplazamiento y migración forzada de personas afrocolombianas se agrava más con las economías y cárteles del narcotráfico que controlan sus territorios.

Indicando lo que a mi manera de ver pueden ser algunos de los posibles aportes desde el ya consolidado campo de los estudios transnacionales, se analizará, además las prácticas de legibilidad e ilegibilidad de los Estados en relación con las economías de los desplazamientos y las prácticas y políticas de control migratorio hacia los pueblos afrodescendientes. Lo que nos lleva a pensar también acerca de las diversas dinámicas temporales en las que se enmarcan las interacciones de las personas con el Estado, las fronteras y políticas migratorias. La movilidad y migración afrocolombiana existe dentro y en contra de las determinaciones que trae aparejada la relación Estado-Capital. Por tanto, esta investigación se pregunta con qué configuraciones de poder político y económico se enfrentan estas poblaciones y con qué habilidades sostienen procesos de cambio cultural en sus lugares de origen y en las sociedades de “acogida”.

Ahora bien, diversos estudios antropológicos, sociológicos e históricos se han ocupado de analizar las dinámicas del conflicto armado en la región Pacífico; no obstante pese a estas importantes contribuciones que permiten analizar las lógicas de la guerra y sus impactos sobre los mundos de vida que construyen las comunidades afrocolombianas, poco se ha analizado los nuevos paisajes y reconfiguración territorial en la frontera colombo-ecuatoriana producidos en contextos de guerra, racialización y economías extractivas. De igual manera, existen pocos intentos en comprender los impactos de dichos fenómenos más allá de las fronteras nacionales.

Con este trabajo pretendo contribuir a ampliar la lectura de los tiempos históricos, pasados y presentes, de las comunidades afrocolombianas, con el objetivo de plantear horizontes que tienen que ver con su reconocimiento como sujetos de derecho, la recuperación de sus mundos de vida, el fortalecimiento comunitario y supervivencias. De manera particular, me interesa poner a debate que las lógicas actuales de las violencias

armadas y de la explotación extractiva que ciernen sobre el Pacífico y la zona fronteriza con Ecuador, no son fenómenos contemporáneos o que emergen en el conflicto armado; son parte de procesos históricos que perpetúan prácticas racistas y de segregación que hacen ver a las personas, comunidades y territorios afrodescendientes como “vidas precarias”. En suma, un entramado de estructuras de segregación y lugares de anonimato que se entrecruzan con la potencialidad de la esperanza y la libertad en los diversos rostros e historias que dan vida a la frontera colombo-ecuatoriana. Al mismo tiempo busco contribuir a visibilizar cómo las violencias armadas han producido una forma particular de narrar el espacio, los territorios y la vida misma en experiencias y representaciones impregnadas de miedo y terror que a su vez producen nuevos espacios de desterritorialización y confinamiento de las personas y comunidades.

Ilustración 1. Río Mira, frontera con Ecuador



Fuente: fotografía propia, diciembre de 2015.

1 CAPÍTULO: ESPACIO Y REGIÓN EN EL PACÍFICO COLOMBIANO. UN ACERCAMIENTO AL LUGAR DE ESTUDIO

En el Pacífico colombiano las dinámicas de movilidad y la multiplicidad de espacios apropiados por las comunidades afrocolombianas pueden entenderse en diferentes momentos históricos que constituyen la espacio-temporalidad de sus lugares, siempre sujetos a los procesos circunstanciales de creación, sostenimiento y cambio cultural en geografías que han experimentado un -aislamiento relativo- y se caracterizan por una gran marginalidad respecto a la sociedad nacional (Hoffmann, 2007). Desde inicios tempranos de la colonia se construyó una imagen del Pacífico como una región en los *márgenes*, o lo que Sofonías Yacup (1934) ha analizado en términos del “litoral recóndito”. Lo “recóndito” remite a exclusiones históricas de los territorios y sus pobladores. Dichas exclusiones surgen en las complejas interacciones de los diferentes ciclos del capital extractivo en la región: desde la colonia mediante la introducción de una economía minero-esclavista, las rutas y explotación y salidas del oro, a finales del siglo XIX, y en el transcurso del XX, la explotación de maderas finas, tagua y caucho y nuevamente la minería, este último se extiende hasta la actualidad junto con los cultivos de palma africana para la producción de biodiesel (Escobar, 2010).

El Pacífico al ser un territorio de selva húmeda tropical presentó una baja densidad demográfica y en principio inhabitable para el modelo de población hispano en América (Almario, 2001). El relativo aislamiento de esta región de los centros de dominio colonial facilitó que las personas y familias afrodescendientes que llegaron a estos territorios tuvieran altas posibilidades para construir sus lugares al margen de los modelos hegemónicos-coloniales establecidos en otras regiones del país (Hoffman, 2007). Al respecto, el historiador Oscar Almario, ha analizado las dinámicas histórico-demográficas de los grupos afrodescendientes en el Pacífico durante el periodo colonial. Desde un análisis espacial propone asumir a este territorio como una región minera, principalmente por el papel económico que jugó en el ordenamiento colonial “esta región minera se asocia

a una región mayor, que en su forma administrativa se identificaba como la Gobernación de Popayán,⁵ de la que la economía minera esclavista era sólo parte de una estructura social y productiva global” (Almario, 2001, p. 162).

El planteamiento de Almario plantea tres dinámicas para comprender la especificidad de este territorio:

- primero, su inicial condición de área periférica como frontera minera en la antigua Gobernación de Popayán;
- segundo, la constitución de una efímera autonomía relativa de la administración del litoral Pacífico sur (1823-1835) hasta culminar en la fase de su pleno control por parte del interior andino durante la república temprana (1835-1857);
- tercero, el ordenamiento territorial durante la instauración del orden republicano que prefiguraba la diferenciación entre el Pacífico norte o Chocó y el Pacífico sur y la posterior división de este último espacio litoral cuando acontezca la división del Gran Cauca y se conformen los departamentos del Valle del Cauca, Cauca y Nariño en la primera década del siglo XX.

El relativo aislamiento del Pacífico de los centros coloniales supone dos niveles de análisis, cuyas intersecciones, son necesarias para el estudio de las dinámicas de movilidad de comunidades afrocolombianas en sus diferentes formas (movilidad pendular/local y flujos migratorios transnacionales: migraciones forzadas y migraciones multiresidenciales). Primero, en su condición de área “periférica” las personas de origen africano tuvieron altas posibilidades para desarrollar formas autónomas de *producción del espacio* en la construcción de sus lugares. En la perspectiva teórica de H. Lefebvre (2013) la producción del espacio es el resultado de las prácticas, las relaciones y las experiencias

⁵ La Gobernación de Popayán fue la unidad político-administrativa de la colonia. Después de la disolución de la Gran de Colombia de la conformación de la Nueva Granada, esta fue dividida en 1835, en las provincias de Cauca, Popayán, Buenaventura y Pasto. “La provincia de Buenaventura quedó conformada por los cantones de Cali-capital-, Iscuandé, Micaí, Raposo, Cartago, Palmira, Supía, Toro y Tulúa; la de Popayán por Almaguer, Caloto y Popayán -capital- y la de Pasto por Pasto -capital-, Túquerres, Tumaco y Barbacoas” (Díaz, 2015, p. 64).

sociales, pero a su vez es parte de ellas. Es soporte de los significados y sentidos simbólicos en que los sujetos se apropian, transforman y habitan el espacio; pero también es campo de acción que organiza las luchas de resistencia en defensa de ese espacio. Para Lefebvre *cada sociedad produce su espacio*. En el caso que nos ocupa, los ríos, manglares, bosques y costas, son los espacios en que se crean las identidades y lugares de las comunidades afrocolombianas, a la vez que constituyen los espacios de representación o resistencias en que estas comunidades enfrentan los poderes hegemónicos derivados de los ciclos económicos extractivos y las violencias armadas que amenazan con convertir la historicidad de los lugares en espacios vacíos de subjetividades e historicidades propias. Para las comunidades afrocolombianas “el espacio es consubstancial a la vida social y política, es producto y productor de sentido social” (Hoffmann, 2002, p. 45).

Segundo, a mediados del siglo XIX, la élite política-intelectual de la época, comienza a gestar las primeras representaciones de la nación colombiana, mediante mecanismos de homogeneización y diferenciación de las regiones y pueblos en función de la “raza”.⁶ En el proceso de conformación del Estado-nación la producción ideológica de la “raza” remite a lógicas distintas de organización del espacio y de la sociedad a partir de enfatizar en supuestas diferencias biológicas y una clasificación jerárquica de los grupos humanos como forma de ordenamiento naturalizado de la sociedad. Tal orden naturalizado construyó una representación del Pacífico desde lógicas externas como una región paradigmáticamente “aislada” e “inhóspita” y sus pobladores representados como “salvajes” e “incivilizados” siendo marginada del proceso de configuración del Estado-nación, tanto en el plano

⁶ Como veremos en el capítulo cinco en el siglo XIX, el mosaico de Colombia era de una geografía fuertemente fragmentada en los ámbitos regionales, políticos, sociales y culturales, además de pequeñas ciudades ruralizadas y, aisladas una de otra (Múnica, 1998). Este orden temporal y espacial comienza a inscribir los componentes de conformación de la nación hecha por quienes en este ejercicio diferenciador se definieron como élite nacional (Arias, 2007). La producción de la idea de nación construyó desde sus orígenes una diferencia racial entre las regiones y los pueblos. La categoría de “raza” marcaba la diferencia de la superioridad territorial de los altiplanos frente a las tierras llanas, las selvas y las costas lo que iba acompañado de una fuerte marcación racial de los habitantes de estos territorios. La superioridad racial y el dominio geográfico estaba en los altiplanos habitados por mestizos; las tierras llanas, las selvas y las costas representaban sectores subalternos poblados por indios, negros y mulatos. Tener otros hábitos y manifestar expresiones culturales diferentes a la de la sociedad criolla iba unido a factores biológicos que hacían de la diferencia una cuestión natural.

simbólico-imaginario como en el terreno fáctico institucional (Restrepo 2010). El imaginario construido de los pueblos y sus territorios implicó percibir a la nación como “racial” y regionalmente diferente. Una diferencia que supondría la conquista y mejoramiento “racial” de aquellos territorios marginados y sus pobladores con el fin de conducirlos a un proyecto civilizatorio.

El imaginario de una región “inhóspita” ha servido como instrumento a las élites económicas y políticas del país para “naturalizar” las condiciones de abandono estatal y desigualdades socioeconómicas de los pueblos afrocolombianas que habitan la región. Haciendo eco del “aislamiento” con respecto a las regiones centro, las políticas sociales de combate a la pobreza poco han contribuido a la superación de los rezagos históricos. No obstante, durante la primera mitad del siglo XX, este imaginario es intervenido a partir de los intereses de las élites en algunos territorios de la región. A través de políticas implementadas por el gobierno la industria minera (oro y platino) se da en concesión a empresas extranjeras, principalmente francesas, estadounidenses y canadienses, lo que marca una serie de transformaciones fundamentales en cómo pasa de ser una región “aislada” a ser incorporada en términos económicos como un “motor de desarrollo” para la nación (Restrepo, 2010).

La mirada desarrollista de inflexión al Pacífico se establece bajo la dinámica de apalancamiento a la extracción de recursos naturales en el contexto de la incorporación de la nación a las dinámicas del capitalismo global. Este será el antecedente de los conflictos sociales por el control de la tierra entre comunidades afrodescendientes, empresarios y posteriormente grupos armados (guerrillas –nuevas facciones disidentes- paramilitares, bandas criminales y carteles del narcotráfico). La historicidad de las dinámicas económicas y políticas en el Pacífico hacen que los territorios y comunidades afrocolombianas se encuentren en el borde tanto de la frontera del capital extractivo, la economía del narcotráfico, como en los conflictos sociales relacionados con la *racialización*⁷ de los

⁷ El concepto de racialización toma naturaleza en la existencia de las “razas” y reconoce su causalidad en la creación de un orden socialmente producido de jerarquías entre ellas. Algunos autores (Banton 1996, Wieviorka 1998) describen la racialización como el proceso social que asocia supuestos atributos biológicos, culturales, naturales y regionales como mecanismos de diferenciación de los cuerpos, los grupos sociales, las culturas y etnicidades que asignan categorías fijas de reconocimiento que los condicionan, distinguen y estabilizan. Para Campos

lugares, desigualdades y exclusiones. Particularmente, el capital extractivo y el narcotráfico producen dinámicas de despojo de tierras y territorios. Lo que se expresa en flujos de migración forzada para las comunidades afrocolombianas a escala transnacional, en la medida en que cada vez tienen que enfrentarse a la realidad de tener que desplazarse de sus lugares y, en algunos casos del país, para salvaguardar sus vidas, así como desplegar estrategias cotidianas para sobrevivir física y culturalmente en las sociedades receptoras.

1.1 LUGARES Y POBLAMIENTO

La creación de culturas y territorios afrocolombianos estuvo supeditada a las estrategias de sobrevivencia y *cambio cultural* en la espacialidad selvática y acuática de la región Pacífico. La fragmentación y dispersión multiterritorial iniciada con la trata trasatlántica llevó a que los descendientes de africanos esclavizados se enfrentaran a la compleja necesidad de crear culturas nuevas en condiciones hostiles para ellos (Good y Velázquez, 2012). En el Pacífico colombiano los procesos de creación de culturas y lugares afrodescendientes se establecen de manera diversa y heterogénea. Las dinámicas espaciales y materiales que intervienen en la construcción de la región no convergen para crear territorios homogéneos, por el contrario, se interceptan en diferentes ritmos y temporalidades de acuerdo con las experiencias e innovaciones que frecuentemente accionan los grupos sociales en la producción simbólica-identitaria de sus espacios. También articulan las aspiraciones y deseos de sujetos particulares, históricamente determinados, que se enfrentan a los retos, fracasos y logros que marcan los procesos de creación de culturas y formas de organización socioterritorial en territorios marginados en términos sociales, económicos y políticos.

(2012) la racialización se define como la producción social de los grupos humanos en términos raciales. Este término es de gran utilidad para esta investigación, dado que permite identificar exclusiones históricas y dinámicas de diferenciación espaciales, regionales y culturales entre las comunidades afrocolombianas y el resto de los grupos sociales que habitan en Colombia para hacer visibles procesos históricos de racismo, discriminaciones e injusticia social en contra de las comunidades afrocolombianas. También proyecta en el imaginario colectivo de la nación la existencia de las “razas” en la que se afirma la superioridad cultural y regional de los grupos blanco-mestizos que habitan en las regiones centro del país, mientras que la barbarie o lo salvaje lo está en los grupos afrodescendientes de las regiones “periféricas”

El Pacífico al ser una región con una inmensa riqueza ecológica e hidrográfica que comprende la totalidad de los departamentos del Chocó y las zonas costeras de los departamentos del Valle del Cauca, Cauca y Nariño (**ver mapa 1**), los relatos de fundación de las comunidades afrodescendientes integran experiencias de producción y formas de organización del espacio (la repartición de las tierras para la agricultura, las zonas de pesca, la disposición del hábitat y las normas de residencia) a partir *de diversos itinerarios por la espacialidad del mar, ríos y manglares*. Los itinerarios se construyeron y, se mantienen, en relación con la disponibilidad de los recursos naturales, estaciones de pesca y agricultura y los procesos de erosión de las aguas que amenazan constantemente con arrastrar las viviendas, cultivos de pan coger,⁸ ganado y especies menores. Concretamente, en esta región, se podría hablar de rutas entrelazadas de movilidad en la búsqueda de tierras para habitar, como de caminos -esteros y trochas- construidos por la espesura de los bosques y manglares, donde la gente se cruza y se encuentra, diseñados como espacios de intercambio comercial y/o fortalecimiento de vínculos de parentesco y amistad.

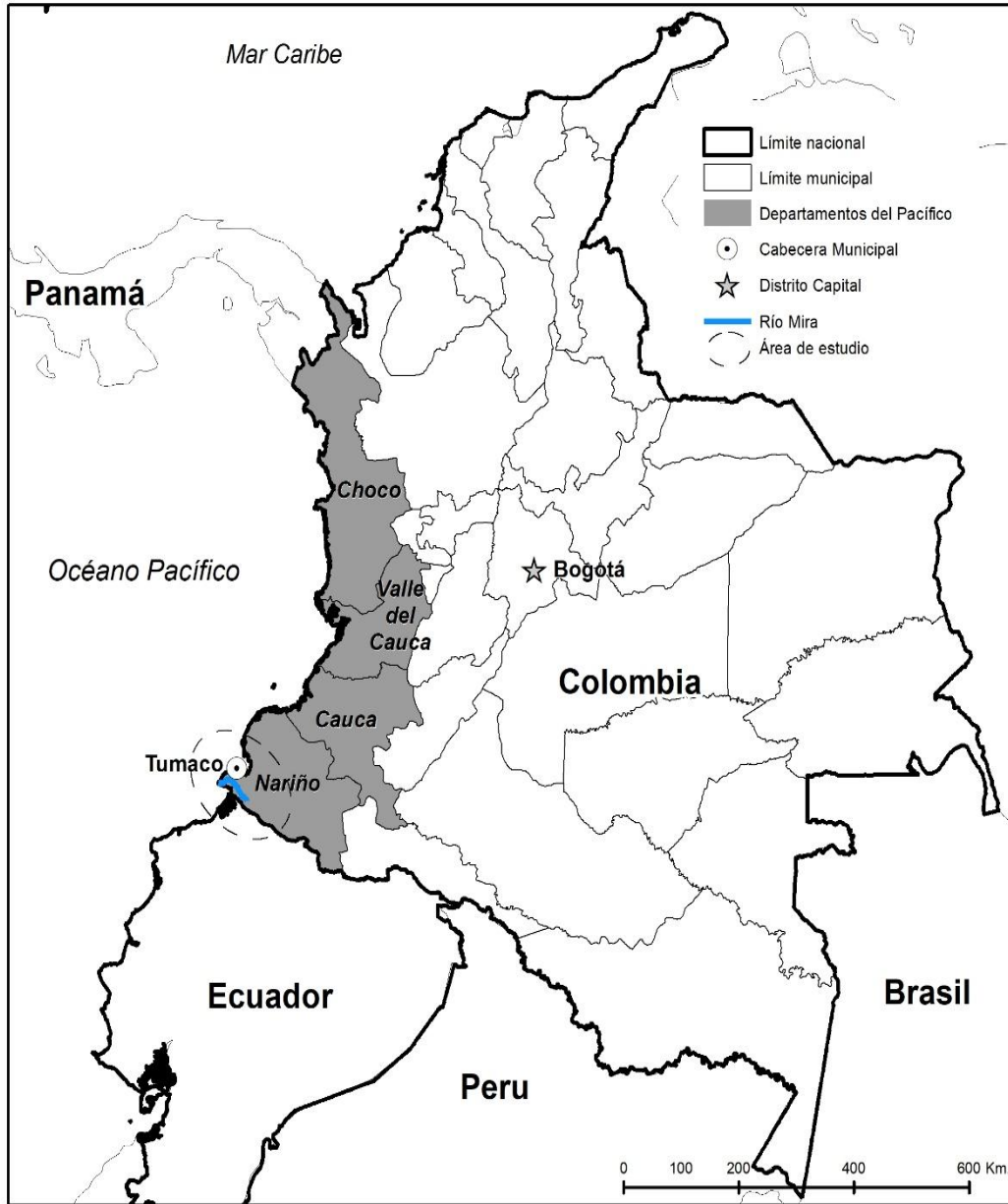
En el Pacífico dos municipios sobresalen por su importancia económica para el país: Tumaco en Nariño y Buenaventura en el Valle del Cauca. A través de estos municipios el país dispone de una fuente importante de recursos y beneficios económicos producto del intercambio comercial con los demás países del litoral Pacífico tanto del continente americano como de Asia y Oceanía. Tumaco se encuentra ubicado en una zona estratégica de la Costa Pacífica, en la frontera con Ecuador y muy cerca de la Cordillera Occidental.

En Tumaco termina el Oleoducto Trasandino y se exporta el petróleo traído desde Orito (Putumayo), convirtiéndolo en el segundo puerto petrolero más importante del país. En el 2018 mediante un acto legislativo que adicionó un párrafo al artículo 356 de la Constitución Política de Colombia, el congreso de la República aprobó que Tumaco sea reconocido como Distrito especial, industrial, portuario, biodiverso y ecoturístico del país,

⁸Se denominan así aquellos cultivos que satisfacen las necesidades básicas alimenticias de las familias afrocolombianas, principalmente cultivos de plátano, coco, yuca y arroz. Los cultivos de pan coger están integrados a los medios de producción tradicionales destinados al autoconsumo, el intercambio entre comunidades y la compra y venta de productos en mercados locales.

dada su importancia geopolítica para conectar la economía nacional a los mercados internacionales (El país, junio 13, 2018). Esto significa que el gobierno municipal tiene mayor autonomía para incrementar la inversión social en materia de macroproyectos e infraestructura y lograr el desarrollo social de la región. La gran riqueza natural y biodiversidad de este municipio y las reformas en materia económica contrasta con la situación de extrema pobreza de sus habitantes, baja movilidad social y debilidad institucional.

Mapa 1. Región Pacífico colombiano



Fuente: elaboración propia con referencia al Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Como ya se mencionó esta investigación el abordaje antropológico de las movilidades local/pendular/multiresidencial y migración transnacional de comunidades afrocolombianas se desarrolla en las comunidades que habitan sobre las riberas del río Mira en el espacio de la frontera que Colombia comparte con Ecuador por el Pacífico sur, municipio de Tumaco. Estas comunidades migran hacia San Lorenzo, la primera ciudad

fronteriza con Ecuador (**ver mapa 2**). El río Mira atraviesa las provincias de Carchi y Esmeraldas (Ecuador), para luego llegar a territorio colombiano donde recorre el departamento de Nariño, y culmina su recorrido en cabo manglares, por la bahía de Tumaco en el océano pacífico. Este río está integrado al Consejo Comunitario Bajo Mira y Frontera en el municipio de Tumaco.

Mapa 2. Área de estudio



Fuente: elaboración propia con referencia al Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Los consejos comunitarios han sido reconocidos en el marco de la reforma constitucional de 1991 y en la Ley 70 de 1993 en la que se reconoce el derecho a la propiedad colectiva y se establecen los mecanismos para la protección de la identidad cultural y el desarrollo económico de las comunidades afrocolombianas. La constitución del 91 marco un paradigma histórico para el reconocimiento de la composición multiétnica y

pluricultural de la sociedad nacional. En este contexto las comunidades afrocolombianas fueron reconocidas como sujetos colectivos de derecho, entre los cuales se resalta el derecho al territorio, a la identidad y la no discriminación.

En relación con los derechos territoriales y étnicos en primera instancia observamos que la Constitución Política incluye un artículo en el que se reconoce a los territorios afrocolombianos mediante el instrumento de la propiedad colectiva del territorio, y se establecen mecanismos para la protección de la identidad cultural y el desarrollo económico de las comunidades afrocolombianas. Esto se percibe mediante el siguiente apartado de la Constitución:

Dentro de los dos años siguientes a la entrada en vigencia de la presente Constitución, el Congreso expedirá, previo estudio por parte de una comisión especial que el Gobierno creará para tal efecto, una ley que les reconozca a las comunidades negras que han venido ocupando tierras baldías en las zonas rurales ribereñas de los ríos de la Cuenca del Pacífico, de acuerdo con sus prácticas tradicionales de producción, el derecho a la propiedad colectiva sobre las áreas que habrá de demarcar la misma ley. (Artículo 55, Constitución Política de Colombia, 1991).

La forma como quedó redactado el artículo transitorio fue producto de las agencias políticas ejercidas por las comunidades afrocolombianas, buscando intervenir en las instituciones del Estado a fin de construir un nuevo orden de posicionamiento y reconocimiento de sus culturas e identidades. Del artículo transitorio 55 de la Constitución Política se decreta la Ley 70 de 1993 -Ley de Comunidades Negras- en la que se reconoce:

[...] a las comunidades negras que han venido ocupando tierras baldías en las zonas rurales ribereñas de los ríos de la Cuenca del Pacífico, de acuerdo con sus prácticas tradicionales de producción, el derecho a la propiedad colectiva [...]. Así mismo tiene como propósito establecer mecanismos para la protección de la identidad cultural y de los derechos de las comunidades negras de Colombia como grupo étnico, y el fomento de su desarrollo económico y social, con el fin de garantizar que estas comunidades obtengan condiciones reales de igualdad de oportunidades frente al resto de la sociedad colombiana. (Artículo 1. Ley 70 de 1993).

Desde la expedición de la Ley 70 de 1993 hasta la actualidad se han reconocido en Tumaco 15 consejos comunitarios, que a su vez están confederados en la Red de Consejos

Comunitarios del Pacífico Sur- RECOMPAS (**ver tabla 1**) entre ellos el consejo comunitario Bajo Mira y Frontera (**ver tabla 2**) integrado por 49 veredas y un promedio de 8.029 personas. Los consejos comunitarios son reconocidos con personalidad jurídica, las cuales tienen entre sus funciones las de administrar internamente las tierras de propiedad colectiva que se les adjudique; delimitar y asignar áreas al interior de las tierras adjudicadas; velar por la conservación y protección de los derechos de la propiedad colectiva; la preservación de la identidad cultural, el aprovechamiento y la conservación de los recursos naturales; y hacer de amigables componedores en los conflictos internos factibles de conciliación.

La Constitución Política del 91 y la Ley 70 de 1993 constituyen el más importante hito en el camino hacia el ejercicio y reconocimiento de la plena ciudadanía afrocolombiana. El concepto de ciudadanía está vinculado, por un lado, a la idea de derechos colectivos y, por el otro, a la noción de vínculos de pertenencia e identitarios con una comunidad particular. Sin embargo, a pesar de los importantes avances legislativos y las obligaciones del Estado relacionadas con adoptar medidas especiales para generar condiciones de igualdad en favor de las comunidades afrocolombianas, no existe real garantía para el cumplimiento de los derechos en estas comunidades. Los grupos armados, las violencias, desplazamientos y migraciones forzadas y, como veremos, las economías extractivas, obstaculizan el proyecto étnico/político de ejercicio territorial conquistado por los procesos organizativos de las comunidades afrocolombianas que llevó a su reconocimiento como grupo étnico con derechos culturales y territoriales específicos.

Tabla 1. Consejos Comunitarios del Municipio de Tumaco

NOMBRE	VEREDAS	POBLACIÓN	ÁREA
--------	---------	-----------	------

Acapa	32	1.453	8.340.8
Alto Mira y Frontera	42	7.677	28.400
Bajo Mira y Frontera	49	8.029	46.681
Imbilí del Carmen	1	381	2.783
La Nupa del Río Caunapí	1	351	183
Tablón Dulce	1	750	1.600
Cortina Verde Mandela	1	438	1.204
Rescate de las Varas	15	5.948	15.000
Río Gualajo	4	712	2.775
Río Mexicano	4	2.918	13.274
Río Tablón Salado	6	3.115	1.228
Unión del Río Chagiii	30	7.231	27.215
Unión del Río Rosario	15	6.840	10.648
Veredas Unidas	3	1.309	13.170
Total	223	57.362	269.148

Fuente: RECOMPAS (Red de Consejos Comunitarios del Pacífico Sur Colombiano) 2017.

Tabla 2. Consejo Comunitario Bajo Mira y Frontera

Vereda	Numero de familias	Vereda	Número de familias
Alto Jagua	17	Candelilla de la Mar	86
Alto Santo Domingo	35	Carlosama	13
Bajito Vaquería	66	Cedral	30
Bajo Cumilínche	12	Chonta	72
Bajo Guabal	30	Congal	98
Bajo Jagua	77	Descolgadero	78
Bajo San Isidro	30	El Naranja	15
Bella Vista	19	El Rompido	98
Bocagrande	90	Guachal Brisas	32
Bocana Nueva	22	Guachal La Vega	37
Brisas del Acueducto	20	Guachal Barranco	25
Cacagual	30	Inguapí del Guadal	79
Cajapí	40	La Barca	77
Campana	15	Las Cargas	15
Nueva Reforma Carretera	25	Milagros	34
Nueva Unión	20	Monte Alto	38
Nuevas Brisas	28	Paisurero	36
Papayal El Firme	41	Papayal La Playa	61
Peña Colorada	41	Piry	30
Playón Río Mira	19	Pueblo Nuevo	40
Sagumbita	52	San Isidro	51
Sandamia	22	Santo Domingo el Progreso	32
Santo Domingo Vuelta del Carmen	44	Vaquería	40
Terán	67	Viguaral	80
Viguaral del Mira	40		

Fuente: Alcaldía Municipal de Tumaco. Plan de Ordenamiento Territorial (2008-2009) INCODER.

Las demandas de activistas y líderes sociales afrocolombianos cuestionan que es en sus territorios donde se moviliza más de la mitad del comercio exterior del país, sin generar ningún beneficio para mejorar las condiciones de vida de las comunidades que en su mayoría no cuentan con un suministro de agua las 24 horas, tienen altas tasas de desempleo, analfabetismo y carecen de centros de salud. Según el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) los afrocolombianos en el país ascienden a

cuatro millones 311.757, lo que corresponde a un 10,62% de la población total del país siendo Cali, Cartagena, Barranquilla, Bogotá y Medellín los sitios en donde reside el 29,2% de la población, aunque otro punto importante de ubicación son las islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. El Departamento Nacional de Planeación (DNP) en su informe 2012 sobre el estado de los Derechos Humanos de las Comunidades Afrocolombianas, concluye que el 90% de la población vive en condiciones de miseria, exclusión social, discriminación étnica y segregación social. Algunas estadísticas del DNP son las siguientes:

- El 75% de la población afro del país recibe salarios inferiores al mínimo legal y su esperanza de vida se ubica en un 20% por debajo del promedio nacional.
- En los departamentos del Pacífico colombiano, de cada 100 jóvenes afros que terminan la secundaria, sólo 2 ingresan a la educación superior.
- Aproximadamente el 85% de la población afrocolombiana vive en condiciones de pobreza y marginalidad, sin acceso a todos los servicios públicos básicos.

Estudios recientes del Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural (RIMISP) han documentado que las subregiones de Alto Patía y Norte del Cauca, Pacífico Medio y Pacífico sur presentan características de vulnerabilidad más altas en relación con el resto del municipio de la región pacífico y del país. Es importante mencionar que en estas subregiones se concentra la mayor presencia de grupos armados, bandas criminales y carteles de narcotráfico de la región; siendo las zonas más afectadas por las violencias armadas en el país.

El Pacífico sur y su frontera con Ecuador es la subregión más vulnerable y desconectada de la región Pacífico. Se compone de once municipios: Tumaco, El Charco, Magüi Roberto Payán, Olaya Herrera, Mosquera, Santa Bárbara-Iscuandé, Francisco Pizarro, La Tola, Barbacoas y Ricaurte. En Ellos habitan 448.365 personas de las cuales, el 43% habitan en las cabeceras municipales y el 57% en las zonas rurales dispersas (Rimisp, 2017). Tumaco destaca como uno de los municipios con mayor incidencia de pobreza

multidimensional⁹ por encima del 84%. Incidencia de pobreza que llega al extremo en los municipios de El Charco o Magüi con 99% en ambos casos.

Los anteriores indicadores sobre la calidad de vida en las comunidades afrocolombianas permiten repensar cuáles son los efectos reales en las transformaciones de las prácticas históricas de exclusión y marginación en comunidades a partir del reconocimiento de derechos colectivos. Si bien, el reconocimiento de derechos colectivos y visibilización de los afrodescendientes como sujetos políticos interpelan las múltiples formas de discriminación y negación de sus derechos humanos, las respuestas y acciones del Estado colombiano con estas comunidades han sido débiles e intermitentes y han respondido más a la presión de la sociedad civil que a una voluntad política firme de combatir las exclusiones y discriminaciones. Hoy, después de 25 años de vigencia de la Ley 70 de 1993, las comunidades afrocolombianas, sus organizaciones y líderes, denuncian ante el Estado la crisis de las políticas de reconocimiento de sus derechos colectivos al tener una débil incidencia en la transformación de sus condiciones materiales de existencia.

La Ley 70 reconoce la propiedad colectiva de las comunidades negras en referencia a sus prácticas tradicionales de producción y sus formas de organización socioterritorial. No obstante, la población afrocolombiana además de ser víctima de diferentes expresiones de racismo y discriminaciones han sido y continúan siendo víctima del conflicto armado y, de las diferentes amenazas que se ciernen sobre sus territorios. Principalmente, la minería ilegal, la presencia de cultivos de uso ilícito, el monocultivo de palma africana, los megaproyectos y la presencia de diferentes grupos armados ilegales. Véase, por ejemplo, como para el 2017 Colombia registraba 7.7 millones de personas desplazadas, ubicándose como el país con más desplazados internos en el mundo, principalmente los desplazamientos forzados han sido generados en las subregiones del Bajo Cauca, Norte de Antioquia, el Catatumbo, en Norte de Santander, y el Pacífico, en particular el departamento de Nariño. Afectando de manera trascendental a comunidades afrocolombianas, indígenas y campesinas. De manera específica en el municipio de Tumaco, según el Registro Único de Víctimas (RUV) entre 2000 y 2012 se reportaron

⁹ Aquella que mide las condiciones de salud, educación, vivienda, entre otras, y no sólo los ingresos.

74.348 víctimas de desplazamiento forzado, que representan el 30% del total de las víctimas del departamento de Nariño en el mismo periodo (255.835). Los años más críticos en esta materia fueron 2009 y 2011, cuando priman los desplazamientos intramunicipales, intraurbanos y hacia Ecuador (FIP, 2014).

En el 2017 al menos 1.500 personas en Tumaco se vieron obligadas a desplazarse debido a combates de grupos armados (OCHA, 2017). En lo que va del 2018 el 90% de los miembros del Resguardo Indígena Awá de Inda Guacaray (451 personas) se encuentran en situación de desplazamiento forzado, a la vez que 648 personas afrocolombianas fueron desplazadas en la zona urbana del municipio (OCHA, 2018). No obstante, estas cifras pueden ser mayores. Ello obedece a varias situaciones:

1. La oficina de registro para la población desplazada en Tumaco funciona en la zona urbana, las familias rurales y ribereñas tienen dificultades económicas para trasladarse y acudir a su registro como víctimas de desplazamiento forzado;
2. Algunas familias y comunidades prefieren quedarse en su territorio como una forma de resistencia al desplazamiento;
3. Algunas poblaciones se encuentran en situación de confinamiento, es decir los grupos armados ilegales prohíben salir del territorio. En este contexto también se restringen sus actividades rutinarias;
4. Frecuentemente los desplazamientos son intraurbanos e intraveredales, de corta duración y no hay condiciones de seguridad para el retorno a sus comunidades;
5. En el caso específico de la población desplazada que migra hacia Ecuador no existe un control y registro sobre los flujos de personas que han cruzado la frontera en busca de refugio;
6. Con frecuencia los desplazamientos son circulares, las personas llegan a ciertas zonas urbanas o rurales de las cuales pueden volver a ser víctimas de desplazamiento a manos de los grupos armados ilegales.

El desplazamiento forzado como consecuencia de la violencia ejercida sobre los territorios, comunidades y líderes ha debilitado los procesos organizativos de las comunidades afrocolombianas. De igual manera, el desplazamiento ha generado un grave

impacto en la identidad, la cultura y la autonomía de estas comunidades, que a su vez ha producido la pérdida del territorio de las comunidades que habitan en territorios colectivos a pesar de la implementación de la Ley 70 de 1993. Al respecto, la Corte Constitucional en el auto 005 de 2009, concluyó, entre otras, las siguientes causas de desplazamiento para la población afrocolombiana:

1. Mayores niveles de pobreza e inequidad en los departamentos y municipios con población afrocolombiana. De conformidad con el Censo General 2005 la población afrocolombiana es uno de los sectores sociales con mayor vulnerabilidad en el país: el 80% con necesidades básicas insatisfechas, el 60% en situación de pobreza crítica y la esperanza de vida es solo de 55 años.
2. La exclusión estructural que resulta en marginalización y vulnerabilidad;
3. La minería y los procesos agrícolas que imponen severas presiones sobre territorios ancestrales;
4. La debilidad en la protección judicial e institucional inadecuada de los territorios colectivos afro.

De modo que la historia de la región Pacífico y de las comunidades afrocolombianas, los diversos desplazamientos y migraciones del pasado y del presente, han seguido pautas que bien podemos relacionar. En primer lugar, la pobreza y la débil presencia del Estado han motivado contantemente flujos de desplazamientos de comunidades en la búsqueda de mejores garantías de vida. En segundo lugar, en los últimos 40 años los desplazamientos trascienden los meros hechos de la pobreza y se insertan en condición de desplazamientos forzados ocasionados por la presencia de grupos armados ilegales y cárteles del narcotráfico en la región. Por supuesto, no podemos negar la trascendencia de estas fuerzas que motivan los desplazamientos de las personas; pero sostengo que estas motivaciones se combinan y metamorfosean dentro de estructuras políticas y económicas más amplias para desencadenar en flujos migratorios de alcance transnacional. Por ejemplo, representantes de los consejos comunitarios del Alto Mira y Frontera y Bajo Mira y Frontera resaltan que uno de los factores que ha contribuido a aumentar la violencia y desplazamientos forzados de las comunidades son las presiones legales e ilegales para promover proyectos de desarrollo económico extractivo y agroindustriales que desconocen las prácticas productivas de las

comunidades afrocolombianas que favorecen a la autonomía alimentaria de sus territorios. Sumado a ello el impacto de las fumigaciones a los cultivos ilícitos sobre los cultivos de pancoger de las comunidades. Situación que ha desembocado en la destrucción de cultivos tradicionales, envenenamiento de fuentes de agua y animales, afectación a la salud de las personas e incrementando los desplazamientos forzados.

1.2 EL RÍO MIRA: UN DISPOSITIVO RIBEREÑO-FLUVIAL

Las comunidades y familias afrocolombianas conciben al río Mira, sus caudales y esteros, en términos de corredores de vida, al permitir la comunicación de las personas con lugares específicos, de manera particular con la república de Ecuador. En la espacialidad del río Mira están enraizadas sus prácticas culturales, epistemológicas y actividades económicas (principalmente pesca, caza y agricultura) y es el centro de sus ecosistemas. El río es la referencia identitaria más inmediata de las comunidades ribereñas, expresiones como: “*soy del Mira*” son frecuentes en la zona, constituyendo la referencia social más común y el espacio de intercambios de todo tipo. De acuerdo con Escobar (2010) en la región Pacífico los ríos son una configuración particular entre naturaleza-cultura-lugar que los proyecta como entidades vivenciales y profundamente históricas. Por esta razón, el río Mira será asumido en esta investigación como un dispositivo *espacial “ribereño-fluvial”* que abre los circuitos de intercambios y movilidad local/transnacional en la frontera colombo-ecuatoriana.

La frontera y el dispositivo ribereño-fluvial juegan un papel preponderante en la organización económica de los lugares (circulación de personas, bienes y mercancías en el espacio local y transnacional) así como en la estructuración de la vida social comunitaria. Sin perder de vista que en los actuales contextos de migraciones forzadas a consecuencia de las violencias armadas en sus diferentes giros: el narcotráfico, despojos de tierras y territorios a manos de grupos armados ilegales y economías extractivas, la frontera amplía los espacios de convivencia e intercambio transnacional de las comunidades afrocolombianas en dinámicas de búsqueda de refugio para salvaguardar la vida de quienes huyen de la guerra. Al respecto, veremos cómo los contextos de violencias armadas construyen un campo de experiencias que asocia la vivencia comunitaria y cultural en los

ríos con la producción de “*paisajes del miedo*” (Oslender, 2008) que traen a la memoria los recuerdos de las masacres, cuerpos desmembrados, asesinatos y desplazamientos forzados y, que a la vez, que transforman la significación simbólica y material de los lugares, restringen las movilidades y prácticas espaciales rutinarias de las personas en el espacio local motivando la búsqueda de refugio en el espacio transnacional (Ecuador). Sin perder de vista que los flujos migratorios hacia el país vecino también obedecen a históricos nexos familiares y económicos y, en ocasiones, configurando un campo de movilidad multidirresidencial.

De manera específica, el recrudecimiento de las economías del narcotráfico y con ello la participación de jóvenes afrocolombianos en la cadena productiva de la coca¹⁰ ha transformado la discursividad histórica de la frontera y el río Mira en lugares de tránsito del narcotráfico: una ruta básica en que estos jóvenes, ante la carencia y la precariedad en la que se encuentran, asumen cada viaje con cocaína como una posibilidad de “mejorar” sus condiciones de vida. Un dicho frecuente entre ellos es “*viajo, caigo o mato*”. Tales circunstancias ubican la navegabilidad por las aguas del río y su desembocadura en el océano Pacífico como una “*espacialidad de las violencias*”, pero también como la posibilidad de una apertura en lo cotidiano en la cual las comunidades y las familias tratan de restablecer elementos legales y simbólicos de una institucionalidad del Estado que ha sido rebasada o francamente anulada. Manteniendo a estas colectividades como testimonio vivo de la fragilidad del orden social en el que se desarrollan.

Ahora bien, en los estudios sobre comunidades afrocolombianas se muestra como los espacios y movilidad de las personas se organiza alrededor de la unidad espacial “río” al constituir el lugar de identidad, creación de culturales y reconocimiento social y político, tanto individual como colectivo (Losonczy, 2006; Oslender, 1998; Hoffmann, 2002). Las contribuciones antropológicas en los años setenta sobre asentamientos de poblaciones afrocolombianas de Nina de Friedemann y en los 90 de Odile Hoffmann, en diferentes áreas culturales (por tomar prestado el concepto de Steward) de la región Pacífico, han

¹⁰ Algunos jóvenes de las comunidades ribereñas viajan en lanchas por el océano Pacífico con toneladas de cocaína hacia México y Centro América.

aportado al conocimiento de las formas de organización sociocultural y territorial de los grupos afrodescendientes abordando a cada uno en su especificidad cultural y territorial. Si bien las autoras muestran que las estrategias de adaptabilidad y creación de culturas en lugares ribereños son un núcleo común de los rasgos culturales compartidos de estos grupos, evidencian que cada proceso de asentamiento puede ser total o parcialmente distinto.

Nina S. de Friedemann (1984) en su trabajo etnográfico describe la organización social por tronco o ramajes de los grupos afrodescendientes en una zona minera del río Güelmambí, al suroeste de Colombia en el departamento de Nariño. Una cita célebre de su estudio señala:

Somos ramas de troncos de árboles que crecen sobre las minas de los ríos de oro. Cada mina tiene un árbol y cada árbol se arraiga en una mina. Los troncos de cada árbol son hermanos y hermanas fundadores de las descendencias y de nuestras minas. Nosotros somos las ramas, somos los descendientes. Somos los renacientes. Cada uno de nosotros puede trabajar en una mina distinta a la de su tronco. (Friedemann, 1984, p. 11).

El sistema de grupos de descendencia “troncos” o “ramajes” en el río Güelmambí existe en relación con un ancestro focal dueño de un territorio, lo cual permite formar una unidad familiar en la que se reconocen derechos de acceso al territorio y a los recursos que son heredados generación tras generación. Las estrategias de alianza se basan en lógicas de acceso a territorios (mineros en este caso) y las estructuras familiares -determinadas por la movilidad, la poligamia y la matrifocalidad- se establecen con base en las necesidades de adaptación a recursos precarios y a la creatividad sociocultural frente a las incertidumbres del medio ambiente social, económico y ecológico. Las interpretaciones etnográficas de Friedemann muestran como en el sistema de los troncos los procesos de adaptación ecológica están determinados por el uso de la tierra y de sus recursos, lo que configura los distintos ámbitos de la cotidianidad del trabajo y prácticas culturales de los grupos afrodescendientes que habitan este territorio.

Por su parte, el estudio antropológico de Odile Hoffmann en el río Mejjicano ubicado en el municipio de Tumaco, muestra como los procesos de poblamiento se establecen por familias fundadoras provenientes de Barbacoas que huían de la guerra de los

Mil días con la esperanza de encontrar refugio y alimentación en estas nuevas tierras, y familias procedentes de la costa ecuatoriana a principios del siglo XIX. A diferencia de los grupos afrodescendientes del río Güelmambí, la apropiación de las tierras en el río Mejicano no se estableció desde sus inicios sobre una base de transmisión bilineal, cada familia fundadora buscó, en esos vastos espacios inexplorados, la porción que les convenía, a buena distancia de sus vecinos (Hoffmann, 2007). Las posiciones de tierra son individuales, con derechos de sucesión abiertos a los parientes (familia ampliada). En este lugar el parentesco no es necesariamente determinante para establecer las reglas de acceso y apropiación de la tierra. Para los residentes del río Mejicano “el hecho de poseer más o menos tierras no es un factor de discriminación socialmente valorizado, más bien corresponde a las necesidades de la familia y a su capacidad de trabajo” (Hoffmann, 2007, p. 92).

Los trabajos de Friedemann y Hoffmann sitúan el estudio de las comunidades afrodescendientes en sus diferencias históricas y los procesos de poblamiento y asentamientos como configuraciones internas heterogéneas. Sus aportaciones más sobresalientes son establecer las relaciones de adaptabilidad al ambiente con la creación de culturas afrodescendientes, lo cual asume que pueden existir diversos patrones culturales en cualquier área natural del Pacífico colombiano. Cada comunidad localizada en un espacio geográfico específico tiene su propia historia de asentamientos, relaciones de parentesco, prácticas económicas incluso de movilidades y migraciones. Desde la concepción de las autoras las culturas afrodescendientes son dinámicas, se adaptan, son cambiantes, se expresan y se transforman en los contextos de la vida cotidiana de los sujetos. No obstante:

El universo de los ríos se construye en interacción con otros, a la vez que conserva o adquiere rasgos propios y distintos a los vecinos. Si bien existen fuerzas que tienden al aislamiento y marginación de los ríos (a nivel económico principalmente), también existen prácticas que apuntan a la comunicación y a veces a la integración regional, por ejemplo, mediante las migraciones circulares y, de forma mucho más anclada en la cultura del Pacífico, la movilidad de las poblaciones. (Vanin, 1999 citado en Hoffmann, 2002, p. 51).

Para el caso que nos ocupa en esta investigación la frontera colombo-ecuatoriana y su conectividad a través del dispositivo ribereño-fluvial en el río Mira, constituye el espacio

en que se concretan la movilidad local y flujos de migración multirresidencial y transnacional hacia Ecuador de las comunidades afrocolombianos. El río Mira reúne a 53 veredas establecidas desde dos flujos poblacionales: *primero*, después de la emancipación de los esclavos (1851) y con la culminación de lo que algunos historiadores han denominado la frontera minero-esclavista¹¹(Colmenares, 1987; Almario, 2001) también empezaba a tomar forma el proceso de etnogénesis de los grupos afrocolombianos del Pacífico sur, analizados por Oscar Almario como la *desesclavización* y la consecuente modalidad de poblamiento de estos grupos hacia los lugares considerados como la periferia del país (ríos y costas). Lugares en el que se comienza a construir la “nueva” vida de las personas y familias sobre tierras “baldías” que no estaban en control de los grupos políticos y económicos de la época. *Segundo*, en el Pacífico sur, a finales del siglo XIX y principio del siglo XX, la migración de pobladores afrodescendientes originarios de Barbacoas y la costa ecuatoriana se instalaron en este territorio para aprovechar el auge comercial basado en la explotación silvestre del caucho, la tagua y más tarde la madera (Hoffmann, 2002).

El río Mira por su desembocadura en el océano Pacífico es el principal espacio de integración fronteriza entre las comunidades afrodescendientes de Colombia y Ecuador. Antes de la delimitación legal de la frontera las comunidades afrodescendientes de ambos países conformaron múltiples procesos de integración, relaciones de parentesco e intercambio comercial. La frontera recrea una memoria histórica colectiva entre afrocolombianos y afroecuatorianos derivada de un proceso histórico en común: descendientes de la diáspora africana en el “nuevo mundo”. De ahí que, la frontera colombo-ecuatoriana, puede definirse como *zona de contacto*, un término que evoca “el espacio y copresencia de sujetos previamente separados por disyunciones geográficas e históricas [...] cuyas trayectorias ahora se interceptan” (Hall, 2012, p. 145). La copresencia

¹¹ La frontera minera-esclavista se caracterizó por su amplia producción aurífera, a partir de los reales de minas (es decir, lugares de donde se extraía el oro) y distritos mineros que se ocuparon de una minería de aluvión con base en cuadrillas de negros esclavizados. “La mina era un conglomerado de sitios cercanos, articulados y de tránsito diario, conformados por la casa del dueño o del capataz, el rancharío de los esclavos, los frentes de trabajo (cortes), los entables de trabajo y procesamiento (represa de aguas, canalones, etc.), y en las inmediaciones los rastrojos y plataneros de taludes secos que proveían la alimentación básica de la mano de obra. A veces se completaba este conjunto con algunos tambos de aborígenes” (Aprile-Gnisset, 1993, p. 275).

de las trayectorias afrocolombianas gestan un campo de movilidad circular y multirresidencial en espacios que incluyen lugares rurales (las veredas ribereñas) y lugares urbanos (la provincia de Esmeraldas Ecuador). Si bien históricamente la movilidad en la frontera se ha establecido principalmente por redes de parentesco; la migración laboral o el comercio de bienes y servicios también ha motivado la presencia de afrocolombianos en el Ecuador.

En el modo de organización entre lo rural y urbano circulan ideas, imágenes, representaciones, símbolos, mercancías y capital que fluyen y se transforman en las actividades que accionan las personas para responder a los cambios del espacio. En las comunidades afrocolombianas el cruce de la frontera hacia Ecuador viene ocurriendo desde los procesos fundacionales de las veredas en condiciones de extrema precariedad e invisibilidad ante las instituciones estatales, incrementándose en los contextos actuales con las dinámicas de las violencias armadas que apuntan a una transformación sistemática de los lugares en la medida en que las personas desplazadas forzosamente y las que no, tienen pocas probabilidades de regresar a su lugar de origen: su lugar de origen continúa acaparado por los grupos armados ilegales, el narcotráfico y los cultivos de coca y, en algunos casos, son tierra muerta para la rehabilitación de sus economías tradicionales.

Cada mes decenas de familias afrocolombianas migran forzosamente hacia Ecuador. Una migración silenciosa. Los controles de legibilidad migratoria en Colombia no saben a ciencia cierta cuántas personas han cruzado la frontera huyendo de las violencias armadas y la extrema pobreza. Esta frontera es visible cuando el gobierno colombiano ejecuta políticas militares para la lucha contra el narcotráfico, incautación de toneladas de cocaína o supuestas “bajas” a cabecillas de los grupos armados ilegales. De lo contrario, los rostros y trayectos, de la población migrante no son reconocidos ni visibilizados, lo que genera que el Estado pierda contacto con las realidades sociales y económicas que originan la migración forzada en estas comunidades.

Lo anterior vinculado con la creciente fluidez y porosidad de las fronteras, que no sólo permiten la movilidad de personas, sino también de ideas, símbolos, imágenes, mercancías y capital, obliga a los antropólogos a poner una especial atención sobre la

imbricación entre fronteras y *sistema de lugares* concebidos como los dispositivos que amplían los espacios a través de los cuales migran las personas. En la frontera colombo-ecuatoriana el sistema de lugares juega un papel clave en la producción de los tiempos y los espacios de las comunidades afrocolombianas. Sus formas de organización socio-territorial no se constriñen dentro del espacio local, sino que también desarrollan prácticas que atraviesan la frontera. El hecho de que la gente vaya a diversos lugares constituye un punto de partida para trazar viejos y nuevos mapas de personas en tránsito y complejizar estos tránsitos en un campo transnacional (ampliamente capitalista).

1.3 SISTEMA DE LUGARES: IMBRICACIONES ENTRE LO LOCAL Y LO TRANSNACIONAL

Las comunidades afrocolombianas y sus vínculos de parentesco con las comunidades afroecuatorianas han construido un campo de migración multirresidencial que se establece a partir de las solidaridades y vínculos de la *“familia extensa”*. La *“familia extensa”* hace referencia a cierta historia compartida que no tiene límites consanguíneos, sino que se puede ampliar en cualquier momento y lugar por afinidades comunitarias y/o territoriales (Hoffmann, 1999). De acuerdo con los datos obtenidos durante el trabajo de campo con pobladores del río Mira, la *“familia extensa”*, se estructura ya sea por el núcleo familiar elemental (padres e hijos), lazos genealógicos, relaciones de compadrazgo o apellidos asociados al río o vereda de origen. En los flujos migratorios hacia Ecuador los afrocolombianos mencionan vivir en la casa de *“mi familia”*, *“pariente”* o *“primo”* (estos dos últimos términos pueden referir a lazos genealógicos o, a la convivencia de familias con apellidos distintos en el mismo lugar de origen). De acuerdo con Hoffmann (2007):

Los términos familia o primo para designar al vecino o hasta al simple transeúnte (pero siempre negro y del cual se puede pensar que es de la región) expresaría, más allá de un folclor lingüístico, una concepción muy extendida de pertenencia común basada en la idea de parentesco social. (p.80).

Entendida la familia de esta manera se parte del principio que cada núcleo familiar abarca hogares físicamente localizados en los dos países, generando formas de relaciones y vínculos simultáneos entre ambos estados que trascienden la frontera física.

Las conexiones históricas entre Colombia y Ecuador hacen que las familias afrocolombianas puedan tener una serie de prácticas transnacionales que intensifican y complejizan sus dinámicas de movilidad. La gente transita todos los días por diferentes itinerarios que articulan lugares urbanos y rurales en una espacialidad local y transnacional, permitiendo que se relacionen y se intercepten allí un sistema de lugares. Al respecto, Dureau y Hoffmann (2007) han definido el sistema de lugares en las comunidades afrocolombianas del Pacífico como:

La variedad de espacios, prácticas y desafíos (individuales, familiares, sociales) que se articulan alrededor de la movilidad, para captar los determinantes de estos movimientos de personas y bienes y los diferentes impactos que tienen sobre los lugares, tomados de manera individual, pero más que todo considerados como un sistema. (p. 96).

La noción de sistema de lugares permite leer las dinámicas de movilidad y migración en diferentes escalas espacio temporales vividas y producidas por los grupos sociales (Haesbaert, 2002). En este sentido y, en un espacio de frontera, la fluidez de los trayectos e itinerarios de las personas implica identificar, por un lado, el nivel de articulación de lugares locales y transnacionales ¿Cómo se producen? ¿Cómo se interceptan? ¿Qué dinámicas materiales y simbólicas se desarrollan ahí? Y, por otro lado, la fragmentación de estos lugares dentro de un espacio regional más amplio, principalmente si los trayectos de movilidad y migración son resultantes de procesos de exclusión, precarización socioespacial, despojos de tierras y territorios y desplazamientos forzados ¿Qué actores sociales (Estados, instituciones, grupos socioculturales, clases económicas y políticas están involucrados en esta lógica espacial)?

Enfatizando en el planteamiento de Lefebvre acerca del lugar como una producción del espacio vivido por los sujetos/grupos sociales y, retomando el concepto de lugar desarrollado por Oslender (2008) que sitúa las prácticas de los movimientos sociales de las comunidades afrocolombianas en un espacio específico y, a la vez, dentro de un marco más amplio de desarrollo del capitalismo, propongo, que el sistema de lugares en la frontera colombo-ecuatoriana puede ser concebido a partir de la imbricación de múltiples relaciones de poder/saber, del poder más material de las relaciones económicas al poder más

simbólico de las relaciones de orden cultural, que a pesar de estar imbricados pueden reconocerse en su especificidad, ya que no son reductibles uno a otro.

En este orden de ideas, el sistema de lugares puede ser comprendido dentro de dos campos, por una parte, un campo de producción subjetivo: como *espacios vividos* y dotados de intersecciones simbólicas y culturales en la que los grupos construyen relaciones de la vida cotidiana de forma diferencial y/o articulada. En este campo el dispositivo ribereño-fluvial es el medio en que se materializan las relaciones sociales, familiares e intercambios diarios (redes de cambio, alimentos, bienes, trabajo) en el espacio local y transnacional. En el espacio local, las veredas ribereñas se conectan con la ciudad de Tumaco, concebida y asumida por los pobladores locales como el lugar de trabajo, venta de productos agrícolas (principalmente cacao) compra de alimentos (arroz, panela, azúcar, enlatados) acceso a servicios públicos (salud, educación, programas de ayuda humanitaria), búsqueda y construcción de nuevos lugares de residencia. En el espacio transnacional las veredas ribereñas se conectan con lugares exteriores que funden como un polo de atracción para la migración forzada (la costa norte de Esmeraldas, específicamente el municipio de San Lorenzo). No obstante, el polo de atracción transnacional incluye ahora nuevos lugares como el norte de Chile, la emigración de personas y familias afrocolombianas en busca de oportunidades laborales en este país tiene su raíz no solamente en los contextos de violencias armadas, sino también por el progresivo empobrecimiento de los lugares ribereños

Por otra parte, el sistema de lugares se construye como un campo de producción material por medio del desenvolvimiento de dos formaciones económicas concretas:

Primero, los circuitos globales de la economía capitalista agenciada por el Estado-nación y las corporaciones multinacionales a través de la extracción de minerales e hidrocarburos. El ingreso de estas dinámicas internacionales a la región Pacífico se estableció a través del sector minero-energético –principalmente carbón, petróleo y oro– puesto que el país ha basado su crecimiento económico sobre este tipo de industria, abriéndose desde 1980 y entregando en concesión privada a empresas internacionales los

recursos naturales.¹² Particularmente la zona fronteriza se caracteriza por la presencia de extensivos cultivos de palma africana (para la producción de biodiesel) piscinas de camaronicultura y es uno de los pasos del oleoducto trasandino que transporta crudo entre Colombia y Ecuador. A lo que se suma que es una zona estratégica para la cadena productiva del narcotráfico (siembra, raspa, pastificación, cristalización, empaçado y envío de cocaína) lo que la convierte en el principal espacio de los grupos narcotraficantes del país para el tráfico transnacional de cocaína con destino a los mercados de México y Centro América.

Segundo, economías rurales locales o de subsistencia (agricultura y pesca) de las comunidades afrocolombianas. Las técnicas rudimentarias que utilizan las personas en sus actividades económicas los obligan a emigrar a diferentes lugares de acuerdo con las épocas de pesca, siembra y rotación de los suelos, configurando, como diría Deleuze (2007) un entramado de “*prácticas discursivas de visibilidades*”, que concretan la actividad material de los sujetos en la producción del espacio, que es siempre, al mismo tiempo material y simbólico.

Particularmente, el campo material permite una nueva lectura de las dinámicas de movilidad y flujos de migración en esta zona de frontera. Con los intereses que van surgiendo en el Estado para el control de zonas estratégicas que permiten una conexión de la economía nacional a los mercados globales, y en la década de los 90, la llegada de los grupos armados ilegales, cultivos de coca y con ello el narcotráfico, se produjeron cambios y reestructuraciones en las motivaciones que históricamente han impulsado las dinámicas de migración afrocolombiana hacia Ecuador. La movilidad que en un principio se estableció por motivos familiares e intercambios comerciales ahora se conecta con una migración forzada impulsada por las violencias armadas y los despojos territoriales, a la par que las prácticas de la agricultura tradicional son sustituidas por sistemas de cultivos

¹²La “locomotora del desarrollo” en Colombia despegó con las reformas neoliberales de la década de 1990, y se fortalece con el nuevo código minero de 2001 y los siguientes dos periodos presidenciales de Álvaro Uribe (2002-2010). Durante el gobierno de Uribe, la inversión extranjera en el sector minero-energético aumentó de 42 a 67% del total de la inversión extranjera directa (Banco de la República).

agroindustriales y cultivos de coca capaces de transformar ambientes naturales en tierra muerta para los productos de primera necesidad (arroz, plátano, maíz y yuca).

En los dos campos señalados el territorio no es únicamente el escenario para la acción social de las comunidades, economías extractivas y grupos armados ilegales. Se trata siempre de un espacio *valorizado* sea instrumentalmente (como escenario de proyección y planificación del capital), sea cultural y comunitariamente (como escenario simbólico-expresivo).

En efecto, el territorio solo existe en cuanto ya valorizado de múltiples maneras: como zona de refugio, como medio de subsistencia, como fuente de productos y recursos económicos, como área geopolíticamente estratégica, como circunscripción político-administrativa, como “belleza natural”, como objeto de apego afectivo, como tierra natural, como espacio de inscripción de un pasado histórico o de una memoria colectiva, como símbolo de identidad socioterritorial, etc. (Giménez, 1996, p.10).

Frecuentemente, esta “valorización” del territorio adquiere un sentido activo y práctico por mecanismos de intervención para mejorarlo, transformarlo y enriquecerlo. Las economías extractivas producen el espacio en formas parceladas, medibles, cuantificables y vendibles, lo que supone un proyecto de construcción o reconstrucción del espacio y con ello el establecimiento de relaciones de producción, dominación y explotación. Por su parte los grupos sociales que habitan el espacio ribereño, si bien construyen formas de organización del territorio para el desenvolvimiento de sus economías tradicionales y/o de subsistencia, también es el espacio de la experiencia material y cotidiana que articula tanto la producción como la reproducción social comunitaria. Bajo esta perspectiva, Gilberto Giménez (1996) habla de una “fabricación” del territorio, al sugerir que en el mundo moderno el territorio es cada vez menos un “dato” preexistente y cada vez más un “producto”, es decir el resultado de una fabricación.

Las economías de subsistencia y las dinámicas del capital agenciadas tanto por el estado como por los grupos armados manejan los espacios locales de los ríos generando un campo de disputas entre las riquezas socioculturales que significa para las comunidades el dispositivo ribereño-fluvial, y el acaparamiento de tierras y territorios que se viene incrementado, en manos de foráneos. Las economías de subsistencia “se vuelve insostenible y se insertan cada vez más, en condición de dependencia aguda ya que no

disponen de capital ni asistencia técnica, en las nuevas estructuras de producción, trabajo y comercialización impulsadas por el capital agroindustrial y maderero” (Hoffmann, 2002, p.57).

Progresivamente las comunidades van teniendo menos control sobre sus territorios, ya que el control está siendo ejercido por otros actores sociales. De hecho, y esto es clave para mi argumentación, el control territorial a mano de actores externos coexiste con condiciones históricas de empobrecimiento de los lugares afrocolombianos. Si bien el caso más extremo de movilidad es la migración forzada ocasionada por el despojo de tierras y territorios a manos de grupos armados, las economías extractivas y economías del narcotráfico, también los contextos estructurales de pobreza y exclusión han configurado una *espacialidad del destierro* que confina las vidas afrocolombianas a la periferia y zonas marginalizadas del desarrollo¹³ donde se actualizan violencias históricas contra ellos (García, 2010). Tales circunstancias han generado procesos de desterritorialización en las comunidades; una progresiva pérdida de tierras y territorios y, con ello, nuevas dinámicas de apropiación del espacio en contextos transnacionales. Lo que da lugar a diversos tipos de intersecciones territoriales que amplían los vínculos de la realidad cotidiana/comunitaria con redes y flujos de intercambio, información y movilidad a escala global.

Las espacialidades y temporalidades que produce la desterritorialización no se ubican sencillamente por fuera de la región Pacífico, sino que se insertan en la región o surgen de allí, lo que produce complejas imbricaciones entre la continuidad y la discontinuidad del espacio vivido y la extensión de límites territoriales y simbólicos en los lugares nuevos de residencia y asentamiento. A continuación, veremos de manera más detenida cómo se generan los procesos de desterritorialización y reterritorialización en los grupos sociales.

¹³ Como ya se mencionó, esta zona de frontera se caracteriza por la persistencia de una infraestructura vial precaria y de índices de necesidades básicas insatisfechos por encima del nivel nacional. Los territorios en su mayoría no cuentan con sistema de energía eléctrica, alcantarillado y acueducto, a esto se le suma que las escuelas por lo general llegan hasta el grado quinto de primaria, convirtiéndose en un motivo más para la migración forzada de estudiantes que desean terminar el ciclo escolar.

1.4 PRÁCTICAS DE DESTERRITORIALIZACIÓN Y RETERRORIZACIÓN

Para Haesbaert (2002) cuando la movilidad y flujos de migración se desarrollan en contextos de precarización de las condiciones materiales de los grupos sociales conlleva a dinámicas de desterritorialización. La desterritorialización, entendida como fragilización o pérdida del control del territorio de los grupos sociales implica de manera simultánea una destrucción del espacio vivido y una reconstrucción territorial. Es decir, la desterritorialización no ocurre solamente cuando las poblaciones locales son expulsadas a la fuerza de sus tierras y territorios; sino también cuando son confinadas vivir en espacios de progresivo deterioro y empobrecimiento. No obstante, la desterritorialización:

Puede estar relacionada también con procesos de desidentificación y pérdida de referencias simbólico-territoriales –lo cual refleja una pérdida de control del espacio, como ocurre con muchos grupos de los “sin techo” y con aglomerados humanos como algunos campos de refugiados o algunas situaciones de conflictos y violencia generalizada-. (Haesbaert, 2002, p. 26).

En México, autores como Gilberto Giménez, sugieren que la desterritorialización física no implica automáticamente la desterritorialización en términos simbólicos y subjetivos. Para este autor “se puede abandonar físicamente un territorio, sin perder la referencia simbólica y subjetiva al mismo a través de la comunicación a distancia, la memoria, el recuerdo y la nostalgia. Cuando se emigra a tierra lejanas, frecuentemente se lleva “la patria adentro” (Giménez, 1996, p. 15). La pertenencia socio-territorial tiende a movilizarse a otros lugares donde las personas realizan una adecuación tiempo-espacio que recrea la cultura de su lugar de origen en el lugar de destino. No obstante, también se manifiestan nuevas formas de pertenencias socioculturales agenciadas en el establecimiento de relaciones sociales y de producción en el nuevo lugar de residencia. Por ejemplo, así se explica la emergencia de asentamientos de migrantes haitianos en las colonias periféricas del estado de Tijuana, bautizada por los pobladores locales como “*la pequeña Haití*”. Espacios transformados acorde a los simbolismos culturales que caracteriza a esta población. Toman relevancia los peinados tradicionales, gastronomía e intercambios en el aprendizaje del creole haitiano y el español como un campo de “etnicidad simbólica”, es decir un esfuerzo por recuperar y reconstruir *in situ* la cultura del lugar de origen.

El concepto de desterritorialización está asociado a lo que Haesbaert ha denominado “multiterritorialidad” como la posibilidad de tener la experiencia simultánea y/o sucesiva de diferentes territorios reconstruyendo constantemente el propio, lo que implica la formación de territorios red o sistema de lugares. En la frontera Colombia-Ecuador las comunidades afrocolombianas han construido una multiterritorialidad sucesiva que implica una movilidad física de desplazamientos que ignora la presencia legal de la frontera, configurando, un flujo de migraciones transnacionales. Tomando como punto de referencia las aportaciones pioneras de Basch, Glick-Schiller y Blanc-Szanton (2005) los flujos migratorios están caracterizados por la generación de redes territoriales, actividades y patrones de vida que comprenden tanto a la sociedad receptora como a la de origen. En este sentido la extensión y el mantenimiento de intercambios y solidaridades objetivas y simbólicas que congregan dos sociedades en un mismo campo social permiten una nueva conceptualización de la población migrante, en lo que las autoras han denominado “transnacionalismo”, concepto que describe a los migrantes como “transmigrantes”.

Hemos definido al transnacionalismo como el proceso por el cual los inmigrantes construyen campos sociales que articulan a su país de origen con el país de destino. Los inmigrantes que construyen tales campos sociales son denominados “transmigrantes”. Los transmigrantes desarrollan y mantienen múltiples relaciones -familiares, económicas, sociales, organizacionales, religiosas y políticas que atraviesan las fronteras. Los transmigrantes toman medidas, toman decisiones, tienen intereses y desarrollan identidades dentro de las redes sociales que los conectan con dos o más sociedades simultáneamente. (Basch, *et al*, 2005, p. 68).

En la perspectiva de los estudios transnacionales las poblaciones migrantes que mantienen una presencia simultánea en dos o más sociedades nacionales estructuran sus localizaciones en un conjunto de múltiples redes –sistema de lugares- entrelazados y, a través de los cuales se organizan la circulación de bienes, creencias, tradiciones, remesas, dinero y medios de producción.¹⁴ Las prácticas sociales que agencian estas poblaciones, el mantenimiento y negociación de intercambios y de identificaciones objetivas y simbólicas entre el país de origen y el país de destino, genera una afectiva ampliación del espacio de

¹⁴Por ejemplo, en las familias afrocolombianas, la siembra y venta de cultivos de pan coger y actividades de la pesca, no solamente son destinadas para satisfacer las necesidades de autoconsumo e intercambio en el mercado local, sino también dan impulso a una economía transfronteriza.

sus vidas que los obliga a experimentar, rehacer y negociar diferentes conceptos identitarios: nacionales y étnicos, utilizados de manera estratégica para adaptarse y resistir a las difíciles circunstancias e ideologías dominantes¹⁵ con que se enfrentan en sus campos transnacionales (Basch, *et al*, 2005).

La cercanía cultural entre las comunidades afrocolombianas y afroecuatorianas y el peso de una historia compartida intensifican de forma cotidiana intensas relaciones e interacciones sociales en constantes procesos de significación. Estas comunidades han desarrollado un *modo de vida transnacional* en el que se asume la frontera como un espacio de intersección de identidades, fuertemente enraizadas al mantenimiento de intercambios y de solidaridades entre sí; así como a factores como la familia, el parentesco, costumbres y prácticas productivas. En este sentido el dispositivo ribereño-fluvial en la frontera “sea para el comercio o para viaje más duraderos, la movilidad entre estos lugares contribuye a construir y mantener un espacio amplio de referencia, propio de las poblaciones negras, donde se reconocen “en familia” (Hoffmann, 2002, p.54).

En el imaginario colectivo de las personas los límites fronterizos que las separan no son precisos y fijos, estos son mutables y cambian. La frontera la asumen como un espacio relacional, vital, incluso circular en la que en palabras de sus pobladores se navega de “arriba abajo” se camina “de un lado a otro”, se “siembra y se cosecha”. La conexión transnacional de las familias, sus relaciones culturales y comerciales, así como los circuitos de navegación, dibujan itinerarios y rutas entrelazadas establecidas hace tiempo, en ellas cada desplazamiento está cargado de sentidos, y cada nuevo recorrido refuerza sus relaciones económicas, culturales y de parentesco. En otras palabras, la frontera, es una extensión del

¹⁵ En el espacio ecuatoriano las personas afrocolombianas con el fin de evitar experiencias de xenofobia derivadas de los estereotipos negativos que asocian a los colombianos como “narcotraficantes”, “guerrilleros” o “paramilitares”, asumen en diferentes contextos un reconocimiento como ecuatorianos al hacer uso de manera estratégica de identificaciones asociadas a características “corporales visibles” como el color de piel con las poblaciones afroecuatorianas. De ahí que en el contexto transnacional la vida de los migrantes afrocolombianos se desarrolla a partir de la interacción de múltiples fenómenos (relaciones históricas, condiciones estructurales e ideológicas de sus sociedades originarias y receptoras).

propio hogar y, en fin, un medio para construir su identidad y mantenerse en comunión con sus lugares de origen.

Analizar las razones por las que existen personas en continuo movimiento y tránsito, supone mirar en primer lugar la producción material y simbólica de la frontera y, dentro de ese contexto, cómo se articulan relaciones de dominación y explotación agenciadas por las dinámicas del capital, los grupos armados ilegales y las económicas del narcotráfico. Por supuesto, no se puede negar que los movimientos y tránsitos en la frontera colombo-ecuatoriana articulan relaciones socioculturales y familiares entre los afrodescendientes de ambos países; no obstante, estos movimientos se combinan y metamorfosean dentro de estructuras políticas y económicas más amplias para desencadenar en flujos de migración forzada a escala transnacional. ¿Cómo abordar la complejidad de los campos de movilidad y flujos de migración transnacional motivados por la ausencia del Estado, las economías extractivas y las economías del narcotráfico en un territorio fronterizo como el que marca los límites entre Colombia y Ecuador? Sin perder de vista que la producción de esta frontera como espacio de vida de las comunidades afrocolombianas está imbricada con procesos coloniales y neocoloniales de racialización de los espacios y personas.

La conexión entre lugares en la frontera Colombo-ecuatoriana, los continuos movimientos de idas y venidas de los afrocolombianos, permite que esta investigación se desarrolle a partir de una etnografía multisituada y desde una perspectiva multidisciplinar con enfoques históricos y geográficos para abordar la complejidad de la movilidad en sus múltiples formas: movilidad pendular/local y multirresidencial y flujos migratorios transnacionales. En estas personas y comunidades cada itinerario de movilidad puede ser concebido como una experiencia de viaje que va madurando una práctica espacial y temporal en la forma de apropiarse de la frontera y el dispositivo ribereño-fluvial, lo que les permite transitar hacia epistemologías comunes cuyo hilo conductor ha sido la vivencia en movimiento. Todas las personas han desarrollado experiencias específicas de movilidad, de ahí que nociones como las de arraigo local o residencia fija no alcanzan a dar cuenta de las conexiones históricas de residencias y viajes en la conformación del sistema de lugares a través de la frontera y entre comunidades, y cómo las fuerzas globales del capital, por una parte, canalizan estas conexiones y, por otra fragmentan y generan procesos de

precarización socioespacial. En el siguiente capítulo se abordan los principales referentes teóricos y metodológicos sobre la etnografía multisituada y su aplicabilidad en el trabajo de campo de los antropólogos.

Ilustración 2. Familia afrocolombiana en el río Mira



Fuente: fotografía propia 18 de diciembre de 2015.

1. CAPÍTULO: UNA ETNOGRAFÍA MULTISITUADA EN LA FRONTERA COLOMBO-ECUATORIANA

Entre trochas, orillas, manglares y montes nos abrimos paso por estas tierras. Excavando con palas creamos esteros que recortan los caminos para ir a trabajar al monte y llegar a las veredas vecinas. Recuerdo que la gente fue remontando el río hasta su desembocadura en el mar buscando tierras firmes para sembrar sus casas. La gente llegó de muchas partes: de Ecuador, Barbacoas, Buenaventura hasta del Putumayo, fueron poblando con lo que tenían a su alcance. Para construir las casas los viejos caminaban monte a dentro a buscar mangles gruesos que sirvieran de pilares para las viviendas; siempre procuramos construirlas altas para no vernos afectados con las subidas de marea del río. Cada familia, de las primeras en llegar aquí, se adueñó de un pedazo de tierra y las repartió con sus familiares para que cultivaran alimentos. La gente está acostumbrada a ir y venir de Ecuador todos los días para vender o comprar alimentos, buscar trabajo o simplemente visitar a sus familiares.

En el pasado estos pueblos estaban bien poblados, hasta la punta del río que desemboca en Palma Real Ecuador había bastantes casas, poco a poco la gente se fue yendo, algunos por el estudio de los hijos y otros porque los grupos armados les asesinaron familiares o los amenazaron por no querer entregar sus tierras para cultivar la coca. Hay veredas que ya desaparecieron, en algunas sólo quedan casas abandonas. La gente no solamente se está yendo por la guerra, también porque aquí la tierra ya no es productiva, por donde usted sale solo hay coca; las fumigaciones con glifosato mataron todos nuestros cultivos menos las matas de coca; los cultivos de palma africana envenenaron la tierra cuando les cayó la peste del cogollo. Uno aquí vive de los pocos cultivos de pancoger que sobreviven en el monte y de la caza de animales. Por aquí ya no hay que comer, el pescado, la concha y los cangrejos desaparecieron después de que la guerrilla dinamizó el oleoducto trasandino y contaminó con petróleo todo este río. En los manglares donde antes sacábamos nuestra comida, ahora sacamos petróleo.

En estos pueblos estamos quedando los viejos, la gente joven viene por temporadas a sembrar y cosechar la coca o a talar los pocos árboles que quedan para sacar madera (Pedro Nazareno, vereda el Congal Frontera).

El relato de Pedro Nazareno refleja el problema y desafío metodológico a tratar en esta investigación. En principio narra las movilidades en el espacio local y transnacional que desarrollan las personas afrocolombianas en la frontera colombo-ecuatoriana. Historias de arraigo en la creación de culturas y veredas se entrecruzan con procesos de desarraigo motivados por la precariedad de los territorios, cambios en el medio ambiente y violencias armadas. Generacionalmente, en esta frontera se articulan complejas historias de localización, residencia y movilidad; las personas producen el espacio en una serie de encuentros en *viaje* que son el reflejo del cambio cultural e invenciones colectivas y/o individuales a circunstancias que fortalecen o limitan la estabilidad de sus lugares, y la configuración y reconfiguración de sus culturas, identidades y economías tradicionales. De esta manera, los pioneros procesos de localización, poblamiento y desplazamientos establecidos hace tiempo se dan dentro de un campo de crecimiento de los circuitos globales de las economías extractivas y del narcotráfico en geografías que históricamente han sido ubicadas como lugares en los márgenes del desarrollo social y económico del país, pero estratégicas por la disponibilidad de recursos naturales y conexiones fronterizas para la integración de los mercados regionales y globales.

Retomando el planteamiento de Haesbaert (2002) todo proceso de desterritorialización produce una multiterritorialidad en distintos órdenes e intensidades que se materializan tanto a nivel local como en complejas interconexiones a nivel transnacional. Al respecto, Appadurai (1990) sostiene que las múltiples interconexiones local/transnacional se producen a partir de la idea de flujos "*flows*", esto *es* la circulación de ideas, ideologías, tecnologías e imágenes que distinguen diferentes mosaicos emergentes en la producción material y simbólica de las culturas. Afrontar estas múltiples interconexiones, sus propias rutas, sus espacios y tiempos de producción en trabajos etnográficos que trasciendan el localismo de las culturas, implica el análisis de las actividades realizadas por sujetos/grupos sociales a través de prácticas de movilidad y yuxtaposiciones históricas y políticas de localizaciones y desplazamientos que deben entenderse de una manera más fluida y líquida –como diría Bauman (2012)- es decir, no arraigadas en un tiempo y espacio concreto, sino como señala Marcus (2001) abordarlas en su heterogeneidad que al mismo tiempo da cuenta del sistema mundial en el que estamos inmersos.

James Clifford (2008) en su libro *“Itinerarios Transculturales”* enfatiza las dimensiones de una imagen de la ubicación humana, constituida tanto por el desplazamiento como por la inmovilidad. Clifford muestra como la cultura es un producto histórico que surge en la diversidad de desplazamientos, la dimensión temporal de su desarrollo, el efecto de su multilocalidad en la producción de las culturas y las particularidades de las experiencias complejas de residencia y viaje en los cruces y trayectorias regionales y transnacionales que agencian los sujetos y grupos sociales. Para este autor el concepto de viaje incluye una gama compleja de experiencias: prácticas de cruce e interacción que perturban el localismo de muchas premisas tradicionales acerca de la cultura “según esas premisas, la existencia social auténtica está, o debería estar, circunscripta a lugares cerrados [...] se concebía la residencia como la base local de la vida colectiva el viaje como un suplemento; las raíces siempre proceden a las rutas” (Clifford, 2008, p.13). En cuanto este autor comenzó a considerar las diferentes formas de viajes en sus trabajos etnográficos con los indios mashpee de Cape Cod, Massachusetts, sostiene que la idea de cultura ligada a presupuestos de crecimiento y vida natural no tolera rupturas radicales con la continuidad histórica. De ahí que las metáforas de autenticidad y continuidad local no dan cuenta de procesos históricos de apropiación, invención y renacimiento en contextos y lugares porosos. Estos procesos conforman la actividad de un pueblo que se hace y rehace así mismo a través de movimientos, negociaciones y luchas. En este sentido, la cultura no se reduce a un tiempo-espacio fijo y delimitado; por el contrario, es un significante denso de relaciones simbólicas y materiales constituido y reconstituido en diversos grados de interacción de los sujetos en sus espacialidades a nivel local, nacional y transnacional.

Si repensamos la cultura y su ciencia, la antropología, en términos de viaje, la tendencia organiza, naturalizante, del término “cultura” –vista como un cuerpo enraizado que crece, vive y muere- queda cuestionada. Se ponen de relieve y se ven con mayor claridad las historicidades construidas y disputadas, los sitios de desplazamiento, interferencia e interacción. (Clifford, 2008, p.38).

La noción de “viaje” propuesta por James Clifford ofrece un marco de interpretación a las topografías materiales y discursivas del sistema de lugares creado en las trayectorias de localizaciones y movilidades de las comunidades afrocolombianas; en ellas

la ubicación, las raíces y rutas de los desplazamientos reflejan complejas historias locales, regionales y transnacionales establecidas hace tiempo pero que cada vez se dan en un campo de fuerza más poderoso: el capital extractivo y las economías del narcotráfico. Esto no quiere decir que los conocimientos, saberes, prácticas productivas y formas de organización socioterritorial de las comunidades estén deslocalizados; por el contrario, cada campo de movilidad y flujo de migración podría aparecer como constitutivo de algún cambio cultural, en lugar de ser una simple relocalización de residencias.

En las sociedades actuales caracterizadas por la desterritorialización y saturadas de interacciones de distintos órdenes espaciales e intensidades, atender a estas interacciones, principalmente, cuando se trata de trabajos sobre movilidades, desplazamientos, migraciones y diásporas implica un análisis profundo de lo local considerando las interconexiones a nivel transnacional. Lo que nos lleva a la pertinencia de elaborar trabajos etnográficos multisituados. La etnografía multisituada aparece en respuesta al contexto histórico y contemporáneo de un sistema mundo en la economía política capitalista (Marcus, 2001) de esta manera la producción cultural intensamente centrada sobre una localidad también refiere al contexto del sistema mundo a través de las conexiones y asociaciones de sujetos situados en fuerzas políticas, económicas y culturales transnacionales que atraviesan y constituyen los mundos locales, regionales y transnacionales (Clifford, 2008).

Las lógicas culturales, tan buscadas en antropología, son siempre producidas de manera múltiple, y cualquier descripción etnográfica de ellas encuentra que están, al menos parcialmente, constituidas dentro de sitios del llamado sistema (i.e. instituciones interconectadas de medios de comunicación, mercados, estados, industrias, universidades; las elites mundiales, expertas y clases medias). La estrategia de seguir literalmente las conexiones, asociaciones y relaciones imputables se encuentra en el centro mismo del diseño de la investigación etnográfica multilocal. (Marcus, 1995, p.112).

Las conexiones de diferentes espacios y tiempos materializados en la construcción de lugares (Harvey, 1989) y sus efectos en la producción cultural de las personas y grupos sociales llevan aparejada modos de circulación de objetos, significados culturales e identidades en contextos discontinuos y porosos. En particular, en geografías que han sido producidas por los dispositivos de poder de los Estados-nación como “aisladas” y

“dispersas”, la etnografía multisituada permite comprender más claramente como están articuladas a relaciones de poder en permanente negociación y dominación en el sistema mundo. La etnografía multisituada contribuye a desnaturalizar las ideas de “aislamiento” y “dispersión” de los lugares para ser comprendidos en un campo discursivo que representa las desigualdades socioeconómicas y jerarquías “raciales” y de género de los grupos sociales como un retrato del sistema-mundo como totalidad.

Para diseñar una investigación multisituada Marcus (1995) propone que el investigador se mueva de un lugar a otro *siguiendo* literalmente el intercambio y circulación de las personas o grupos sociales que son objeto de estudio, lo que permite al etnógrafo descubrir y describir las conexiones y las múltiples formas en que los sujetos construyen sus mundos locales y la relación asumida de estos mundos con los destinos de las mismas personas en otros lugares. Para este autor la noción de “seguir” involucra tanto a las personas como a los objetos, símbolos y metáforas, historias de vida, discursos y percepciones. De acuerdo con esto, el ejercicio etnográfico, me llevó a redefinir una serie de estrategias y métodos que permitieran observar y “seguir” las rutas de movilidad y migración de las comunidades afrocolombianas en sus interconexiones local-transnacional. En principio comprender los sentidos espaciales de las comunidades afrocolombianas y describir etnográficamente las complejas experiencias de movilidad: raíces y rutas conectadas en un espacio de frontera. Los viajes de ida y vuelta a Ecuador, los viajes al “monte” (lugar de trabajo), las relaciones socioculturales y de producción entre veredas ribereñas y en algunos casos mareñas, los cambios de lugar de residencia por las inundaciones y desbordamientos de ríos, implica referir a la simultaneidad entre los ríos, la frontera y el mar como espacios de movimiento y estabilidad, desarraigo y permanencias, lugar del que se parte y adonde se llega. Las experiencias de movilidad lejos de significar una extensión o transferencia de significados culturales, describe complejas trayectorias de historicidades construidas y disputadas, sitios de desplazamientos y prácticas de cruce e interacción producidas por las personas y resultantes de procesos de desterritorialización y multiterritorialidad en espacios locales y transnacionales.

De acuerdo con lo anterior el trabajo etnográfico trata de ver el hecho más radical de la movilidad y los flujos migratorios transnacionales: cómo cambian los lugares e

itinerarios de desplazamientos en respuesta a las violencias armadas y cambios económicos y ambientales del espacio. Los cambios se estudian a partir de las experiencias narradas por personas, familias y comunidades sobre momentos significativos en la transformación de sus lugares. Estos cambios dentro del sistema de lugares hacen visibles situaciones muy específicas que fracturan las acciones cotidianas en la vida de los sujetos con los lugares y espacios con los cuales se relacionan. Las fracturas no son siempre tangibles, también se constituyen en el plano de los imaginarios de los sujetos, teniendo repercusiones en los procesos socioculturales, territoriales y económicos que se dan en torno a la movilidad. Por tanto, para comprender la complejidad de la movilidad y los flujos migratorios a partir de las conexiones entre sistema de lugares no es suficiente recorrer varios lugares que existen físicamente, sino explorar las dimensiones subjetivas y simbólicas que surgen en las experiencias de desplazamientos. La propuesta de Marcus sobre la etnografía multisituada debe complementarse con un enfoque analítico de las emociones de los sujetos vinculadas a las trayectorias y desplazamientos por los lugares en que se desarrollan las actividades de la vida cotidiana. En la perspectiva de Shinji Hirai (2012):

El enfoque en las emociones asociadas con los lugares que forman parte de las rutas migratorias nos permite aterrizar el análisis de las narrativas de los migrantes y conocer sus experiencias y sus imaginarios sobre los lugares. Por otro lado, el análisis de las relaciones entre los imaginarios sobre el lugar, las representaciones del mismo y el lugar que existe físicamente nos permite explorar la formación de los imaginarios y las emociones y sus efectos sobre la realidad social. (p. 82-83).

Ahora bien, el trabajo de campo se enfocó en las tierras bajas del Pacífico sur colombiano. Apoyados en Whitten (1992) es posible señalar que esta región es un espacio pionero en la creación de las culturas afrocolombianas. Los paisajes acuáticos, su salida al mar, los ríos dispuestos transversalmente desde la cordillera Occidental hacia el mar, la riqueza ecológica, mineral y forestal y sus límites fronterizos con la República de Ecuador, son los espacios en los que se localizan de manera fluída y dinámica los procesos de poblamiento, movilidad y las múltiples formas en que la naturaleza está inscrita en la producción de la vida social y territorial de las comunidades afrocolombianas.

2.1 “EL CAMPO YA NO DA DE COMER, EL CAMPO SÓLO DA COCA”

Mi trabajo de campo inicio el 9 de diciembre del 2015. A las 5 am de la mañana, me dirigí al muelle pesquero el Bucanero, en el Municipio de Tumaco, para abordar una lancha que me conduciría hacia la vereda el Congal, ubicada en el Consejo Comunitario Bajo Mira y Frontera. Al llegar al muelle de embarque, me llamó la atención, la cantidad de hombres y mujeres, vestidos con botas pantaneras, quienes desembarcaban de las lanchas que acaban de llegar de los poblados del río Mira y río Mejicano, estas personas se dirigían a las *viñas*¹⁶ cercanas a comprar productos agrícolas, entre los que sobresalían racimos de plátano, coco, yuca, arroz y, lo más sorprendente, pescados. Inmediatamente me acerqué a una señora y le pregunté por qué estaban abasteciéndose de esos productos (mi pregunta surgía en el imaginario de una zona rural-riberaña rica en pesca y agricultura) la señora con una mirada de incertidumbre responde “*el campo ya no da de comer, el campo sólo da coca*”. En ese instante comprendí que los cultivos de coca estaban marcando nuevas dinámicas económicas y productivas en la región, por una parte, un mayor proceso adquisitivo de las personas a la vez que reconfiguraba el espacio de producción agrícola/pesquero que tradicionalmente ha sido la base de subsistencia de estas comunidades en un enclave de una economía cocalera.

Mientras esperaba sentada en las escaleras del muelle la lancha que me conduciría al Congal llegó don Mambo, un hombre afrodescendiente, originario del municipio de Barbacoas, quien hace 50 años llegó a Tumaco en el auge de la madera y la explotación de caucho. Al cruzar unas palabras con don Mambo, en la que le expliqué que me dirigía hacia el Congal, me comenta que el viaje ya no se hace directamente por el muelle Bucanero, sino que tenía que tomar un carro campero que me llevará hacia el muelle la Bocatoma y ahí abordar una lancha para el Congal. Le pregunté por qué se cambió las rutas del viaje, si apenas tres años, lo había realizado por este lugar. Don Mambo, me explica, que el trayecto en lancha que conecta el océano Pacífico con el río Mira está muy “caliente” dada la presencia de grupos guerrilleros y narcotraficantes en la zona dedicados a los asaltos y pedidas de “vacuna” para autorizar el paso de las lanchas de una vereda a otra, por lo que

¹⁶ Supermercados.

los lancheros que se dirigen de los ríos al casco urbano de Tumaco tienen que pedir permiso con antelación a estos grupos para solicitar el “paso”. Sin embargo, el problema más fuerte lo viven en el retorno a sus veredas, pues al viajar las personas con sus víveres se convierten en objetivo fácil de las extorsiones por parte de estos grupos. Por lo que muchos deciden retornar por la vía alterna, carretera-muelle Bocatoma, con el fin de salvaguardar sus compras. Lo que representa una pérdida para los lancheros, ya que en el retorno regresan por lo general sin pasajeros. Frente a esta situación, me dirigí a abordar el carro que me llevaría a la Bocatoma; durante un recorrido de dos horas por carretas destapadas en las que atravesamos la vereda Imbilí, reconocida por el terror y masacres que cometieron los grupos paramilitares entre el 2005 y 2009 con el objetivo de apropiarse de las tierras de los campesinos para la siembra de cultivos de coca. Es importante resaltar que el paisaje de estas dos horas de recorrido estaba atiborrado de la palma africana, llamada por los pobladores locales “la palma de la muerte”. Al llegar a la bocatoma abordé una lancha que me llevaría a mi destino. En una pequeña embarcación de no más de cuatro metros de largo viajamos 25 personas, entre mujeres y hombres, jóvenes, adultos y niños.

El recorrido en lancha fue de tres horas sobre las aguas del río Mira. Durante el viaje en cuatro ocasiones la lancha se detuvo en lugares concretos donde unos hombres con pasamontaña y pistolas sostenidas sobre la pretina de sus pantalones preguntaban para donde nos dirigíamos. El lanchero explicaba a qué veredas llevaría a los pasajeros, una vez dada la explicación, los hombres enmascarados autorizaban continuar con el viaje. En una de estas situaciones uno de los hombres armados le pregunta al lanchero ¿y la mona para dónde va? “mona” es el término utilizado hacia las personas de cabello y ojos claros, efectivamente, el hombre se estaba refiriendo a mí. Con titubeo el lanchero me pregunta si soy del Congal o si tengo familiares en ese lugar. Respondí en voz alta: *“soy nacida en Tumaco, pero me dirijo a visitar a mis familiares al Congal”*. El hombre armado me solicita darle el nombre de mi familiar, inmediatamente le respondí, soy la nieta de don Agustín Requené, me llamó la atención el comentario de este hombre frente a mi respuesta: *“no sabía que don Agustín tenía nietas monas”*. Un señor que viajaba a mi lado titubea a mi oído *“es raro ver gente como usted por estos ríos”*. No muy convencido con mi respuesta el hombre del pasamontaña autoriza continuar con el viaje.

Hasta este momento, mientras la lancha continuaba en su recorrido, surgieron en mi las siguientes reflexiones; por una parte, la espacialidad de los ríos, fuertemente trabajada por la antropología de los años 80 como un lugar de creación de identidades y culturas afrocolombianas, en ese instante representaba una “espacialidad de las violencias”, controlada por grupos armados que configuraban a través del control de la movilidad de las lanchas y personas fronteras invisibles sobre las aguas del río; por otra parte, la representación de los habitantes locales y grupos armados sobre las personas que transitan en esta espacialidad. Los comentarios de que no es común ver mujeres “monas” en la zona, no eran fortuitos, dado que, la presencia de hombres y mujeres “monas” se incrementó en el 2000 a raíz de la llegada de grupos paramilitares, gente proveniente, principalmente de las regiones del interior del país (regiones que como documentare en el capítulo 5 son asociadas aún criterio “racial blanco”). En este sentido una mujer “mona” en la zona, con frecuencia es una mujer paramilitar.

Las percepciones sobre el cuerpo en una geografía controlada por grupos armados redefinen el lugar del investigador en campo ¿Qué tipo de investigaciones podemos construir en contextos donde las “lógicas” de la violencia y la “racialización del cuerpo” reestructuran el ejercicio etnográfico? ¿Qué papel juegan nuestras subjetividades, narrativas y cuerpos en el discurso antropológico sobre la realidad social? Mi trabajo de campo afronta estos dilemas.

Una vez llegué a la vereda el Congal mis familiares me recibieron en el muelle apodado el “desembarcadero”. En este lugar las familias no cuentan con servicio de energía eléctrica, tampoco redes de telecomunicaciones. La comunidad puede acceder al servicio de energía por medio de una planta de electricidad que funciona entre las 6:00 pm y 10:00 pm. Por lo general esta planta cubre un promedio de dos bombillas y un televisor por casa. Su modo de funcionamiento es por medio de combustible. Las familias cada mes aportan una pequeña cuota de dinero (USD5) para la compra de combustible. Al día siguiente de mi llegada uno de los comandantes de un grupo guerrillero que opera en la zona preguntó por mí en la casa de mi abuelo. Inmediatamente salí a recibirlo. Este hombre que será nombrado en esta investigación como NN por motivos de seguridad, me preguntó cuál era el motivo de mi visita a la vereda y si entre mis cosas personales llevaba computadora o

algún medio de registro electrónico. Le platiqué que la razón principal de mi visita era realizar una investigación sobre la historia del pueblo y, que para tal objetivo necesitaba utilizar una cámara fotográfica, grabadora de voz y eventualmente una computadora. Su respuesta fue la siguiente:

Usted puede permanecer en la vereda ya porque es nieta de don Agustín. Ahora necesito que un día antes de regresar a su casa me muestre las fotografías, grabaciones de voz y su computadora. Usted bien sabe que esta zona es caliente y que aquí no puede entrar cualquier persona [...] mucho cuidado con las fotografías que toma, mucho cuidado con tomar fotos a las lanchas o a los jóvenes de las veredas. Ya está advertida.

Dada las advertencias de NN durante mis recurrentes viajes a la vereda le mostraba el material fotográfico y grabaciones obtenidas durante el trabajo de campo. Como consecuencia de las advertencias de NN el 10 de diciembre en horas de la tarde me dirigí con el pastor de la iglesia evangélica para solicitar un espacio en el culto de las 6:00 pm y socializar con las personas los objetivos de mi trabajo en la comunidad. A esta reunión acudieron principalmente mujeres, adultos mayores y niños. Les platiqué que estaría recorriendo la vereda, visitándolos en sus casas para realizar algunas entrevistas acerca de las prácticas de poblamiento y movilidad en el río Mira, que además eventualmente, sacaría algunas fotografías sobre sus economías tradicionales y los acompañaría a la realización de sus actividades rutinarias como la pesca, agricultura y criado de animales. Las personas accedieron a participar de la investigación. No obstante, era recurrente que los jóvenes se acercaran a preguntarme sobre a qué me dedicaba y si trabajaba para el gobierno. De manera particular, en los jóvenes llamaba la atención de que mis estudios de doctorado fueran en México. Esto tiene una explicación. A raíz del desarme de la guerrilla de las FARC nuevos grupos armados y cárteles del narcotráfico hacen presencia en el territorio con el objetivo de apropiarse de antiguos territorios controlados por las FARC y ser los nuevos caciques de los cultivos de coca y la minería ilegal. De manera particular cárteles mexicanos han ganado terreno y se han apoderado del manejo de las rutas del narcotráfico en esta zona de frontera. En la cárcel de Tumaco hay más de medio centenar de personas de nacionalidad mexicana que han sido capturadas en los últimos meses tras operativos de las Fuerzas Militares que han dado como resultado intercepciones de lanchas y submarinos que salen de la frontera colombo-ecuatoriana con cargamentos de clorhidrato de cocaína hacia

México (El Tiempo, junio, 2018); esto explica las advertencias de “NN” de no tomar fotografía a la lanchas y jóvenes de la comunidad. Frecuente los viajes con cargamento de cocaína son realizados por tumaqueños, ecuatorianos y mexicanos.

Al respecto de lo anterior, la Fundación Ideas para la Paz (FIP), ha señalado que el grupo de disidentes de las guerrillas de las FARC comando por alias “Guacho” es un brazo armado del cartel de Sinaloa, por su parte el Cartel Jalisco Nueva Generación es asociado a la llamada Guerrilla Unidad del Pacífico. Según la Fiscalía de Colombia:

Desde enero de este año, ese organismo advirtió que los carteles mexicanos ya empezaron a adquirir plantaciones de coca en Colombia. Hemos capturado a agrónomos e ingenieros de ese país que están mejorando la productividad de la planta en laboratorios, y cada vez es mayor el número de ciudadanos de esa nacionalidad que participan en actos delictivos: van más de un centenar. (El tiempo, 11 de noviembre de 2018).

En contextos de conflictos armados y desarrollo de las economías del narcotráfico preguntas como las que me realizaron los jóvenes de la comunidad son recurrentes para los antropólogos y etnógrafos. Cada dato de campo, fotografía y entrevista se puede convertir en una evidencia sobre las formas en que operan los grupos armados ilegales y sus prácticas de violencias contra las comunidades locales. Si bien, mi investigación tenía como objetivo principal analizar los patrones históricos de poblamiento, movilidad y flujos de migración de las comunidades afrocolombianas hacia Ecuador, en otras palabras las prácticas de producción del espacio que configuran la frontera y sus efectos sobre la vida comunitaria, en especial sobre el ejercicio de producción y reproducción de los territorios, cada ruta de viaje con las personas, cada espacio en el que se desarrollan sus actividades rutinarias, sus narrativas sobre las formas de representar a la frontera, están permeadas por experiencias de violencias derivadas de las dinámicas misma de la guerra y el narcotráfico, tales como su extensión en el tiempo, las transformaciones en los mecanismos de violencia de los grupos armados y el entrecruzamiento de múltiples tipos de violencia.

La vereda el Congal-Frontera operó como la residencia base para el trabajo de campo. Durante los años 2015, 2016 y 2018, recorrí en promedio de tres a cuatro meses por año el sistema de lugares que se conecta a través del dispositivo ribereño-fluvial veredas integradas al consejo comunitario Bajo Mira y Frontera y sus relaciones con el municipio

de San Lorezo en la provincia de Esmeraldas, Ecuador. El trabajo de campo en un primer momento se enfocó en explorar la espacialidad del río Mira. Con la intención de conocer temas relativos a los itinerarios de la movilidad pendular entre veredas, las relaciones comerciales y vínculos de parentesco en el espacio local, realicé recorridos multisituados que comprendieron las siguientes trayectorias entre veredas: Descolgadero, Playón, Carlos Sama, Pueblo Nuevo, Cacagual, Alto Guabal, Bajo Guabal, El Congal, Bocana Nueva, Sagumbita. Los recorridos fueron realizados en embarcaciones de lanchas y canoas, lo que permitió tejer puntos comunes en cómo operan los procesos de producción del espacio en las personas y comunidades y cómo estos se expresan en las relaciones entre sí y entre vecinos. El vínculo con las comunidades ribereñas permitió desarrollar una serie de entrevistas grupales, principalmente con mujeres (ya que los hombres se internan desde muy temprano en sus fincas para la realización de actividades agrícolas) intentado a responder cuáles son los cambios culturales a consecuencia de los desbordamientos de ríos en sus veredas y las constantes movimientos de cambio de residencia.

Ilustración 3. La llegada al Congal-Frontera



Fuente: fotografía propia, diciembre de 2015.

En la vereda el Congal-Frontera, compuesta por 74 viviendas y un promedio de 98 familias, se abordaron temas relativos a la historia de poblamiento, reparto de tierras y

economías tradicionales. En esta vereda en particular, me interesé por el análisis de los espacios y tiempos de producción de la tierra, principalmente, las economías de subsistencia. Lo que permitió desarrollar una observación participante con los habitantes en sus actividades agrícolas que consistió en viajar todos los días con ellos al “monte”, lugar de tierra firme, en donde se encuentran pequeñas parcelas de tierra cultivadas con cacao, plátano y coco. Estas actividades si bien cuentan con la participación de mujeres y niños es realizada principalmente por adultos mayores. Particularmente, en las actividades relacionadas con el cacao, una vez que las familias cumplían con el ciclo de cosecha y secado de la misma viajábamos a la zona urbana del municipio de Tumaco a vender el producto a las empresas chocolateras. Por otra parte, en promedio tres veces a la semana viajamos en pequeñas canoas a los esteros de Purún Guabal y Aviguaral para las actividades relacionadas con la pesca y extracción de cangrejos y conchas de los manglares, esta última ejercida principalmente por mujeres y niños.

En el Congal-Frontera los flujos de migración transnacional han existido siempre; sin embargo los motivos pueden cambiar de acuerdo a la generación de pertenencia ¿cómo representan las personas las conexiones culturales y económicas fronterizas? ¿Qué relaciones de nacionalidad y transnacionalidad se despliegan en estos flujos migratorios? ¿Cómo la frontera abre posibilidades para ampliar el sistemas de lugares? ¿Qué flujos de ideas, mercancías y tecnologías circulan en este ir y venir por la frontera? ¿Qué identidades y/o hibridaciones culturales se producen por estos movimientos transnacionales? Los relatos de viajes intentan dar cuenta de las rutas, espacios y tiempos de producción de la migración transnacional, además intentan responder por qué algunas personas migran y otras no ¿Qué representa económica y socialmente la migración hacia Ecuador? Las familias han construido una residencia multiterritorial que conecta a la vereda con San Lorenzo, Ecuador y, en algunos casos, se amplía a territorios como Quito. En promedio dos veces a la semana viajé con algunos integrantes de las familias pioneras a San Lorenzo, los viajes se establecían por diferentes motivos: visitas familiares, venta de productos agrícolas y pesqueros en la plaza de mercado de San Lorenzo, compra de cilindros de gas y alimentos (arroz, azúcar, aceite, harina, refrescos) en comparación con Tumaco estos productos son más económicos en Ecuador, visitas familiares y asistencia a centros de salud

(independientemente del estatus migratorio las personas colombianas son atendidas de manera gratuita en los centros de salud del país vecino).

Con el objetivo de tejer la relación de las personas con sus espacios ¿Cómo los producen? Y ¿Cuáles son las significaciones socioculturales que adquieren estos espacios en los procesos organizativos comunitarios y sobrevivencias individuales y/o familiares? implementé talleres de cartografía social e historia oral con cuatro familias. La caracterización principal de estas familias se estableció con base en los años de residencia en la comunidad, privilegiando a los descendientes de las familias fundadoras. En tres de estas familias algunos de sus miembros tienen el estatus de refugiados en Ecuador, lo que me permitió realizar un mapeo sobre las rutas de movilidad de las personas que han migrado por razones del conflicto armado en esta zona.

A través del análisis de los vínculos de la “familia extensa” se reconstruyó la memoria de poblamiento y movilidad de las personas entre las veredas ribereñas y mareñas y su extensión en el espacio transnacional. De manera particular, analizar los vínculos familiares en etnografías multisituadas permite ver como “por medio de estos vínculos se conforman redes translocales por las que fluye información y los recursos económicos en forma de remesas; a través de ellos se toman decisiones que afectan tanto a quienes permanecen en el lugar de origen como a quienes han emigrado” (Quecha, 2016, p. 13). Para construir estos vínculos el trabajo se focalizó con las familias pioneras en los procesos de fundación de la vereda, estos son los Nazareno, Borjas y Requené y las familias “llegadizas” (por utilizar una expresión local) estos son los Martínez, Cabeza y Quiñones. Es importante aclarar que el término “llegadizas” hace referencia a las familias que se establecieron en la vereda en los últimos 60 años principalmente para trabajar en el auge de las empresas madereras y camaroneras. Haciendo uso de la historia de vida de los adultos mayores se reconstruyeron los pioneros procesos de poblamiento y formación de los lugares y se elaboraron los itinerarios y rutas de movilidad afrocolombiana entre Colombia y Ecuador antes de la delimitación legal de la frontera. Con las familias “llegadizas” se realizó un mapeo espacial de los lugares que habitaron en las últimas décadas, con frecuencia estas familias provienen de pueblos “mareños” que desaparecieron producto de las subidas de marea e inundaciones. Así viajé hasta los antiguos caseríos mareños de La

Barca y Antiguo San Jacinto en los que hoy quedan restos de palafitos sembrados sobre las orillas del mar.

En las veredas Bocana Nueva y Bocana Santo Domingo los núcleos familiares se han repartido entre lugares ribereños y mareños. En el caso específico de la Bocana Santo Domingo, habitan cuatro familias, para quienes los dispositivos de localización y movilidad se entrecruzan entre lugares del río y mar. Los mareños son pescadores y los ribereños agricultores. Todos los días estas familias cruzan las fronteras invisibles de mar y río para el intercambio y venta de alimentos ¿Qué relaciones socioterritoriales pueden interactuar en este ir y venir por la espacialidad del río y mar? El trabajo etnográfico se enfocó en comprender las experiencias y expectativas de cambio cultural en una espacialidad que intercepta itinerarios entre el río y mar. Por otra parte, según pobladores locales en los últimos 20 años, los lugares mareños, por tener una mayor cercanía con los municipios de Palma Real y San Lorenzo, Ecuador, se han convertido en centros de distribución de combustibles para los grupos armados y narcotraficantes. Esta situación permitió ampliar el análisis del cambio cultural en comunidades y lugares que cumplen un lugar específico en la cadena productiva de las economías del narcotráfico: centros de acopio para el tráfico ilegal de combustibles.

Los hombres jóvenes se desempeñan en funciones muy específicas relacionadas con la tala de madera y siembra de cultivos de coca. En algunos casos el cultivo y recolección de la coca también involucra a los niños (niños raspachines) específicamente para el deshoje de los arbustos de coca. Existen dos modalidades en los cultivos de coca: una voluntaria y otra forzada. En la modalidad voluntaria las personas y familias afrontan los riesgos que implica sembrar la coca porque el dinero obtenido es más rentable para la satisfacción de sus necesidades básicas. Este cultivo se está cosechando a los dos meses y medio y ofrece en promedio 3.5 cosechas al año y en cada una de ellas los campesinos recolectan unas tres toneladas de coca que venden a los narcotraficantes o sus intermediarios. La tonelada de hoja de coca cuesta USD1000. Un kilo de coca ya procesado cuesta USD2000, al cual deben restarle el costo de sus ayudantes y los fertilizantes. Por su parte las cosechas de cacao, plátano, naranja, coco y limón son tardías y las pagan a un precio mínimo. Por ejemplo, en lo relacionado con los cultivos de cacao la producción de

frutos comienza entre tres y cuatro años, el rendimiento de las cosechas depende de la calidad del suelo, el clima y los contextos socioeconómicos asociados a las fluctuaciones de precios. En promedio una familia cosecha cada dos meses siete arrobas de cacao (80 kilos). En el mercado las empresas chocolateras compran el kilo a USD2, por tanto el ingreso promedio de estas familias es de USD160 cada dos meses. A este ingreso se le resta el precio de traslado en lancha del producto a la zona urbana de Tumaco (en promedio USD15) y el pago a uno o dos trabajadores que colaboran con la recolección del fruto y su secado (en promedio USD10 por día de trabajo), quedando un total de USD145 (menos del salario mínimo) con los que las familias tienen que sobrevivir dos meses. En particular, indagar con las familias la rentabilidad económica que obtienen de los cultivos tradicionales versus los cultivos de coca permitió problematizar las posturas de sectores diversos de comunidades afrocolombianas que se oponen a la erradicación de los cultivos ilícitos en el marco de la implementación de los Acuerdos de Paz; así como dimensionar los alcances que tendrían la generación de modelos de desarrollo alternativos que compitan con la rentabilidad de la coca y permitan el incremento de la producción de las economías del narcotráfico.

Es importante mencionar que no existen tierras exclusivas para los cultivos de coca, frecuentemente los cultivos tradicionales coexisten en el entremedio de la coca. Los arbustos de coca han alcanzado el tamaño de árboles y se han extendido en toda la tierra firme de las comunidades ribereñas, estos espacios son controlados por diferentes grupos armados. Particularmente acompañar a los jóvenes a sus lugares de trabajo permitió construir y deconstruir los imaginarios que el territorio adquiere para estas personas en un contexto de expansión de las violencias armadas y los cultivos de coca, teniendo en cuenta que estos imaginarios se transforman de acuerdo a la generación de pertenencia.

Con los continuos viajes al “monte” y manglares se identificaron los itinerarios de movilidad que han transformado las representaciones de los lugares afrodescendientes como espacios de identidades culturales y territoriales. En las rutas de viaje constantemente las personas hacían referencia a ciertas localizaciones convertidas en “paisajes del terror” producto de la confrontación armada en la zona. Antiguos espacios en que las comunidades desempeñaban actividades agrícolas o pesqueras ahora son en palabras de los pobladores

“lugares fantasmas” o “fosas comunes” que traen a la memoria los asesinatos selectivos, despojos de tierras y territorios y masacres colectivas ejercidas por los grupos armados. Expresiones como *“por ahí no caminemos porque asustan”* *“a orillas de ese estero encontramos un cuerpo”* o *“allá dentro del manglar se escuchan voces”* eran comunes en cada ruta de viaje. Estas expresiones dan cuenta de cómo las personas y comunidades, por una parte son obligadas a modificar sus rutas de movilidad socioterritorial y productivas para adecuarse y responder a los contextos de violencias y, por otra, cómo los manglares y montes, formaciones históricas en los pioneros procesos de poblamiento y creación de las culturas afrocolombianas, ahora son representados como una naturaleza hostil y peligrosa. Para registrar el cambio cultural en la representación de los lugares se implementó un taller pedagógico con niños y jóvenes con el objetivo de conocer y analizar sus emociones sobre la tierra, territorios y lugares.

Ilustración 4. Trabajo en el monte



Fuente: fotografía propia, enero de 2016.

Llamaba la atención escuchar en los jóvenes mencionar en sus espacios de reunión (que consistían principalmente en jugar fútbol, dominó o tomar cerveza) *“me estoy entrenando para ser un niche panda”*. En las noches y las madrugadas en algunas de las

veredas ribereñas¹⁷era frecuente escuchar lanchas de alto cilindraje desplazarse por el río. Los residentes locales, sonlían decir “*son los niches panda, ya van viajando con la merca*”. “Los niches panda” cumplen un lugar específico en las economías del narcotráfico: son los jóvenes que viajan en lanchas con cargamentos de cocaína hacia México y Centro América. Las lanchas salen de las veredas ribereñas y viajan durante ocho 8 o diez 10 días por el océano Pacífico hasta llegar al lugar de destino. Este hecho, permitió indagar a cerca de las aspiraciones y construcción de proyectos de vida en los jóvenes y la adscripción de identidades en el avance del narcotráfico ¿Qué piensan del presente? ¿Cómo imaginan el futuro? ¿En qué lugares aspiran estar en los próximos años? ¿Y, en particular ¿Cómo la movilidad histórica por los ríos ahora se construye y se materializa en sus proyectos de vida como rutas del narcotráfico? Para responder a estos interrogantes es importante ubicar la importancia de la zona de frontera para los grupos armados ilegales y economías cocaleras en un contexto de altas vulnerabilidades sociales que influyen en las decisiones de los jóvenes de involucrarse o no en el “mundo” del narcotráfico (otros han sido víctimas de reclutamiento forzado).

Con los continuos viajes a Ecuador localicé a las personas y familias que han huido de sus veredas de origen por el conflicto armado; así establecí una red ampliada de multiresidencia/investigación en el que el trabajo de campo se construyó como una práctica espacial local/pendular/transnacional. El medio de transporte utilizado en esta práctica espacial fueron las lanchas y canoas de los pobladores locales, estas tecnologías ofrecen un marco discursivo para abordar los contactos, comercios y herramientas que ofrecen las personas para llegar y atravesar todas las localizaciones que conforman el sistema de lugares. De igual manera, estas tecnologías permitieron comprender cómo progresivamente las embarcaciones tradicionales elaboradas en madera caoba o de cedro son remplazadas por lanchas de fibra con motor de cilindraje 200. Como desarrollo en el capítulo cuatro, estos cambios han sido, en parte, resultado de las economías del narcotráfico, pues algunas familias producto de los sembradíos y raspado de coca venden la producción a grupos armados y con el dinero obtenido compran lanchas de fibra que les ha significado mejorar

¹⁷Se omiten los nombres por seguridad

los tiempos de la movilidad pendular y transnacional en sus actividades cotidianas. Las adquisiciones de nuevas tecnologías en geografías fuertemente empobrecidas problematizan cómo la llegada de la coca a estos territorios a la vez que ha significado un dispositivo de expulsión y desplazamiento forzado, es asumido por algunos miembros de las comunidades como una “posibilidad” para “mejorar” sus condiciones materiales por medio de la adquisición de electrodomésticos (televisores, equipos de sonido, celulares, motosierras, entre otros) a los que era imposible acceder con la venta de cultivos de pan coger.

Algunas familias consideran que la coca ha sido una alternativa para enfrentar la pobreza ante la falta de apoyo del gobierno para mejorar sus sistemas productivos y por la imposibilidad de vender sus productos agrícolas ante la carencia de vías, electricidad y medios de transporte. Una expresión frecuente entre las comunidades es “*cultivo coca o muero*”. De esta manera el trabajo etnográfico no sólo se preocupó por la movilidad física de las personas, sino por las tecnologías, signos, símbolos y otros valores que influyen y se transforman en el interior del sistema de lugares.

En la vereda el Congal-Frontera las actividades agrícolas relacionadas con los cultivos de pan coger y los cultivos ilícitos han establecido roles específicos de género. Por lo general las mujeres y adultos mayores se dedican a la siembra y cosecha de alimentos para el autoconsumo y los cultivos de cacao, mientras los hombres se desempeñan en la siembra y cosecha de la coca. Frecuentemente en los trayectos de movilidad hacia el monte las mujeres evitaban tener contacto directo con los cultivos ilícitos, mientras los hombres deshojaban los arbustos de coca las mujeres se limitaban a observar o ir a recolectar cacao. Al preguntar por qué ellas no se involucraban en la siembra de la coca, solían responder “eso es pecado” o “esos son cultivos del demonio”. Estas respuestas tienen una explicación más profunda. En la década de los 90 con la llegada de la coca también llegaron las iglesias cristiano evangélicas. Estas iglesias en contextos de violencias armadas se convirtieron en el principal refugio de las comunidades para “sanar” las memorias del conflicto. Manejan el pasado y presente de las víctimas en elaboraciones de redención y reconciliación.

Los procesos de conversión religiosa han trastocado la memoria cultural de las comunidades, así se han desplazado los cantos tradicionales (arrullos y alabaos) por las alabanzas cristianas, situación que ha generado un desdibujamiento en las nuevas generaciones sobre los valores -constitutivos- de la memoria histórica y cultural de las comunidades afrocolombianas. Al indagar con las familias sobre las tradiciones culturales, específicamente los cantos e instrumentos musicales, referían que ya no eran necesarios porque ahora están en el “camino de la palabra”. De esta manera las iglesias cristiano-evangélicas tienen un papel central como espacios catalizadores de los sujetos en territorios confinados por la pobreza estructural y las violencias armadas. Las iglesias se convierten en los espacios de redención que posibilita a las personas y familias reconstruirse frente a las experiencias y memorias traumáticas de la guerra, a la vez que contribuyen al cambio cultural de sus identidades, prácticas y costumbres tradicionales. Por esta razón la etnografía multisituada incorporó el análisis de las iglesias como un agente que contribuye al cambio cultural de las comunidades afrocolombianas. En particular, analizar cómo los planteamientos teológicos impulsan una figura de autoridad en el ámbito comunitario, así como su incidencia en los roles que desempeña cada miembro de la comunidad en el desarrollo de las actividades económicas lícitas e ilícitas.

La frontera colombo-ecuatoriana abigarra amplias experiencias de movilidad y la posibilidad de una geografía cada vez más conectada a la globalidad. La conexión entre lugares en la etnografía multisituada se establece mediante la traducción y el seguimiento de discursos distintivos de sitio a sitio (Marcus, 2001). En este sentido, ampliar la dimensión de movimientos y nuevos lugares de residencia con las personas afrocolombianas víctimas del conflicto armado en Colombia y en condición de refugio en Ecuador requirió plantear lógicas de relaciones entre estas personas sus lugares de origen. Las lógicas de relaciones hacen referencia a la reconstrucción de las memorias de la expulsión del lugar de origen y las nuevas multiterritorialidades construidas y disputadas en el país receptor. Dado que hay una relativa proximidad física entre el lugar de origen y el país receptor se reconstruyen dos historias de vida para analizar las formas en que se recrean vínculos de solidaridades y redes de parentesco con el lugar de origen y qué cambios culturales en la percepción de las veredas manifiestan las personas en condición de refugio, y si promueven o no una continuidad de identificación con el Estado colombiano.

Ilustración 5. Joven agricultor en el Congal-Frontera



Fuente: fotografía propia, enero de 2016.

2.2 LA ESPACIALIDAD DEL RÍO MIRA: UNA NARRATIVA MULTISITUADA

La frontera colombo-ecuatoriana está caracterizada por la conectividad de extensas selvas y manglares que adquieren pleno sentido en la vida cotidiana de las comunidades afrocolombianas. Algunas veredas se encuentran ubicadas en las orillas de los ríos, otras se han construido en el entremedio de los manglares o en los pequeños islotes que deja el mar cuando las aguas retroceden. Cada uno de estos lugares define a su vez estrategias de organización y apropiación del espacio, desplazamientos y construcción de culturas asumidas por sus pobladores. La experiencia histórica en que las comunidades afrocolombianas han construido sus asentamientos, identidades, prácticas de conocimientos y productivas está espacialmente enraizada a los sentidos que le otorgan a su relación con el río y sus caudales, al constituir el lugar que los moviliza en la construcción de una cultura propia, fuente económica para la comercialización de sus productos, la pesca, riego de cultivos, abastecimiento de agua y medio de transporte.

El río es asumido como el espacio en el que los sujetos ejercen sus actividades de la vida cotidiana y que corresponde a la red de sistema de lugares, relaciones de parentesco e intercambios de bienes y mercancías entre las veredas y sus conexiones local y transnacional. Al respecto, Domenach y Picouet (1990) han desarrollado una tipología de la movilidad espacial a partir de la noción de “espacio de vida”. Este concepto define diversos tipos de flujos de desplazamientos entre definitivos y temporales que reemplaza al concepto de residencia definitiva.

El hecho de que una persona vaya a vivir en uno u otro lugar no corresponde a un cambio de residencia sino al uso de su espacio de vida. Espacio de vida que corresponde a la red de sus relaciones o eventos de su vida familiar, económica, política, etc., o como lo define Courgeau "la porción del espacio donde el individuo ejerce sus actividades. (Domenach y Picouet, 1990, p. 54).

Las localizaciones y trayectos por el río han configurado un campo de movilidad pendular/local caracterizada por dinámicas de desplazamiento fluvial de ida y vuelta, entre veredas, corregimientos y centros urbanos dentro de una misma cuenca hidrográfica o que son polo de atracción o sujeción para un territorio (Whitten, 1992); La movilización deja de

ser así un punto en el espacio para pasar a identificarse con un entramado de áreas constitutivas por puntos de interacción cotidiana al interior del espacio.

De manera particular, en el río Mira, las rutas de movilidad pendular/local se orientan a áreas y cultivos específicos, por ejemplo: la venta e intercambio de alimentos entre familias y veredas vecinas, así como los constantes viajes al “monte” lugar para trabajar las economías agrícolas y, en algunos casos, los cultivos de coca. En este sentido las aguas y corrientes del río se conciben en términos de espacios de vida que comunican y socializan a las veredas ribereñas. El río es la representación de sus prácticas eco-culturales colectivas de las que se derivan sus sistemas de producción y economías tradiciones.

El río Mira tiene una posición estratégica en las relaciones de las comunidades afrocolombianas y afroecuatorianas no sólo por su recorrido de trescientos ocho kilómetros en los cuales atraviesa el noroeste de Ecuador para luego llegar al suroeste colombiano, sino, además, por sus intensos procesos económicos, sociales y culturales, no solo para las comunidades afrodescendientes de ambos países, también para los grupos armados ilegales. Para algunas familias afrocolombianas, el río Mira y su conexión fronteriza con Ecuador, se ha convertido en un espacio para la movilidad de las economías del narcotráfico; sin embargo, la realidad de esta frontera es mucho más diversa y compleja. Veamos este punto con mayor detalle:

En la espacialidad del río Mira aparecen pequeñas veredas formadas por viviendas hechas en madera que se ubican de una orilla a otra; cultivos de plátano, cacao y coco se alcanzan a ver entre el bosque de los manglares; canoas que descansan sobre las aguas después de movilizar a hombres, mujeres y niños sobre trochas y esteros que los conectan con el “monte”, lugar de largas jornadas de trabajo; niñas y mujeres adultas sentadas sobre pequeños asientos contruidos con trozos de cedro tejiendo canastos de piangua, mientras que los niños elaboran trampas de cangrejo y carnadas de coco para enterrarlas en la profundidad del pantano y raíces del manglar, posteriormente recoger su presa y venderlas; pescadores, por lo general ancianos que desenredan el trasmallo a orillas del río, esperan caer las horas de la tarde para salir de sus casas con la esperanza de capturar unos cuantos peces, al menos para la comida del día siguiente; familias completas que a las seis de la tarde caminan como si fueran en procesión, las mujeres y niñas luciendo vestidos o faldas

largas, los hombres y niños con pantalón, camisa manga larga y zapatos lustrados, transmitiendo elegancia y pulcritud, todos llevan un elemento en común: la biblia, van al culto de las iglesias cristiano evangélicas.

Cada vez los caseríos ribereños son desmontados por sus habitantes y reubicados fuera de las orillas, en la parte más firme de la tierra, con machetes y hachas, hombres y mujeres, se abren camino “monte adentro”, el desbordamiento de ríos en crecientes que inundan la tierra y se llevan todo lo que hay a su paso obliga a la movilidad y reubicación de sus hogares. La furia del río, como lo indican los pobladores locales, afloja los palafitos que sostienen las casas, las crecidas lo arrasan todo. Las crecientes puede llegar en la noche, la gente salvaguarda sus pertenencias subiéndolas al techo de las casas, no hay otra opción que esperar a que las aguas se calmen, retrocedan y el río se vuelva a tornar apacible. Pero el río no es el único causante de la movilidad; las imágenes de lanchas transportando mudanzas de familias enteras, principalmente, matrimonios con hijos pequeños, cada vez son más recurrentes en la espacialidad del río. Estas familias deciden abandonar sus lugares por las carencia en la satisfacción de sus necesidades básicas: escasas escuelas para que sus hijos terminen la primaria y el bachillerato, centros de salud, acueducto y muchos caseríos aun no cuentan con energía eléctrica, por otra parte consideran que la tierra ya no es productiva, más de 50 años dedicados a la explotación de madera para grandes empresas nacionales, ha vaciado los bosques, las empresas agroindustriales envenenaron la tierra con el monocultivo de la palma africana, los cultivos ilícitos desplazaron las economías de pan coger. Los grupos armados y bandas criminales que hacen presencia durante más de tres décadas en la zona despojaron a muchas familias de sus fincas y las convirtieron en grandes laboratorios para el cultivo y procesamiento de la coca, instalando el terror, las masacres y los desplazamientos forzados. Muchos caseríos están prácticamente en proceso de extinción.

La parte baja del río, en su desembocadura que mezcla el agua dulce y el agua del mar, aparecen pequeños caseríos compuestos entre cinco y diez casas, estos son los “mareños”, pueblos de pescadores que ritman sus asentamientos y desplazamientos acorde a las estaciones de pesca en el litoral. Los “mareños”, son pueblos en tránsito, en un año pueden tener hasta cinco desplazamientos, el arraigo y desarraigo, están determinados por

la biodiversidad del ecosistema marino. Existen algunos caseríos como “Bocana Nueva” en la que sus pobladores han construido una tendencia de poblamiento entre el mar y el río, las familias deciden sus lugares de asentamiento acorde con sus saberes productivos y experiencias generacionales en la apropiación del espacio natural. Todos los días las canoas de pescadores y agricultores cruzan la frontera invisible río-mar para el intercambio de sus productos y relaciones de parentesco. Algunas familias, luego de que sus caseríos fueron arrasados por el mar durante temporadas de subidas de marea se relocalizan en caseríos ribereños, otras, por el contrario, buscan asentarse en tierras que el mar ha cedido, es un ir y venir sobre las aguas, las familias mareñas cambian sus lugares de asentamiento en promedio dos veces al año.

En las interacciones cotidianas entre los pueblos ribereños y mareños canoas y lanchas se convierte en el vehículo de movilidad de las personas, no solamente para los intercambios comerciales, trayectos al “monte” y localización de sus asentamientos, sino también para afianzar vínculos de solidaridad y parentesco. El testimonio de don José, conocido como “busca la vida” por sus experiencias como pescador en algunas veredas, da cuenta de ello:

En este pueblo cada hombre es un viajero. La gente propia y “llegadiza” ha viajado desde diferentes lugares, hasta llegar aquí. Algunos son mareños y llegaron en tiempos en que las fuertes mareas se llevaron sus pueblos. Todos nos conocemos desde antes de vivir aquí. Ya sea porque nos encontramos en el monte talando madera o en el mar, pescando. Yo, era mareño, viví con mis padres en el antiguo San Jacinto, ese pueblo ya desapareció, el mar se lo llevó todo, por eso nos fuimos a vivir al río Mejicano, pero allá no paramos mucho tiempo porque a mi papá le gustaba trabajar cortando madera, por esa razón viajamos hasta el río Mira, acá ya nos quedamos. Todos los viajes fueron por agua y en esos tiempos a ritmo de canaleta porque no había motor.

Doña Emperatriz Moreno, nació en San Jacinto, hoy a sus 93 años, recuerda momentos de su infancia en el pueblo:

San Jacinto era un pueblo bien bonito, la gente tenía sus casas grandes, en sus azoteas había sembrado plátano, mango y coco. Todos éramos pescadores, hombres y mujeres, agarrábamos nuestra atarraya y potro y nos íbamos a pescar “mar adentro”. Se vivía sabroso, hasta que el mar poco a

poco se lo fue llevando. Ahora es una playa grande; aún quedan algunos palos de casas sembrados sobre la orilla del mar.

En la Barca también las olas del mar están azotando a su cerca de 40 habitantes. Hace tres meses, una “puja grande” -estado más alto de la marea- obligo a que siete familias se desplazaran hacia alguna de las veredas ribereñas. La Barca ha sido nombrada por sus pobladores como un “pueblo a la deriva”. “acá la gente se mueve al ritmo del mar” cuenta doña Emperatriz. Hace cinco años, grupos paramilitares llegaron a esta zona y robaron cuatro motores a los pobladores locales. Esta situación también motivo el desplazamiento de algunas familias que se dedicaban a la pesca.

Ilustración 6. Antiguo San Jacinto



Fuente: Fotografía propia. San Jacinto, febrero de 2016.

La movilidad, los cruces y trayectos en la frontera colombo-ecuatoriana son diversos y pueden adquirir diferentes sentidos según la generación de pertenencia. Es recurrente ver a los adultos mayores salir “monte adentro” con machetes y varas en sus manos, sobre la cabeza amarran con un listón de rampira¹⁸ un canasto con granos de cacao que se sostiene sobre su espalda encorvada, lo cual les hace disminuir la velocidad del

¹⁸ Arbusto que crece en el manglar.

caminar. Descargan sus canastos en las canoas y atraviesan el río remando a canaleta para llegar a sus casas. Posteriormente, cuando las lluvias no amenazan con caer, extienden al sol los granos de cacao en una larga y amplia tarima de madera, esperando su secado, en la noche lo recogen, protegiéndolo del sereno. Sacar y entrar el cacao se puede extender días y semanas, todo depende de las condiciones climáticas, una vez seco lo llevan a vender a Tumaco. Por lo general tienen dos cosechas al año, el dinero obtenido alcanza para comprar panela, arroz, aceite y azúcar que les dura un mes, los meses restantes del año viven del pancoger y la caza de animales.

En el otro extremo aparecen los jóvenes: en las tardes, después de terminar sus extensas jornadas de trabajo en el monte se reúnen a platicar de sus esperanzas y proyectos del presente: “sembrar y raspar la coca” “hacer las conexiones” viajar en lancha a México y Centro América transportando la “mercancía” (cocaína) e imaginarse una vida “mejor” lejos del pueblo. Las aspiraciones de viajar en lancha con cargamentos de cocaína que salen de los ríos y navegan durante ocho días por el océano Pacífico hacia Centroamérica, representa sin duda algo más que una movilidad de “nuevos” arraigos y desplazamientos cotidianos, aquí los trayectos entrelazados río-mar se convierten en rutas del narcotráfico, que en los jóvenes significa una posibilidad de “huir” de una geografía fuertemente devastada por el conflicto armado e históricamente marginada. En este escenario, probablemente el “viaje” no significará una posibilidad real para romper con las históricas condiciones de marginación y exclusión, entre otras cosas porque esta posibilidad se construye en el *continuum* de múltiples formas de violencias en las que una vez dentro del mundo de la coca y el narcotráfico, se tienen dos opciones para salir: la cárcel o el cementerio, los jóvenes tienen claridad de ello, un decir frecuente entre ellos es “*viajo, caigo o mato*”; sin embargo, río y mar son asumidos como una forma particular de abrirse al mundo y transgredir las profundas carencias de las que han sido sujetos. De esta manera el cultivo del cacao y la coca marcan la tendencia de producción de dos generaciones, para las que el trabajo en el monte y la movilidad sobre el río y mar representa trayectorias y esperanzas distintas.

Ilustración 7. Hombre agricultor de cacao



Fuente: Fotografía propia. Vereda Carlos Sama, febrero de 2016.

Las mujeres tienen su propio itinerario de movilidad, las historias de viaje de quienes deciden “abrirse camino” (por utilizar una expresión local) en Ecuador se suscriben al trabajo doméstico, cocinar y cuidado de niños. Estos viajes no son permanentes, por lo general regresan cada mes a la vereda a visitar a sus padres y familiares. Por otra parte, las mujeres se dedican al secado de pescado en el sol para posteriormente venderlos en las veredas cercanas. Por su parte los hombres, viajan en promedio dos o tres veces a la semana para transportar pasajeros o vender sus productos (pescado, plátano y cacao), van y regresan el mismo día, ya que son quienes manejan las lanchas, una actividad exclusiva para hombres. De esta manera, hombres y mujeres tienen sus experiencias específicas de movilidad. Las rutas de movilidad de los niños también se tejen entre lo local y transnacional, cada vez más las familias envían a sus hijos a estudiar a Tumaco o Ecuador, estos dos lugares marcan tendencias específicas en la forma en cómo los niños socializan y se adecuan a los contextos de las sociedades receptoras.

Como observamos hasta aquí la frontera, la movilidad y los flujos migratorios adquieren un protagonismo en la vida cotidiana de las personas y familias afrocolombianas. Sus límites, porosidades y cruces surgen como mapas e historias complejas de movilidad y

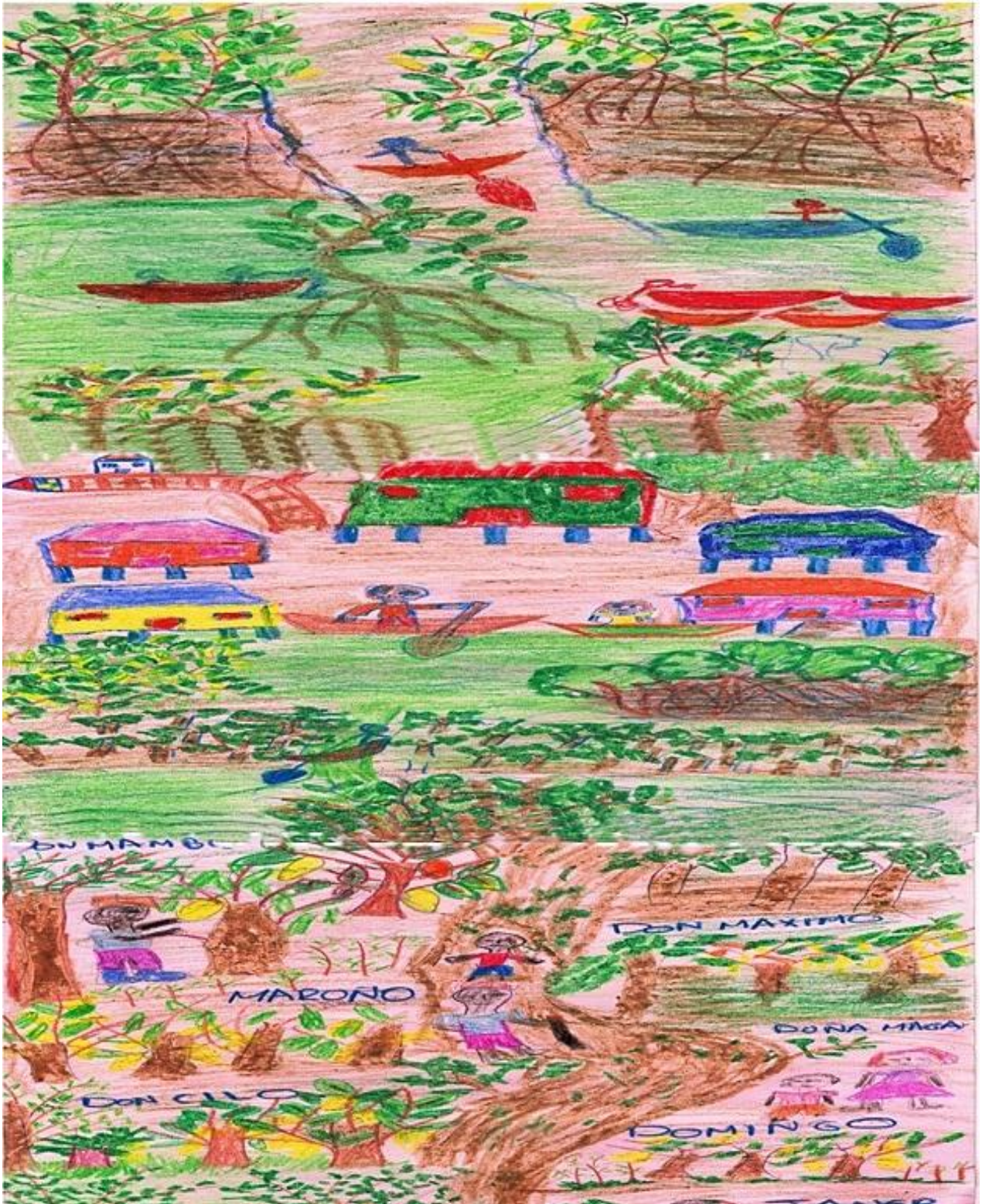
conexión. Esta manera de vivir centrada en la movilidad <<aquí y allá>> constituye un campo de *copresencia* entre personas y sistemas de lugares que se vuelve una manera de vivir. Un dicho común en las veredas dice “*Aquí uno sabe dónde nace, pero no a donde se dejarán raíces*” En este sentido el lugar de nacimiento es constitutivo de la identidad de la persona e identificador de un lugar y un espacio concreto; sin embargo, esa persona atravesará diferentes itinerarios y caminos que conducen de un lugar a otro no solamente en el espacio local sino también transnacional. Las dinámicas de movilidad y flujos de migración no solamente se materializan en los trayectos de desplazamientos y cruces, sino que también están articuladas a la materialidad de los espacios y los cuerpos de los sujetos empobrecidos que circulan en los sistemas de lugares, así como a la diversidad de las relaciones económicas y experiencias sociales relacionadas con las formas de habitar y apropiarse del espacio. De esta manera, podríamos afirmar que la movilidad local/pendular y los flujos migratorios transnacionales afrocolombianos ofrecen una nueva lectura acerca de los alcances e impactos de las fronteras nacionales en la vida cotidiana de las personas.

Ilustración 8. Secado de pescado



Fuente: Fotografía propia. Vereda Congal Frontera, febrero de 2016.

Dibujo 1. La espacialidad del río Mira



Fuente: dibujo por niños realizado en el marco del taller “conocimiento mi territorio”, Congal Frontera, enero de 2016.

2. CAPÍTULO: EL PACÍFICO COLOMBIANO. ENSAMBLAJE DE FRONTERAS

En este capítulo se abordará al Pacífico como un espacio de fronteras al constituir una entrada estratégica para la comprensión de los contextos contemporáneos en la definición de los territorios, la conectividad y simultaneidad de las comunidades afrocolombianas entre espacios locales, regionales, nacionales y transnacionales. Los procesos constitutivos de las fronteras están relacionados al establecimiento “real” o “simbólico” de límites, entendidos como: continuidad y ruptura, dentro y afuera, inicio y final, líneas y puentes que poseen dinámicas incluyentes y excluyentes (Valenzuela, 2014). En la concepción clásica de los estudios de fronteras el “límite” refuerza contenidos simbólicos de pertenencia e identidad propios de la “unidad nacional” y delimita el espacio social, geográfico político y cultural de las naciones. En otras palabras, cumple la tarea de marcar la diferencia hacia “afuera” e integrar hacia “adentro”.

La lógica de conformación de los Estados-nación modernos ha sido tender a la unidad cultural de la población nacional. La formación de naciones ha tenido un principio fundamental: reducir las diferencias, no solamente políticas, sino también culturales (Schanapper, 2011). En nombre de este principio se han conducido los procesos de demarcación de las fronteras nacionales como instrumentos de preservación de la soberanía y, con ello garantizar la legitimidad de las instituciones nacionales y la organización política. Las demarcaciones fronterizas de las naciones separaron múltiples realidades socioculturales, políticas y económicas, incluyendo vínculos comunitarios y familiares de grupos sociales que históricamente han convivido como parte de una colectiva arraigada en espacios concretos. En este sentido las fronteras atraviesan múltiples realidades y experiencias vinculadas con las posiciones sociales, culturales, políticas y económicas de los sujetos que las transitan, lo que define su condición diversa y heterogénea.

Los Estados-nación recurren a la codificación de diferencias de etnia, color de piel, religión y clase que operan como parte de ordenamientos significativos para establecer fronteras internas que devienen en referentes estructurales de diferencias y desigualdades en el marco de designar la pertenencia o no a una nación. De ahí que:

La heterogeneidad también se conforma desde las realidades socioeconómicas regionales transfronterizas y por elementos históricos y sociales compartidos. En muchas ocasiones, las demarcaciones fronterizas unifican realidades desiguales y así métricas generando nuevas formas de articulación laboral, comercial o recreativa. (Valenzuela, 2014, p.20).

Sin embargo, como veremos en este capítulo, los alcances de las fronteras como límites no operan únicamente en el plano de las zonas fronterizas entre naciones, sino también generan una separación entre un “nosotros/as” y un “otros/as” al interior de las sociedades nacionales. Tanto en el plano externo como interno las fronteras se imprimen en la experiencia cotidiana de las personas, teniendo incidencia en la conformación de las subjetividades e identidades, así como, en los procesos de integración y los intercambios y conflictos entre sociedades y culturas distintas.

El Pacífico se construye en dinámicas fronterizas internas (local/regional/nacional) y externas (global); dichas dinámicas no son excluyentes; se interceptan y dan cabida a sistemas de representación y relaciones de poder y dominación; así como a la construcción de identidades y culturas locales y transnacionales que ponen en tensión los imaginarios que se construyen sobre el proyecto de nación. Las dinámicas fronterizas internas se relacionan de modo disyuntivo en la división entre lo nacional y lo regional, es decir, la ubicación del Pacífico sur como una subregión en los márgenes de las estructuras socio-culturales en la configuración nacional; sin embargo estas fronteras internas son porosas ya que en los planos económicos y políticos el Pacífico sur, sus zonas estratégicas ricas en biodiversidad y recursos naturales, han sido conectados a la nación como plataformas económicas para la reproducción de capital y la expansión de las economías agrícolas y mineras. Por su parte, las dinámicas fronterizas externas establecen divisiones socio-territoriales entre el espacio fronterizo que comparte Colombia y Ecuador en el litoral Pacífico; los cambios de ubicación que experimentaron las poblaciones afrocolombianas con la delimitación legal de la frontera como los múltiples significados que adquieren los cruces fronterizos, especialmente en los órdenes, cultural, económico y de parentesco, ayudan a codificar nuevos ensambles entre lo local, lo regional, lo nacional y lo global, pues marcan dinámicas temporales y espaciales que dan cuenta de la especificidad de los

lugares fronterizos, sus condiciones y contenidos, a tal punto que pueden existir dislocaciones internas en el seno de lo nacional.

3.1 LA ESPACIALIDAD DE LA FRONTERA COLOMBO-ECUATORIANA

Las relaciones fronterizas entre pueblos afrodescendientes de Colombia y Ecuador se remontan a las dinámicas histórico-demográficas iniciadas en la sociedad colonial-esclavista a lo largo de los siglos XVII y XVIII. En este momento histórico los territorios del Pacífico comprendidos desde el Darién en Panamá hasta la provincia de Esmeraldas en la Audiencia de Quito se establecieron en una amplia frontera minera-esclavista durante el dominio colonial. Frente a la práctica extinción de las poblaciones precolombinas y ante el avance de las actividades extractivas se incrementa la introducción de mano de obra esclavizada, conduciendo a su expansión demográfica y llegando a constituirse a finales del siglo XVIII, en el grupo étnico dominante en la región (Colmenares, 1987). La frontera minera-esclavista se caracterizó por su amplia producción aurífera, a partir de los reales de minas (es decir, lugares de donde se extraía el oro) y distritos mineros que se ocuparon de una minería de aluvión con base en cuadrillas de negros esclavizados (Almario, 2001). En este periodo se establecieron procesos de movilidad de personas esclavizadas que huían del sistema minero-esclavista colonial de la Nueva Granada a mediados del siglo XVIII en la búsqueda de sus propios medios de vida. La Nueva Granada fue el nombre con que en el periodo colonial se designó a la totalidad de los Andes norteños (Ecuador, Colombia, Panamá y Venezuela de hoy) tras la creación del Virreinato de tal nombre en 1739 (Whitten y Friedemann, 1974). La división política comprendió tierra que hoy son las repúblicas de Ecuador y Colombia, y de las cuales el litoral del Pacífico sur que nos ocupa forma parte.

Para 1851, con la abolición de la esclavitud y la subsecuente desintegración de los centros mineros, muchos esclavos libres rehusaron a quedarse como peones en las haciendas y en las minas e iniciaron una migración hacia la selva, costas y ríos. Debieron acomodarse en las orillas de las partes bajas y medias de ríos, para organizarse en torno a núcleos familiares, donde poco a poco podía acudir otros negros libres: algunos cimarrones de la zona o de regiones aledañas (Romero, 1991). Estas personas a través de utilizar los recursos de los manglares para la construcción de grandes casas de palafitos, balsas, canoas y canaletes formaron los primeros caseríos habitados por familias de pescadores y

agricultores y, dieron lugar a la formación de una compleja red de parentesco que vincula a los descendientes de la diáspora africana de ambos lados de la frontera.

No obstante, antes de la abolición legal de la esclavitud y en el contexto de la desintegración de la Gran Colombia en 1830 ya tomaba fuerza la delimitación de la división territorial entre Colombia y Ecuador. Esta frontera tiene dos demarcaciones: la frontera terrestre fue demarcada de forma definitiva por el Tratado Muñoz Vernaza-Suárez del 15 de julio de 1916. La frontera marítima fue demarcada el 23 de agosto de 1975 mediante al acuerdo conocido como Tratado de Liévano-Lucio. Dicho tratado fue aprobado por el Congreso de Colombia mediante Ley 32 de 1975. De manera particular, el tratado Muñoz Vernaza-Suarez determinó los actuales 586 km de frontera que separan los dos países. Por medio de este tratado se delimitó la frontera de la siguiente manera:

- Parte de la boca del río Mataje en el Océano Pacífico aguas arriba hasta el paralelo que da a la intersección de la desembocadura de la quebrada Yaruma en el río Mira.
- Sigue dicho paralelo hasta llegar al río Mira, el cual se continúa por su curso hasta llegar a la confluencia con el río San Juan.
- Se continúa por el curso del San Juan aguas arriba hasta llegar a la boca del arroyo Agua hedionda, y por este hasta su origen en la cumbre del volcán Chiles.
- Bajando de esta cumbre por el nacimiento del río Carchi, se llega hasta la boca del río Teques. Sube por este río hasta el Cerro Troya, de donde toma el río Pun.

En el convenio se señaló como punto de partida aquel en el cual la frontera internacional terrestre de Ecuador y Colombia llega al mar, definido por el Tratado Muñoz Vernaza-Suárez de 1916. Teniendo en cuenta el derecho del mar, ambos países ejercen soberanía, jurisdicción y vigilancia en las áreas marinas y submarinas adyacentes a sus costas hasta la distancia de 200 millas. Igualmente, el acuerdo determina la existencia de una zona especial en la que la presencia accidental de embarcaciones de pesca artesanal no se considera violación de la frontera marítima. En el artículo VI, el tratado cita:

Colombia y el Ecuador se reconocen recíprocamente y a perpetuidad el derecho de libre navegación de sus ríos comunes, sujetándose a las leyes y reglamentos fiscales y de policía fluvial, sin perjuicio de poder acordarse mutuas y amplias franquicias aduaneras y cualquiera otras que sirvan para el

desarrollo de los intereses de los dos Estados en su región oriental. (artículo VI, Tratado Muñoz Vernavaza-Suarez, 1996).

Ahora bien, la forma en cómo se establecieron los límites fronterizos entre Colombia y Ecuador, así como la existencia de una zona especial para la pesca artesanal refuerza las relaciones transfronterizas entre afrocolombianos y afroecuatorianos. Para ambos pueblos la movilidad entre los dos países ha sido un componente importante de su desarrollo poblacional, principalmente referido al intercambio de remesas y vínculos de parentesco y amistad. De manera particular para los afrocolombianos el espacio en la frontera es sinónimo de lo múltiple y la coexistencia en la multiplicidad; es decir reconocer que la interacción en el espacio fronterizo no está limitada por bardas o muros, si no que sus prácticas de producción del espacio y las conexiones local-transnacional presentan trayectorias diversas.

Retomando las palabras de don Agustín Requené, hombre afrocolombiano de 95 años nacido en el río Mira *“cada hombre en esta frontera es un viajero”*. El espacio aquí adquiere movimiento y está en constante devenir; construido por relaciones comunitarias, familiares y comerciales. A la narrativa de Agustín Requené se le contrapone la de Carlos Hurtado, joven de 24 años que llegó al río Mira para dedicarse a la producción de cocaína: *“esta frontera es el comienzo de muchos viajes”*. La llegada de las violencias armadas a la frontera ha generado la creación de nuevas narrativas y prácticas de producción del espacio vinculadas al crecimiento y comercialización de los cultivos de coca. Esta situación, además de transformar las prácticas económicas rutinarias de los pobladores locales, también han generado diversos procesos de control de los territorios y expulsión de las comunidades a manos de grupos armados ilegales que acentúan en los pobladores la necesidad de emigrar, *huir* a Ecuador para salvaguardar la vida. De esta manera, el espacio en esta frontera no se constriñe a un relato único y totalizante; su relato se recrea en la movilidad de las personas y sus experiencias en las formas y motivos de transitar y navegar la frontera.

El incremento de la migración forzada de afrocolombianos hacia Ecuador constituye uno de los temas trascendentales para las políticas migratorias de ambos países. En el contexto internacional uno de los mayores problemas que enfrenta la migración son las políticas restrictivas adoptadas por ciertos Estados que dan mayor importancia al control

migratorio, muros y bardas, limitando el goce efectivo de los derechos de las personas en movilidad humana, al tiempo que desencadena en procesos de xenofobia y racismo, que se relacionan con aspecto como el origen étnico-nacional, condición migratoria, sexo, entre otros. En la frontera marítima entre Colombia y Ecuador no existen líneas divisorias (muros, columnas, bardas) que separen a los dos países. Sin embargo, esta frontera presenta una característica peculiar: es una zona estratégica para los grupos armados ilegales en el establecimiento de sus economías ilegales y concentra el mayor número de hectáreas de cultivos de coca en Colombia y el mundo. Al igual que sucede con el desplazamiento forzado, sobre el cual no existe acuerdo en torno al número de personas afectadas, tampoco existen datos empíricos completos y confiables relativos a la magnitud e impacto de los flujos de migración transnacional de comunidades afrocolombianas hacia el país vecino. Esta situación dificulta visibilizar, reconocer y reparar a los afrocolombianos que huyen de la guerra. Además, genera un profundo desconocimiento de los contextos estructurales de pobreza, exclusiones que se cruzan las violencias utilizadas por los grupos armados ilegales para arrebatar a las comunidades rurales la tierra y los territorios.

Sin dejar de reconocer la complejidad histórica de los cruces de ida y vuelta de afrocolombianos hacia Ecuador, estos aspectos no pertenecen a contextos sociales disociados de los contextos de violencias, pobreza y despojo de tierra y territorios, pues son patentes las articulaciones entre ellos. Esta situación se expresa particularmente en la migración forzada y búsqueda de refugio en el país vecino, lo que lleva implícito la construcción de nuevas narrativas y representaciones colectivas de lo que significa vivir en la frontera. En este escenario es importante construir una interpretación de los flujos de movilidad y migración en la frontera que presente la complejidad de los procesos socioculturales que la conforman y problematice cómo bajo los tratados fronterizos de libre movilidad se hacen ilegibles las fuerzas estructurales que impulsan la migración forzada transfronteriza y con ello el desarraigo y pérdida del territorio de origen.

3.2 FRONTERA Y MUROS POROSOS

La idea de frontera adquiere una variedad de sentidos en la actualidad. Este término es utilizado, principalmente, desde la geografía clásica para demarcar territorios limítrofes entre dos Estados nación y analizar los flujos y técnicas de control migratorio dentro de

espacios territorialmente delimitados. La frontera, además de demarcar administrativa y jurisdiccionalmente a las entidades territoriales “conforman el perímetro de los *nuestros*, esto es, el espacio en el que son de aplicación los principios y las diversas regulaciones que adopta una comunidad política” (Velasco, 2016, p.82). Distintas investigaciones llevadas a cabo en los ámbitos de la antropología, sociología, historia y las corrientes recientes de la geografía (Vélez, 1996; Castellanos, 1996; Valenzuela, 1996) analizan las tendencias de movilidad y migración en las fronteras desde una perspectiva multiterritorial, multidimensional y heterogénea. De esta manera “se ha desplazado la idea de frontera como referente geográfico-político-administrativo para visualizarla como escenario desterritorializado, en donde las culturas y las identidades son creativamente reinventadas como complejas y multidimensionales formas de autorreferencia (Garduño, 2003).

En las fronteras se construyen relaciones socioculturales definidas por significados y significantes, que al ser instituidas por el Estado-nación actúan como ejes definitorios de límites y marcaciones identitarias para la producción de sistemas de pertenencia y exclusión o de adscripción y diferenciación entre las naciones. Al tiempo que en la conformación interna de cada nación funcionan como marcadores de clasificación social; redimensionando la relación entre centro/margen (Valenzuela, |2014). Pues, los grupos humanos que habitan en las zonas fronterizas se ubican en los límites y márgenes en comparación con las diversas centralidades hegemónicas y territoriales.

En las últimas décadas numerosos son los Estados que han intensificado el reforzamiento de sus fronteras. La construcción de nuevos muros revive los discursos de segregación o protección en nombre de la amenaza que representan los flujos migratorios de la periferia al centro. Si los viejos muros de la Guerra Fría eran para no salir, los de ahora son para no dejar entrar (Emmerich, 2005, p.2). El muro evoca al “limite”, la diferenciación adentro/afuera, inclusión/exclusión, que ayuda a definir marcadores de separación entre lo propio y lo extraño, el muro puede adquirir diferentes modalidades, ya sea como marca, bardas o políticas clasificatorias de cultura, lengua, nacionalidad. Resulta innegable que en los actuales contextos el reforzamiento de muros está asociado al control de personas indocumentadas, la apropiación ilegal de territorios, conflictos étnicos y/o religiosos, así como a políticas que segregan o discriminan a las personas por sus

condiciones “raciales”, políticas, económicas o sociales. Pensemos en las recurrentes muertes nunca documentadas de migrantes centroamericanos y mexicanos en sus intentos por cruzar la frontera entre México y Estados Unidos; en el muro hecho de alambres con cables cortantes entre Ceuta y Melilla levantando a mediados de los 90 para blindar la entrada de migrantes de origen marroquí a España; la barrera que divide el territorio entre Israel y Cisjordania denunciada por diversas ONGs y palestinos como un “muro de apartheid” que ha llevado además al acaparamiento ilegal de tierras por parte del Estado Israelí, o en los flujos de inmigrantes procedentes de África, Oriente Medio, los Balcanes Occidentales y Asia del Sur que navegan en condiciones de extrema peligrosidad las aguas del mar Mediterráneo a bordo de embarcaciones precarias –conocidas como pateras- y llegan –o intentan llegar- a países de la Unión Europea. En todos estos casos la violencia y los controles migratorios modelan las vidas y las relaciones que se despliegan en y a través de las fronteras a lo largo del mundo (Mezzadra y Neilson, 2013).

En el contexto internacional los flujos migratorios han adquirido una gran importancia por lo que paulatinamente se ha ido integrando el tema de las migraciones en los organismos internacionales, instituciones nacionales y agendas de relaciones bilaterales entre los Estados-nación, a la vez que estos últimos se han visto desafiados en fortalecer el control de sus fronteras nacionales a nombre de la soberanía y la identidad nacional. De acuerdo con Velasco (2016):

La regularización del complejo migratorio ocupa actualmente, tal como se ha indicado, un lugar destacado en la agenda de casi todos los países del mundo. Los gobiernos han ido tomando conciencia de la necesidad de ofrecer una respuesta en materia legal e institucional a un fenómeno de carácter permanente que puede llegar a alterar cualitativamente la estructura demográfica, social, laboral, económica y cultural de un país. El control, la gestión y la integración de los movimientos internacionales de personas se presentan como un *policy field* de creciente prioritaria relevancia. En paralelo, se ha extendido el empleo del término “policía migratoria”, bien sea en singular o en plural, para referirse [...] “a la intervención gubernamental con intención de dirigir, planificar y sostener los flujos migratorios. (p. 45).

La frontera colombo-ecuatoriana pareciera contradictoria al contexto global actual. Históricamente las comunidades afrocolombianas cruzan hacia Ecuador en un espacio en

que los controles migratorios y regularización de la documentación para las entradas y salidas del país son débiles o casi inexistentes y en el que progresivamente hay una expansión territorial de grupos armados ilegales y economías del narcotráfico hacia territorio ecuatoriano. Si bien, como se ha documentado en este trabajo, en el espacio ribereño-fluvial se ha configurado un campo de producción subjetivo que fortalece las redes de parentesco y comerciales entre afrocolombianos y afroecuatorianos en la zona de frontera, este campo no existe por fuera de los ordenamientos políticos y administrativo del Estado-nación en Colombia. La característica porosa de la frontera colombo-ecuatoriana, el progresivo acaparamiento de tierras y territorios por grupos armados ilegales y economías extractivas y la degradación física de los lugares y el entorno natural han aumentado los flujos de migración afrocolombianos hacia Ecuador; estos flujos implican una constante transgresión de las demarcaciones nacionales.

Al respecto, Valenzuela (2014) considera que todas las fronteras se definen por el establecimiento de límites explícitos entre el adentro y el afuera. Sin embargo, en el caso específico de Colombia los elementos que caracterizan el “adentro” de la región Pacífico han sido producidos a partir de prácticas racistas que ubican a esta región como un espacio liminal en las configuraciones internas del Estado-nación. En la medida en que estereotipan y deshumanizan a las comunidades afrocolombianas en la llamada comunidad nacional, oculta las exclusiones y desigualdades sociales y económicas que motivan los flujos de migración transnacional en la zona de frontera.

Es importante resaltar que Colombia y Ecuador han estado involucrados en la formulación de una política conjunta tendiente a erradicar a los grupos armados ilegales y las economías ilícitas a nombre de la seguridad y el desarrollo de la frontera como lo es la Comisión Binacional Fronteriza (COMBIFRON). La situación de inseguridad fronteriza entre las dos naciones, por atentados perpetrados por disidentes de las FARC, grupos paramilitares, bandas criminales y cárteles del narcotráfico convoca a las autoridades de ambos países a diseñar mecanismos de cooperación y seguridad para la protección de la zona fronteriza. Estos mecanismos suponen cada vez fortalecer la presencia de militares en diferentes puntos estratégicos de la frontera e impulsar capacitaciones de las Fuerzas Armadas colombiana a la ecuatoriana en diferentes ámbitos como la lucha contra el

narcotráfico y la protección de los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario. Durante la reunión del 24 de marzo de 2018 los viceministros de Defensa de Colombia, Aníbal Fernández, y de Ecuador, Felipe Vega de la Cuadra, coincidieron en coordinar nuevas acciones para la defensa de la frontera binacional, entre ellas:

Tomar decisiones en materia de fortalecer la inteligencia, generar operaciones coordinadas. Se va a compartir información en centros coordinados de inteligencia entre las dos fuerzas” [...] también se van a fortalecer la presencia militar y policial en puntos específicos de la frontera. (La Republica 12 de noviembre de 2018).

Las estrategias de militarización han tenido un importante impacto para visibilizar en el contexto nacional e internacional la regionalización del conflicto armado colombiano, sin embargo, estos esfuerzos no han sido complementados mediante programas equivalentes a regular los flujos migratorios y generar condiciones de desarrollo para las comunidades afrocolombianas agobiadas por la pobreza estructural y las agresivas medidas contra las drogas.

El impacto del conflicto armado en Colombia ha generado que 197.750 personas de origen colombiano hayan solicitado refugio desde 1989 hasta 2016 en Ecuador (ACNUR, 2016). El registro de los flujos migratorios transnacionales ha sido una iniciativa principalmente de organismos internacionales como la ACNUR, esta organización ha manifestado su preocupación por la tendencia descendente en la tasa de reconocimientos de la población en busca de asilo internacional: de 80 por ciento en el 2001 a 55.7 por ciento en el 2002 y a 30 por ciento en el 2004 (ICG, 2004). Sin embargo, existe un gran número de personas que cruzan la frontera y no se tiene registro, esto puede ser consecuencia de la discriminación y estigmatización en las sociedades receptoras al ser asociados a los grupos guerrilleros y de narcotráfico, además hay un desconocimiento generalizado del Derecho Internacional de los Refugiados por parte de ellos. De acuerdo con el informe del ACNUR “Situación del Ecuador, evaluación de las necesidades globales” (2008) se estima que existen entre 130.000 y 140.000 colombianos en Ecuador en situaciones parecidas a la de los refugiados y no cuentan con ningún tipo de protección internacional. Al respecto de los flujos migratorios de pueblos indígenas y afrocolombianos no existe un enfoque diferencial

para el reconocimiento de la población refugiada perteneciente a pueblos étnicos. Situación que dificulta la reparación colectiva de sujetos con derechos étnicos y territoriales específicos. Según La Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes) 2015:

Integrantes de pueblos y comunidades étnicas, los Áwa o miembros de comunidades afrocolombianas del Pacífico sur, han sido víctimas del desplazamiento forzado transfronterizo y residen especialmente en los países de frontera como Ecuador, Venezuela y Panamá, y en países de distancia media, como Chile, de manera particular la población afrocolombiana de la región Pacífico. (p.5)

Si bien, Colombia, cuenta con un Registro Único de Víctimas (RUV) en el cual se reportan hasta el momento 8.322.136 víctimas internas del conflicto armado, en los hechos que se muestran en la tabla cuatro, los flujos migratorios en las fronteras, las rutas de protección humanitaria, los trayectos jurídicos y tipos de reconocimiento institucional para la población migrante y en busca de refugio son débiles o casi inexistentes. Al respecto Codhes ha alertado al Estado colombiano para definir jurídicamente a las víctimas de las violencias internas en condición de exilio y refugio en el exterior, dada la ausencia de registros sobre esta particular movilidad humana “la sociedad colombiana y las instituciones del Estado no conocen a ciencia cierta cuáles son los rostros de sus refugiados, exiliados y víctimas en el exterior, los dramas que los acompañan, las expectativas de su resarcimiento, ni las posibles vías para cerrar el ciclo del desplazamiento forzado transfronterizo” (Codhes, 2015, p. 5).

Es preciso reconocer que la violencia que ha padecido las comunidades afrocolombianas no es simplemente una suma de hechos, víctimas o grupos armados “la violencia es producto de acciones intencionales que se inscriben mayoritariamente en estrategias políticas y militares, y se asientan sobre complejas alianzas y dinámicas sociales” (CNMH, 2013, p.31). Desde esta forma de comprender el conflicto armado se pueden identificar diferentes responsabilidades políticas y sociales frente a lo que ha pasado, entre ellas el esclarecimiento de las dimensiones de lo que pasó, cuándo y dónde

ocurrió, cómo sucedió, quiénes lo hicieron y quiénes lo padecieron. En este sentido la ausencia de legibilidad de los registros de flujos de desplazamiento y migración de los afrocolombianos obstruye los procesos de reparación a las víctimas y limita las estrategias de visibilización y aclaramiento de los delitos que han desplegado los grupos armados.

Tabla 3. Hechos de la violencia en Colombia

HECHO	PERSONAS
Abandono o Despojo Forzado de Tierras	6.190
Acto terrorista/Atentados/Combates/ Hostigamientos	83.379
Amenaza	381.442
Confinamiento	9.606
Delitos contra la libertad y la integridad sexual	24.985
Desaparición forzada	169.486
Desplazamiento	7.371.504
Homicidio	996.442
Lesiones Personales Físicas	21.525
Lesiones Personales Psicológicas	392
Minas antipersonal/Munición sin explotar/Artefacto explosivo	11.402
Perdida de Bienes Muebles o Inmuebles	112.954
Secuestro	36.601
Sin información	116
Tortura	10.780
Vinculación de Niños Niñas y Adolescentes	7.446

Fuente: Registro único de Víctimas. Fecha de consulta 26 de abril de 2018.

En el caso específico de la frontera colombo-ecuatoriana debido a la alta presencia de grupos armados ilegales y economías ilícitas, los flujos migratorios transnacionales y la búsqueda de refugio en Ecuador para los afrocolombianos es una extensión del desplazamiento forzado interno. A pesar de que el DANE en el censo poblacional del 2005

estimó que del total de la población colombiana que habita en los límites que Colombia comparte con Ecuador, Perú, Venezuela, Brasil y Panamá es de 3.9 millones de personas, del cual el 94.5% de la población fronteriza se concentra en las fronteras con Venezuela y Ecuador, con frecuencia el gobierno colombiano hace referencia a la zona fronteriza que comparte con Ecuador por el Pacífico sur como un territorio apartado y poco poblado, con extensas selvas y ríos, y en la que confluyen violencias y grupos armados y se concentran grandes laboratorios para la producción de cocaína, sin mencionar a las comunidades afrocolombianas que han hecho de este espacio un lugar de identidades y culturas propias.

En la política de gobierno del expresidente Juan Manuel Santos y el Plan Nacional de Desarrollo (PND) 2010-2014, se establecen los mecanismos en materia de Fuerza Pública tendientes a desarticular a los grupos armados ilegales y demás organizaciones del crimen organizado. Dentro de estos mecanismos la seguridad y defensa de las fronteras nacionales intensificarán la presencia de las Fuerzas Militares, Policía Nacional y los Organismos de Seguridad del Estado. Al respecto el PND cita:

Con el fin de aumentar el costo de oportunidad de violar el límite territorial colombiano y disminuir la influencia y capacidad operacional del crimen transnacional y el terrorismo sobre el territorio nacional, se harán los esfuerzos necesarios para incrementar la presencia de la Fuerza Pública en las fronteras terrestres y marítimas. Las Fuerzas Militares y la Policía seguirán cumpliendo un papel fundamental en el mantenimiento de la soberanía a través de su presencia en *territorios apartados y poco poblados del país*¹⁹ y en la contención de amenazas convencionales y no convencionales. (PND, 2010-2014, p.64).

De acuerdo con lo anterior el PND reconoce el efecto del crimen transnacional y grupos armados que utilizan las fronteras del país como una bisagra para el desarrollo de sus actividades ilícitas (abastecimientos, ataques, secuestros, actos terroristas y acciones criminales, reclutamiento forzado de niños, en general), sin embargo, no refiere a los masivos flujos migratorios de colombianos y colombianas por las fronteras, especialmente por el Pacífico sur. Esta situación, es uno de los motivos que genera que la planeación y

¹⁹El subrayado es mío.

ejecución de actividades tanto militares como antinarcóticas se superpongan sobre la visibilización y reconocimiento de los flujos migratorios transnacionales afrocolombianas.

Dado lo anterior, resulta relevante e interesante, que en tiempos en que las medidas de los Estados-nacionales cada vez son más agresivas creando procesos selectivos de etnia, cultura, lengua, nacionalidad y religión para controlar los flujos migratorios, además de las crecientes tendencias de tratar a los inmigrantes como a seres humanos “ilegales” en nombre de las políticas de austeridad (Sassen, 2014), el espacio fronterizo que comparte Colombia y Ecuador en el Pacífico sur permanezca abierto a la migración transnacional. La débil respuesta del Estado colombiano a los flujos de migración implica analizar las características sociales, culturales y “raciales” de la población migrante, así como las fronteras geopolíticas y culturales que se cruzan y el trayecto que se sigue.

Por una parte, se podría argumentar que el Estado colombiano carece de los elementos para el control y regularización de los flujos migratorios; sin embargo, el fortalecimiento de otros espacios fronterizos a través de fuertes mecanismos de control migratorio a nombre de la “seguridad” y constante construcción de elementos de diferenciación sociocultural, como pasa con la frontera entre Colombia y Venezuela, evidencia que este no es el punto. Por otra parte, se podría plantear que el Estado colombiano está a favor de las políticas de integración fronteriza, que respeta los derechos de movilidad de las personas en el marco de abrirse a un proceso de integración regional, lo que entraría en contradicción, primero, con el tratamiento interno que da el Estado a las comunidades afrocolombianas, dado que la historia ha mostrado los profundos procesos de exclusión y pérdida de derechos ciudadanos en el contexto nacional y, segundo, los conflictos binacionales en las dos últimas décadas como consecuencia de la fumigación con glifosato a manos del Estado colombiano para erradicar los cultivos de coca en territorios fronterizos con Ecuador, han desembocado en una aguda crisis de las relaciones internacionales entre ambos Estados; conflictos que se ven reflejados de manera cotidiana en la asignación de estigmas negativos como “guerrilleros” y “paramilitares” a afrocolombianos en Ecuador.

¿Por qué el Estado colombiano no se ha interesado en intensificar el control y registro de los flujos migratorios afrocolombianos teniendo en cuenta el acaparamiento de esta zona por el narcotráfico y el crimen organizado? Para responder a este interrogante examinaré las cuestiones relacionadas con la complejidad de los derechos e integración de las comunidades afrocolombianas a la nación, complejidad que se aprecia, sobre todo, cuando recurrimos a los procesos históricos de exclusión y racialización de los territorios de la región Pacífico. En estos procesos lo que se percibe claramente es la delimitación de una *frontera interna* que separa y excluye a las comunidades afrocolombianas de los órdenes políticos, culturales y económicos internos de la nación. La frontera interna actúa como un marcador de diferenciación “racial” y territorial que expulsa a las comunidades de los órdenes sociales, políticos y económicos internos de la nación, a la vez que opera como un mecanismo de segregación que en el espacio fronterizo nacional suscita un sinnúmero de rutas de movilidad transfronterizas en el que la vida de las personas afrodescendientes, sus realidades y necesidades humanas, corresponde a modos de significación subalternas; es decir vidas invisibles que no son susceptibles de ser reconocidas e incorporadas como parte de un “nosotros” nacional.

3.3 FRONTERA INTERNA, LÍMITE Y MARGEN

La denominación de frontera interna fue acuñada por Johann Gottlieb Fichte a principios del siglo XIX en sus famosos *Discursos a la nación alemana* para hacer referencia a “líneas” que unen o dividen interiormente a los grupos sociales que conforman una comunidad política. Al respecto, Velasco (2016) considera que la frontera interna es una expresión de límites invisibles,

[...] que vinculan a quienes hablan la misma lengua y comparten ciertas tradiciones, y separaran y excluyen al resto, *a los otros*. Son líneas quizá más sutiles, pero que logran igualmente distinguir y separar, algunas veces con mayor nitidez y otras con menor claridad, a quienes son miembros plenos de una comunidad política de aquellos otros que, aunque convivan a diario en su seno, no pertenecen formalmente a ellos. (p:11).

La frontera interna emerge en un campo de contradicciones entre el conjunto de aporías de la interioridad y la exterioridad que constituyen la identidad del pueblo o de una

nación “la expresión nos traslada necesariamente al problema de la pureza, o mejor dicho de la purificación; apunta a la incertidumbre de esa identidad: al hecho de que el interior puede ser penetrado o adulterado por su relación con el exterior simplemente pensado sin comunicación con él” (Balibar, sf). Frecuentemente las relaciones entre las fronteras internas y los emblemas de clasificación y distinción sociocultural al interior de los Estados “forman anclajes territoriales con niveles y escalas diferenciadas, como ocurre con el control de los barrios por parte de los jóvenes, la apropiación de espacios considerados segregados por la iglesia y grupos religiosos [...] y la decisión de usos de espacios a partir de ordenamientos patriarcales” (Valenzuela, 2014, p. 8).²⁰ La construcción de fronteras internas no solamente se materializa en bardas de alambres o cemento, sino también en las representaciones e imaginarios de los grupos sociales y los lugares en que habitan. En el caso del Pacífico no existe un muro material de diferenciación “racial” o social que separe físicamente a las comunidades afrocolombianas del país, sin embargo la falta de infraestructura vial para la conectividad de los lugares ribereños con los centros urbanos, así como la falta de acceso a servicios básicos (electricidad, centros de salud, escuelas, etcétera.) son parte de procesos históricos de exclusiones que han confinado a vivir a las comunidades afrocolombianas en lugares marginales del desarrollo social, político y

²⁰ Véase, por ejemplo, cómo la construcción del “Muro da discórdia” (Muro de la discordia) en las favelas de Río opera generando una frontera interna al interior del país. En el 2009 la creación de este muro de tres metros de alto y que recorre 11 kilómetros de norte-sur de la ciudad fue justificada por el gobierno como una medida restrictiva para evitar la expansión de las favelas dentro de los llamados “eco-limites”. Líderes de los Movimientos Populares de las Favelas han denunciado que este muro es una política segregacionista que confina a las comunidades afrodescendientes empobrecidas a la vez que restringe y controla los flujos de personas y la espacialidad de sus movi­lidades. El “muro da discordia” reproduce fronteras internas de jerarquías raciales, territoriales, étnicas y de género que conectan o excluyen a los lugares y personas dentro del espacio nacional. Si bien es claro que la construcción de muros no impide que la gente migre es importante construir una imagen múltiple sobre el poder de los Estados-nación de imponer fronteras legales y físicas, internas y externas, en la vida de la gente “de su capacidad de hacer patrullaje dentro de sus límites en cualquier momento o lugar, y de mover y remover aquellos que están excluidos” (Stephen, 2001, p. 34).

económico a la vez que ha ayudado a configurar un campo de migraciones con alcance transnacional invisible ante las instituciones del Estado.²¹

En este contexto es importante traer a la discusión la noción de “margen” para comprender cómo se conforman los campos de invisibilidades de ciertas poblaciones en función de sus especificidades “raciales”, territoriales y culturales. De acuerdo con Agudo (2005), una noción central de los márgenes es que justamente constituyen un lugar de intervención gubernamental que funda la condición estatal “el Estado se construye desde los márgenes” (p. 41). En este sentido los márgenes son supuestos necesarios del Estado. Este argumento es altamente sugerente si deseamos reflexionar sobre los símbolos y narraciones sobre los cuales se representan los estados modernos y los pueblos “primitivos” “atrasados”, es decir las relaciones entre “nosotros/otros”, “centro/periferia”, “adentro/afuera”. ¿Cuáles son los fundamentos y “límites” entre aquellas regiones, prácticas y espacios que son vistas como parte del Estado y aquéllos que quedan excluidos de él? Las etnografías regionales y locales de la antropología son importantes en este sentido, los antropólogos trabajan en Estados o regiones que se caracterizan según la teoría política comparada como “nuevas naciones” de estados “fracasados”, “débiles” o “parciales” (Das & Poole, 2008). De esta manera la etnografía se ha caracterizado por repensar los límites entre el centro y la periferia entendidos dentro de una dinámica de relaciones múltiples, contradictorias y a menudo conflictivas e inmersas en integraciones y rupturas que permiten explicar la situación de las regiones y los grupos sociales y las fronteras internas que los excluyen o incluyen.

La antropología ha abordado la construcción de los márgenes desde diferentes acepciones, como “lugares” aislados y olvidados, o desde una mirada más política que implica analizar a los márgenes como lo “no importante” o “desdeñable” y desde los cuales se configuran jerarquías de dominación que relegan y excluyen a poblaciones específicas.

²¹No obstante, las comunidades afrocolombianas a partir de sus dinámicas de apropiación del espacio han construido sus propios caminos y vías de comunicación que interceptan trayectorias en un espacio local-transnacional.

En el caso de los estudios de migraciones el margen puede evocar el lugar donde las fronteras nacionales se difuminan y los derechos de los migrantes en tránsito son invisibilizados o deshumanizados. Veena Das y Deborah Poole (2008) en el libro sobre “*El Estado y sus márgenes: Etnografías comparadas*” conciben los márgenes como:

Sitios en donde la naturaleza puede ser imaginada como salvaje y descontrolada y donde el estado está constantemente redefiniendo sus modos de gobernar y de legislar. Estos sitios no son meramente territoriales: son también (y quizás sea éste su aspecto más importante) sitios de práctica en los que la ley y otras prácticas estatales son colonizadas mediante otras formas de regulación que emanan de las necesidades apremiantes de las poblaciones, con el fin de asegurar la supervivencia política y económica. (Das & Poole, 2008, p. 24).

Estas autoras formulan dos enfoques de márgenes que resultan pertinentes para el presente estudio:

Primero: el margen como periferia. En el que se localizan aquellas personas que se consideran por los dispositivos de poder insuficientemente socializadas en los marcos de la ley “las poblaciones marginales están conformadas por sujetos “indígenas” o “naturales”, que son considerados, por un lado, el fundamento de identidades nacionales particulares y, por el otro, son excluidos de esas mismas identidades por esa clase de conocimiento disciplinario que los marca como “otros” raciales y civilizaciones” (Das & Poole, 2008, p.24).

Un segundo enfoque analiza el margen como el espacio entre los cuerpos, la ley y la disciplina. Este enfoque hace referencia a que el poder soberano ejercido por el Estado no es ejercido sólo sobre el territorio, sino que también es ejercido sobre los cuerpos:

El tema principal es cómo la política se vuelve el dominio en el que la “vida” es cuestionada. [...] los márgenes proveen de una posición particularmente privilegiada desde donde observar la colonización de la ley por las disciplinas, como así también la producción de categorías de lo patológico a través de tácticas que son parasitarias de la ley aun cuando éstas tracen repertorios de acción de esta. (Das & Poole, 2008, pp.25-26).

Este enfoque guarda relación con el concepto de biopolítica de Michel Foucault al hacer mención de una forma específica de gobierno que aspira a la gestión de los procesos biológicos de la población. Foucault (2000) sostiene que la biopolítica somete a la vida humana a una forma de control regulada por el tamiz científico y sobre todo a la verdad estadística para lo cual despliega técnicas de desacralización de lo biológico, lo demográfico y todo lo referente a la vida humana.

Estas dos formas de entender los márgenes sugieren modos diferentes de ocuparlos, pudiendo ser narrados por un lado, como relatos de exclusión y precarización de determinadas vidas y, por otro, también resaltan la manera diferencial en que se constituyen las relaciones entre el Estado y los grupos sociales atendiendo a la peculiaridad de rasgos distintivos “raciales” y culturales, pero también desde las perspectiva de regiones cuyas experiencias no han sido consideradas como elementos merecedores de ser reconocidas en los signos de racionalidad jerárquica y administrativa que constituyen los Estados nacionales.

3.4 FRONTERA Y PRÁCTICAS DE LEGIBILIDAD E ILEGIBILIDAD

Las fronteras y los puestos de control migratorios emergen como sitios en los cuales se crean políticas de reconocimiento y legibilidad de la población migrante lo que se conoce como el *efecto de legibilidad* (Scott, 1998). Trouillot (2001) sugiere que el efecto de legibilidad es tanto la “producción de un lenguaje y de conocimiento para gobernar, como de herramientas teóricas y empíricas para clasificar y regular a las colectividades” (p. 121). Sin embargo, en territorios caracterizados por una profunda precariedad social y económica ¿cuáles son los efectos de la falta de legibilidad de la población migrante y las fronteras que se cruzan? Das & Poole (2008) reconocen que las prácticas de relevamiento documental y estadístico del estado están al servicio de la consolidación del control estatal sobre los sujetos, las poblaciones, los territorios y las vidas. En la frontera colombo-ecuatoriana las prácticas de ilegibilidad del Estado están relacionadas, por una parte, con la ausencia de estadísticas oficiales sobre los flujos de migración transnacional de comunidades afrocolombianas, así como la ausencia de registros de los nuevos arraigos y permanencias de estas comunidades motivados por las inundaciones de ríos y violencias armadas. Estas

prácticas de ilegibilidad lejos de naturalizar discursos que aluden al “aislamiento” de ciertas regiones, como dispositivo que justifican la ausencia del Estado, complejizan las formas y diferentes espacios a través de las cuales el Estado está constantemente siendo experimentado y deconstruido mediante la ilegibilidad de sus propias prácticas, documentos y palabras:

Entre el tipo de prácticas que consideramos se encuentran las economías de los desplazamientos, las falsificaciones y las interpretaciones alrededor de la circulación y el uso de la documentación de identificación personal. Se destaca aquí “el puesto de control” como espacio lleno de tensión en el que los supuestos acerca de la seguridad de la identidad y de los derechos pueden ser repentinamente y, a veces, violentamente negados. El puesto de control nos lleva a pensar también acerca de las diversas dinámicas temporales en las que se enmarcan las interacciones de las personas con el Estado y con los documentos estatales. (Das & Poole, 2008, p.25).

La ausencia de legibilidad de registros de la población migrante es uno de los elementos que nos permite comprender los lugares y comunidades afrocolombianos en una situación de “vidas precarias”, por utilizar el concepto de Judith Butler, al hacer referencia al estatus ontológico de ciertas poblaciones constituidas como destructibles y no merecedoras de ser lloradas y reconocidas, en lugar de ser reconocidas como poblaciones vivas necesitadas de protección contra la violencia ilegítima estatal, el hambre o la enfermedad (Butler, 2006). Los marcos mediante los cuales aprehendemos ciertas vidas como precarias operan generando ontologías específicas de los sujetos, en palabras de Butler: “los sujetos se constituyen mediante normas de inteligibilidad, socialmente instauradas y mantenidas mediante prácticas reguladas de repetición e imitación, que “producen y cambian” (Butler, 2006, p.17). Para el caso que nos ocupa la constitución de los sujetos afrocolombianos ha estado previamente determinada por formas de dominación y sumisión que constriñen sus subjetividades en esquemas de “salvajismo” y sus territorios como entidades “aisladas” para así legitimar su conquista y sometimiento por quienes se asumen así mismo como civilizados.

Mi interés por el análisis de las respuestas que ha dado Colombia y Ecuador al control de la zona fronteriza, no obedece a una posición que favorezca medidas restrictivas de la migración; por el contrario, mi intención es complejizar las relaciones bilaterales entre

ambos Estados en un contexto de flujos migratorios de pueblos que históricamente han sido marginados en la configuración de las identidades nacionales, restringiendo sus derechos ciudadanos e insertados a circunstancias forzadas de migración que escapan por completo al control de las propias personas y sus comunidades.

Las políticas y convenciones entre ambos países en materia de migración internacional, presionados principalmente por las recomendaciones de la ACNUR, han reconocido los flujos de inmigrantes y refugiados colombianos en Ecuador como una consecuencia de factores asociados al desplazamiento forzado originado por el conflicto armado y el narcotráfico. Si bien estos factores en las últimas décadas han acelerado la migración transnacional y la búsqueda de refugio de personas y familias colombianas en el país vecino, para el caso específico de las comunidades afrocolombianas, la emigración a consecuencia de la carencia de servicios básicos y recursos económicos antecede a la guerra. El abandono del Estado en la región obstaculizó, entre otras cosas:

[...] el desarrollo de una infraestructura vial medianamente aceptable, la construcción de hospitales y colegios y el desarrollo de una industria que funcionará en beneficio de la región. Esto es claramente paradójico para una región geográficamente estratégica con frontera internacional y con salida al océano Pacífico.” (Rodríguez, 2015, p. 59).

Los gobiernos han perdido el contacto con las realidades que originan la migración transnacional afrocolombiana: una imbricación de procesos de precarización y “racialización” de las personas con la destrucción masiva de sus territorios ocasionada por las economías extractivas, el conflicto armado y en los últimos dos años la disputa de las rutas del narcotráfico por disidentes de las guerrillas de las FARC, carteles de narcotráfico y bandas criminales.

3.5 FRONTERA Y CONFLICTO ARMADO

La presencia de grupos armados en las regiones de Colombia se ha establecido de manera diferenciada según las particularidades geográficas e históricas de cada región. En el Pacífico sur, para ser más precisos en el municipio de Tumaco, su zona rural y fronteriza con Ecuador, caracterizada por ser una extensa zona mayoritariamente selvática, lo convierten en un escenario ideal para las actividades ilegales y rutas del narcotráfico. Desde

finales de los años 90 del siglo XX y comienzos del siglo XXI, Tumaco ha aparecido en los medios de comunicación masiva como uno de los municipios más violentos del país y Suramérica, precisamente en momentos en los que el impacto del conflicto armado disminuye en zonas como el Magdalena Medio (Rodríguez, 2015). El informe Dinámicas del Conflicto Armado En Tumaco y su Impacto Humanitario, elaborado por CODHES en 2014, señala que la transformación de municipio poder observarse en tres momentos:

- El primero tuvo lugar después de que en 1999 los departamentos de Meta, Caquetá y Putumayo se convirtieran en los principales objetivos militares del Estado, por lo que los cultivos de coca que allí se concentraban empezaron a trasladarse a departamentos fronterizos como Nariño. En ese mismo escenario las guerrillas se replegaron lentamente desde los municipios del centro del país hacia aquellos de la periferia, en busca de zonas de refugio;
- El segundo tuvo que ver con la llegada del Bloque Libertadores del Sur al municipio y la oleada de violencia que se desató en el marco de la disputa territorial con las FARC;
- Y el tercero empezó a hacerse más evidente a partir de 2009 con la puesta en marcha del Plan Renacer de las FARC, con el que decidieron enfocar su accionar en lugares de la periferia del país y estratégicos para una guerrilla que se apoya cada vez más en el narcotráfico y en alianzas con bandas criminales.

En la zona de frontera de Tumaco con Ecuador hacen presencia grupos armados, principalmente la guerrilla de las FARC (ahora disidencias), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), neoparamilitares y en los años recientes carteles de narcotráfico nacionales e internacionales, manteniendo un cruce de fuego constante en la disputa por el control de la tierra con fines al cultivo, procesamiento y tráfico de cocaína. La histórica presencia de grupos armados en el Pacífico sur, se explica, principalmente, por el abandono del Estado a este territorio, ya que “permitió a los grupos armados ilegales instalarse en la región sin encontrar una resistencia militar significativa por parte de las Fuerzas Armadas, así como también, ocultar en la impunidad sus acciones violentas con una cierta facilidad” (Rodríguez, 2015, p.59).

Los grupos armados y carteles de narcotráfico han extendido la instalación de campamentos y laboratorios para las actividades de producción y tráfico de cocaína en territorio ecuatoriano. Este hecho podría explicarse en cuatros direcciones:

- *Primero*, el abandono estatal y el progresivo empobrecimiento de la zona de frontera y los pueblos que lo habitan, en este lugar persisten los niveles más altos de pobreza y subdesarrollo estructural del país, contexto que facilita la incursión e instalación de grupos armados y la movilización de sus economías ilegales (drogas, armas, secuestros, tráfico de personas y combustibles) y deja a las comunidades locales a merced de las actividades ilícitas (principalmente narcotráfico). Para las comunidades locales la participación en actividades del narcotráfico muchas veces es la única alternativa real que tienen para sobrevivir a las condiciones de extrema pobreza en sus territorios. O se dedican a los cultivos ilícitos y se los venden al grupo que controle la zona, o son asesinados, o se unen a los millones de colombianos, en su mayor parte campesinos, que han huido a los grandes centros urbanos o al exterior de los grupos armados (ICG, 2004).²²
- *Segundo*, la ubicación estratégica de la frontera por su salida al océano Pacífico la convierte en un corredor estratégico para la movilidad de drogas ilícitas con destino a los mercados de México y Centro América. En el marco del conflicto armado los 586 kilómetros de esta frontera han estado controlados por grupos armados ilegales, principalmente en los ríos Mira y Mataje.
- Tercero, las acciones militares a nombre de la lucha contra las drogas, iniciativa conjunta entre los Gobiernos de Colombia y Estados Unidos, conocida como el Plan Colombia, que surge con tres objetivos: generar una revitalización social y económica de Colombia, terminar el conflicto armado y crear una estrategia antinarcótica para combatir el narcotráfico (principal fuente económica de la guerrilla de las FARC) forzó a las estructuras de las FARC a reacomodar sus

²² Las Fronteras de Colombia: El Eslabón Débil de la Política de Seguridad de Uribe ICG Informe sobre América Latina N°9, 23 de septiembre de 2004

posiciones y muchas veces a cruzar la frontera con Ecuador para buscar un refugio temporal en ese país.

- Cuarto, después de la firma de los Acuerdos de Paz entre el gobierno y la guerrilla de las FARC la mutación de exguerrilleros hacia grupos disidentes, entre los que se destaca, el Frente Oliver Sinisterra, grupo que controla los laboratorios y envío de cocaína en el suroccidente del país y la zona fronteriza con Ecuador y que mantiene fuertes transacciones con carteles de drogas internacionales como el cartel Clan del Golfo y Cartel de Sinaloa, ha llevado a la intervención y aumento de las Fuerzas Militares a través de la operación ATLAS para dismantelar el crimen organizado, los cultivos y laboratorios de coca y rutas de tráfico en la zona fronteriza con Ecuador.

En Tumaco y su zona rural, como señala el informe de la Fundación Paz y Reconciliación, en los últimos cinco años la presencia de grupos armados coexiste con organizaciones criminales y narcotraficantes. En este territorio hacen presencia 11 organizaciones criminales (**Ver tabla 4**). Entre ellas expresiones de grupos “disidentes” de las FARC y carteles de droga internacionales, como el cártel del Clan del Golfo. La ubicación geográfica de Tumaco es estratégica para la concentración de la cadena productiva del narcotráfico en un solo territorio: cultivos coca, laboratorios de clorhidrato de cocaína, producción de pasta base de coca y envío del producto a mercados internacionales. Tumaco es el municipio con el número de cultivos de coca más grande en todo el país y el mundo. El Sistema Integrado de Monitoreo de Cultivos Ilícitos (SIMCI) ha registrado 23.148 hectáreas que representan un 16% del total del país en el 2017 cifra histórica en la historia del narcotráfico en Colombia. En este territorio se ha logrado establecer una economía cocalera que trajo consigo desde la década de los 90, la instalación de regímenes de terror: asesinatos selectivos, masacres colectivas, despojos de tierras, reclutamiento forzado de niños y jóvenes, violencia sexual basada en género, extorsiones, desplazamientos forzados internos y transfronterizos, amenazas e intimidaciones, contra las comunidades afrocolombianas y, principalmente, sus líderes comunitarios, con el objetivo de despojarlos de sus tierras para ponerlas al servicio del narcotráfico.

Tras la firma del acuerdo de paz entre el gobierno de Colombia y el expresidente Juan Manuel Santos y la guerrilla de las FARC, con el objetivo de culminar más de 50 años de conflicto armado en el país, 11.2000 excombatientes se encuentran en proceso de reincorporación a la vida civil, sin embargo desde que las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) abandonaron sus territorios de operación, grupos armados rivales se disputan el control de estos lugares para dinamizar economías criminales y continuar con la cadena productiva del narcotráfico. La mayoría de estas facciones armadas ahora se agrupan en torno a zonas costeras y fronterizas. De igual manera, algunas subestructuras de las FARC no se apegaron al proceso de negociación ni de implementación de los Acuerdos de Paz. Según informes de la (FIP), el Centro de Recursos para el Análisis de Conflictos (CERAC) e Ideas para la Paz, existen alrededor de 1.400 disidentes de las FARC que rechazan la implementación de los Acuerdos de Paz. En territorios como Tumaco estamos viendo el surgimiento y evolución de estas disidencias. El portal InSight (2017) señala que el control de las economías ilegales: procesamiento de cocaína, el tráfico de armas, la extorsión, la minería ilegal y el contrabando, entre otras, son los principales objetivos de estos grupos disidentes.

Según el informe “Disidencias de las FARC” (2018) de la FIP las acciones que han protagonizado las disidencias en los dos últimos años indicarían:

- Continuidad con el modelo de actuar de las estructuras de las FARC, como lo han mostrado las acciones de alias “Calarcá” en Mesetas, Meta.
- Oposición abierta al Programa Nacional de sustitución de cultivos de Uso Ilícito (PNIS).
- Proceso de expansión territorial como el del Frente Oliver Sinisterra (FOS), liderado por alias “Gaucho”, hacia zonas de Nariño que han sido de injerencia histórica del ELN y también hacia la Provincia de Esmeralda, Ecuador.

La mayoría de las disidencias se concentran en los departamentos de: Antioquia, Arauca, Cauca, Valle del Cauca, Guaviare, Meta, Nariño, Vaupés (**ver mapa 3**). En Tumaco y la zona fronteriza con Ecuador opera el Frente Oliver Sinisterra o Guerrillas Unidas del Sur (GUP) (integradas por exmiembros del Frente 29, la Columna Móvil Daniel

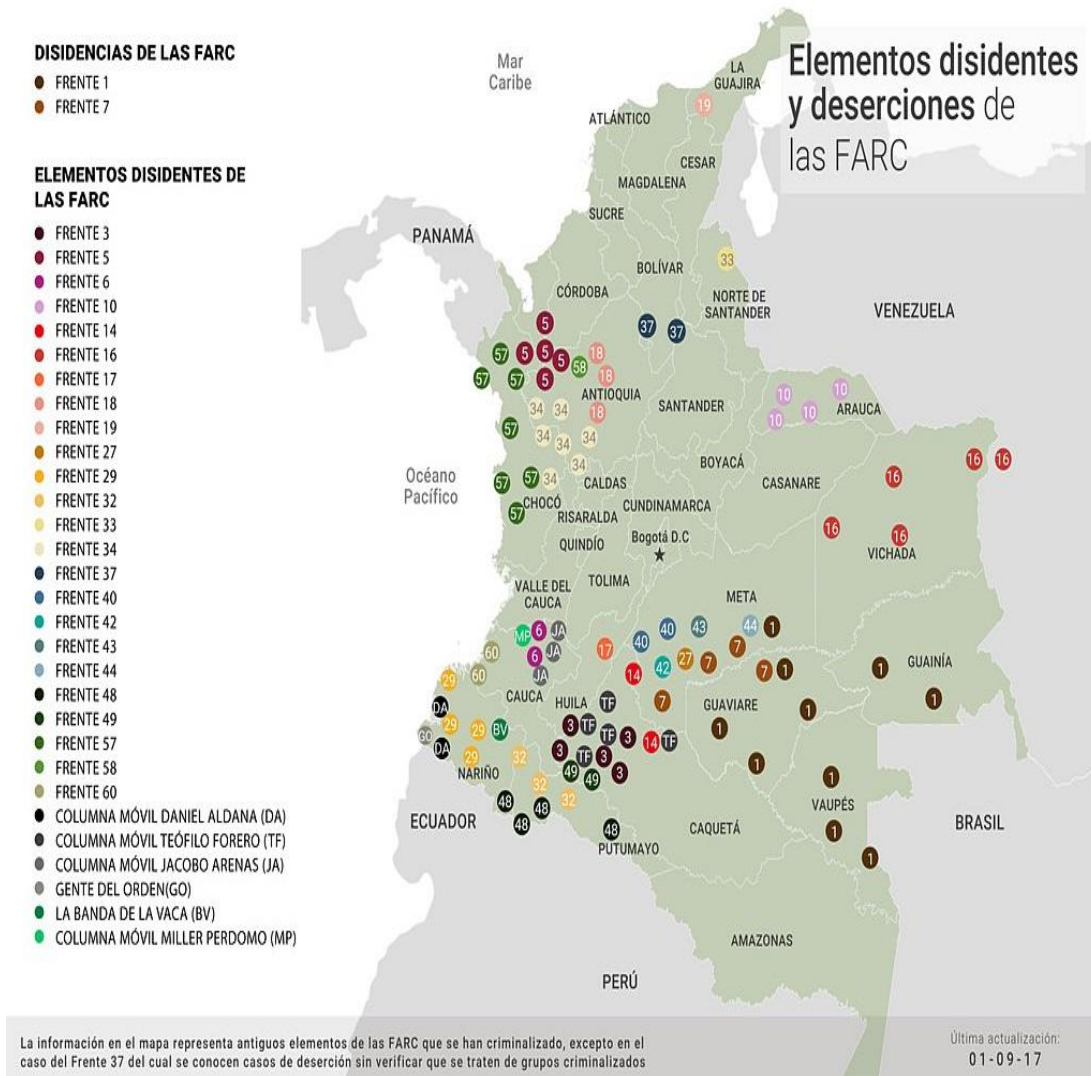
Aldana y la Columna Móvil Mariscal Sucre) encargado de organizar las rutas para la distribución y salida de la droga por el Pacífico colombiano a mercados internacionales. Además, en Tumaco los grupos disidentes se disputan antiguos territorios de las FARC con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Clan del Golfo y las Autodefensas Gaitanistas, estas últimas, son actualmente, el mayor grupo neoparamilitar en el país, su accionar combina una jerarquía militar vertical centrada en el noroeste y suroeste del territorio nacional con una red de bandas criminales locales subcontratadas, siendo la principal organización narcotraficante del país (International Crisis Group, 2017). A la par disidentes que pertenecieron a la Columna Móvil Daniel Aldana operan como estructuras criminales al servicio de mandos más poderosos como el que lidera Walter Patricio Artízala Vernaza alias “Guacho” cabecilla del FOS. Según el Ministerio de Defensa, alias “Guacho” tiene a su cargo el control de los cultivos, los laboratorios de coca y las rutas de la droga en la frontera con Ecuador.

Tabla 4. Grupos Armados Ilegales en Tumaco

Grupo	Zona Territorial	Cabecilla
Guerrillas Unidas del Pacífico G.U.P	Municipios de Tumaco, Charco, Olaya Herrera y Santa Bárbara Iscuandé. Corregimiento de Llorente, Vereda la Guayacana	Alias "David"
Clan del Golfo	Cabecera municipal, Zonas de frontera con Ecuador, río Patía	Víctor Javier Córdoba, alias "Aguirre" o "Córdoba", y Erney Gasca Valencia, alias "Milton", alias Cusumbo. –Cusumbo fue dado de baja hace algunos días-.
La Gente del Nuevo Orden		
	Tumaco hasta Aguas Clara, en la vía que comunica a la ciudad Pasto. Barrio Viento Libre, Panamá	Alias "Cardona" y Volión,
La Empresa	Aguas Claras, Cabecera municipal	Alias "Matamba"
"Organización Sicarial del Pacifico"	Cabecera municipal	Aún desconocido
Los Negritos	Vereda El Descolgadero sobre las bocanas del río Mira y Cabecera municipal.	Alias 'Olindillo' y 'Titano'.
RENOL	Llorente y Ricaurte	Hernán Pai Pascal, alias Renol. Capturado el 24 de abril de 2017.
Grupo 'Oliver Sinisterra', desertores de la columna Daniel Aldana de las Farc	Alto Mira y Frontera veredas el Playón, el Tandil, el Vallenato, El Azúcar, Brisas del Mira, Casas Viejas, La Balsa, Montañitas y Puerto Rico Mataje	
Guacho y Alias Fabián (Cdte)		
GAO privado de narcotraficantes "Mejicanos"	Alto Mira y Frontera	Jefferson Suárez Toro alias Cachi o Miguelito.
Nuevo Grupo	Aguas Claras	Sin información
Columna Gaula	Cabecera urbana	Sin información

FUENTE: Fundación Paz y Reconciliación. Informe "LO QUE OCURRE EN TUMACO PUEDE OCURRIR EN 10 MUNICIPIOS" 2017.

Mapa 3. Disidencias de las FARC

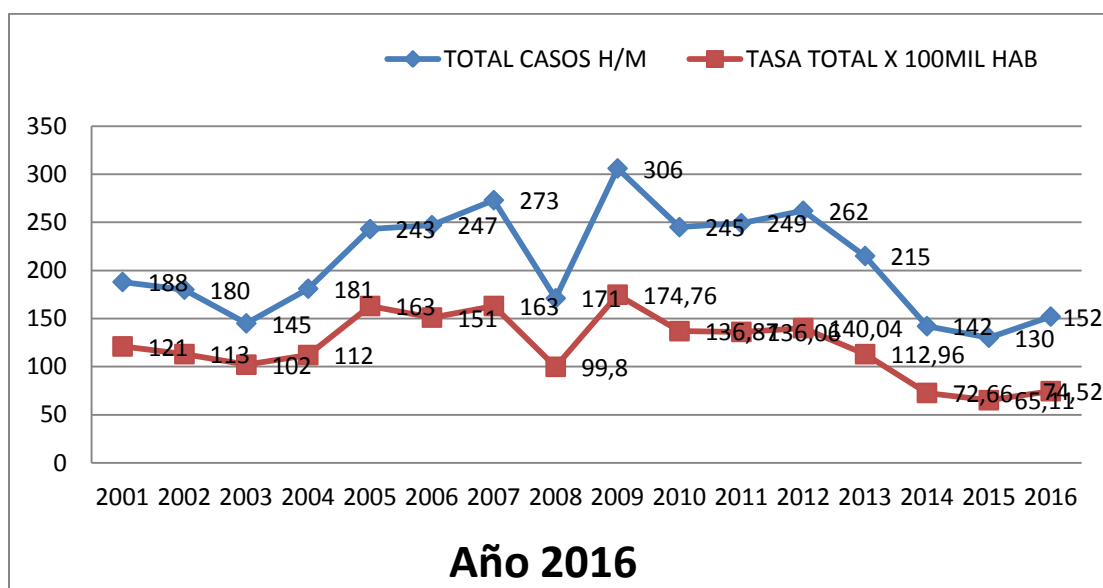


Fuente: InSightCrime, 2017.

Grupos armados establecidos y nuevas facciones disidentes han atacado a las comunidades afrocolombianas y líderes comunitarios dando continuidad a la incidencia de hechos violentos como hostigamientos, asesinatos selectivos, despojos de tierras y territorios, desplazamientos forzados y migraciones transnacionales. Aunque con la firma de los acuerdos de Paz se presenta una notable reducción de confrontación armada y hostigamiento a la sociedad civil en el municipio, también es evidente la aparición de un nuevo ciclo de violencias, nuevos grupos criminales y victimización contra líderes sociales reclamantes de tierras y derechos de sus comunidades. Según Indepaz, el accionar de

grupos armados ilegales y el narco paramilitarismo son los elementos que agudizan patrones de criminalidad y violencia en el municipio y su impacto sobre la comunidad. La disputa por el control de la economía cocalera ha aumentado la tasa de homicidios en la zona urbana y rural de Tumaco, para el 2016 se reportaron 152 casos que representa una tasa de homicidios del 74.52% la cual supera más de tres veces la tasa nacional (24%) por cada 100.000 habitantes (**ver gráfica 1**). Los homicidios en este municipio estarían relacionados, por un lado, con la incursión del Clan del Golfo –y redes subcontratadas- en el casco urbano, y por otro con la incursión del Ejército Popular de Liberación (EPL) en zonas rurales y urbanas durante la concentración de las FARC y su movilización a la zona veredal de Caño Indio (FIP, 2017)²³.

Gráfica 1. Total, de Homicidios en Tumaco (Hombres y Mujeres) de 2001 a 2016



Fuente: Elaborado con base en los datos del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses.

Según documenta el Registro Único de Víctimas (RUV) para el 2017, 67.422 personas se registraron como víctimas de desplazamiento forzado en el país, de las cuales el 94% son indígenas y afrodescendientes. En el caso específico de Tumaco la RUV reporta para el mismo año 4.054 personas en condición de desplazamiento forzado. Por su parte la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de Naciones Unidas (OCHA) señala que

²³ <http://www.ideaspaz.org/publications/posts/1571>

solo en la zona urbana de Tumaco más de 1.500 personas fueron desplazadas durante el mismo año. La disputa de grupos armados en Tumaco se establece entre jefes de barrios y miembros de las GUP y la Gente del Orden que en realidad son una subcontratación por parte del FOS para garantizar presencia en el casco urbano (FIP, 2018). Es importante resaltar que en Tumaco los desplazamientos forzados tanto en la zona urbana como rural con frecuencia se establecen de manera pendular; es decir, las familias se establecen en un lugar del que pueden ser nuevamente desplazados de acuerdo con las dinámicas de violencia que instauran los grupos armados. Estos desplazamientos en palabras de los pobladores locales son referidos como una “población flotante”, no solamente porque habitan en casas construidas en palafitos de madera sobre los ríos, manglares y mar lo que genera que continuamente reubiquen sus viviendas a consecuencia de las inundaciones y subidas de marea, sino también porque producto de los enfrentamientos entre grupos armados y sus intimidaciones a las personas y familias, constantemente se van unos y llegan otros. Situaciones que se suman a la desigualdad percibida por las comunidades en términos de acceso a oportunidades laborales, de salud, vivienda y educación.

En el relato de María Hurtado se evidencian las experiencias interseccionales de desplazamientos forzados:

Mi familia y yo salimos desplazados en el 2004 de la vereda Cacagual en el río Mira. De ahí nos fuimos al barrio Nuevo Milenio en Tumaco, en medio del mangle armamos nuestra casa con paredes de madera y techo de plástico. Poco después como a los seis meses llegó un nuevo grupo armado al barrio, esa gente comenzó a reclutar a los muchachos y a violar a las niñas. Se querían llevar a mi hijo, por eso nuevamente agarramos nuestras cosas y nos fuimos a vivir al barrio Obrero. Hace un año nos tocó volver a salir porque los grupos comenzaron a pedir dinero gota a gota por el “derecho de piso” amenazando con matar a quienes no les den el dinero. Ahora estamos en San Lorenzo buscando refugio [...] La gente desplazada en Tumaco es flotante, llegan unos, mientras otros se van, es un constante ir y venir. (M. Hurtado, comunicado personal, 15 de enero de 2016).

En principio, la violencia armada modificó las prácticas de movilidad y poblamiento en las comunidades fronterizas con Ecuador, la movilidad que en un principio se estableció como mecanismo para establecer redes de parentesco, comerciales y solidaridades entre las veredas y familias (ya sea del lado colombiano o ecuatoriano), hoy en día es un *dispositivo*

de huida para salvaguardar la vida de las personas frente a las amenazas de los grupos armados. Paulatinamente en el imaginario colectivo de las comunidades el desplazamiento por los ríos y sus trochas que los comunican con las veredas vecinas y el “monte”- lugar de trabajo en el que aún sobreviven algunas pequeñas parcelas de tierra sembradas con cultivos de pan coger en el entremedio de los extensos cultivos de coca- representan el desafío de sobrevivir en una geografía fuertemente devastada y controlada por la guerra y sus actores.

Ilustración 9. Barrio Nuevo Milenio



Fuente: Fotografía propia. Tumaco, marzo de 2017.

La confrontación armada, despojos de tierras y desplazamientos forzados ha diezmando considerablemente a la población local. Según el Departamento Nacional de Estadística Administrativa (DANE) en 2005 el Consejo Comunitario del Bajo Mira y Frontera era habitado por 7.894 personas; mientras en 2012 eran 7.029. Los casos más graves fueron los de las veredas Vueltas de Cajapi que de 371 habitantes pasó a tener solo 60; Bajo Guayabal que con 340 pobladores pasó a 86 habitantes, y la vereda Teherán que de 263 pobladores pasó a tener 103. Actualmente existen veredas como Sagumbita, donde se encuentran casas abandonadas y restos de palafitos sembrados sobre las orillas del río,

los cuales testimonian la desposesión territorial, material, cultural y simbólica que ha dejado la guerra y los cultivos ilícitos.

Frecuentemente, el control territorial de la frontera está dividido por áreas, unas con presencia guerrillera y ahora “disidentes” y, otras con presencia de neoparamilitares y/o bandas criminales, ambas obligan a la gente a entregar sus territorios para el cultivo y procesamiento de la coca. Esto ha generado *fronteras invisibles* que rompen los lazos de parentesco, socialización y comunicación entre las personas y familias afrodescendientes. Los grupos armados imponen métodos arbitrarios que estructuran y garantizan modelos paraestatales de control territorial, político y económico en las comunidades. Es importante resaltar que la fuerte presencia de estos grupos se establece en zonas en las que históricamente los sucesivos gobiernos del estado colombiano han tenido una débil presencia y acceso a los territorios, situación que facilita las acciones violentas de los grupos armados y en la que las comunidades afrocolombianas se convierten en población funcional a este orden y objetivo militar de quienes lo promueven.

Ilustración 10. Árboles de cacao en medio de cultivos de coca



Fuente: Fotografía propia. Vereda el Congal Frontera, Tumaco, enero de 2015.

Ilustración 11. Casa abandona vereda Sagumbita



Fuente: Fotografía propia. Vereda Sagumbita, Tumaco, febrero de 2016.

3.6 LA FRONTERA COMO REFUGIO

Las dinámicas de movilidad y flujos migratorios transnacionales de comunidades afrocolombianas en el marco del conflicto armado no sólo complejizan las relaciones fronterizas entre las comunidades afrodescendientes de ambos Estados y los marcos jurídicos de reconocimiento de la población migrante, sino también ha generado tensiones y rupturas en las relaciones diplomáticas colombo-ecuatoriana. El eje central de acción para la culminación del conflicto armado y erradicación del narcotráfico en el marco del Plan Colombia fue la implementación de programas de fumigación aérea de los cultivos de coca con glifosato, la erradicación manual de los cultivos ilícitos, el control de precursores químicos usados en el procesamiento de la coca, la detección y destrucción de laboratorios para el procesamiento de hoja de coca (cristalizaderos) y la incautación de cargamentos de drogas en ruta hacia el exterior (Mejía y Camacho, 2014). Esto generó que en el 2008 Ecuador denunciara a Colombia ante la Corte Interamericana de la Haya incursiones

militares y fumigaciones aéreas por parte del gobierno colombiano que viola la soberanía de sus territorios.²⁴

Las fumigaciones con glifosato tuvieron afectaciones no solamente a los cultivos ilícitos, sino también a los cultivos de pan coger y con ello a las economías de subsistencia de las comunidades afrodescendientes lo que contribuyó a incrementar la migración forzada transnacional (Bermeo y Pabón, 2008). Datos de la ACNUR (2015), han señalado que durante el 2007 y 2008 un promedio 1000 a 1300 personas afrocolombianas provenientes de Barbacoas, Tumaco y Buenaventura cruzan cada mes la frontera colombo-ecuatoriana huyendo de la confrontación armada entre grupos armados ilegales y bandas criminales, así como por las fumigaciones con glifosato a sus cultivos agrícolas. Para algunos afrocolombianos en Ecuador las posibilidades de retorno a sus territorios de origen no significan volver a casa y empezar de nuevo. El retorno puede costarles la vida, los territorios, como ya se ha mencionado, continúan minados por las violencias, el narcotráfico y la indolencia estatal. En el testimonio de Samira, una mujer de 29 años, quien ha sido desplazada cuatro veces por grupos armados y que actualmente se encuentra en situación de refugio en San Lorenzo, Ecuador, la muerte no tiene rostro:

La muerte no tiene una sola cara en un país como Colombia [...] hay formas de morir, las balas o huir de nuestra tierra, no siempre vienen de un solo lado. Los mensajeros de la muerte son tantos que cuesta pensar en uno solo. Es como cuando en el manglar sientes que algo te picó en el pie ¿un pejesapo, un cangrejo, una culebra o un erizo? Nunca sabes de qué rostro vendrá el impacto [...] ¿Volver a mi territorio?, no lo sé; allá quedó un gran pozo repleto de miedos. Aquí y ahora mi única opción es huir...esconderme y huir, por fortuna tengo familia que me ha recibido, eso ayuda un poco

²⁴ Los usos intensivos del glifosato en la zona fronteriza tuvieron impactos devastadores en el medio ambiente, la salud y la vida de las comunidades que habitan en estos territorios. A raíz de la demanda de Ecuador el gobierno colombiano se comprometió en 2013 en desistir de las fumigaciones con glifosato y ofreció US\$15 millones como compensación al país vecino, además de reconocer el carácter nocivo del glifosato en la salud humana -problemas dermatológicos, respiratorios, oculares, hormonales e incluso anomalías durante la gestación y abortos- y el medio ambiente. Las comunidades y organizaciones afrocolombianas han denunciado ante la Defensoría del Pueblo afectaciones a su salud, padeciendo síntomas de intoxicación “crónica” por la contaminación de fuentes de agua y alimentos agrícolas a causa del pesticida.

mientras uno se adapta, porque en este nuevo país siento que tampoco soy bien recibida. (S. Nazareno, comunicación personal, 16 de marzo de 2017).

Como vemos en el anterior testimonio, en la migración forzada transnacional el establecimiento en la sociedad receptora, los lazos de parentesco con la familia extensa se convierten en la principal matriz de acogida y reasentamiento de las personas desplazadas. Sin embargo, las vivencias en el “nuevo hogar” están atravesadas por experiencias de discriminación y exclusión lo que genera que estas personas sean víctimas de nuevas violencias, ahora no en nombre de la guerra y el narcotráfico, pero sí del racismo y la xenofobia que se cruzan con factores económicos y políticos globales y neocoloniales. En este punto, la migración forzada por la frontera se vive como un dispositivo de huida, en los que las posibilidades de retorno se tornan poco posibles a consecuencia de las dinámicas de la guerra y el narcotráfico que tienden a encrudecerse en la región.

Es importante resaltar que tanto las movilidades ocasionadas por el desbordamiento de ríos y los flujos de migración generados por el conflicto armado, el narcotráfico y las economías extractivas, permanecen invisibles ante las instituciones estatales. Esta zona de frontera es visibilizada por los medios de comunicación cuando se trata de extracción de petróleo, la ejecución de programas para la erradicación de cultivos de uso ilícito y la puesta en marcha de estrategias militares en la lucha contra el narcotráfico. Sin embargo, existe una carencia de información sobre las devastadoras consecuencias que la violencia armada y los programas implementados por el gobierno para su erradicación han generado en las comunidades locales.

3.7 FRONTERA, ESTADO Y CAPITAL

La diversidad de cruces, trayectorias y desplazamientos afrocolombianos en la frontera colombo-ecuatoriana no existen por fuera de los órdenes del Estado-nación. Si bien las comunidades han desarrollado una cierta autonomía en las prácticas de pasar de un lado a otro es importante reconocer las configuraciones del poder del Estado-nación y de sus articulaciones con las relaciones entre capital y comunidades que avanzan generando un campo de contradicciones. En Colombia producto de las exigencias y reivindicaciones políticas de las organizaciones afrocolombianas el Estado ha suscrito una serie de obligatoriedad para el desarrollo y combate a la pobreza en estas comunidades de acuerdo

con sus prácticas tradicionales y el derecho a la propiedad colectiva (véase la Ley 70 de 1993). Sin embargo, las acciones estatales se han encaminado a la incorporación de modelos económicos agroindustriales y extractivos (con sus mercados nacionales e internacionales, ejércitos y tecnologías) a nombre del desarrollo de la nación, lo que ha llegado a reforzar condiciones de extrema precariedad y violentos procesos de desterritorialización en estas comunidades.

La movilidad local y flujos de migración transnacional de las comunidades afrocolombianas existen dentro y en contra de las determinaciones que trae aparejada la relación Estado-Capital. Así el sistema de lugares a la vez que refuerzan culturas e identidades de manera coactiva y creativa también es una posibilidad de resistencia e innovación frente a los capitales nacionales y transnacionales que transgreden su estabilidad. Por tanto, resulta necesario preguntarse con qué configuraciones de poder político y económico se enfrentan las comunidades afrocolombianas y con qué habilidades sostienen procesos de reproducción y cambio cultural.

En la zona fronteriza con Ecuador a la par que los grupos armados controlan los territorios para la circulación de las economías criminales, los grandes proyectos de modernización económica como las plantaciones de palma africana han ocasionado nuevas dinámicas de desplazamientos forzados en las comunidades afrocolombianas. Como ya se ha mencionado, las dinámicas de despojos de tierras y territorios se originan con el conflicto armado, pero también se han incrementado en el marco de las operaciones de economías agroindustriales y extractivas. Las innovaciones en materia de estas economías que se expanden en la región Pacífico amenazan la estabilidad de los lugares a la vez que generan una creciente destrucción del medio ambiente dejando tierra muerta y agua muerta en los territorios en que operan. En el país la aceleración de la expansión de la palma africana se estableció en el periodo presidencial de Andrés Pastrana (1998-2002) y se intensificó durante el periodo de su sucesor, Álvaro Uribe Vélez (2002-2010). Para hacer posibles estos proyectos el Estado ha entregado en concesión grandes hectáreas de tierra a empresas nacionales y transnacionales, sin que se haya efectuado un proceso de consulta previa con las comunidades afrocolombianas de la región.

Uno de los rostros de la agroindustria de la palma africana se asocia con el despojo territorial de campesinos y comunidades a manos de grupos paramilitares; estos grupos a través de prácticas de coacción armada desplazan a los pobladores locales de aquellos terrenos aptos para el cultivo de la palma. Acciones armadas que han violentado la autonomía territorial y los derechos étnico-culturales conquistados por el movimiento social afrocolombiano con la Ley 70 de 1993. La enorme demanda de tierras para el monocultivo de la palma africana tuvo al menos dos impactos a las comunidades; primero, a la vez que emplearon a los pobladores locales en condición de asalariados, fueron causas de nuevos y masivos despojos de tierras y territorios. En el río Mira las comunidades de los Consejos Comunitarios Alto Mira y Bajo Mira y Frontera han denunciado ante la Unidad de Restitución de Tierra la expropiación y compra ilegal de sus territorios por parte de empresas palmeras que, según refieren líderes comunitarios, durante 1995 y 2005 estuvieron vinculadas con el narcotráfico y la financiación del Bloque Libertadores del Sur de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Según las denuncias de los Consejos las empresas palmicultoras:

Lograron titulaciones del Inceder en predios afro que la Unidad consideró como irregulares porque compraron a bajos precios, acumularon tierras de origen baldío que se supone debe ser para comunidades pobres o solicitaron la sustracción de la reserva forestal (tierras protegidas por la Ley 2 de 1959 en favor de la biodiversidad y el medio ambiente) para beneficiar supuestamente a los pobladores, pero terminaron explotados por los socios de las empresas. (verdadabierta, 2014).

Las denuncias de activistas de las organizaciones afrocolombianas han señalado que entre 1997 y el 2004 los paramilitares cometieron 200 asesinatos, además de innumerables desapariciones, apropiación ilegal de territorios y violaciones de derechos humanos. La gran extensión de los cultivos de palma africana y los cultivos de coca han disminuido la tierra destinada a la producción de alimentos, principalmente los de autoconsumo, lo que ha generado una mayor dependencia de productos externos (refrescos y enlatados) que por la complejidad del acceso a la zona presentan un incremento en el valor adquisitivo. La tierra y el agua han quedado contaminadas a causa de los desechos de hidrocarburos, lo que ha afectado la sostenibilidad de sus económicas tradicionales (pesca y caza) y el acceso a

recursos económicos debido a la pérdida de los suelos y vocación agrícola, produciendo una cantidad de personas y familias desplazadas.

El monocultivo de la palma africana ha sido promovido en Colombia como parte de una política de “desarrollo alternativo”, financiada en parte con recursos del Plan Colombia, y su expansión está relacionada con el aumento mundial de la demanda de biocombustibles (Escobar, 2010). En la región Pacífico esta política agroindustrial se ha perfilado como una prospera actividad de fuerte inversión. El gobierno nacional ha puesto sus ojos, de manera particular, en el municipio de Tumaco y su zona rural. Según el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) el área total sembrada de palma africana para 1986 era de 14.000 hectáreas, y según Fedepalma, en 1999 existían unas 18.153 hectáreas. [...] Ya entre 2004 y 2006, Tumaco pasó de 27 mil a 32 mil hectáreas de palma cultivada.

Las nuevas circunstancias han cambiado radicalmente las relaciones históricas que las personas y comunidades afrocolombianas han tejido con el territorio en la configuración de sus identidades y dinámicas de poblamiento y movilidad. Con la “enfermedad del cogollo” que afectó a las plantaciones de palma africana, cerca del 90% de cultivos existentes en 2004, algunas empresas palmiculturas se vieron obligadas a cerrar sus puertas y abandonar los territorios.

Como consecuencia de ello, cerca de 7.000 asalariados perdieron su trabajo de la noche a la mañana. Esta situación de dificultad fue, a la vez, una crisis ecológica a causa del número elevado de hectáreas perdidas, y una crisis social que aumentó de manera dramática los niveles de desempleo en la región. (Rodríguez, 2015, p. 16).

La enorme demanda de tierra y agua para desarrollar economías agroindustriales, extractivas y de uso ilícito redefine a las tierras y lugares de la región Pacífico nada más que *sitios para la extracción*. De acuerdo con Saskia Sassen (2015) podríamos caracterizar la relación del capitalismo con los grupos sociales subalternos y sus lugares en un campo de fuerzas que puede significar:

Arrojar a la miseria y excluir a números cada vez mayores de personas que dejan de tener valor como productores y consumidores [...] Las personas en cuanto trabajadores y consumidores tienen un papel cada vez más reducido en los beneficios de muchos sectores económicos. Por ejemplo, desde la

perspectiva del capitalismo de hoy, los recursos naturales de buena parte de África, América Latina y Asia central son más importantes que la gente que vive en esas tierras en cuanto trabajadores y consumidores. (Sassen, 2015, pp. 20-21).

Desde la perspectiva de Sassen la movilidad y flujos de migraciones transnacionales en comunidades históricamente empobrecidas va más allá de la idea de desigualdad e inequidad social como formas de aludir a las patologías del capitalismo global, por el contrario nuestras sociedades se enfrentan a complejos modos de *expulsión* que van desde políticas elementales hasta instituciones, técnicas y sistemas complejos que requieren un conocimiento especializado y formatos institucionales intrincados (Sassen, 2015). Por ejemplo, desde la crisis alimentaria y financiera de 2008 se ha incrementado el acaparamiento de tierras agrícolas por países como Reino Unido, China y Arabia Saudita en países del África subsahariana y América Latina para el cultivo de alimentos en un intento por garantizar el abastecimiento de sus clases medias y altas, otras tierras han sido destinadas para los cultivos industriales, principalmente, palma africana para la producción de biocombustible. Esta situación ha generado masivos procesos de expulsión de comunidades agricultoras en un ambiente frágil de reconocimiento de los derechos territoriales por parte de los gobiernos a las comunidades locales. Otro ejemplo es la legislación colombiana, a través del Acuerdo 02 de la Agencia Nacional de Hidrocarburos que avanza en la flexibilidad de actividades de exploración sísmica, perforación, exploración y producción de hidrocarburos en el territorio nacional a cargo de compañías provenientes de Canadá, China e India, en un ambiente de rechazo por parte de las comunidades afrocolombianas e indígenas para quienes la producción de hidrocarburos son una amenaza latente a la estabilidad de los ecosistemas, salud, economías locales y derechos humanos.

Al respecto de lo anterior, un análisis sobre tenencia de la tierra desarrollado por The Munden Project (2013) en 12 economías de mercados emergentes (Argentina, Brasil, Camboya, Camerún, Chile, Colombia, Indonesia, Liberia, Malasia, Mozambique, Perú y Filipinas) demostró que el 93% de inversiones en minería, petróleo, gas, explotación forestal y agricultura operan en territorios habitados por pueblos indígenas y afrodescendientes. En el caso específico de Chile, Colombia y Filipinas los Estados han entregado en concesión tierras y territorios a compañías mineras y agroindustriales bajo una

importante superposición entre las concesiones y las tierras que reclaman los habitantes locales, principalmente pueblos indígenas (**ver tabla 4**). Situación que ha desembocado en una serie de conflictividad relacionada con la disputa por la tenencia de la tierra y los recursos naturales, especialmente el agua.

Tabla 4. Resumen de las superposiciones de las concesiones mineras de tres Economías Emergentes

Economía emergente	Permisos de minería con superposición (ha)	Superposición con tierra indígena (ha)	Deterioro
Chile	25 552,20	24 219,83	31,0%
Filipinas	1 486 763,97	406 267,15	27,3%
Colombia	997 433,20	336 173,86	6,3%

Fuente: The Munden Project. 2013. Estudio analítico del riesgo relacionado con la tenencia de la tierra y las concesiones industriales en las economías de mercado emergentes.

Lo anterior permite ejemplificar que los trayectos de la movilidad y migraciones transnacionales de comunidades que viven en abyecta miseria en todo el mundo se desarrollan en diversos procesos y condiciones que bien pueden referir a dinámicas de expulsión de un espacio de vida y que surgen en las configuraciones de poder de los Estados nacionales y el capital.

Las prácticas materiales que subyacen a estas expulsiones a la vez que degrada a los gobiernos que vendieron y arrendaron la tierra, degrada la significación de la ciudadanía para la población expulsada -agricultores y artesanos- de sus aldeas, distritos manufactureros rurales y distritos de pequeños agricultores. Y cuando las minas y las plantaciones ocupan tierras donde no hay gente, degradan la tierra y el agua. De ahí que el territorio pasa a ser simplemente tierra en el caso de plantaciones, y tierra muerta en el caso de minas. (Sassen, 2015, p.98).

Las prácticas que construyen fronteras, las prácticas de transgresión que las desafían, las que evidencian su funcionamiento como espacios de confinamiento, segregación y exclusión, y la organización de los circuitos de tránsito, son importantes no sólo desde el punto de vista de los sujetos en tránsito/movimiento, sino también lo es desde la perspectiva de los Estados y el capital global que regulan o no los flujos migratorios. Esto permite analizar la profundidad heterogeneidad del campo semántico de la frontera, los

ensamblajes y desfajes, y sus complejas implicaciones simbólicas y materiales (Mezzadra y Neilson, 2013).

En conjunto, la precariedad de los lugares y comunidades afrocolombianas, la pobreza extrema, desastres ambientales, el conflicto armado, las economías extractivas y economías del narcotráfico han configurado un campo de migraciones forzadas con alcance transnacional. En la frontera entre Colombia y Ecuador las personas y familias a través de sus flujos de movilidad local y transnacional negocian en ambos países experiencias colectivas e intersubjetivas de quién pertenece o no a una determinada nacionalidad. Por consiguiente, esta frontera es un lugar enunciativo de ideas y representaciones hegemónicas, pero también de otras historias y voces disidentes que producen historias complejas de diferencia e identidad, pasado y presente, adentro y afuera, inclusión y exclusión. Las experiencias de movilidad afrocolombiana obligan a una relectura de la realidad social en complejas imbricaciones que se producen en una diversidad de sistema de lugares que no se limita al espacio nacional, aunque surgen de allí, sino que generan nuevos ensamblajes de la vida social-comunitaria en flujos transnacionales.

La relación de las personas afrodescendientes con el espacio configuró un entramado de relaciones socioculturales y territoriales que marcan la frontera como el *límite* de una forma de ejercer autonomía y el poder de concebir un “territorio político”, es decir, “mi propio territorio” en contraposición al “otro territorio” al de las sociedades de las regiones centro del país. En la reflexión teórica antropológica la frontera como límite se presenta en diversas manifestaciones, “desde el concepto de límite político hasta el de límite étnico o el de límite cultural” (Barth, 1976, p.111). Frederick Barth habló de la creación de límites étnicos y sus fronteras, como procesos de organización de la diferencia cultural en complejas relaciones sociales y de conducta. Señaló la existencia del límite en los procesos de selectividad cultural de los pueblos, por los intereses particulares, lo que permite entender las transformaciones sociales y culturales desde su perspectiva. Para el Pacífico sur, es particularmente, importante, analizar cómo esta región es transformada en una frontera cultural, “límite cultural” que además de crear un campo de significación simbólico-material de la vida cotidiana de las comunidades afrocolombianas, es el espacio

de la construcción política de sus identidades con que confrontan los poderes de dominación y explotación en el país.

Es conveniente señalar, como nos explica Gilberto Giménez, las identidades funcionan como principios y referencias de ordenamiento de la vida social, para lo cual requieren, en primera instancia y como condición de posibilidad “de contextos de interacción estables constituidos en forma de “mundos familiares” de la vida ordinaria, conocidos desde adentro por los actores sociales no como objeto de interés teóricos sino como fines prácticos” (Giménez, 1996, p. 35). Los “mundos familiares” de los que nos habla Giménez, bien pueden ser interpretados como procesos de apropiación del espacio en que los grupos sociales organizan la representación del mundo y se organizan a si mismo acorde con esa representación. En este sentido, es importante analizar cómo las comunidades afrocolombianas construyen una frontera cultural, *como un espacio vivido*, en que se articula la materialidad de sus prácticas de apropiación del espacio y organizan luchas colectivas por defender ese espacio histórico y colectivamente construido.

Ilustración 12. Joven agricultor entre cultivos de coca y cacao



Fuente: fotografía propia., río Mira, junio de 2016

3. CAPÍTULO: LA FRONTERA CULTURAL EN EL PACÍFICO COLOMBIANO. “PERMANENCIAS Y MOVILIDADES”

Como observamos en el capítulo 3 en el Pacífico confluyen múltiples significados de fronteras, construidas tanto por las narrativas de las élites dominantes del país, los grupos armados ilegales, las economías extractivas y economías del narcotráfico, así como por la multiespacialidad de las experiencias afrocolombianas en hacer de este espacio un lugar de identidades. A lo largo de la historia de la región la presencia de las personas afrodescendientes no se sitúa únicamente en los engranajes económicos de la producción colonial y los imaginarios racistas que sobre este espacio afloran durante la Nueva Granada; los afrodescendientes desde sus propias agencias han construido culturas que interpelan la “diferencia racial” y resaltan la organización social de sus entornos naturales y ambientes que se expresan en paisajes materiales y discursivos de identidades y resistencias. En esta perspectiva la región Pacífico opera como un campo en disputa por la imposición de representaciones a cargo de los grupos dominantes y la construcción de identidades afrodescendientes basadas en experiencias espaciales sobre las cuales se organiza la producción y reproducción de la vida social y cultural.

Las personas de ascendencia africana que huían de las haciendas minero-esclavistas se adaptaron en un ambiente aparentemente hostil; para ello, las estrategias de adaptabilidad al entorno natural y el conocimiento de ciertos fenómenos que ocurrían en este territorio les significaron establecer una relación simbólica y material con él, no sólo en lo que se refiere a la utilización de los recursos naturales para sus sobrevivencias, sino también a la forma en que lo concebían. Lo cual implicaba conocer y apropiarse de los territorios, sus entornos y ecosistemas utilizando diversos recursos culturales que sobrevivían en sus memorias, sentimientos, prácticas espirituales y religiosas y otros elementos icónicos de legado africano (Friedemann, 1992). De acuerdo con Friedemann el legado africano en el “Nuevo mundo” -variedad de gente, tribus, y lenguas cuyo principal punto de origen común está en la confluencia del comercio de esclavos- no es un punto antropológico de referencia fijo; sino que constituyó la materia prima de los grupos afrodescendientes para ser reformulado en formas y patrones culturales distintos y nuevos. En esta perspectiva la diáspora africana en el “Nuevo mundo” y sus descendientes vivieron

experiencias heterogéneas que los obligaron a crear y recrear nuevas expresiones culturales que responden a los nuevos contextos y situaciones vividas.²⁵

En este capítulo se analiza la construcción de la frontera cultural en la región Pacífico, como un conjunto de procesos de adaptación creativa, permanencias y cambio cultural de personas y familias de origen africano cuyas trayectorias económicas, sociales y culturales resultaron de los intersticios de la esclavización, las resistencias, los procesos de huida y luchas por la libertad. En estos procesos la adaptación ecológica al ambiente permite pensar en la creación de distintas matrices culturales a partir de la forma en que diferentes grupos y personas se integraron al medio natural y las herramientas que construyeron para organizar una vida cultural y productiva propia. Son importantes las aportaciones de la ecología cultural en cabeza de Julián H. Steward (2014), uno de sus más sobresalientes pensadores, quien ha intentado demostrar cómo es que las adaptaciones ecológico-culturales -aquellos procesos en los que es modificada una cultura derivada de un hecho histórico en un ambiente particular- están entre los procesos creativos del *cambio cultural*. En esta perspectiva se trata de analizar las dinámicas internas de los grupos humanos a partir de los cambios en su núcleo cultural “la constelación de rasgos que se relacionan más estrechamente con las actividades de subsistencias y arreglos económicos”

²⁵Sidney W. Mintz y Richard Price ofrecen una visión teórica del proceso de desarrollo de las culturas afroamericanas, partiendo de una noción principal “ningún grupo, sin importar qué tan bien equipado esté o qué tan libre de elegir sea, puede transferir su forma de vida, así como las creencias y valores que la acompañan, de un escenario a otro sin cambios” (Mintz & Price, 2012, p. 45). En este sentido Mintz y Price proponen reconsiderar el asentamiento de los africanos en el Nuevo Mundo como una especie de “punto de partida”, con las formas de creación de culturas que las comunidades africano-americanas adoptarían más adelante. Para Mintz y Price el “punto de partida” en las condiciones de asentamiento, adaptabilidad y creación de culturas africano-americanas presentó una mayor diversidad y heterogeneidad en comparación con los procesos de asentamiento europeo que corrió a cargo de grupos de colonos que representaban tradiciones culturales nacionales particulares –ingleses, holandeses, portugueses, franceses, etcétera. Esto se debe a que una de las características más relevante de la trata negrera trasatlántica es que los esclavos fueron extraídos de diferentes partes del continente africano y de una diversidad de grupos étnicos y lingüísticos. En este sentido no es posible afirmar que los africanos esclavizados en las diferentes colonias del Nuevo Mundo tuvieran una sola cultura colectiva y que los legados culturales heredados a sus descendientes no tuvieran cierta distorsión y no fueran susceptibles de transformación de acuerdo a los contextos específicos que vive cada generación

(Steward, 2014, p.60), y por influencia externa en el permanente intercambio con otros grupos culturales.

4.1 CAMBIO CULTURAL Y EXPERIENCIAS DE ADAPTACIÓN AL MEDIO AMBIENTE

Una de las principales tesis de Steward es que las adaptaciones ecológicas constituyen procesos creativos que dinamizan y transforman las culturas. Así la ecología cultural presenta un problema y un método, el problema es comprobar si las adaptaciones de las sociedades humanas a sus entornos requieren modos particulares de comportamientos o da lugar a la posibilidad de varios tipos de comportamientos en un área cultural específica. Este enfoque requiere que se conceda especial atención sólo a los rasgos ambientales importantes y no a la red de vida en sí. Es decir, considerar las características a las cuales la cultura local atribuyen importancia (Steward, 2014). Para este autor la clave para la adaptación de una cultura a su ambiente es: su tecnología, es decir los instrumentos materiales, técnicas de usos, medios de subsistencia por el que las culturas generan las condiciones necesarias para construir sus modos de organización económica y cultural. De ahí que la ecología cultural esté interesada en cuál tecnología puede utilizarse de manera singular en las diferentes sociedades y en las repercusiones que de dicha tecnología resulte en los procesos creativos de creación de culturas en ambientes específicos. Por ejemplo, las tecnologías utilizadas -canoas, canaletes, atarrayas, trampas, machetes, etcétera- en los pioneros procesos de poblamiento de las familias y personas afrodescendientes en la frontera colombo-ecuatoriana definieron las formas de organización territorial y división social del trabajo.

Las tecnologías en las comunidades afrocolombianas son el resultado de las estrategias ecológico-culturales de las familias pescadoras y agricultoras que subsisten independientemente por su propio esfuerzo. Sin embargo, en los últimos tiempos dichas tecnologías han sido remplazadas por otras herramientas que inciden directamente en la forma de organización de la vida económica y cultural en algunas de estas comunidades. Por ejemplo, cada vez es más frecuente la utilización de lanchas con motores fuera de borda que remplazan la tradicional navegación en canoas de cedro y canaletes, lo que ha generado pasar de la tradicional economía de subsistencia a formas de organización en torno a

cooperativas comunitarias que transportan y comercializan sus productos agrícolas y pesqueros, principalmente, en el municipio de San Lorenzo, Ecuador. Luis Alfonso, habitante de la vereda el Guabal, es el piloto de un bote de madera de unos tres metros con motor fuera de borda, en promedio sale dos veces a la semana a mar abierto a las cinco de la tarde para regresar a las nueve de la mañana con una pesca que unos días es buena y otros no. Los pescadores de la comunidad se turnan el bote, el motor y el trasmallo, que son propiedad de 54 familias de la vereda. En gran medida la incorporación de estas nuevas tecnologías (bote y motor) ha estado relacionada con el dinero obtenido por los cultivos y procesamiento de la coca, situación que como veremos más adelante ha transformado los sistemas productivos de las comunidades ribereñas que habitan entre esteros y manglares.

Los patrones de uso de la tierra, tenencia, productividad y utilización de los recursos naturales fueron dotando a las comunidades afrodescendientes de nuevos significados simbólicos en sus formas de organización de la vida cotidiana. Estos reflejaron por una parte la particularidad de sus prácticas culturales y actividades económicas de subsistencia. Desde muy temprano las contribuciones antropológicas al estudio de los pueblos afrocolombianos llaman la atención sobre la interrelación espacio-naturaleza en la construcción de las culturas afrocolombianas. La región Pacífico, emerge así, como un espacio, en las que los ríos, montes y manglares, y los puertos fluviales-marinos, fundan memorias colectivas (Almario, 2001). Esta forma de producción el espacio constituye lo que el geógrafo brasileño Nascimento dos Santos ha interpretado como *“apego aos lugares”* aquella que movilizan subjetividades y relaciones de afecto entre sujetos y lugar. Las relaciones de apego son el resultante de la socialización e interacción entre los sujetos con ambientes físicos. Así, la creación de lugares significativos para las personas emerge en un contexto histórico, social y económico, y son geográficamente localizados formando en los individuos una identidad territorial que, en los actuales contextos de desajo y desterritorialización por las fuerzan globales del capital extractivo, definen los procesos de lucha por la tierra y los territorios de las comunidades afrocolombianas. Es importante resaltar, que los lugares, no son estáticos, se constituyen a partir de un proceso dinámico y de cambio cultural en que continuamente son dotados de nuevos significados.

Los primeros antropólogos interesados en los asentamientos afrodescendientes en el litoral Pacífico (Friedemann, 1993; Whitten, 1992) propusieron la noción de “adaptación” para referirse al enfrentamiento constante y creativo de las comunidades a un medio ambiente que presenta grandes restricciones sociales, políticas y económicas. De acuerdo con Friedemann y Whitten:

El baraje masivo de elementos culturales, y las subsecuentes adaptaciones, se deben entender en términos de la dinámica de maniobras o estrategias de supervivencia por parte de los africanos ante la explotación de los europeos. Debemos comprender el crecimiento y desarrollo de la cultura negra en la Costa del Pacífico, enfocando primero su potencialidad de ajuste social y luego precisando su contribución en el mantenimiento de la dinámica de estrategias de adaptación. No se niega la persistencia y elasticidad de las tradiciones africanas en el Nuevo Mundo. Simplemente se presta mayor atención a los aspectos creativos y de adaptación de aquellas formas de vida enfocadas como un continuo desenvolvimiento de adaptación en respuesta a nuevos retos del medio ambiente. (Friedemann y Whitten, 1974, p. 8)

La adaptación es un concepto biológico tomado de la teoría de la evolución y se refiere al proceso de la evolución natural de una población en un medio ambiente específico, este proceso toma lugar entre varias generaciones. Si bien el concepto de adaptación fue determinante para los pioneros de los estudios afrodescendientes en Colombia y constituyó una herramienta epistemológica y metodológica para comprender los procesos de poblamiento y creación de culturas, es importante problematizar que la continuidad de estas adaptaciones no es estática sino dinámica y hacen parte de continuos procesos de *cambio cultural* motivados por factores climáticos y ambientales que afectan la productividad y estabilidad de los asentamientos; así como las representaciones e imaginarios nacionales sobre la región y en los últimos años por la fuerte investida de las políticas económicas extractivas para la explotación de los recursos naturales.

Harvey (2012) sostiene que las diferentes sociedades cultivan distintos sentidos del espacio y tiempo de acuerdo con los nexos materiales entre los procesos económicos, políticos y culturales. Las concepciones de espacio y tiempo refieren a las prácticas materiales para asegurar la producción y reproducción de la vida social y, “si tenemos en cuenta que estas varían geográfica e históricamente, sabremos que el tiempo y el espacio

están contruidos de forma diferencial” (p:228). En cada sociedad o grupo humano las prácticas materiales adquieren significaciones, saberes, signos y códigos que entrañan diferentes formas de organización social y territorial y, con ello representaciones espaciales y temporales que bien pueden corresponder a la formación de una frontera cultural: de un sentido del lugar y una identidad cultural.

Para dar cuenta de las distintas concepciones y percepciones de las comunidades afrocolombianas sobre la frontera cultural y la incidencia de las prácticas humanas en su construcción y apropiación, exploraré sobre la concepción del espacio-tiempo, como proceso de articulación de experiencias espaciales y temporales que permiten comprender la especificidad de la vida cotidiana ribereña, y la manera como se insertan en formas de organización política por la defensa del lugar como un espacio para *ser* (Oslender, 2009). En la vida cotidiana de los pescadores afrodescendientes en la vereda el Congal, la alternación de vida y noche, está asociada a los ritmos de la naturaleza. Los pescadores han construido mapas mentales de las relaciones de los fenómenos asociados con los cambios de la marea en los ríos y las fases lunares. Cuando hay luna nueva, las mareas son mayores, este estado es conocido como los *periodos de puja*, en el que acostumbran a salir a pescar a las tres de la mañana, los esteros y canos amortiguan el oleaje permitiéndole al navegante bogar en potro hasta sitios distantes en los que encontraran mayor abundancia de peces. Con sus redes de arrastre penetran el fondo atrapando diferentes especies de peces (peladas, lisa, pargo, sierra). Regresan a su casa, aproximadamente a las seis de la mañana (tiempo en el que se ha ocultado la luna) desembarcan los productos obtenidos y se preparan para salir a vender sus productos a Tumaco o a los corregimientos fronterizos con Ecuador. Durante toda la mañana se dedican a la comercialización de sus productos, y en horas de la tarde preparan nuevamente la carnada, alistan sus botas y equipo para salir a pescar en la madrugada. Mientras que, en las fases creciente y menguante, las mareas son más pequeñas, por lo que los pescadores acostumbran a salir a pescar durante las horas de la tarde (varían entre las tres y siete de la noche).

La anterior ejemplificación permite comprender que la construcción de la vida cotidiana está asociada a las prácticas materiales espaciales y temporales que designa formas concretas de apropiación del entorno natural, alrededor de las cuales se asegura la

producción y reproducción de la vida social. Más específicamente dichas prácticas se refieren “al modo como las personas generan, usan y perciben el espacio” (Oslender, 2008, p.72). Los mapas mentales de la pesca, su elaboración y vivencia, atribuyen significados a las experiencias y movilizaciones de la cultura afrocolombiana en los ríos. Es importante aclarar que las movilizaciones no están circunscriptas a lugares cerrados y territorios delimitados. En la narrativa de don Carlos Nazareno, se describe este proceso:

Las familias que viven de la pesca constantemente se están movimiento de un lado a otro. Como somos pueblos de pescadores nos guiamos por las estaciones de la luna y los cambios del agua, hoy podemos estar aquí, pero si mañana los peces escasean en esta zona nos vamos a otro lugar donde la pesca esté abundante y nos asentamos allá por temporadas. Yo todos los días voy a San Lorenzo a vender el pescado, voy y vuelvo el mismo día porque la distancia no es muy grande. (C. Nazareno, comunicación personal, 18 de diciembre de 2016).

La frontera cultural adquiere un protagonismo en la vida cotidiana de las personas, la movilidad y percepción del espacio, los márgenes, bordes y límites surgen como mapas que conectan historicidades complejas, puntos de encuentro y desencuentro, que cuestionan los localismos y determinismos de las culturas. La narrativa de don Carlos complejiza las nociones de localización cultural de las comunidades afrocolombianas en la frontera Colombia-Ecuador. Las diferentes trayectorias que atraviesan las personas en el desarrollo de sus prácticas económicas, principalmente, vinculadas a la pesca, pone de manifiesto la construcción de territorios a partir del *movimiento* en el espacio, producido por las relaciones entre las personas y la naturaleza, que transforman el espacio geográfico, modifican el paisaje y construyen territorios, regiones y lugares.

La rutinización de la pesca de los hombres afrocolombianos, los frecuentes cruces fronterizos hacia Ecuador, el intercambio de productos, pueden leerse como una experiencia de viaje, en el que la cultura (un conjunto de atributos materiales y simbólicos que organiza el tiempo y el espacio en una forma total representable) viene a parecer tanto a un sitio de encuentros de viaje como de una residencia (Clifford, 2008). En este sentido las “*localizaciones*” de la cultura se movilizan en viajes de ida y vuelta, diferentes modalidades de conexión afuera-adentro que denotan una amplia gama de prácticas

materiales y espaciales que producen historias, conocimientos, comportamientos, tradiciones, etcétera.

Ilustración 13. Pescadores desenredan atarraya a orillas del río



Fuente: Fotografía propia, vereda el Congal Frontera, marzo de 2016

4.2 DESBORDAMIENTOS DE RÍOS E INUNDACIONES

La historia de localizaciones y localización de historias de las veredas afrocolombianas está marcada geo-históricamente dentro de un conjunto de experiencias de “permanencias” en territorios considerados como la periferia del país. En este punto es necesario aclarar que las “permanencias” afrocolombianas, entendidas como la “estabilidad relativa” que permiten la ocupación del espacio por cierto tiempo, definiendo un lugar, no son eternas, sino que siempre están sujetas a la variedad de situaciones geográficas, culturales y de producción (Mosquera, 2004). En el capítulo dos mencionaba que las comunidades afrocolombianas en la frontera colombo-ecuatoriana han ocupado distintos entornos naturales, sobresaliendo las riveras de los ríos y las zonas costeras. La movilidad fluvial y costera define la configuración espacial de las veredas y las actividades socioeconómicas. Las estaciones de pesca, de cosecha de arroz, plátano y coco ritman los desplazamientos individuales o familiares a lo largo de los ríos y de un río a otro

(Hoffmann, 2007). Como consecuencia de las inundaciones, grandes mareas, y desbordamientos de ríos, pueblos enteros se ven en la obligación de mudarse y buscar nuevas tierras firmes para construir nuevas permanencias (lugares). Lo que genera que constantemente cambien los ordenamientos socioespaciales de las veredas.

En situaciones de movilidad las relaciones de parentesco, las redes de la familia extensa, y las solidaridades entre vecinos activan estrategias económicas y posibilitan la construcción de nuevo hogares. En el Pacífico colombiano los procesos de poblamiento desde el siglo XIX respondieron a dinámicas de conexiones entre mar/ríos/aldeas. De esta manera “La gente ubicó los asentamientos en función de las conexiones marítimas con los centros portuarios en el ámbito monte-estero/río-aldea-mar. Combinó formas de asentamiento ribereño y costero, en las que las viviendas se localizaban en las partes medias y bajas de los ríos y sobre las playas y los esteros de las desembocaduras de los ríos” (Meza, 2010, p.135).

La movilidad por los ríos, comprendida como los caminos, itinerarios y lugares, donde las comunidades se cruzan y se encuentran para definir sus espacios y satisfacer sus necesidades de organización socio-territorial, se concretan en la dimensión materialmente temporal de estos espacios. En los territorios ribereños los relatos de fundación de las comunidades refieren que ante el creciente deterioro ecológico de sus lugares como consecuencia de las inundaciones y desbordamientos de ríos que son frecuentes en la región al ser una zona de alto índice de lluvias las familias se movilizan continuamente en la búsqueda de tierras firmes para construir sus casas y con ello dan lugar a la formación de pequeños caseríos. Algunas familias refieren no haber tenido una residencia fija; sin embargo, sus dinámicas de movilidad se desarrollan en el mismo espacio fronterizo. En otras palabras, es un constante ir y venir a lo largo y ancho de la frontera.

Los movimientos geográficos de los ríos y los cambios en las estaciones de pesca y cosecha inciden en las dinámicas de poblamiento y movilidad afrocolombiana generando transformaciones y rupturas en sus formas de organización material y productiva, por ejemplo, cambian los puntos geográficos de la actividad pesquera y extracción de crustáceos de los manglares. Las inundaciones son frecuentes todos los años, por esta razón

las comunidades han desarrollado distintas estrategias de resolución de problemas y de adaptación a nivel doméstico, como la construcción de casas de madera con pilares o estacas altas. Algunos pobladores han manifestado que en los últimos años las inundaciones son cada vez más devastadoras, lo que ha generado el abandono forzado de sus viviendas y en algunos casos esta situación ha conducido a la desaparición de veredas.

Ilustración 14. Casa de estaca altas



Fuente: Fotografía propia, vereda Congal Frontera, enero de 2016.

4.2.1 “Vengo de un pueblo que se lo llevó el río”

La expresión *“vengo de un pueblo que se lo llevó el río”* es extensiva en las comunidades afrocolombianas, esta puede tener un doble significado, primero: como una posición o ubicación que ya no existe en un mapa espaciotemporal, sino que reside en la memoria individual y colectiva de los sujetos que al recordar evocan un lugar de origen constituido dentro de algún proceso social; segundo: una “permanencia”, como duración y persistencia, que ocurre dentro y es transformadora de la construcción espaciotemporal de sus lugares. Este último argumento incluye circuitos de desplazamientos en el que las personas se movilizan por un territorio que han defendido como propio y definido por una historia de significados en la que los ríos además de servir de vías de comunicación,

transporte y conexión entre veredas son referentes de identidad y sentido de pertenencia (West, 2000). Las corrientes de los ríos son los canales de tránsito y destino, desde la comunicación entre los pueblos cercanos y fronterizos hasta la generación de patrones de intercambio y consumo. En tal efecto las condiciones físicas del entorno natural pueden ser un factor de limitación o de estímulo en relación con la densidad y estabilidad de las veredas.

En la vereda el Congal, Lucinda Nazareno, recuerda que hace 40 años existió un pueblo mareño llamado Antiguo San Jacinto. En este pueblo gran parte de sus pobladores se dedicaban a la pesca artesanal. Producto de las frecuentes subidas de marea, paulatinamente el pueblo fue desapareciendo. Sus pobladores se reubicaron en el Congal, otros migraron hacia Palma Real y San Lorenzo en Ecuador. Las mismas circunstancias obligaron hace 15 años a que las familias de la Barca se reubicaran en veredas ribereñas por encontrarse en una saliente al mar entre las áreas costeras y estuarina.

Con frecuencia los patrones de poblamiento se establecen entre río y mar. Es el caso de la familia Nazareno, algunos de sus miembros viven en la vereda llamada Bocana Nueva que se ubica en una pequeña isla que las aguas del mar han cedido, mientras otros miembros viven sobre las laderas del río Mira en una vereda que han bautizado con el mismo nombre. Los asentamientos río-mar construyen redes de intercambio y comercialización de productos, los pueblos mareños comercializan pescados mientras los ribereños comercializan plátano, yuca, coco y arroz. Es importante resaltar que pese a las inundaciones y constantes cambios de lugar de residencia el territorio se mantiene; en este sentido, también los dispositivos espaciales de las comunidades.

Entre las veredas ribereñas y mareñas se pueden dibujar o delinear los contornos productivos de la frontera, los circuitos de la navegación y del intercambio componen itinerarios fijos y reconocidos por las personas que manifiestan la construcción concreta, simbólica y material de los lugares. Como ha señalado Marc Augé (2008): “La organización del espacio y la constitución de los lugares son, en el interior de un mismo grupo social, una de las apuestas y una de las modalidades de las prácticas colectivas e individuales (p:57). Un claro ejemplo es el dibujo que realiza Karina, una niña de 10 años

que en temporada escolar vive con su madre en la zona ribereña de la vereda Bocana Nueva (boscosa y cubierta de manglares), mientras que en temporada de vacaciones suele frecuentar la casa de sus abuelos en la zona mareña de la Bocana Nueva (arena y peces). Para Karina la constitución de su lugar está en relación con los desplazamientos que realiza entre río y mar, siendo un referente de su identidad (dibujo 2). En este ir y venir por la espacialidad de los ríos y el mar la vereda opera como la *residencia base*, desde el cual se diseñan las rutas de movilidad pendular de las comunidades.

Dibujo 2. Desplazamientos río y mar



Fuente: dibujo elaborado por Karina, vereda Bocana Nueva, enero de 2016.

La categorización de residencia base se establece desde un sentido amplio: residencia fija, multi-residencia o, incluso, área de acción a partir de la cual se operan los desplazamientos (Domenach y Picouet 1990). Como hemos visto las experiencias de movilidad se pueden establecer del río hacia el mar o del mar hacia el río, en la relación “río-mar” y/o “mar-río”, podemos ver algunas transformaciones en los sentidos que se construyen del lugar y el “espacio acuático”. Al respecto, en sus estudios geográficos, Ulrich Oslender ha denominado como “espacio acuático” a las prácticas de producción del espacio en las comunidades afrocolombianas:

Con “espacio acuático” quiero indicar los modos específicos en que los elementos acuáticos –como la constante presencia física o simbólica del mar, las intrínsecas redes fluviales, las quebradas, las cascadas, los manglares [...] han influenciado y dado forma de manera sustancial a los patrones de vida cotidiana de la región, y la manera cómo se han desarrollado en series específicas de relaciones sociales espacializadas en torno a las cuencas de los ríos del Pacífico. (Oslender, 2008, p.133)

El funcionamiento del “espacio acuático”, para este autor se establece en los tres elementos que constituyen el concepto de *lugar* de Agnew (1978, citado por Oslender, 2008) los cuales van desde lo objetivo:

- La *ubicación* al hacer referencia al área geográfica del Pacífico constituida físicamente por la selva húmeda tropical y las redes de los ríos que se entrecruzan “estas características objetivas han proporcionado los recursos con los cuales se ha inscrito la región en el orden macroeconómico: como fuente de recursos para la minería aurífera aluvial desde la colonia; para la extracción de caucho, tagua y madera [...] para las agroindustrias actuales, como la cría de camarones y las plantaciones de palma africana” (Oslender, 2008, p. 133).
- La *localidad* donde se enmarcan las relaciones sociales que las comunidades negras han construido históricamente en sus respuestas adaptativas con el entorno acuático, posibilitando la construcción de imaginarios y símbolos que vinculan sus prácticas comunitarias con los patrones de poblamiento en las orillas de los ríos. En términos generales, la localidad se “refiere a los escenarios formales e informales en los que

se constituyen las interrelaciones y relaciones sociales cotidianas” (Oslender, 2008, p. 90).

- y finalmente lo subjetivo *sentido de lugar* que trata de expresar los sentimientos subjetivos que se derivan de vivir en ese lugar “individuos y comunidades desarrollan fuertes apegos a los lugares a través de la experiencia, la memoria y la intención” (Oslender, 2008, p. 120) de ahí que se le otorgue un sentido de pertenencia al territorio que va a ir configurando los imaginarios de una identidad propia.

Los tres elementos desde la perspectiva de Oslender no configuración sistemas independientes, por el contrario, interactúan entre sí, en procesos complejos de articulación y sujetos a dinámicas de cambio tanto por las prácticas cotidianas de las comunidades afrocolombianas y los cambios del ambiente, como por la presencia de grupos armados ilegales. En particular, los cambios del ambiente han hecho que la gente crea y reconstruya sus modos de vida de forma activa y, en algunos casos, articulando sus conocimientos y prácticas locales con los fenómenos de la globalización (Escobar, 2010). Estas dinámicas de movilidad siguiendo a Julián Steward (2014) son reflejo del continuo cambio cultural que desarrollan las personas de manera individual o colectiva como estrategia de sobrevivencia ante los cambios inesperados del entorno natural. Es importante resaltar que estas movilizaciones se dan un contexto de ausencia de planes de reordenamiento territorial que permitan mitigar las afectaciones por inundaciones y desbordamientos. Según manifiestan algunos líderes del municipio, los desbordamientos de ríos han causado un mayor número de desplazamientos forzados que el conflicto armado. A tal punto que las familias pueden llegar a vivir experiencias interseccionales de desplazamientos motivados por los desastres ambientales y la presencia de grupos armados ilegales.

Ilustración 15. Niñas navegando en el río Mira



Fuente: fotografía propia. Vereda Bocana Nueva, Tumaco, enero de 2017.

“El río se me llevo la casa con todo”

En horas de la madrugada del lunes 15 de febrero de 2009, las veredas del río Mira fueron sorprendidas por el desbordamiento de las aguas del río. Este desastre ambiental dejo a más de 30.000 personas damnificadas. El desbordamiento se presentó porque en la zona de frontera con Ecuador se incrementaron las lluvias y aumentó el caudal del río (Diario del sur, 16 de febrero de 2009). Jaime Arocha en su articulado titulado “El del río Mira, ¿desastre natural? (El Espectador, 26 de febrero de 2009) cita una fuente que señala *“las veredas que visitamos ya no existen; algunas de las personas que usted conoció murieron y otras se encuentran seriamente heridas.”* Arocha atribuye esta catástrofe ambiental como consecuencia de la actividad minera, tala de árboles y monocultivos de palma africana en la región.

Eulipio Cortes, habitante de la vereda Imbilí, recuerda *“el río se me llevó la casa con todo. La furia del agua arrancaba las casas de raíz, nada se pudo salvar”* (E. Cortes, comunicación personal, 18 de marzo de 2017). Como consecuencia de este desastre, Eulipio junto con su esposa y cinco hijos migraron hacia el barrio Nuevo Milenio ubicado

en la zona urbana del municipio de Tumaco. En este lugar permanecieron hasta finales del 2010, tiempo en el que llegó un grupo de las BACRIM (bandas criminales compuesta en su mayoría por antiguos paramilitares) y asesinaron a su hijo mayor quien hace cinco años atrás había sido reclutado por la guerrilla de las FARC. Además del asesinato de su hijo este grupo armado dio un plazo de tres días para que Eulipio y su familia abandonaran el barrio. En compañía de su familia Eulipio regreso a vivir al río Mira, esta vez en la vereda Carlos Sama. Las historias de desplazamientos forzados por la violencia y los desastres ambientales para la familia de Eulipio no cesaron.

El 17 de enero de 2017 me encontraba en la vereda Carlos Sama trabajando con algunas familias temas referentes a sus itinerarios de migración hacia Ecuador. En horas de la madrugada se escuchó un fuerte rugido en las aguas del río Mira, inmediatamente doña Lucy (la señora que me hospedo durante el trabajo de campo) prendió una lampara de petróleo y alerto a todos los que dormíamos en su hogar que nos subiéramos al techo de la casa *¡el río está entrando con fuerza!* exclamo Lucy. Mientras las mujeres y niños intentábamos subir al techo de la casa de madera, los hombres corrían hacia los corrales de gallinas y cerdos para atrapar a los animales y subirlos al techo de la casa. De igual manera las personas intentaban proteger sus televisores y electrodomésticos menores. Pero el río solo nos dio un margen de alrededor 20 minutos. Las aguas arrasaron con cultivos de pancoger, especies menores, así como con la infraestructura productiva agropecuaria de las veredas. Escuelas, sistemas de agua y veredas completas fueron arrasadas por las fuertes corrientes del agua. No había tierra firme para caminar, la movilidad para la búsqueda de alimentos y agua fue por medio de canoas.

Las aguas del río tardaron aproximadamente 15 días en volver a la normalidad. Al día siguiente mientras viajábamos en una de las canoas a las veredas cercanas para ofrecer ayuda y conocer las afectaciones a familiares y amigos, en el camino nos encontramos con Eulipio, quien comentó *“me duele la vista, pero no es un dolor de enfermedad, es un dolor de tristeza, la gente en estas tierras no solo hemos sido golpeados por la violencia, ahora hemos quedado nuevamente en la completa miseria, estamos hasta el techo de agua, perdí todo lo que con tanto esfuerzo he conseguido”*. Hace apenas dos meses Eulipio había cosechado 80 kilos de cacao, en una pequeña parcela de tierra que heredo de sus padres. Viajó a Tumaco y lo vendió a una de las empresas chocolateras, con el dinero obtenido

(USD\$ 150) compró tres cerdos y 20 gallinas que pensaba “engordar” y vender en Tumaco. Con el desbordamiento del río también perdió a los animales “*con el desbordamiento del río, todo el trabajo de una vida quedó reducido en nada*”, señala Eulipio.

En las veredas del concejo comunitario Bajo Mira y Frontera, los puestos de salud no cuentan con dotación, por lo general se cuenta con una enfermera para 10 veredas. Hay déficit de infraestructura escolar, limitaciones para la llegada y acceso de los niños a los centros educativos, no hay mobiliario escolar. Con las inundaciones y desbordamientos de ríos también se incrementan las diarreicas (EDA) y enfermedades de la piel por limitación de acceso a agua segura. Aumentan los riesgos de picaduras de culebras. Todas estas afectaciones en un espacio con casi nula presencia de las autoridades municipales y nacionales.

Ilustración 16. Inundación del Río Mira



Fuente: fotografía propia, vereda Imbilí, 30 de enero de 2017

Según manifiestan pobladores locales, las inundaciones y desbordamientos de ríos ha causado una grave situación de pérdida de territorios y desplazamientos forzados equiparables con el conflicto armado en la región. Sin embargo, estos desplazamientos permanecen invisibles, hasta el momento no se cuenta con estadísticas objetivas de cuántos pueblos han desaparecido y cuántas familias se han desplazado a causa de los desastres

naturales. Dada esta situación una de las grandes problemáticas que el municipio de Tumaco debe resolver a mediano plazo es ¿dónde reubicar a la población ribereña? Barrios ubicados en las bajamares de Tumaco como Nuevo Milenio, el Bajito, la Ciudadela y Brisas del aeropuerto, han presentado en los últimos diez años una sobre expansión demográfica como consecuencia de familias que se desplazan por el conflicto armado y la pérdida de territorios por desastres ambientales. Estas familias al llegar a las llamadas “invasiones” (zonas periféricas que no cuentan con ninguna planeación de infraestructura) en el transcurso de pocos meses experimentan nuevas formas de desplazamientos producto de las inundaciones del mar y eventos asociados por el accionar de grupos armados ilegales que operan en la zona. Por ejemplo, luego de la desmovilización del bloque paramilitar Libertadores del Sur, que había sembrado el terror en Tumaco, los “Rastrojos”, un grupo armado del cartel del norte del Valle hacía presencia en el municipio, sus acciones armadas se basaban en extorciones a comerciantes, microtráfico de drogas, tráfico de armas, sicariato y reclutamiento forzado de jóvenes urbanos. Este grupo armado desplazó a María y su familia.

En la parte más adentro del Obrero llegamos familias desplazadas del río Mira, Barbacoa y Buenaventura. Yo compre un pedazo de manglar al señor Alfredo en 80.000 pesos (USD40), esto estaba lleno de zancudos y era un matorral. Una señora dueña de un aserrío me regalo unas costaneras viejas que me sirvieron para parar cuatro columnas y cubrí el techo con plástico. Aquí me instalé con mis cinco hijos. La gente poco a poco fue poblando el manglar, rellenamos las calles con bultos de aserrín para ganarle tierra al agua. En minga, todos unidos colaboramos y se hicieron calles y ranchos de madera. Con la subida de marea, el barrio queda totalmente inundado, el agua puede entrar hasta las casas. Usted no se imagina la situación tan desesperante de vivir en este lugar. Luego los de la Alcaldía nos querían sacar porque esta es zona costera y según la DIMAR, no se permite habitar en esta zona. Hasta a la policía nos mandaron para que nos sacaran, hubo hasta muertos, pero la gente se aferró a no salir de este lugar ¿a dónde más íbamos a ir? Como a los dos años de vivir en el barrio llegaron los rastrojos, esa gente mató a mi hijo mayor y nos amenazaron que si no salíamos del barrio iban a matar hasta el gato de la casa. Esa tarde que asesinaron a mi hijo solo tuve tiempo de envolver el cadáver en una cobija y junto con mis cuatro muchachitos salir de ese lugar. (M. Cabezas, comunicación personal, 15 de enero de 2018).

Con frecuencia las personas expulsadas de sus territorios por los grupos armados ilegales y catástrofes ambientales terminan viviendo en las zonas costeras del municipio de Tumaco. La gente convierte los manglares en barrios. Los altos arbustos de mangles, los zancudos, el agua no son obstáculo para que las personas construyan sus lugares de residencia. Esto es una producción del espacio que organiza la vida material y simbólica de las comunidades en prácticas ligadas a las sobrevivencias y resistencias que se tejen en geografías precarizadas, pero que son asumidas como el lugar en que pueden reconstruir las actividades de su vida cotidiana. Pese a las adversidades y violencias que se instalan en sus nuevos lugares de residencia cada movilidad y proceso de reterritorialización que agencian las personas les proporciona una significancia existencial. De este modo, estos lugares son asumidos como un *espacio vivido* en términos de Lefebvre, en tanto campo de producción material, simbólica, cultural y su dimensión de funcionalidad para reconstruir sus sentidos de lugar.

Ilustración 17. Barrio Obrero, Tumaco



Fuente: fotografía propia, marzo de 2018.

4.3 Vereda el Congal-Frontera: Memorias de un pueblo que resiste al olvido



Fuente: fotografía propia, enero de 2016.

“Los viejos de este pueblo resistimos a desplazarnos, allá afuera difícilmente habrá un lugar para nosotros”

Agustín Requené

Antes de tomar su canaleta y dirigirse al estero Aviguaral, Agustín Requené, mira hacia la otra orilla del río Mira y menciona *“este pueblo en tiempo de la bonanza maderera era apodado “Tumaco chiquito” las casas llegaban hasta la otra orilla, había movimiento, comercio y mucho trabajo para los nacidos aquí y “llegadizos”*. Agustín Requené es miembro de una de las familias fundadoras de la vereda el Congal Frontera. Él dice conocer la espacialidad del río Mira como la “palma de su mano”. El padre de Agustín Requené en compañía de sus hijos y hermanos labraron los principales esteros y trochas que comunican a los brazos del río con el “monte” lugar en el que tienen sembradas pequeñas parcelas de

tierra con cultivos de coco, cacao y plátano. En palabras de Agustín “*abrieron camino monte adentro*”. Las palabras de Agustín Requené permiten analizar las transformaciones en el espacio y las prácticas comunitarias y productivas de esta vereda. En otras palabras, cómo los modos de narrar el pasado nos pueden servir como punto de partida para conocer el cambio cultural que las personas agencian desde sus interacciones entre comunidades, veredas y con la naturaleza.

La Vereda el Congal fue fundada por el matrimonio Pedro Requené y Damasia Moreno. Pedro Requené, era un hombre originario de Barbacoas. Damasia Moreno, fue una mujer originaria de la costa norte de Ecuador, descrita por sus descendientes como una mujer “chola” es decir “hija de indio y negro”. La familia fundadora invitó a otras familias de caseríos cercanos a poblar este territorio. Así llegaron los Borjas, los Nazareno, los Mayorca y los Prado. Los Borjas llegaron desde el Patía, los Nazarenos desde Palma Real, Ecuador, los Mayorca y los Prados desde Cabo Manglares -antigua jurisdicción política del Municipio de Tumaco, este lugar dejó de existir a causa del maremoto de 1906 que azotó a la bahía-. La información recopilada en campo sobre el proceso de poblamiento de la vereda se realizó principalmente con los descendientes de la familia Requené Moreno, dado que, es la población que ha tenido mayor resistencia a la migración de su territorio.

En el siguiente cuadro se explica la reconstrucción genealógica de sus descendientes. La generación G1, es la de los fundadores adultos a mediados del siglo XIX. La generación G2 agrupa a sus hijos, nacidos hacia 1898 a 1910. G3 agrupa hoy a los llamados “ancianos” nacidos hacia 1910 a 1940.

Familia Requené Moreno

G1

Familia Fundadora a mediados del siglo XIX
Pedro Requené y Damasia Moreno

G2

Hijos de Pedro Requené y Damasia Moreno (nacidos 1898 a 1910)

- Agustín Requené: Congal
- Odilio Requené: Congal
- Paulo Requené: Congal
- Aurelio Requené: Panamá
- Ezquilio Requené: Panamá

G3

Los hijos de Agustín Requené Moreno (nacimiento 1898) y Betulia Borja Nazareno (nacimiento 1905)

- Agustín Requené (Congal)
- Jair Requené (Congal)
- David Requené (Congal)
- Rufina Requené (Congal)
- Rosario Requené (San Lorenzo)
- Angelita Requené (Tumaco)
- Dominga Requené (Cali)
- Adil Requené (Cali)

Actualmente sólo Agustín, David y Jair Requené viven en el Congal. Los hijos de estas personas han migrado hacia ciudades como Cali, Tumaco y algunos se encuentran en territorio ecuatoriano: Esmeraldas y Quito.

4.3.1 Familias pioneras y “llegadizas”

Se sabe por los descendientes de las familias pioneras que este territorio le pertenecía al señor Alberto Batioja, hombre originario del Cauchal, Ecuador. Batioja era dueño de grandes extensiones de tierras dedicadas a la siembra de mango, plátano y coco en la frontera. Su lugar de residencia se establecía por temporadas entre las diferentes veredas fronterizas. Cuando llegó Pedro Requené intentó comprar estas tierras a Batioja; sin embargo, por el alto costo Batioja entregó estas tierras a Pedro Requené en condición de habitarlas y cuidarlas, pero con la recomendación de que no fueran a talar ninguno de los cultivos que él tenía sembrados en este lugar. Paulatinamente, Pedro Requené invitó a otras familias para que poblaran el territorio, así comenzaron a construir las primeras casas elaboradas de guadua y techos de paja entre medio del manglar y unos trapiches, las paredes de las casas eran amarradas con “guasca” de rampira, no había clavos ni cartón.

En el antiguo municipio de Cabo Manglares quedaba la jurisdicción de la Alcaldía de Tumaco, antes de que este territorio desapareciera producto de las inundaciones y subidas de marea del mar, el hijo de Pedro Requené, Agustín Requené, con el ánimo de delimitar la extensión de estas tierras viajó hasta Cabo Manglares para comprarlas sumando unas extensiones de tierras ricas en cultivos de caimito y palmas de coco conocidas como Sagunvita y la Betulia que le pertenecían al señor Enrique Pedro Quiñones, residente en la antigua sección de Cajapi. La hija mayor de Agustín Requené, Adíl Requené, guarda entre sus memorias del pueblo los documentos de compra y venta de tierras adquiridas por su padre. En estos documentos se observan las demarcaciones de linderos de Sagunvita y la Betulia:

1. Sagunvita, marcada por los siguientes linderos: por el frente, con el estero Sagunvita; por el costado derecho, con terrenos de Felipe Borja; por el centro, con terrenos de la nación, es decir, con terrenos baldíos; y por el costado izquierdo con terrenos de Adela Mayorga.
2. La Betulia, territorio compuesto por sementeras de plátano, palmas de coco, y árboles de cacao y caucho. Demarcada por los siguientes linderos: por el frente, limita con el Caserío Congal; por el costado derecho, colinda con terrenos de Pura

Girón; por el centro, linda con terrenos de baldíos; y por el costado izquierdo, limita con terrenos de Robustiano Benavides.

Agustín Requené adquirió estas tierras por un valor de 600.00 pesos a los 16 días de agosto de 1956. David Castillo y Moisés Olaya firmaron como testigo el acta de venta de tierra con registro B10323559.

Acta 1. Venta y compra de tierra 16 de agosto de 1956

B10323559



Conste por el presente que yo, Enrique Prado Quiñones, mayor de edad y vecino del Municipio de Tuma-co, residente en la Sección de Cajani, doy en venta real y enajenación perpetua al señor AGUSTIN REQUENE, tambien mayor de edad y vecino de este mu-

nicipio, residente en el Corregimiento " MARIANO OSPINA PEREZ " los siguientes bienes:

PRIMERO-. Las mejoras que tengo establecidas en el terreno denominado " SAGUNVITA " consistentes en las sementeras de coco, plátano, cacao y caucho.

SEGUNDO-. La posesión y tenencia del mismo terreno SAGUNVITA demarcado por los siguientes linderos:

Por el frente, con el estero Sagunvita; por el costado derecho, con terrenos de Felipe Borja; por el centro, con terrenos de la nación, es decir, con terrenos baldíos; y por el costado izquierdo, con terrenos de Adela Mayorga. Los mojones y la extensión del terreno aún no están determinados.

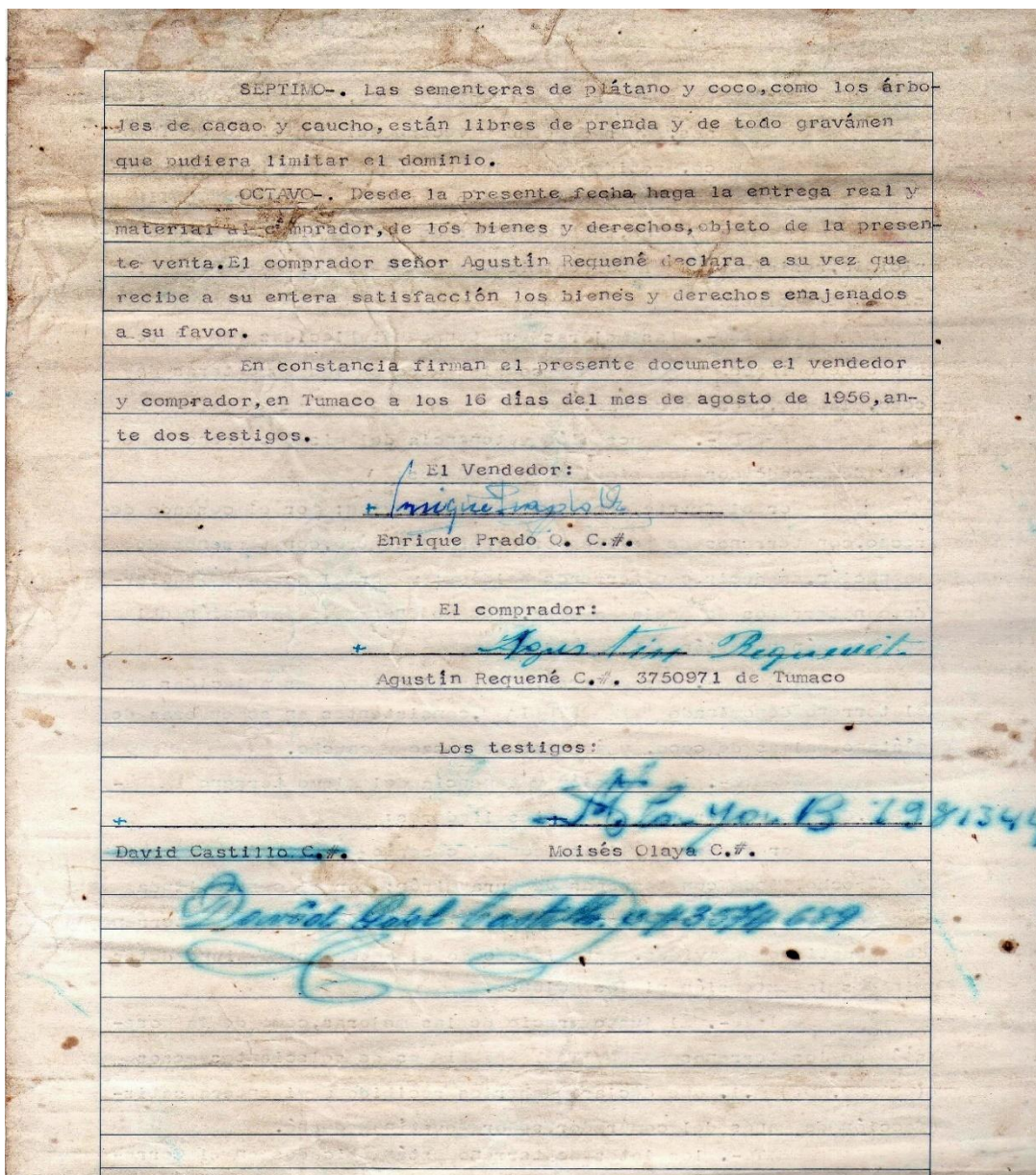
TERCERO-. Las mejoras que tambien tengo establecidas en el terreno denominado " LA BETULIA ", consistentes en sementeras de plátano, palmas de coco, y árboles de cacao y caucho.

CUARTO-. la posesión y tenencia del mismo terreno LA BETULIA, demarcado por los siguientes linderos:

Por el frente, limita con el caserío Congal; por el costado derecho, linda con terrenos de Pura Girón; por el centro, linda con terrenos baldíos; y por el costado izquierdo, limita con terreno de Robustiano Benavides. Este lote como el anterior, no tiene determinados la extensión ni los mojones.

QUINTO-. El justo precio de las mejoras, como de la posesión de los terrenos SAGUNVITA Y BETULIA es de seiscientos pesos (\$ 600,00) m.l. que declaro haberlos recibido a mi entera satisfacción de manos del comprador, señor Agustín Requene.


SEXTO-. los lotes de terreno están ubicados en el Corre-



Fuente: archivo familia Requené.

Agustín Requené (G2) nació el 29 de agosto 1898. Según sus descendientes, él nació en el antiguo Caserío de San Jacinto. Un acta de bautizo emitida el 26 de mayo de 1951 señala que sus abuelos paternos fueron Hilario Requené y Juana Mejía, su abuelos maternos fueron Bautista Ramírez y Mercedes Moreno. Recuerda Agustín Requené (G3) que sus abuelos paternos eran originarios del corregimiento “Mariano Ospina Pérez” y sus abuelos maternos de Palma Real, Ecuador.

Acta 2. Registro de nacimiento Agustín Requené 1951



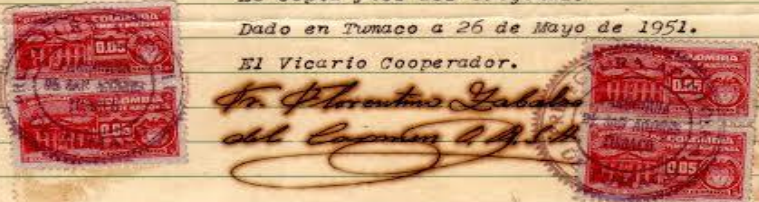
EL INPRASCRITO VICARIO COOPERADOR DE S. ANDRES
CERTIFICA

Que en el libro 12 de Bautismos, folio 284 y n.º, se encuentra una partida que a letra dice así:

El veintinueve de Agosto de mil ochocientos noventa y ocho, y c., el suscrito Párroco de Tunaco administré la sagrada ceremonia y preces del Bautismo a AGUSTIN, de dos meses de nacido, bautizado en casa de sus padres por peligro de muerte, hijo legítimo de Pedro Requené y Damasia Moreno, siendo sus abuelos paternos Hilario Requené y Juana Mejía y maternos, Bautista Ramírez y Mercedes Moreno. Fueron Padrinos de estas ceremonias Ricardo Prado y Filomena Cárdenas del Castillo. Fr. Reginaldo María Duranti S. O. P. Párroco. Rubricado.

Es copia fiel del original.
Dado en Tunaco a 26 de Mayo de 1951.

El Vicario Cooperador,
Fr. Florentino Zabala
del Capatzen S. O. P.



Fuente: archivo familia Requené.

Agustín Requené (G2) es recordado en la vereda como un hombre con un fuerte poder adquisitivo, esto era evidente a través de sus frecuentes compras de tierra a vecinos. En palabras de don José conocido como “busca la vida”:

El viejo Agustín compro todos estos territorios de la frontera. Él era el dueño de las cementeras de coco, plátano, cacao y caucho. Yo lo digo porque me lo contaron los mayores, ellos son los que sabían la historia de cómo Agustín

edificó este pueblo. (Don José, comunicación personal, 15 de enero de 2016).

El 24 de febrero de 1934, Agustín Requené, adquirió por un valor de 10.00 pesos un lote de terreno situado en Sagumba-Grande de sus primos hermanos Medelberto Requené, Celia Requené y Beatriz Requené. En 1942, Euclide Arboleda, vendió a Agustín Requené por un valor de 20.00 pesos un lote de terreno ubicado en la quebrada Sagumba, cubierto de las siguientes plantaciones: 50 árboles de Caucho, unas palmas de Tagua y algunos árboles de cacao. Estas tierras tenían los siguientes linderos: por el frente con terrenos de Macimo Portocarrero; costado derecho con terrenos de Trencito Escobar; y por el otro costado por Rafael Moreno; y por el centro con guandales de la nación.

Acta 3. Compra de tierras 24 de febrero 1934

CONTRATO DE COMPRAVENTA .

Consta por el presente documento , como nesetros Medelberto Requené, Celie Requené y Beatriz Requené , todas mayores de edad y vecinas de este Municipio , damos en venta REAL Y ENAGENACIÓN PERPETUA al señor Agustín Requené, también mayor de edad y vecino de este Municipio y residentes todos en la sección de EL CONGAL , al expresado señor Agustín Requené , un lote de terreno situado en Sagumba -Grande , jurisdicción de este Municipio y en la misma sección del " CONGAL" que tiene una extensión de CUADRA Y MEDIA (1-1/2) por el frente y linda con terrenos del comprador señor Agustín Requené ½ por el costado derecho con guadales , y mide una cuadra (1) por el costado izquierdo con guadales y mi una cuadra (1) ; y por el respaldo con terrenos de Victoriano Nazarene , y mi cuadra y media (1- 1/2) .

La suma por que vendemos este terreno es la de diez (\$ 10.00) pesos oro , moneda legal, valer que lo hemos recibido a nuestra entera satisfacción .

Para constancia firmamos el presente documento , en Tucucá, a veinticuatro de Febrero de mil novecientos treinta y cuatro , ante dos testigos hábiles .

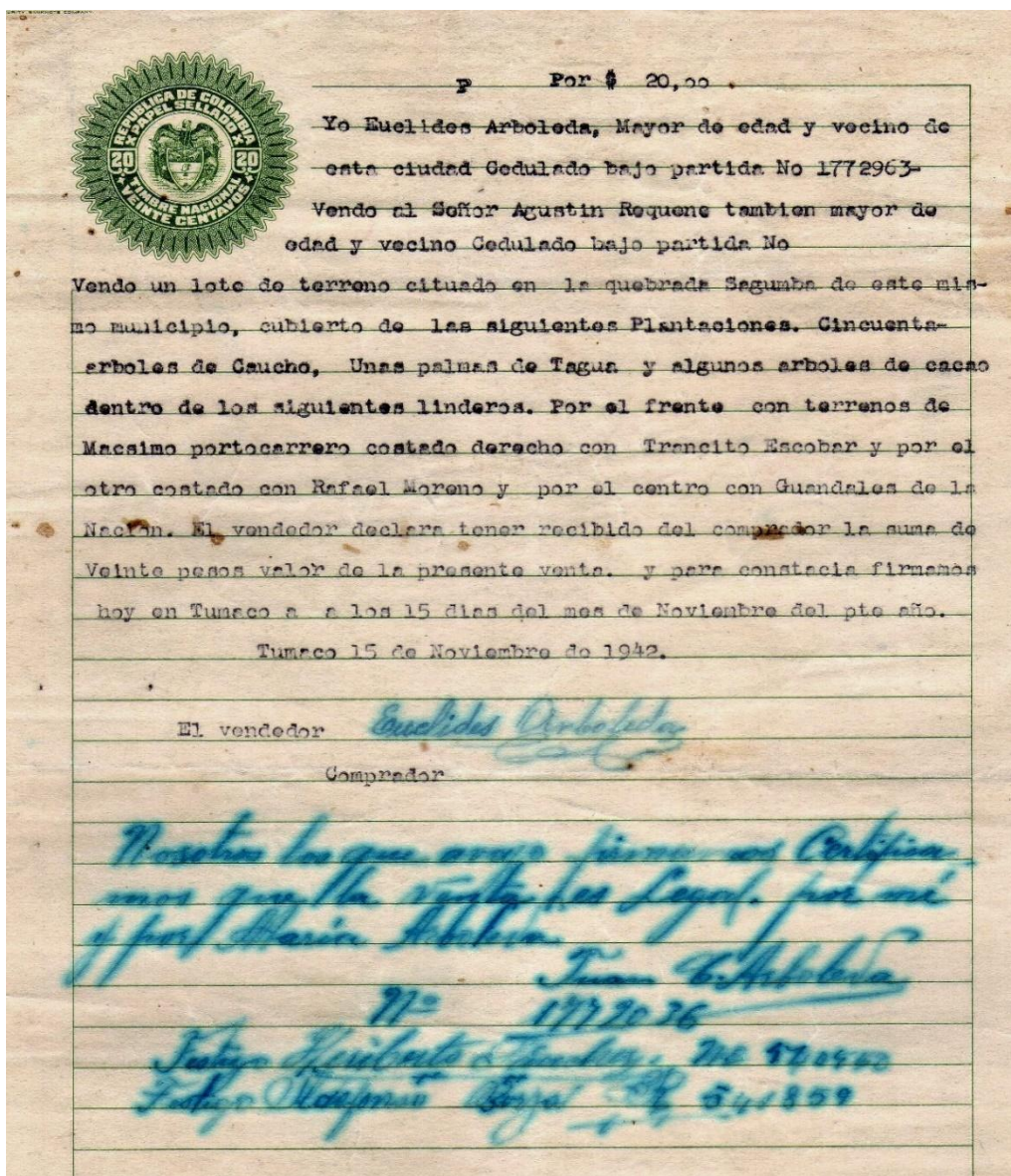
P/ Los vendedores, que no saben firmar ,

Celie Requené

Testigo: *Manuel Guero* Testigo: *Por Benel Puerto-Liase, Gregorio Requena*

Fuente: archivo familia Requené.

Acta 4. Compra de tierras 15 de noviembre 1942



Fuente: archivo familia Requena.

Como observamos hasta aquí, las prácticas de producción del espacio de las familias pioneras en los procesos de fundación de las veredas transcurren por diversos senderos, entre la construcción de casas e invitación a familias vecinas para poblar el territorio, pero, al mismo tiempo, materializar la espacialidad del entorno geográfico en economías productivas, mediante la compra y venta de tierras destinadas a la agricultura y más adelante a la explotación de madera. De manera específica, la historia de Pedro Requena y Damasia Moreno y sus descendientes ocupan un lugar central en la memoria colectiva de

las comunidades afrocolombianas fronterizas con Ecuador. Las narrativas de los pobladores del Congal y veredas aledañas refieren que este matrimonio construyó las principales redes de intercambio y significado sobre el valor de la capacidad productiva de la tierra para el sustento alimenticio cotidiano de las familias. Agustín Requené (G2) heredó de sus padres estos aprendizajes. Esto explica en parte, las adquisidores de tierras para expandir la frontera productiva del Congal hacia otros territorios. Los linderos de la tierra se engarzan con la espacialidad del río Mira, los numerosos caminos, esteros y trochas, construidos sobre la espesura de los manglares, facilitan la conexión de las veredas y navegación de los pobladores locales hacia sus parcelas de tierra. También conectan los manglares con las partes bajas y altas de los ríos. Beatriz Nazareno, miembro de una de las familias pioneras refiere:

Fue el viejo Agustín Requené el que a punta de pala y machete abrió las primeras trochas para que la gente que se dedicaba a cultivar plátano, caimito y coco, tuvieran mayor facilidad de ir a sus tierras y estar al pendiente de las cosechas. Los esteros Sagunvita y Aviguaral lo descubrió don Agustín, según cuenta mi mamá. La gente que se dedica a su pesca acostumbra a ir a pescar a ese estero porque ahí abundan la cachama, el lisón y el sábalo. (B. Nazareno, comunicación personal, 15 de enero de 2016).

Es el río el principal eje espacial que ordena la vida productiva y cultural de las comunidades. Las comunicaciones con los ríos vecinos se establecen principalmente para la venta e intercambio de productos agrícolas y pesqueros. La gente históricamente ha cruzado las aguas del río en canoas, poco a poco, se han ido introduciendo lanchas con motor fuera de borda, principalmente para la comunicación con los poblados cercanos de Ecuador. Estas formas de comunicación reflejan los lazos de una historia que favoreció la autonomía relativa de las sociedades ribereñas, principalmente, en lo referente a sistemas de producción destinados para el autoabastecimiento, y desarrollo de sistemas originales de regulación social y de la tierra. Los estudios espaciales de Odile Hoffmann (2007) en Tumaco, han demostrado como el poblamiento de los ríos no se organiza únicamente por los vínculos de parentesco, sino también por las solidaridades que se tejen entre la vecindad. Parentesco y vecindad están íntimamente relacionados. No obstante, la referencia a los apellidos y lugar de origen permiten distinguir las especificidades de cada una de las familias y veredas. Para Hoffmann (2007) “más allá de las relaciones de parentesco o de los

meros vínculos genealógicos, es el espacio habitado en común, el que instituye la noción de un “estar juntos”, de un grupo social que más tarde será -apena hace unos años- reinterpretado bajo la forma de comunidad” (p: 140).

Ilustración 18. Agustín Requene (G3) en el estero Aviguaral



Fuente: fotografía propia, enero de 2016.

Las familias fundadoras tendían a consolidar un espacio común de solidaridades entre las diferentes veredas ribereñas. Estas solidaridades se materializaban en la organización colectiva de la producción agrícola o actividades pesqueras entre vecinos. Sin embargo, la cohesión social de las veredas también se establecía en otros mecanismos. Por ejemplo, el 1 de agosto de 1938, Agustín Requené (G2) compro la primera máquina de coser en las veredas ribereñas, a la compañía colombiana Maquinas PFAFF. Su esposa Tulia Borja de Requené, acostumbraba a viajar al poblado de Palma Real a comprar telas para dedicarse a la costura. Con la llegada de la máquina de coser Tulia se organizó con otras mujeres provenientes de las veredas Sagumba-Grande, Cacagual, el Playón y Palma Real y construyeron una casa con guadua destinada a la costura de ropa. Doña Martina, narra esta experiencia:

Yo estaba pequeña cuando llego la máquina de coser. Eso era la sensación de todos estos pueblos. Uno nunca había visto una cosa de esas por estas tierras. En su época Agustín y Tulia eran poderosos, eran los ricos de estas tierras. Imagínese comprar una máquina de coser, no cualquiera lo podía hacer. Mi mamá trabajo con Tulia en la costurería, eso se asociaron con mujeres de todos estos caseríos cercanos, hasta de Ecuador. Hacían ropa y luego la iban a vender a Ecuador. (Doña Martina, comunicación personal 18 de enero de 2016).

En la narración de doña Martina se evidencia como la llegada de la máquina de coser fue uno de los acontecimientos que aportaron a los intercambios entre familias de diferentes puntos del río. Los vínculos con los pueblos vecinos no solamente se establecían en el espacio local, sino también en un espacio transnacional que vinculaba a poblados de Ecuador. Claro, en el imaginario colectivo de las comunidades la frontera no es asumida como un límite de diferenciación entre afrocolombianos y afroecuatorianos, al contrario, el límite se diluye en prácticas de movilidad, cruce e intercambios de todo tipo donde se asumen como una “familia extensa”. Las formas de organización de las comunidades ribereñas, sus patrones de organización social, así como la circulación de sus actividades productivas, no se limitan al espacio local, aunque surgen de ahí, hacen parte de procesos sociales más amplios de negociaciones, intercambios y transformaciones que vinculan municipios y ciudades de Ecuador, aunque continuamente se regresa al lugar de origen.

Ilustración 19. Pescador en el estero Sagumbita



Fuente: fotografía propia, enero de 2016.

ACTA 5. MAQUINA DE COSER 1 DE AGOSTO 1938

mancomunado y solidario falliere antes de haberse pagado el precio íntegro de la máquina, aun cuando estén pagadas todas las cuotas vencidas, «La Compañía» tendrá derecho a retirarla del poder del «Comprador», o de sus herederos, mientras éstos no firmen a satisfacción de «La Compañía» un nuevo contrato con nuevas garantías. UNDECIMO. Para garantizar el cumplimiento de todas y cada una de las obligaciones aquí estipuladas, «El Comprador» da como fiador mancomunado y solidario al señor *Manuel Antonio Plaza* mayor y vecino de *Sumaco* quien renuncia al beneficio de excusión y quien en prueba de constituirse como tal, firma con los contratantes principales, este documento, ante dos testigos hábiles rogados por los contratantes en *Sumaco* hoy día *primero* de *Agosto* de 193 *8*

COMPAÑIA COLOMBIANA MAQUINAS PFAFF

Factor.

EL COMPRADOR, *Agustín Requeni*

EL FIADOR, *Manuel A. Plaza*

Testigo, *Juan Castiella* Testigo, *Manuel Ballón*


Forma 100 A-114-33

CONTRATO No. *9715*

con *Agustín Requeni*

Municipio de *Sumaco*

22



Fuente: archivo familia Requeni.

Agustín Requeni (G3) recuerda que su padre era el dueño de las tierras del Congal. La gente se dedicaba a la pesca y la agricultura. Se organizaban por familia y cultivaban diferentes productos. Luego en tiempo de cosecha se intercambiaban los alimentos.

Aquí nadie se moría de hambre. Yo recuerdo que mi mamá se reunía con las vecinas para intercambiar los alimentos de la cosecha. Como casi no había moneda, la gente no pensaba en vender el plátano o la yuca. Mi mamá tenía sus tierras sembradas con plátano y coco, ella cambiaba esos productos con las familias que se dedicaban a la pesca. La moneda comenzó con fuerza a circular con la llegada del aserrío, además porque ya comenzaron a ingresar otros productos como la cerveza, los refrescos y enlatados. Ahí fue que la

gente de este pueblo conoció los billetes y aprendimos a intercambiar productos, pero ya con dinero. (A. Requené, comunicación personal 25 de enero de 2016).

Vemos en la anterior narrativa de Agustín que en un principio el intercambio de productos expresa la identidad de la comunidad. Alrededor de las temporadas de cosecha se funda, se reúne y une a la comunidad, tejiendo vínculos de solidaridad a la vez que construían un sentido de pertenencia con el lugar. Y es precisamente el sentido de pertenencia con el lugar lo que las comunidades afrocolombianas defienden contra las amenazas de las economías extractivas, economías del narcotráfico y presencia de grupos armados ilegales. Aquí es importante problematizar cómo con la llegada del aserrío las comunidades se enfrentan a nuevas formas de apropiación del espacio a través de prácticas de monetización de los recursos naturales en manos de foráneos. Hemos mencionado que las familias originarias recurrían a la tala de mangles con el objetivo de construir sus viviendas, canoas, canaletes e insumos de trabajo. En esta perspectiva los recursos de la naturaleza permiten construir la vida material del pueblo. Una materialidad que está impregnada de conocimientos y saberes acorde con las formas de organización de la vida social y comunitaria de las personas.

Pobladores locales narran que con la llegada del aserrío llegaron personas provenientes de otras ciudades del país y ríos cercanos a la vereda el Congal. Por una parte, se amplía la frontera cultural del pueblo al establecer interacciones comerciales, simbólicas y también culturales con personas provenientes de otros lugares y, por otra las comunidades locales tienen que redefinir o reformular sus patrones de socialización y producción de la tierra para adecuarse a las nuevas formas de producción que llegan desde la exterioridad. Lo cual no quiere decir que las personas renuncien a sus economías tradicionales, más bien cada práctica de producción vinculada al autoabastecimiento puede ser concebida como una práctica de resistencia para sostener con el tiempo los insumos básicos de una autonomía territorial y alimentaria.

Eduardo Restrepo y Claudia Leal (2003) en su libro “Unos bosques sembrados de aserríos: Historia de la extracción maderera en el Pacífico colombiano” documentan que la extracción maderera constituye desde mediados del siglo XX hasta la actualidad una de las prácticas más relevante de la región. El paisaje físico y social del Pacífico fue incorporado

por las élites económicas de la época como un espacio para la explotación de todo tipo de maderas que cubriría las demandas de abastecimiento de otras regiones del país, incluso demandas provenientes de los mercados internacionales. La producción del Pacífico como una frontera cultural se relaciona con la multiplicidad de proyectos económicos madereros que progresivamente se han ido incorporado en cada uno de sus territorios. Esta situación constituye una fluctuación de la frontera cultural, en la medida en que las comunidades afrocolombianas, indígenas y mestizos han participado activamente de estas actividades y, en particular los afrocolombianos, han padecido sus consecuencias, como la tala masiva de bosques que han llevado también a su desaparición, la vinculación de las personas como mano de obra precarizada, el desplazamiento de sus cultivos tradicionales para centrarse en la producción maderera. Al respecto, Restrepo y Leal, caracterizan al Pacífico como una “*gran despensa*” por la movilidad de capital nacional e internacional producto de las economías extractivas, para estos autores:

El Pacífico colombiano ha servido desde la conquista como una gran despensa de la que se han tomado diversos productos naturales para venderlos más allá de los límites regionales. El caso de la madera de la segunda mitad del siglo XX es apenas una parte de esta larga historia. A finales del siglo XIX y principios del siglo pasado se recolectaron semillas de la palma de tagua y látex de árboles de caucho para venderlos en los mercados de Estados Unidos y Europa. (Leal y Restrepo 2003, p.19)

De manera particular, en las comunidades afrocolombianas fronterizas con Ecuador, la llegada de las industrias madereras representa momentos decisivos de cambio cultural. Por una parte, la estructura social y productiva de sus cultivos tradicionales se ensambla con dinámicas de explotación de los bosques y manglares; segundo, la presencia de foráneos en las veredas rivereñas constituye nuevas formas de relaciones sociales, principalmente en el consumo de alimentos no tradicionales, como los enlatados y refrescos; y, tercero el espacio comienza hacer reapropiado por algunos miembros de las comunidades como lugares para la siembra y tala de madera al ser una economía más rentable en comparación con las economías de “pan coger”. Veamos cómo se constituyen estos momentos en la vereda el Congal Frontera.

4.3.2 “Con la llegada del aserrío se fue creciendo el pueblo”

Se sabe también por parte de las familias “llegadizas” que muchas personas y familias llegaron del antiguo San Jacinto, territorio que también “*se lo llevó el mar*”, por utilizar una expresión local. Sumado a ello en este tiempo las empresas nacionales dedicadas a la explotación de madera comenzaron a colonizar los territorios selváticos del Pacífico sur. En la década de los 40 del siglo XX personas provenientes de Cali, Bogotá, Medellín, Pasto, Barbacoas, Buenaventura y los alrededores hacían presencia en el Congal con fines a la tala y exportación de madera. Don José, recuerda que en el Congal se encontraba el aserrío más grande del Pacífico sur, en sus palabras:

El aserrío trajo cantidad de gente que usted no se imagina. Con los llegadizos en el tiempo de la madera este pueblo se fue edificando. La industria del mangle movió una cantidad de gente de varios lugares. Eso sí, los blancos eran los dueños del aserrío y los barcos que llegaban desde Buenaventura para trasportar la madera. Mientras que toda la negrada nos dedicábamos a cortar los mangles, arboles hasta de tres pulgadas de grueso. Trajeron hasta gente de Cajambre, allá todos son negros, a esos negros los dueños del aserrío los mandaban a lo más adentro del manglar porque eran más fuertes y aguantaban las picaduras de zancudo y jején. Desde San Juan de la Costa hasta la frontera, llegaba los barcos provenientes de Buenaventura y se tardaban una semana cargando madera. El aserrío llegaba hasta más afuera de Cacagual, había mucho movimiento de gente y mercancía. (Don José, comunicación personal, 15 de enero de 2016).

El aserrío al que se refiere don José, se llamaba Aserrío Suramericano S.A, el propietario de este lugar era Jaime Fonseca, originario de la ciudad de Bogotá. Según cuenta Jair Requené, hijo del viejo Agustín Requené, su padre le vendió parte de sus tierras al señor Fonseca. En sus palabras:

Yo recuerdo que don Jaime Fonseca llevo por estas tierras y le compró parte de las tierras ubicadas en la Betulia a mi papá. Eso le entrego unos costales de billetes. Cuando mi papá miro todo ese dinero que él mismo no podía ni contar, le dijo a Fonseca “vea ya no me dé más plata que esto es un dineral. (J. Requené, comunicación personal, 18 de enero de 2016).

Como ya se ha mencionado, las tierras que adquirió Agustín Requené en la Betulia eran abundantes en caucho (*Hevea*). A mediados del siglo XIX y principios de XX el caucho tenía una fuerte demanda en el mundo para la producción de látex. Un ejemplo de

esto es la apertura que los ríos amazónicos comienzan a tener en el mercado internacional al ser zonas con gran abundancia de caucho. Para 1860 las selvas y ríos de Brasil, Bolivia, Ecuador, Colombia, Venezuela y Perú evocan la navegación comercial con fines a la explotación de caucho y exportación internacional.

Respecto a la explotación del caucho en Colombia, en la década de 1860 se tiene noticia del aprovechamiento inicial de árboles silvestres productores de goma en la región del Pacífico (al tiempo que se explotaba allí el “marfil vegetal” o tagua), en el interior de la región atlántica (en las selvas de los ríos Sinú y San Jorge), en el antiguo Caldas y en el Gran Tolima. No obstante, su usufructo resultó efímero en las áreas mencionadas y muy pronto su explotación se desplazó hacia el piedemonte amazónico y las selvas orientales, donde los trabajos de explotación comenzaron alrededor de la década de 1880. (CNMH, 2014, p. 22)

En el contexto del Pacífico sur, Fonseca con su llegada al Congal reunió a los pobladores locales, les propuso comprar sus tierras a cambio de incorporarlos como recolectores de caucho y tener una remuneración económica. *“Desde la gente que vivía en la parte alta del río Mira hasta los que vivían en la parte baja vendieron sus tierras al señor Fonseca”* menciona Jair Requené. Con la llegada del aserrío también comienza un fuerte proceso de migración de personas provenientes de las regiones centros del país, poblados locales y ecuatorianos a trabajar en la bonanza del caucho. Al ritmo que crecía la demanda internacional del látex, el pueblo tuvo una explotación demográfica debido a la movilidad espacial de productores y de extractores que allí fueron confluyendo. En palabras de Agustín Requené (G3):

Con el aserrío comenzó a crecer el pueblo, vino gente de todas partes. Había negocios, comercio y se hizo el pueblo. Aquí había más de 500 personas, había ocho salones de baile. La gente tomaba cerveza todos los días. La gente trabajaba cortando la madera manglar adentro. Los barcos grandes salían cargados de madera, algunos para Buenaventura otros para Ecuador. (A. Requené, comunicación personal, 14 de marzo de 2017).

De este modo la fiebre del caucho conecta a la región Pacífico y comunidades afrocolombianas con economías de extracción de los recursos naturales. Así el río Mira, se constituyó desde temprano en un espacio de gran importancia para la explotación y salida de madera hacia el puerto de Buenaventura y la provincia de Esmeralda, en Ecuador. No

obstante, los pobladores locales no abandonaron sus economías tradicionales derivadas de la pesca y la agricultura. Alternaban las actividades productivas entre la extracción de caucho y sus cultivos tradicionales.

Los territorios ribereños de la frontera habían permanecido inexplorados por las élites económicas de Colombia hasta mediados del siglo XIX. Durante la colonia estos territorios no representaban un espacio significativo para la extracción de oro, lo que facilitó que las personas y familias afrodescendientes pudieran construir formas autónomas de organización socio-territorial. A diferencia de territorios como el Chocó y el Valle del Cauca que fueron durante la colonia uno de los grandes centros de explotación minera, lo que incrementaba la compra de africanos en condición de esclavitud para aumentar los niveles de producción. En estos lugares:

Debido a que la colonización giraba exclusivamente al oro, la apropiación del Pacífico se caracterizó por estar limitada a territorios mineros, así que había grandes áreas que escapaban al dominio español. En las zonas mineras el control español se basó en el uso de cuadrillas de esclavizados, que constituyeron la fuerza de trabajo desde el inicio de la explotación aurífera. La minería en el Pacífico, además, estaba controlada por las élites de las ciudades andinas, es decir por gentes externas a la región. Por ello las riquezas producidas por el oro de los ríos Atrato, San Juan o Timbiquí, no podían ser apreciadas en las tierras bajas y húmedales del Pacífico, sino en los Andes y en Europa. (Leal y Restrepo, 2003, p. 6).

Tumaco y Buenaventura, por su ubicación marítima, fueron pensados como puertos estratégicos para el tráfico de mercancías y esclavizados. En el caso de Buenaventura las élites tenían muy poco interés “por convertir a Buenaventura en una población propiamente dicha. Más bien se buscaba una entrada hacia el interior del territorio, hecho que marcará por muchas décadas el destino del que es hoy uno de los puertos más importantes del país” (Pérez, 2008). En el caso del puerto de Tumaco la economía de la zona se basaba en la explotación de materia primas, minerales, metales y productos agrícolas:

Durante el periodo colonial [...] el puerto de Tumaco fue brindar una salida marítima al distrito minero de Barbacoas. Para mediados del siglo XIX, Tumaco también se convirtió en el puerto de Pasto y la zona Andina de la región nariñense. A partir de la década de 1930 se podía ir a la costa Pacífica tomando un camino destapado entre Pasto y el Diviso, y luego el ferrocarril de vía angosta hasta

Tumaco, el cual fue inaugurado en 1920. La terminación de la vía terrestre hasta Tumaco (carretera-ferrocarril) y la construcción de un nuevo puerto en 1953 ayudaron a reducir la desintegración entre las subregiones Pacífica y Andina del Departamento de Nariño [...] en 1970 se construyó la carretera Panamericana, vía de acceso principal que comunica a Nariño con el resto de Colombia y con la República de Ecuador. (Viloria de la Hoz, 2007, p. 45).

En Tumaco y su zona rural fronteriza con Ecuador, la llegada de las industrias madereras también estableció roles diferenciados de género en las actividades productivas y comerciales que se agenciaban en este momento. Las mujeres, por lo general, se dedicaban a la venta de comida a los trabajadores del aserrío, mientras los hombres se internaban “monte adentro” en las actividades de tala de madera. Doña Empera, recuerda que llegó desde muy niña al Congal porque su madre migró junto con otros familiares desde Barbacoa para dedicarse a la venta de cerveza y comida.

Aquí había bastante movimiento, el comercio fluía. Mi mamá y mi abuela montaron un restaurante que bien recuerdo se llamaba “los tres sabores”. Le pusieron ese nombre porque quienes hacían la comida eran ellas junto con mi hermana mayor. Al medio día el restaurante se llenaba de gente, hombres blancos y negros venían a comprarnos la comida. En las tardes yo iba con mi hermana mayor a venderles cervezas hasta donde cortaban la madera. (Doña Empera, comunicación personal, 18 de marzo de 2017).

La utilización del caucho se establecía de manera diferenciada. Según narran los pobladores del Congal, los árboles que se cortaban era el llamado caucho negro o castilla. Mientras que los árboles de caucho *Hevea* eran dejados en pie para recoger el látex cada mes, aproximadamente. Los bosques sembrados con *Hevea* fueron utilizados por décadas para garantizar el abastecimiento a las demandas nacionales e internacionales de látex. Por su parte los recolectores de caucho negro se establecían de manera temporal en diferentes lugares de la frontera para cortar los árboles en tierras que no estaban adjudicadas a ninguna empresa maderera. En estas personas sus actividades económicas se establecían de manera pendular, ritmando sus desplazamientos acordes a la disponibilidad de los recursos naturales. Es importante hacer una mención sobre el significado que el concepto de economías extractivas tiene tanto para las comunidades locales como para las industrias encargadas de la explotación de los recursos naturales. Como se ha ilustrado ampliamente, las personas utilizan los recursos de la naturaleza para la construcción de sus casas,

caminos, trochas y construcción de tecnologías utilizadas en sus actividades de la pesca y agricultura, es decir podríamos mencionar que se trata de una extracción de los recursos naturales para la subsistencia y formación de sus lugares. Por su parte las empresas e industrias a través de la explotación de la naturaleza operan en una lógica de *acumulación de capital*.

Desde la Colonia, la extracción de oro, platino y cobre, los trabajo forzados de afrodescendientes y otras formas de sobreexplotación de los recursos naturales, genera un proceso de acumulación ampliamente financiada por la desposesión de unos (la mayoría) en beneficio de unos otros (una minoría). Las personas de origen africano eran el núcleo de una acumulación capitalista por despojo que se apoya en una lógica de desplazamientos espaciales de seres humanos como herramientas de trabajo a través de la apertura de nuevos mercados y centros de acumulación de capital. En esta estructura de movimiento-circulación hombre-mercancía-capital, cuyo objetivo es obtener ganancia, se instala una visión jerárquica de las geografías de Colombia: la acumulación de capital se ha situado históricamente en las regiones consideras como la periferia del país, pero ricas en recursos naturales, siendo insertadas en una relación de dependencia económica a las regiones centro que controlan la movilidad de capital a nivel nacional y global.

Como veremos en el capítulo cinco la construcción del proyecto de nación de Colombia articulará procesos de racialización para justificar la explotación y subalternidad de los pueblos afrodescendientes y sus territorios en la región Pacífico. De este modo, se profundiza en el interés de organizar la geografía nacional de acuerdo con las lógicas de una comulación global de capital: regiones centro/frontera. No obstante, no podemos perder de vista que las lógicas económicas el siglo XIX presentan algunas diferencias fundacionales con respecto a los ciclos extractivos contemporáneos. El sistema de relaciones dentro del cual operan dichos ciclos en la actualidad se sitúa en contextos en que las comunidades han conquistado el reconocimiento de derechos étnico-territoriales. Lo que les posibilita construir procesos organizativos de alcance nacional e internacional en la lucha por la defensa de sus territorios. Sumado a ello, las comunidades hacen frente a las economías criminales que agudizan aún más los procesos de transformación del Pacífico

como un espacio nada más para la extracción y acumulación de capital (volveremos sobre este punto más adelante).

De acuerdo con Escobar (2010), a través de formas modernas de capitalización de la naturaleza como la extracción maderera a gran escala y el sembradío de palma africana para biodiesel, se ha alimentado un dominio externo de la acumulación capitalista sobre la naturaleza, lo cual ha generado progresivamente un deterioro en los paisajes geográficos y los pueblos que lo habitan a fin de que estos se “adecuen” a las lógicas desarrollistas del capitalismo. Esta situación se ha agudizado en los últimos años con el auge notable de las políticas públicas que favorecen la instauración de los megaproyectos como la minería a cielo abierto. Políticas mediante las cuales el Estado ha entregado concesiones mineras a las multinacionales, sin que se hubiese efectuado el proceso que garantice el derecho a la consulta previa²⁶ con los grupos étnicos. Grandes zonas de biodiversidad de la región Pacífico, principalmente en Chocó, Nariño y Cauca, se han visto afectadas cuando se descubren zonas mineras, cambiando radicalmente las relaciones históricas que con el territorio han tejido las comunidades negras en la configuración de una identidad y cultura propia. Así lo manifestó don Augusto Quiñones, habitantes del Playón “detrás de la minera y la madera viene el fusil, el destierro y la muerte para nosotros los negros”.

Lo enunciado por don Augusto evidencia que, en el entremedio de los proyectos de modernización económica y la presencia política y cultural de las comunidades afrocolombianas, lo que está en juego es: “la afirmación de sus derechos étnico-culturales y territoriales y, en última instancia, la supervivencia de los grupos negros como grupo cultural, y del Pacífico como uno de los ecosistemas de mayor diversidad biológica de la

²⁶ El derecho de las comunidades étnicas a la consulta previa se rige por el convenio OIT 169 de 1989. Éste señala la participación de las comunidades étnicas “a fin de determinar si los intereses de esos pueblos serían perjudicados y en qué medidas, antes de emprender o autorizar cualquier programa de prospección o explotación de los recursos existentes en sus tierras” (Art 15.2, OIT, 1989). Esta Ley ha sido incorporada a la legislación nacional a través de la Ley 21 de 1991. En la Ley 99 de 1993 se señala: “La explotación de los recursos naturales deberá hacerse sin desmedro de la integridad cultural, social y económica de las comunidades indígenas y de las negras tradicionales de acuerdo con la ley 70 de 1993 y el artículo 330 de la Constitución Nacional, y las decisiones sobre la materia se tomarán, previa consulta a los representantes de tales comunidades” (Art. 76).

tierra” (Escobar, 2010, p. 35). Por lo que la lucha articulada por la defensa de los territorios es en realidad uno de los principales escenarios de resistencia de los procesos organizativos étnico-territoriales de las comunidades afrocolombianas, que al confrontar las representaciones hegemónicas del espacio y la naturaleza que ha construido el capitalismo, instituyen sus imaginarios de vida en la creación de espacios de negociaciones, culturas, identidades, epistemologías y prácticas de conocimiento.

A continuación, se analiza cómo las comunidades hacen del espacio un lugar de identidades y conocimientos propios.

4.4 LAS VIVENCIAS EN EL RÍO MIRA: UNA PEDAGOGÍA DEL LUGAR

Basándome en la categoría de *lugar* propuesta por Arturo Escobar para contextualizar las prácticas eco-culturales de las comunidades afrocolombianas en el Pacífico, propongo abordar las vivencias de las comunidades en el río Mira como una *pedagogía del lugar*, que al ser *situada* a las realidades territoriales de las personas moviliza saberes que resaltan las articulaciones entre naturaleza y cultura, identidades y territorio. Escobar, apoyado en parte en la geografía postmoderna, la economía política y las tendencias recientes en la ecología antropológica, propone explorar la concepción de la región del Pacífico colombiano como un *lugar* que además de ser crucial en la configuración de mundos locales y regionales, también articula las resistencias hacia las hegemonías nacionales que han organizado los pueblos afrocolombianos como parte de sus procesos de etnicidad. La representación del lugar no es asumida por las comunidades como algo ya “definido”, “estático” y “apolítico” que esencialmente carece de temporalidad, por el contrario, evidencia las relaciones de articulación que se han tejido entre historia y geografía, tiempo y espacio, identidad y naturaleza. En esta perspectiva, el lugar no es sólo territorio, el lugar ha sido formado por elementos históricos y naturales que proyectan una experiencia vivida y situada en vínculo con redes de flujo e intercambios con alcance transnacional.

El *lugar* resulta ser un componente fundamental en la construcción de la identidad y movilización de las comunidades afrocolombianas, pero esto ha sido un proceso político. El Proceso de Comunidades Negras (PCN) que surgió en la década de los años noventa del

siglo pasado en el Pacífico como un movimiento étnico y territorial, enfocó sus procesos de movilización en las luchas en torno a la cultura, el territorio y los recursos naturales que se expresa con mayor claridad en su principio que demanda su derecho al territorio y a un espacio *para ser*. Lo cual ha construido un poder de resistencia que ha logrado visibilizar los conflictos por la disputa territorial ejercida por los grupos armados ilegales, las políticas económicas y los intereses políticos del movimiento social afrocolombiano en sus exigencias por la autonomía territorial. En estos conflictos las comunidades afrocolombianas demandan la visibilidad del territorio como el lugar en el que se producen los vínculos sociales y culturales que dan vida a sus identidades étnicas y economías locales; de igual manera como fuente de empoderamiento y de lucha política contra los megaproyectos que han hecho del Pacífico colombiano una plataforma neoliberal para la integración de la economía nacional a las economías transnacionales. Esto los ha llevado a movilizarse políticamente desde lo que han sido y son en el presente: “sujetos históricos de culturas, economías y ecologías particulares; productores particulares de conocimiento, individuos y colectividades comprometidos con el juego de vivir en paisajes y con los otros de manera específica” (Escobar, 2010, p. 23).

La comprensión analítica entre lugar y cultura propuesta por Escobar nos permite *situar* la producción de la vida social y cultural de las comunidades negras en la *especificidad del lugar* donde se crea y se moviliza la identidad, la cultura y la naturaleza. A lo que propongo, además, la creación de epistemologías propias y prácticas de conocimientos vinculadas a las representaciones que construyen las personas y comunidades sobre su entorno natural. En estos contextos son determinantes los imaginarios sociohistóricos que construyen las comunidades en sus vínculos con el territorio, ya que localizan las especificidades discursivas que se derivan de las experiencias y prácticas concretas de los sujetos con su lugar. Al respecto, don Carlos Martínez, de 76 años, nacido en el Bajo Guabal, narra su experiencia en el río Mira:

Yo soy del Río Mira, aquí nací y aquí voy a morir. El río guarda el recuerdo de mis historias, de mis cantos y de mis lágrimas, soy lo que soy gracias a que el río me alimentó. Desde niño fui acostumbrado a pescar, me dejaba llevar en mi canoa por las corrientes del agua y luego me refundía en el manglar a buscar conchas y cangrejos para la comida, [...] yo les enseñé a mis hijos a construir su propia canoa y canaleta y

remar en el río, para que el día de mañana puedan vivir más o menos bien, a pesar de que las cosas por aquí cada vez se ponen peor, porque ahora los grupos armados nos están sacando de nuestra tierra, y adueñarse de lo que nos pertenece; esa gente no se da cuenta que aquí en este río está todo lo que yo he podido ser. (C. Martínez, comunicación personal, 18 de enero de 2017).

Para contar las historias de relación entre lo que este hombre afrocolombiano ha llegado a *ser* en sus sentidos de localización con el río, es necesario partir por la pregunta ontológica sobre el territorio, más que constreñirnos a una descripción “desarrollista” inserta en las dinámicas cambiantes de la producción económica del capitalismo. Por lo tanto: ¿Cómo se construye el río en un imaginario histórico-social para las comunidades afrocolombianas? El río para don Carlos es el origen que va configurando historias y formas de representación de sí en el transcurso de su vida cotidiana. Lo que lleva a la experiencia vivida del territorio más allá de las hipótesis sobre la discursividad instrumental de la naturaleza. El río tiene sentido porque está cargado de historias, principalmente, referidas a itinerarios de la pesca, cada reiteración de estos itinerarios refuerza y confirma su necesidad como un dispositivo espacial-fluvial para ordenar la vida productiva de las comunidades.

En palabras de doña Martina Quiñones el río es concebido:

Como el lugar que a la gente de estos pueblos le permite sobrevivir. Aquí cuando uno no tiene que comer hecha su atarraya en las orillas y cualquier pescado saca para salvar la comida del día. Antes aquí se vivía sabroso. Las mujeres nos reuníamos con las vecinas de ríos cercanos y nos íbamos a lavar todas juntas a las orillas. Tardes enteras lavando y conversando los chismes de los caseríos cercanos. Todo eso ya ido desapareciendo. (M. Quiñones, comunicación personal, 25 de febrero de 2017).

En las formas en cómo se relacionan las comunidades ribereñas con la espacialidad del río se resaltan por lo menos tres rasgos comunes. Se considera al río como identificadorio de un lugar, relacional e histórico. Las actividades de la pesca, el riego de cultivos, las reuniones entre vecinos, la delimitación espacial de los caseríos corresponde para cada comunidad un conjunto de posibilidades cuyo contenido es a la vez espacial y social. Estas posibilidades se relacionadas con el modo en que los sujetos resuelven las

necesidades de su vida cotidiana. Al respecto Zemelman (2011) considera que la constitución de los sujetos depende del “sistema de necesidades” (p: 115) que construyen como espacio político, social y cultural, el cual puede experimentar un proceso histórico de constitución que puede asumir diferentes formas de expresión dependiente de las voluntades de los sujetos en un momento histórico determinado. De esta manera, el sistema de necesidades representa el despliegue sociohistórico en el que se apoya la memoria histórica de las colectividades, que como sistema que reconoce las posibilidades de transformación de los sujetos en el modo en que resuelven su vida cotidiana, está sometido a la capacidad de vínculo que se establece entre los sujetos y sus potencialidades para construir realidades situadas.

Así, cuando don Carlos menciona: “el río guarda el recuerdo de mis historias, de mis cantos y de mis lágrimas”, evidencia las necesidades que acaecen en la experiencia entre el río y el sujeto, que le permiten construir una memoria histórica a través de la “creación de historias o de futuro que constituye la expresión de un sujeto social protagónico en la construcción de su realidad” (Zemelman, 2011, p: 115). Cuando don Carlos menciona “yo les enseñé a mis hijos a construir su propia canoa y canaleta para remar en el río” se proyecta toda la transmisión intergeneracional de saberes y prácticas de conocimientos que se forman desde la experiencia cotidiana de las comunidades con su lugar. Las prácticas de conocimiento enraizadas en lo territorial contienen un carácter distintivo que reconfiguran los saberes con la experiencia individual y colectiva de los sujetos en sus propias formas y condiciones de apropiación del espacio ribereño. Al respecto, doña Empera, señala:

Uno aquí se para en la orilla y con sólo mirar como corre la corriente del agua ya sabes cuándo va haber crecida de río, eso se aprende viniendo al río y estando con él [...] y nos preparamos, porque cuando el río crece, el agua llega hasta dentro de las casas y ahí es peligroso salir a pescar [...] nosotros los viejos le vamos enseñando eso a los muchachos para que no salgan en tiempo de puja y esperen hasta que la marea se calme, pues el río así como es generoso, toca que tenerle respeto, él tiene sus momentos de braveza y es mejor dejarlo quieto [...] Ese conocimiento lo aprendí en el río acompañando a mi mamá a la quebrada de Sagumba a pescar. (Doña Empera, comunicación personal, 18 de enero de 2016).

Doña Empera señala que el conocimiento de las corrientes del agua lo aprendió en su experiencia cotidiana de estar en el río. Este conocimiento que ella transmite a los más jóvenes le ha permitido formar un conocimiento *situado* a las realidades de su entorno social y natural. De acuerdo con Medina (2009) los sujetos “establecemos nuestras condiciones de comprensión al elaborar los esquemas de relación desde los cuales vivimos, actuamos; es decir, producimos conocimientos para operar y construirnos así mismos en y sobre una noción básica de realidad, que edificamos con distintos trayectos espaciales y temporales” (p: 167). Las comunidades ribereñas construyen una *pedagogía del lugar* al ser los autores de formas de conocimientos acorde a los sentidos y necesidades de la vida cotidiana. El río hace ver a la configuración de sus mundos locales como el producto del estar siendo entre comunidad y naturaleza. En esta perspectiva “el territorio, región o comarca se percibe como propiedad colectiva, como legado ancestral, como lugar de autonomía y espacio de libertad” (García, 2011, p: 117) lo cual ha ido creando una visión política-educativa que afianza sus conocimientos en la *defensa* por el territorio.

Ilustración 20. Cosecha de plátano y cacao



Fuente: fotografía propia, vereda Carlos Sama, febrero de 2016.

4.4.1 Canastos de cangrejos

El tejido de canastos de cangrejos es una tradición que han construido las mujeres afrocolombianas. Esta práctica refleja un modo de significación de conocimientos a partir de la relación mujeres y lugares ribereños, es decir las experiencias de las mujeres en la apropiación del espacio y la temporalidad de ríos y manglares que permiten localizar formas propias de organización económica y cultural. En horas muy temprano de la mañana, cuando las aguas de los ríos están bajas, las mujeres navegan en sus canoas hasta llegar a las extensas y profundas raíces de los manglares en búsqueda de cangrejos grandes y gordos para el autoconsumo y la venta en caseríos cercanos y fronterizos. Los hombres, por su parte, durante la mañana trabajan en sus pequeñas parcelas de tierra y extraen la rampira, hoja de árbol con que se tejen los canastos de cangrejos. En horas de la tarde las mujeres se reúnen y comienza el proceso de tejido de canastos, un espacio de encuentro y transmisión de saberes que reúne a mujeres adultas con las niñas. Los cangrejos cazados en el manglar son depositados en grandes cajas de guadua para ser engordados con plátano maduro durante tres y cuatro días, posteriormente empacarlos en los canastos y llevarlos a vender. En diferentes ocasiones viajé con las mujeres a San Lorenzo, Ecuador, para vender los canastos de cangrejos. En Ecuador es más rentable la venta, pues al estar dolarizado permite incrementar los precios en comparación con Tumaco. Las mujeres congoleñas ya tienen identificada a su clientela. Si bien algunas se ubican en el “muelle de embarque” esperando a sus compradores otras entregan directamente el producto a restaurantes o familias.

Ilustración 21. Tejiendo canastos de cangrejos



Fuente: fotografía propia, vereda el Congal Frontera, enero de 2016.

Ahora bien, el río es un “sitio” propio para las comunidades que definen el lugar como una configuración de saberes y necesidades de la vida cotidiana. No obstante, esta apropiación de lo “propio” se ha ido reconfigurando conforme las economías extractivas y económicas del narcotráfico toman fuerza en la región, lo que equivale a decir que en un mismo lugar pueden coexistir elementos distintos y singulares de apropiación y vivencias; en otras palabras el río es una “configuración múltiple” en el que las relaciones entre identidad/naturaleza/cultura pueden adquirir diferentes significados acorde a las practicas sociales que se instituyen en la ocupación del lugar. A continuación, se analiza las reconfiguraciones del río y las veredas por las economías del narcotráfico.

4.4.2 “Vamos a recolectar cacao entre cultivos de coca”

Durante el trabajo de campo del 2016 en la vereda el Congal, doña María me hospedó en su casa, compartía mi habitación con sus cinco hijas. La casa de María colinda con el terreno de don Felipe, él tiene una hectárea de tierra con cultivos de coca. La frontera entre las casas, cultivos de coca y cultivos tradiciones de las familias son invisibles. Frecuentemente en el entre medio de los grandes matorrales de coca también están sembrados sus cultivos de coco, cacao, plátano y yuca. Para algunas familias estas

actividades se combinan también con la explotación de los manglares y la tala de madera. Estos contextos, me permitieron ampliar mi visión acerca de la construcción de un territorio polifónico en el que se ensamblan diferentes narrativas de cultivos y procesos de extracción, procesamiento y venta de productos ribereños y marinos. María me explica que el acceso a los sitios de pesca, cultivo y cosecha, o la disponibilidad de especies, varían de acuerdo con las fases de la luna. Mi estancia durante el mes de junio coincidía con la cosecha de cacao y “abundancia” de cangrejos en los manglares. Junto con María, su esposo y cuñada navegamos durante 40 minutos en una canoa elaborada con cedro para llegar a la “parte baja del río” y recolectar algunas mazorcas de cacao para posteriormente ir a vender a una chocolatera en San Lorenzo, Ecuador.

El camino que nos conduciría a su parcela de tierra estaba de atiburrada de cultivos de coca, algunas canecas viejas de gasolina se encontraban sobre los árboles, María me explica que “monte adentro” están algunas “cocinas” para la producción de clorhidrato de cocaína. Las semillas de cacao se recolectan cuando las mazorcas han tomado un color anaranjado o amarillo. Los frutos se recogen de forma manual utilizando una “palanca”: un cuchillo unido a un palo. Caminamos aproximadamente 30 minutos entre arbustos de coca y cultivos de cacao. Una vez recolectábamos las mazorcas nos sentábamos en la sobra de los árboles para “chupar” la pulpa de las semillas de cacao para luego facilitar su secado con el sol.

Ilustración 22. María, entre semillas de cacao y matas de coca



Fuente: fotografía propia, río Mira, febrero de 2016.

El esposo de María y su hijo mayor se dedican a los cultivos de coca: “Mi marido y mi papá iniciaron a sembrar la coca. Mi papá puso las tierras. La primera raspada fueron 80 arrobas. Con ese dinero compramos un televisor y un motor 40. Yo les decía que dejaran de sembrar esa mata porque eso solo ha traído muerte y violencia por estas tierras. Ahora mi hijo de 17 años también cultiva coca, anda enamorado y dice necesitar dinero para vestir bien e invitar a la novia”. Cuenta María.

Pese al resquebrajamiento de las economías tradicionales en el Pacífico sur, las comunidades y familias no han dejado de construir estrategias de sobrevivencia alimentaria. Quienes viven de las cosechas de cacao venden sus productos a las empresas chocolateras de Tumaco o Ecuador, en algunas veredas se han impulsado cooperativas chocolateras comunitarias. En el contexto de la firma de los Acuerdos de Paz entre las guerrillas de las FARC y el gobierno del expresidente Juan Manuel Santos, el cacao ha sido llamado “el cultivo del postconflicto”. En los departamentos de Nariño, Santander, Arauca, Antioquia, Huila y Tolima, esta semilla ha sido escogida por el gobierno para implementar los

programas de sustitución de cultivos ilícitos. En el 2015 el cacao de Tumaco fue reconocido con el sello Cocoa of Excellence en el Salón del Chocolate de París, el evento más importante para el gremio chocolatero. Oberman Torres, representante legal del Consejo Comunitario Bajo Mira y Frontera, recibió el reconocimiento en nombre de la Alianza Exportadora de Tumaco, una asociación que reúne a productores locales de cacao, como una alternativa para recuperar la autonomía alimentaria de las comunidades y lucha contra los cultivos ilícitos.

En el bajo Mira, existen 700 hectáreas de cacao nuevas y cerca de 1.300 nativas, que dan una producción anual de 620 toneladas, cuando su potencial es de 1.600 (revistaSemana, 2018). La lucha del Consejo Comunitario es que las otras 2.000 hectáreas sembradas con coca dejen de ser atractivas para los campesinos y se incorporen a sustituirlas por los cultivos de cacao. No obstante, la política de sustitución de cultivos en Tumaco no ha sido del todo exitosa. Esto se explica en parte porque los grupos armados ilegales y carteles del narcotráfico continúan contralando los territorios y, con ello, obligan a los campesinos a continuar con los sembríos de coca. Por otra parte, las comunidades carecen de apoyos de tecnificación, comercialización y educación sobre la producción y rentabilidad del cacao en el mercado local y nacional. A esto se suma que la hoja de coca resulta ser más rentable que vender la semilla de cacao. Pese a que algunas familias le están apostando a la siembra y venta de cacao, no renuncian a los cultivos de coca. En palabras de Tino, originario del Consejo Comunitario Rescate las Varas (ahora residente del Congal):

Los programas de sustitución de cultivos no funcionan. En las Varas, se implementó el programa “Las Varas Sí Se Puede” la gente comenzó a erradicar de manera voluntaria los cultivos de coca y a sembrar cacao, luego la gente volvió a sembrar su coca porque el cacao no es rentable. Imagínese el kilo de cacao lo compran las chocolateras en 4.500 pesos, en promedio una familia cosecha cada tres o cuatro meses 60 kilos de cacao, es decir 270.000 pesos ¿eso para qué sirven? Con eso la familia solo puede comer una semana. Además, el acompañamiento al campesino no es contante. La gente tumbó los árboles de cacao y sembró su coca, no hay otra salida para nosotros los campesinos. (Tino, comunicación personal, 11 de enero de 2016).

“Las Varas Sí se Puede” fue un modelo de sustitución voluntaria que gestó el gobierno en 2008, pero se consolidó en 2010, producto de este modelo se logró la erradicación de entre 800 y 1000 hectáreas de coca. Los programas de sustitución de cultivos entre el gobierno y representantes de los consejos comunitarios han sido rechazados por los grupos armados ilegales. En la vereda, San Luis Robles, miembros de las FARC asesinaron en 2015 a Genaro García Ramírez, representante legal del Consejo Comunitario del Alto Mira y Frontera. Y en 2016, Johan Alexis Vargas, líder de Rescate Las Varas, fue asesinado por otro grupo. Según miembros de las comunidades señalan que fue asesinado por las Águilas Negras, otros por los disidentes de las FARC. Ambos líderes se caracterizaban por defender la sustitución de cultivos ilícitos.

Habitantes de las veredas refieren que con frecuencia llega el ejército a la fuerza a tumbar las matas de coca “cuando los soldados vienen a querer erradicar las matas de coca, pasan dos cosas: o se llevan a la fuerza a muchachos de las comunidades, o la gente que tiene más poder de mando les da dinero a los soldados y con eso ya salvan sus matas” manifestó Eulidio. Existen veredas fuertemente sitiadas por grupos armados ilegales que impiden que los representantes de los consejos comunitarios puedan llegar. Entre más “aisladas” se encuentren las veredas del centro urbano de Tumaco dificultad que las comunidades puedan tener información y acceso a los programas de sustitución de cultivos. La presencia del Estado es casi nula. Las comunidades manifiestan que en sus veredas por lo general no llega ningún tipo de apoyo.

“Aquí en el Congal mucha gente quiere dejar la coca. El año pasado los del consejo comunitario nos citaron a todos a una reunión porque supuestamente venían los del gobierno a apoyarnos en la sustitución. ¿Pregunte si vinieron? Hasta el sol de hoy día esa gente no se ha aparecido por aquí”, agrega Eulidio. Otro habitante del Congal manifestó: “aquí al Congal no ha llegado ninguna ayuda, solo algunas familias les dieron unas cuantas semillitas de cacao y unos cerdos. Eso se hizo con USAID, de resto nada. El gobierno no sabe de las necesidades de nosotros, estamos abandonados. La gente no tiene otra opción que seguir con sus cultivos de coca, o siembro coca o muero de hambre”.

Ilustración 23. Matas de plátano en medio de cultivos de coca



Fuente: fotografía propia, río Mira, enero de 2017

Reunión 12 de febrero 2016

El 12 de febrero de 2016, Jair Cortes, miembro de RECOMPAS, me invitó a una reunión con campesinos en el Consejo Comunitario Rescate las Varas. El objetivo era socializar porqué los proyectos de sustitución de cultivos no han sido exitosos en Tumaco. Viajamos durante dos horas por carretera destapada, el paisaje local estaba atiburrado de cultivos de palma africana. Nos reunimos en la escuela de la vereda. Aproximadamente 20 personas asistieron a la reunión. Jair Cortes comienza a dar su versión de por qué los proyectos de sustitución de cultivos han sido un “verdadero fracaso” como él mismo lo calificó.

“Aquí el problema es que los proyectos para sustituir la coca: cacao, plátano y palmas de coco, son muy lentos. Hemos recibido el apoyo de USAID y de las Naciones Unidas mediante el proyecto (UNODC), pero el dinero nos llega gota a gota, y no alcanza para apoyar a todas las familias” argumenta Jair.

- De inmediato le interrumpe doña Carmen y agrega:

Deje su cuento, lo que pasa es que ustedes los del consejo no socializan bien la información. Cada siglo hace presencia por aquí. Cuando llegan los apoyos muchos de ustedes no avisan a la comunidad. De vez en cuando vienen aquí con lista en mano, hacen reuniones para que la gente asista, les hacen firmar, y luego desaparecen. En mi vereda, lo único que han entregado han sido tres motosierras que las rifaron entre toda la comunidad.

Interviene don Pablo:

Haber guardemos la cordura, tampoco nos vamos a poner a enemistar entre nosotros. La gente de las veredas y los representantes hemos buscado la amistad al Gobierno. Gente de aquí mismo ha viajado a Bogotá para hablar con el mismísimo presidente. No hemos sido escuchados. Cuando el gobierno voltea a ver estas tierras lo que nos manda es plomo. Yo en el 2012 corté las matas de coca y las replacé por cacao. En mi primera cosecha saque dos bultos de cacao, según en ese tiempo el cacao estaba en auge, pero los precios por el piso. Esos arbolitos de cacao no dan para vivir. El gobierno cree que el campesino solo necesita tomarse una taza de café con un pedazo de pan tres veces al día. Ellos se hacen de la vista ciega con las otras necesidades de la gente.

Don Pablo es padre de 6 hijos. Tiene dos hectáreas sembradas con coca. Según él: “el cacao es costoso mantenerlo, toca hacerle drenaje y no tenemos dinero ni herramientas para hacerlo. La coca bota sola, usted tira la semilla y ella solita se encarga de reproducirse, de vez en cuando uno viene a talar las ramas, y a los dos meses ya se cosecha”. Con frecuencia los campesinos cosechan la coca cada dos meses. El costo de sostener la coca es de aproximadamente un millón de pesos (USD300). Al vender la cosecha a los grupos armados ilegales los campesinos obtienen ganancias entre USD1000 y 1500 (todo depende de cuántas hectáreas tienen sembradas con coca). Con el cacao las ganancias suman entre USD 100 y 200 cada tres meses y la inversión para su producción oscila entre los USD 800 por cosecha.

En la cadena productiva de la coca: siembra, cultivo y procesamiento de cocaína, los jóvenes de las comunidades ribereñas juegan un papel fundamental: con frecuencia son quienes viajan en lancha o submarino con cargamentos de cocaína hacia Centro América y

Estados Unidos. En este contexto las percepciones que construyen las personas sobre el río y el mar se han reconfigurado acorde a los marcos de producción y violencias que se instalan con la llegada de los cultivos ilícitos. Durante el taller de cartografía social que realicé con los jóvenes de la vereda el Congal, llama la atención el testimonio de Santiago, un joven de 15 años para quien su aspiración es viajar con cargamentos de cocaína a México. Santiago sueña con convertirse en un capo de la droga en Colombia. Analicemos su narrativa:

4.5 “NICHE PANDA”: “VIAJO, MATO O CAIGO”

Yo quiero dibujar un “niche panda” ¿qué es un niche panda, Santiago?, pregunté. Es la gente que manda las lanchas con cocaína a México y Centro América. Son los que ahora mandan la parada en plata, rumba y mujeres, refiere Santiago. Le voy a mostrar la canción de los “niche panda”. Santiago va corriendo a pedirle prestado el celular a su papá donde está grabado el video musical. A su regreso y en cuanto sonó la canción todos los niños y jóvenes presentes en el taller se aglomeran sobre la pantalla del celular. Para ellos es una letra ya conocida, quienes viajan a Tumaco la escuchan todos los días a alto volumen en sus equipos de sonido; por su parte quienes solo viven en la vereda la escuchan frecuentemente en los celulares de algunos miembros de la comunidad.

Unos cantaban, otros bailaban, todos juntos en una sola voz entonaban con un entusiasmo desmedido la canción; saltaban y hacían retumbar el piso y paredes de la casa construida con tablas. La repitieron cuatro veces, cada vez aumentaban la intensidad de su voz. La estrofa que más los entusiasmaba, dice:

Nosotros mandamos las lanchas llenas de coca y marihuana, gringos consumen como panda, los niches se llenan de plata. El hijo del Chapo me llama, me pide mil kilos de panda, le meto por coca, por lista, por watish y se los pongo en Guadalajara. Coronamos la vuelta y me paga. En unos containers las bajan. Lancharos esperan su plata, a las mamis les llevan la paca, nos vamos para Jardín Plaza compramos cadenas bacanas luego nos bajamos pa Tura y en la guarida explotamos champaña.

Ese es nuestro himno, expresó Ricardo. Las lanchas salen de aquí, esa es la coca original, manifestó Samuel con orgullo. El papá de Santiago es “niche panda”, siempre trae

tenis de marca, principalmente Adidas y Nike, viste a la moda con pantalones bota tubo, rotos en las rodillas y desteñidos, sobre su cuello cuelga un collar en oro amarillo y blanco de aproximadamente dos centímetros de ancho adornado con un dije que contiene las iniciales de su nombre, sobre sus manos posan tres anillos de oro de alto grosor. Santiago cuenta que el collar de su padre fue bendecido por un cura en Tumaco, eso le ha traído mucha suerte, pues ya ha realizado dos “viajes” con drogas en los que ha “coronado”. El padre de Santiago es famoso en el pueblo porque organiza fiestas que pueden llegar a durar hasta tres días y a las que invita a “socios” de veredas cercanas, en estas fiestas se toma whisky.

La mamá de Santiago es cristiana, en algunas conversaciones comentó que ella no está de acuerdo con los viajes en lancha de su marido, pues el pastor de la iglesia en nombre de la biblia lo prohíbe. Por esta razón, cada vez que va al culto dedica sus oraciones a la salvación del alma de su marido. Sin embargo, reconoce que ese dinero, aunque mal obtenido, es necesario.

Santiago y sus amigos quieren ser “niche panda”. Ellos ya han dado sus primeros pasos en el mundo del narcotráfico. A sus cortas edades ayudan a sus padres al sembrío y raspado de la hoja de coca, son raspachines. Incluso algunos han colaborado en su procesamiento. Tienen gran claridad sobre las condiciones climáticas y de seguridad en los viajes con cargamentos de cocaína. Saben de los riesgos: si no se reportan en ocho días, tiempo que dura el viaje en lancha con cocaína desde la frontera hasta Centro América, es porque los agarró la policía, o en el peor de los casos fueron asaltados por barcos piratas y arrojados al mar.

En la vereda el Congal encontré una nueva modalidad de formación de grupos delincuenciales dedicados al cultivo, procesamientos y tráfico de cocaína llamados “niche-panda”. Estos grupos tienen una particularidad: el tráfico con cargamentos de cocaína lo hacen por medio de viajes en lanchas rápidas. Las lanchas salen de la frontera y viajan aproximadamente durante ocho días por el océano Pacífico hasta llegar a México o Centro América desde donde las toneladas de cocaína son redirigidas a los mercados de Asia, Europa, África y Estados Unidos. Por medio de esta ruta marítima los cárteles colombianos y mexicanos que hacen presencia en el río Mira han conquistado los mercados ilegales de

tierras tan lejanas como Australia, las remotas islas Marschal o los puertos asiáticos. Asimismo, han contribuido a hacer de Guinea el primer narcoestado del mundo, de España la bodega de droga en Europa, de Panamá el puente central para el narcotráfico interoceánico y de los diversos puertos mexicanos narcopuertos -Acapulco, Campeche, Coahuila, Veracruz- (Pérez, 2014). En las aguas del Pacífico se trafica la mayor parte de cocaína en el mundo, la producción de esta droga se concentra en Colombia, Perú, Bolivia, Ecuador, Brasil y Venezuela.

Me llamó la atención que en las entrevistas realizadas a niños y jóvenes cuando les preguntaba cuál era su mayor aspiración en la vida, ellos respondían “ser un niche panda”. La representación de los “niche panda” son jóvenes, por lo general campesinos o exguerrilleros, que como ya se mencionó viajan con cargamentos de cocaína, una vez coronan, regresan a Tumaco. Por cada viaje les pagan 200 millones de pesos colombianos, es decir unos 80 mil dólares. Según jóvenes de la comunidad, este pago es muy poco, en comparación con las ganancias que obtienen los cárteles mexicanos y bandas criminales en Tumaco, parte de ese dinero es usado para comprar armas y reclutar jóvenes para la guerra entre bandas urbanas y rurales en el municipio.

Me interesé por indagar cómo circulaba el dinero obtenido en estos viajes, principalmente para analizar cómo operan las aspiraciones de los jóvenes en las economías del narco. Esto me llevó a frecuentar por tres ocasiones una discoteca en Tumaco que llamaremos en este trabajo (DT), famosa porque es el lugar en donde se reúnen “los patrones” es decir los jefes de los grupos narcotraficantes y los “niche panda”. En la DT, frecuentan algunos jóvenes de las veredas ribereñas, precisamente los “niche panda”. En este ambiente se consume whisky, tomar ron o aguardiente no da estatus social. El whisky sí. Una botella de whisky se vende en aproximadamente en 200 dólares. Dentro de la DT la gente demuestra poder a partir del consumo de alcohol, la ropa y tenis de marca, así como las mujeres que los acompañan. En Tumaco existen tiendas de ropa especialmente para los “niche panda”. Las mujeres que asisten a la DT también sobresalen por la ropa que usan y operaciones estéticas, principalmente liposucciones. En una de mis visitas a la DT, el guardia de seguridad comentó sobre mi aspecto físico “amiga usted tiene una cara bonita,

pero esta pasadita de peso” le respondí ¿entonces no puedo entrar? Murmura en mi oído “Sí, entre, a lo mejor alguno de los patrones se enamora de usted y le da pa’la lipo”.

El narcotráfico genera sus propios procesos de movilidad social. Para algunos jóvenes afrocolombianos ser un “niche panda” es una posibilidad de reconocimiento social. Un reconocimiento donde el poder se obtiene a través de una cultura de consumo: licor, ropa, motos y oro. Es común que los “niche panda” paguen liposucciones a sus parejas sentimentales. En palabras de Diego, “niche panda” de Tumaco “*tener un mujeron al lado te da poder y la gente te respeta*”. Es decir, en el mundo del narco las mujeres están inmersas en procesos de cosificación social.

En mi segunda visita a la DT encontré a “Gerardo”²⁷, un hombre de 41 años que había sido reclutado por las FARC antes del proceso de dejación de armas. Gerardo ha realizado dos viajes transportando cocaína a México. El primer viaje lo realizo en lancha rápida y el segundo en submarino. Accedió a darme una entrevista, no sin antes advertirme que fuera en condición de anonimato.

Dejar las armas no entra en mis planes. ¿Entregar mi fusil? ¿para qué? Eso sería abrir las puertas para que me maten ¿Cuáles son las opciones del gobierno? ¿Cuáles son las garantías de reinserción para los exguerrilleros? En siete años como guerrillero puedo decir que allá fuera no hay ninguna esperanza para nosotros, la única certeza que tenemos es que la muerte puede llegar en cualquier momento por medio de las balas de los enemigos [...] Toda esta selva esta cultivada de coca, los campesinos no tienen otra opción de vida que sembrar la mata, con eso logran sobrevivir; los jóvenes y niños cuando nos ven llegar a las veredas se nos acercan y nos piden trabajo, ellos demuestran estar dispuestos para lo que sea, nosotros a los que vemos con más fortaleza los entrenamos para que viajen en lanchas con toneladas de cocaína a México o Panamá, eso sí les dejamos claro que una vez dentro de nuestras filas no hay vuelta atrás, tienen que acostumbrarse a las balaceras todos los días y al olor a pólvora.

Hay veredas, esas que están monte adentro, donde nunca ha llegado un apoyo del Estado, en esos lugares solo ha llegado las FARC y la coca. Yo he realizado dos viajes a México. Antes de mis viajes fui sicario en Tumaco y luego ingresé a las filas de la guerrilla. El trabajo de sicario es más difícil,

²⁷ Su nombre se cambia a decisión del entrevistado.

matas a tus víctimas a sangre fría. Para ser sicario el grupo que me reclutó en Tumaco me entrenó. La prueba de fuego era asesinar a alguien “por lo general gente, en su mayoría comerciantes, que tienen deudas con los grupos” luego desmembrarlo. Si uno pasa esa prueba sin sentir remordimiento, está adentro. El día en que yo hice mi prueba no pude dormir, me soñé con la cara del muerto, sentía que me perseguía. Con los días ya sentía tranquilidad al saber que ya estaba adentro ¡tenía un trabajo! El pago por ser sicario era de un millón de pesos al mes (unos USD350). Para mí eso era un dineral, ya me podía vacilar en el pueblo, comprar mis tenis de marca y chicanear con las mujeres. El arma y el dinero en mi billetera me daban mucho poder. La gente me respetaba.

El viaje con cocaína a México es de ocho a diez días por lancha rápida con cuatro motores 200 de fuerza “vamos arriados” Nosotros tenemos las conexiones con carteles mexicanos. Durante el trayecto pasamos por diferentes costas para recargar combustible. A mí me tocó hacerlo en Honduras, miembros de los Maras me esperaban en un pueblo costero, ellos vigilaban la merca, eso sí, al transportar la cocaína por cada ruta que recorres tienes que pagar el derecho a piso²⁸, en ese entonces era como de USD50 por cada kilogramo de cocaína. Es un riesgo que corremos, sabemos que la vuelta se puede caer, la cárcel o el cementerio es lo más cercano que tenemos. Pero ¿a qué otra cosa uno se podría dedicar? No hay más opciones. Con la coca se vive bien, la gente que piensa bien hasta construyen su casa de cemento. Otros se beben todo el dinero en cuestión de días y luego vuelven y viajan. Conozco jóvenes que están en las cárceles de México, Costa Rica y Miami. Por lo general se envían dos o tres lanchas por cada viaje, una corona, las otras caen en manos de las autoridades para despistar y que la otra lancha pueda seguir sin problemas. Los jóvenes no saben cuál lancha va a caer. Esto es como la ruleta rusa, apuestas todo con la ilusión de llevarte el premio mayor, pero en esas puedes caer y lo pierdes todo.

Hay niches panda como yo, que hemos participado en toda la cadena de la coca. Mi padre fue guerrillero, a él lo asesinaron los paramilitares en el 2002. De mi padre aprendí a cultivar la coca, rasparla y negociar la “merca” con los guerrillos. Ahora yo mismo la he llevado a otros países. Mi primer

²⁸ El derecho a piso es un esquema creado por grupos paramilitares denominado “impuesto por gramaje” que consiste en que por cada kilogramo de cocaína que los cárteles sacan por las costas y puertos marítimos deben pagar un “impuesto” en dólares. Cada trayecto en la ruta náutica de la cocaína es controlado por grupos armados ilegales, estos grupos imponen una tarifa de cobro para dar “paso libre” a los cargamentos de cocaína.

viaje lo realicé a los 33 años, viajé con un muchacho de una vereda del río Mira. Sentíamos miedo, pero uno se ponía a pensar ¿ya qué? La vuelta debe hacerse, no hay otra salida.

Los narcos que a mí me contrataron me entregaron el 30% del total del viaje, ese dinero se lo dejé a mi madre. Le dije “vieja si no me comunicó en 10 días, no me vaya a buscar, más bien agarra ese dinero y se monta un negocito para que sostenga a mis cuatro hermanos menores” mi madre me preguntó ¿Cómo así? ¿Para dónde vas? Le respondí “lejos mamá” deme su bendición. Esa vez nos embarcamos en una vereda del río Mira como a las 4 de la mañana y arrancamos en una lancha potente. A sol y lluvia atravesamos el Pacífico. En el mar hay barcos piratas que andan buscando las lanchas para robarle la “merca”. Por fortuna a nosotros no nos tocó. Íbamos arreados, solo mirábamos agua por todas partes. Conforme van pasando las horas y los días uno va perdiendo el miedo. Pues ya uno no tiene que perder. Vamos a la de Dios. Eso sí, con mi compañero de viaje íbamos planeando qué hacer con el dinero. A mí lo primero que se me venía a la cabeza era a penas regrese a Tumaco me voy pa´ Cali y me compro una ropa bien bacancita. Le regalo un televisor a mi mamá y le doy a mis hermanos para que se “vacilen” en el pueblo. Por fortuna nosotros coronamos.

Cuando estábamos en territorio mexicano una lancha artesanal llegó por nosotros a medio mar, nos taparon los ojos, yo perdí la noción del tiempo. Cuando nos quitaron las vendas de los ojos estábamos en una finca, eso había gente armada por todas partes. A los dos días regresamos a Colombia, no por lancha, por avión, con pasaporte y a lo legal. (“Gerardo”, comunicación personal, 27 de diciembre de 2018).

El relato de “Gerardo” expresa cómo las condiciones materiales de existencia de los jóvenes afrocolombianos en Tumaco y el río Mira, se movilizan en diferentes ciclos de violencias que los llevan a un lugar común: la vinculación a los grupos armados ilegales y economías del narcotráfico. Para estos jóvenes los viajes en lancha con cocaína son una posibilidad de “ascenso social” para resolver necesidades de la vida cotidiana. Un ascenso social que se cuece en los despojos de tierras y territorios, desplazamientos forzados, asesinatos selectivos y masacres colectivas, entre otras manifestaciones de violencias. Comprender el sentido y las aspiraciones de los jóvenes en ser “niche panda” por qué se arriesgan a cruzar la frontera con toneladas de cocaína y en circunstancias inhóspitas, requiere partir de las condiciones anteriormente descritas para interpretar los imaginarios y significados de sus vidas, en geografías con profundas carencias y conflictos. Sin embargo,

una pensaría que con el dinero que reciben por cada viaje ellos podrían construir otros caminos para salir de la marginalidad y los cultivos ilícitos; pero no es así, se continúan movilizándose en los mismos escenarios de violencia, eso los dota de poder y dentro de la comunidad adquieren estatus y reconocimiento. Pareciera que a más no pueden aspirar, pues todo el contexto de pobreza, discriminaciones y precarización del campo los confina a vivir en lugares de exclusión controlados por las violencias y sus actores.

4.5.1 El “Trato”

Una tarde de observación participante en el río Mira...

Carlos y David preparan trampas de cangrejos para salir a “cangrejar” al manglar. Inseparables, los une quinto de primaria y su afición, casi obsesiva por las armas. Ambos saben identificar las balas y los sonidos de las armas ¿Cómo las identifican? ¿Dónde lo aprendieron?

El hermano de Carlos es soldado raso en el ejército. El hermano de David es guerrillero.

En temporada de vacaciones Carlos viaja en compañía de su madre a Popayán, es la única oportunidad que tienen para visitar a su hermano en el cuartel, quien hace cinco años no visita la vereda. La mamá de Carlos dice que le da miedo que su hijo vaya al campo, la guerrilla lo puede matar.

El hermano de David vive en el Congal. Su principal tarea al interior del grupo guerrillero al que pertenece es vigilar que no hayan “sapos” en la zona y garantizar que la hoja de la coca que cultivan los campesinos se ha vendida a la guerrilla.

Carlos y David hablan de armas. Para Carlos, los rifles, las granadas y helicópteros de combate, tienen más potencia, presume que su hermano tiene un rifle Barret M82 y le ha regalado una colección de soldados, unos de color verde, muy parecido al verde de los manglares, y otros con uniforme. Por su parte David, prefiere los artillados, los submarinos y las lanchas con motor 200, él sueña con conducir una lancha cargada con cocaína hasta México. Le pagarían mucho dinero y podrá comprarse una moto de alto cilindraje. un

celular con cámara e invitar a los “peluches” (mujeres) a las discotecas. Eso sí sería vida, dice.

En la vereda, en horas de la madrugada, cada vez son más recurrente los sonidos de las lanchas que salen cargadas con cocaína hacia el exterior. Dice David: cuando escucho el sonido de las lanchas que van a toda velocidad como si volaran por el agua pienso que próximamente yo estaré haciendo mis viajesitos.

- Carlos, le pregunta ¿no te da miedo que el ejército te pueda agarrar? ¿o te puedan comer los tiburones?
- No. Esas lanchas no las detiene nada ni nadie, mi primo Luis dice que no pasa nada, él está en la lista para viajar en la próxima semana, ese “man” es bien aventado, ya hizo un viaje, ahora va por el segundo, se ha llenado de plata, tiene dos motos, solo toma whisky y siempre anda bien pinta, ese “man” es todo un patrón. Espérate no más a que cumpla 15 años me presente con los patrones y comience a hacer mis viajesitos o, ¿vos preferís quedarte aquí haciendo trampas de cangrejos?
- No. Yo quiero ser soldado para perseguir y matar narcos.
- Entonces vos me vas a perseguís a mí ¡haber quien cae primero!
- Trato hecho.

El dialogo de Carlos y David es el reflejo de la construcción de un lugar común en el que sus aspiraciones se movilizan en los espacios de la guerra. La precariedad y la carencia en la que se encuentran sus familias, comunidades y territorios convierte a estos jóvenes en objetivos funcionales utilizados para mantener el orden de la guerra y la perpetuación de los escenarios de violencias en que vivimos. De esta manera, existe una reconfiguración de los países y espacialidades en estas comunidades. Los relatos de fundación de las familias pioneras se trastocan en nuevas narrativas de los niños y jóvenes entre las que se destacan los “viajes” en lanchas como una forma de abrir sus aspiraciones y proyectos de vida en el mundo del narcotráfico.

Para la generación de Carlos y David, la movilidad hacia Ecuador no es necesariamente un atractivo comercial (venta y compra de productos agrícolas) o de fortalecimiento de vínculos con la “familia extensa”; por el contrario, el “viaje” a Ecuador es una de las rutas obligadas para llegar a México con cargamentos de cocaína. Si bien es

cierto que algunos jóvenes afrocolombianos forman parte de grupos criminales, se magnifica la victimización que ellos hacen y se minimiza la violencia institucional y estatal sobre estos sujetos y comunidades. El componente de violencia y miedo se canalizan en forma de un orden que se necesita intervenir y controlar sistemáticamente por los mecanismos y políticas de seguridad del Estado. Dejando de un lado, que estos jóvenes no son la expresión de una violencia ahistórica, ni son extraños al tipo de sociedad que se ha construido cotidianamente en Colombia en más de 60 años de conflicto armado. Son jóvenes con rostros, identidades e historias que pertenecen, aunque se quiera negar, a esos espacios y regiones que hacen parte de la “nación”.

4.4.2 Río Mira y el océano Pacífico: Una ruta del narcotráfico

Como ya se mencionó, Tumaco es el municipio de Colombia con mayor cantidad de cultivos de coca: 28 mil hectáreas que pueden producir 200 toneladas de cocaína al año. En la última década Tumaco desplazó a Buenaventura como el principal puerto colombiano de salida de cocaína hacia México, Estados Unidos, Europa, Asia y África. Tras la desmovilización de la guerrilla de las FARC, bandas criminales y cárteles mexicanos, se disputan su control. En el río Mira hace presencia el cartel de Sinaloa, con su dinero y armas, ha ganado terreno en la zona. En Tumaco se ha desarrollado la mayor tecnología para la transportación de cocaína, desde lanchas artesanales, barcos, busques hasta submarinos: Tumaco es el puerto del siglo XXI para las rutas náuticas del narcotráfico. Un reporte de inteligencia de la Policía Nacional de Colombia estima que cada mes salen en lanchas por los ríos Mira y Patía al menos 10 toneladas de cocaína pura con destino a mercados internacionales ¿Quiénes son los transportistas? Con frecuencia jóvenes de las veredas ribereñas. En palabras, de Maritza Angulo, habitante local “es difícil que un joven en Tumaco le diga “no” a los criminales que le ofrecen ser sicario con un sueldo de un millón de pesos o viajar con cocaína. Los jóvenes en este pueblo no tienen más opciones, la pobreza y la falta de oportunidades los hace presa fácil de los delincuentes”.

La periodista mexicana Ana Lilia Pérez en su libro “Mares de cocaína. Las rutas náuticas del narcotráfico” (2014) realiza una exhaustiva investigación acerca de cómo opera el tráfico de drogas a nivel mundial. Según esta autora, los puertos del Pacífico colombiano están controlados por el cartel de Sinaloa y Los Zetas, como dueños de muchas

embarcaciones pesqueras y flotas navales marítimas completas que desde puertos colombianos envían toneladas de cocaína a diferentes lugares del mundo. Pérez los define como *capitanes de mar y tierra*, no solamente por el control de las rutas náuticas, sino también terrestre. La presencia de carteles mexicanos en colaboración con socios colombianos que ayudan con los cultivos de la hoja de coca y laboratorios para su procesamiento ha expandido las rutas de la cocaína a países del continente africano como Guinea. Estamos ante una economía transnacional que no solamente es controlada por los cárteles y bandas criminales, sino también con el apoyo de políticos, congresistas, militares y agentes de aduana. Esta economía en expansión controla los mundos de vida de las comunidades afrocolombianas que habitan en los puertos costeros, zonas ribereñas y barrios de baja mar.

El paralelo 10, la autopista de los narcos: Comienza 10 grado del plano ecuatorial de la Tierra. Desde su zona cero, en el continente americano (considerado que Sudamérica es la zona cero de la cocaína), si se recorriera en dirección este como autopista en línea recta, cruzaría Costa Rica, Colombia, Venezuela, Guinea, Costa de Marfil, Burkina Faso, Ghana, Togo, Benín, Somalia, India, Birmania, Tailandia, Vietnam, Filipinas y Micronesia hasta las Islas Mashall, en el punto más remoto del Pacífico. Es el paralelo 10. A este vasto punto lo bañan tres océanos: el Pacífico, el Atlántico y el Índico, y numerosos mares y bahías de los cinco continentes. Porque esta ruta marítima ofrece un amplio abanico de posibilidades para viajar hacia cualquier lugar del mundo por aguas con escasa vigilancia y mínimas posibilidades de detención, es la favorita de los narcotraficantes. (Pérez, 2014, p.333).

El paralelo 10, se conecta además en la ruta río Mira y océano Pacífico. En esta ruta los carteles mexicanos, colombianos, gallegos e italianos han establecido conexiones para el tráfico de drogas con grupos delictivos de Mozambique, Congo, Ghana y Nigeria (Pérez, 2014). Quisiera detenerme por un momento en los efectos del “impuesto por gramaje” o “derecho a piso”, narrado por “Gerardo”, sobre el sistema de lugares de las comunidades afrocolombianas. En el río Mira y la costa del Pacífico la gente ha construido conocimientos y organizado la vida social y económica en relación con los espacios acuáticos y recursos naturales. Gran parte de la población tumaqueña crece y se socializa bregando en los ríos y en el mar. Como hemos visto, las lanchas y canoas son un medio de transporte para la comunicación no solamente en el espacio local, sino también

transnacional. En muchos casos estas tecnologías son el único medio de transporte de comunidades enteras que viven en lo más recóndito de los manglares. Por otra parte, retomando a Hoffmann (2007) los apellidos, el compadrazgo y el lugar de origen constituyen un sistema de diferenciación cultural entre veredas vecinas. La referencia al río: “soy del Mira” “soy del Patía” “soy del Mejicano” además de mostrar una referencia territorial también da cuenta de una referencia comunitaria. Por tanto, el acaparamiento de esta espacialidad por los grupos armados ilegales y cárteles del narcotráfico controla y restringe las trayectorias históricas de las comunidades por ríos y el mar; en otras palabras, hacen de ellas rutas del narcotráfico.

Los jóvenes de las veredas ribereñas conocen bien las rutas fluviales que conducen a las áreas de las costas planas, los deltas de los ríos y manglares, que a su vez están compuestos y conectados por números esteros en los que frecuentemente las comunidades tienen sus fincas sembradas con cultivos de pan coger. El conocimiento de estos jóvenes sobre estos espacios los convierte en objetivo de ser reclutados por narcotraficantes. De esta manera el *espacio vivido* (el espacio de la experiencia material que vincula la realidad cotidiana) es un espacio que deviene en instrumento del narcotráfico. Siguiendo a Lefebvre (2013) el espacio dominante de toda forma de capitalismo, con sus relaciones de producción y explotación de los recursos naturales y grupos sociales, es el *espacio abstracto*, el espacio instrumental. El mismo transita en el entre-medio del *espacio vivido*, que no desaparece, pero que se ensambla con un nuevo espacio que se engendra en su interior y busca la segregación de territorios y poblaciones. En el espacio abstracto-instrumental los grupos armados ilegales, bandas criminales y narcotraficantes dominan los corredores y trayectos de movilidad de las personas por los ríos, manglares y el mar. De manera específica los manglares se convierten en centros de acopio de armas y laboratorios para la producción de coca, que abarca desde la disposición de la tierra para los cultivos ilícitos, hasta su transporte y su distribución en el exterior por ríos y costas. En palabras de “Gerardo”:

Como nosotros sabemos movernos por el mar, los ríos y trochas, los narcos nos buscan para trabajar con ellos. Nosotros sabemos cuáles son los mejores escondites entre los manglares para guardar la cocaína para que no la encuentre y decomise el ejército [...] La gente de estos pueblos no se pierde

“monte adentro” uno lo conoce como la palma de la mano, eso es atractivo para los criminales.

En el contexto de las economías del narcotráfico el “impuesto por gramaje” reduce a mero tránsito, a ruta de paso, unión entre puntos cercanos y distantes, las espacialidades de los ríos y el mar. En otras palabras, el espacio se convierte en mercancía, en valor cuantificable. En este sentido la producción del espacio de las comunidades como *espacio vivido*, acaba convirtiéndose en su contrario. En el testimonio de José Éver Veloza García, alias Hernán Hernández o *HH*, temido narcotraficante colombiano que organizó el denominado frente Pacífico o bloque Pacífico, una estructura criminal que controlaba el corredor de la droga en Tumaco y Buenaventura y quienes son responsables del 95% de los desplazamientos forzados de comunidades afrocolombianas, se puede ver el *modus operandi* de este sistema de cobros.

Cuando se inicia la etapa de cobro de impuestos en el Valle de Cauca, fue con el mismo método que nosotros implementamos en la costa Atlántica, cuando entramos al Valle se hacen reuniones con lancheros y narcotraficantes, les notificamos que deben pagar un impuesto so pena de que se decomise la mercancía y/o la muerte de las personas. Entonces se hicieron reuniones en las que tenían que estar todos los lancheros, se programan en Calima El Darién (municipio vecino de Buenaventura); quienes citaban era el Fino y el Mocho [John Henry Jaramillo Henao]. Los lancheros les transportaban a los otros capos del narcotráfico, ellos tienen su estructura para sacar la droga, los González y Durán eran algunos de los transportadores. (citado en Pérez, 2014, p. 80).

La espacialidad de los ríos y el mar en Tumaco y la zona fronteriza con Ecuador puede ser concebida como soporte de los mundos de vida de las comunidades afrocolombianas, pero también como campo de acción de cada grupo social que interviene en la producción de estos espacios. Diría Lefebvre “*cada sociedad produce su espacio*”. En este caso las comunidades, el capitalismo y los grupos criminales se disputan la producción de estos espacios. Lo cual no supone la desaparición de las formas de organización social y comunitaria de las personas afrocolombianas, estas persisten, bien sea en modo disperso, como memorias, como horizonte o como práctica. De esta manera la frontera cultural está en constante proceso de cambio cultural. La frontera está sitiada por la pobreza, grupos armados ilegales y el narcotráfico. Pensar en el cambio cultural de esta frontera me implicó

situarme como investigadora en el espacio y en el tiempo de las comunidades afrocolombianas. Y construir en conjunto con ellos una ubicación, no solo geográfica del lugar, sino también histórica. Una ubicación: entre fronteras. Las comunidades han construido sus propias rutas, tiempos y espacios de producción de sus lugares. No obstante, el Pacífico también es producido en el espacio del Estado-nación colombiano, sus economías y conflictos. La producción del Pacífico en el marco de la nación también construye una localización a partir de la cual pueden explicarse los contextos históricos y contemporáneos de múltiples violencias que enfrentan en su cotidianidad las comunidades afrocolombianas.

Ilustración 24. Niño pescador en el río Mira



Fuente: fotografía propia, río Mira, enero de 2016.

4.5 LA LLEGADA DE LAS IGLESIAS CRISTIANAS

*Río abajo voy, a cantar yo voy, a dorar al niño que ha nacido hoy
Río abajo voy, a cantar yo voy, a dorar al niño que ha nacido hoy
En la barca voy con flores y tambor a entonar mi canto para el niño Dios*

*La marea sube y la gente canta, el cununo suena y al gente baila
Río abajo voy, a cantar yo voy, a dorar al niño que ha nacido hoy...*

Arrullo del río Mira por Doña Martina

El conflicto armado en el río Mira no ha sido el único causante en el desplazamiento de los saberes afrocolombianos. Las iglesias cristianas: Iglesia Evangélica Alianza Cristiana Colombia y Salón del Reino de los Testigos de Jehová, llevan más de cuatro décadas en los territorios ribereños. Estas iglesias a través de procesos de conversión religiosa han trastocado la memoria cultural de estos pueblos. Es importante mencionar que las iglesias cristiano-evangélicas llegan a territorios fuertemente devastados por la pobreza y la indolencia estatal, sumado a ello, en contextos de guerra se convierten en el principal refugio de las víctimas para "sanar" las memorias del conflicto armado. Manejan el pasado y presente de las víctimas en elaboraciones de redención y reconciliación. En algunas veredas se han desplazado los arrullos y alabos por las alabanzas cristianas; situación que ha generado un desdibujamiento en las nuevas generaciones sobre los valores, conocimientos y costumbres de la población afrodescendiente.

En la vereda el Congal-Frontera, doña Martina de 95 años, es la última cantora del pueblo. Cuenta doña Martina que con la llegada de las iglesias cristianas la gente fue dejando los cantos tradicionales para "alabar la palabra de Dios". El sonido de los tambores y la marimba que en sus tiempos de juventud entonaban las fiestas comunitarias, los *chigualos* (ritual fúnebre o de velación del cuerpo de un niño menor de siete años) y las fiestas del Santo Patrón Jesús de Nazareno, ahora son reemplazadas por alabanzas cristianas. Alrededor de estas iglesias adultos y niños se congregan en los cultos cristianos. La gente abandono los cantos tradicionales porque en las iglesias les dicen que eso es brujería.

Cantar esos cantos de antes es mal visto por el pastor de la iglesia. Él nos ha dicho que eso es brujería. Tocar la marimba o los tambores es un llamado al enemigo (el diablo). La gente cuando vivía en su ignorancia era que se dedicaba a esas cosas. Ahora como ya estamos en la palabra por aquí no se escucha cantar esos cantos y menos tocar una marimba. (Doña Martina, comunicación persona, 25 de enero de 2016).

Con la llegada de las iglesias cristianas también han desaparecido la medicina y partería tradicional. Doña Martina, rememora que su madre era considerada una matrona en la comunidad. Ella tenía los “secretos”²⁹ -conocimientos- para curar el espanto, el mal de ojo, el mal aire y la picadura de culebras. Sin embargo, todo esto fue quedando en el pasado ya que en el momento en que las personas comenzaron a involucrarse en las iglesias cristianas algunas mujeres fueron acusadas de brujas y hechiceras, lo que generó que no compartieran sus conocimientos curativos con sus hijas. Doña Martina se congregó en la iglesia La Alianza Cristiana después de 55 años de ser cantora y curandera, ella no transmitió este conocimiento a sus hijas e hijos. Al convertirse en cristiana modificó todos sus hábitos y conocimientos de la medicina tradicional. Recuerda que una tarde por sugerencia del pastor quemó todos sus objetos rituales, como oraciones, estampas y yerbas, por considerar que su conocimiento era un pecado. “Ahora leo la biblia, ese es el libro de la salvación. Lo demás es maldición” afirma doña Martina.

Doña Empera también tenía conocimientos de la medicina tradicional. Hace 30 años ingresó a la Evangélica Alianza Cristiana Colombia, para ella “ya no es necesario el conocimiento del pasado. Ahora estamos en la palabra y esos no abre los caminos de la salvación”. Los hombres, por lo general, adultos mayores, también hacen parte de estas iglesias. Algunos señalan que por motivos de ya no poder ir a trabajar al monte encuentran en las iglesias un espacio para convivir con la comunidad. Los cultos en el Congal son todos los días de seis de la tarde a ocho de la noche. Es un espacio de reunión comunitaria. Con frecuencia hombres y mujeres adultas que asisten tienen a sus hijos e hijas viviendo en otros pueblos o ciudades. En este sentido, las ausencias familiares, motivan a estas personas a reunirse alrededor de los cultos cristianos.

Para Fabián, un joven de 15 años, que aspira ser Pastor la iglesia cristiana le permitió conocer el camino de la “palabra del señor”. Al preguntarle acerca de qué opina de la cultura afrocolombiana, sus ritmos y saberes ancestrales, Fabián responde:

²⁹ El “secreto” es un conocimiento que se transmite de generación en generación y reposa en la memoria de las parteras y curanderas. Así que si las más ancianas mujeres, todo el saber se pierde.

Aquí han venido algunos negros a querernos meter ideas de recuperar la cultura. Eso en la iglesia no lo aceptamos. Porque esos conocimientos son ignorancia. Yo prefiero leer la biblia, ahí está la palabra revelada del señor. A mí me gusta el apocalipsis porque habla de la llegada de Jesús y el fin del mundo. Nosotros en la iglesia nos estamos preparando para ese momento. (Fabian, comunicación personal, 12 de junio de 2017).

Fabián es el baterista de su iglesia. Carlos Martínez, pastor del Salón del Reino de los Testigos de Jehová, manifestó “los instrumentos tradicionales como la marimba o los cununos no son bien visto por la iglesia, porque hace parte de la cultura mundana de estos pueblos. Nosotros preferimos los instrumentos occidentales como el piano o la batería. Estos ayudan a que la gente se aleje de lo malo”. Por su parte el pastor de la iglesia Evangélica Alianza Cristiana Colombia sostiene que los conocimientos de la partería y la medicina tradicional no están relacionados con las doctrinas de la iglesia ya que estos “no son de Dios”. “Nosotros ayudamos a que la gente deje el fanatismo por los saberes oscuros y los conjuros. Si están enfermos es mejor que vayan a un centro de salud” expresó. Al cuestionarle su respuesta en el sentido de que en estas veredas no hay centros de salud, manifestó “la gente debe tener fe en que Dios los va a curar. Y si llega la muerte, es decisión del señor, ahí llega el camino de la resignación”.

La relación culturas afrocolombianas e iglesias cristianas y evangélicas está establecida a partir del cambio cultural. Las iglesias imponen un orden moral acerca de la cultura, en ella las nociones de lo “bueno” y lo “malo” reconfigura las relaciones de las personas con sus espacios y saberes. El mensaje del evangelio se convierte relevante cultural y socialmente. Las acciones de las personas están encaminadas a buscar la salvación espiritual y no necesariamente a buscar la transformación de los contextos materiales de empobrecimiento y violencias. Al respecto de esto, Agustín Requené, afirma “A nosotros los viejos lo que nos queda es buscar la salvación en el cielo y rezar por esos muchachos que andan haciendo el mal para que algún día encuentren la palabra de Dios”.

Ilustración 25. Doña Martina, la última cantora



Fuente: fotografía propia, río Mira, marzo de 2016.

En los matrimonios jóvenes las iglesias cristianas imponen modelos en la organización de los cultivos de coca. En enero de 2017 viajé con Sandra y Domingo a recolectar cacao a su finca. Ellos llevan 20 años de casados. Después de una hora de camino entre trochas y cultivos de coca, Domingo le pide a Sandra traer un saco para recolectar las hojas de coca, me llamó la atención que ella no ayudará a su esposo en esta actividad. Únicamente se limitaba a observar. Al preguntarle porqué ella no se involucraba en la cosecha de la coca, comentó que no lo hacía porque ella era cristiana: “la iglesia me lo prohíbe porque esa es una mata ilegal que ha dejado muchos muertos por estas tierras. Domingo si lo puede hacer porque él no es cristiano”. No obstante, para María el dinero obtenido en cada cosecha de la coca es necesario para los gastos del hogar. “Sabemos que sembrar coca es pecado. Pero también necesitamos el dinero. Por eso mientras Domingo peca yo voy a orar al culto por su salvación [...] el diezmo que damos a la iglesia por lo general sale del dinero de la coca” concluyó. Por lo general son las mujeres y adultos mayores quienes asisten a los cultos cristianos. Los hombres jóvenes al estar activos en las economías de la coca no hacen presencia en estas iglesias.

La presencia e influencia de las iglesias cristianas sobre las comunidades afecta el desenvolvimiento y desarrollo de los mecanismos de cohesión propios de la comunidad. Asigna roles en la producción de la tierra, entre los cultivos que son considerados un pecado, pero que a la vez permite incrementar el poder adquisitivo de las personas y con esto pagar el diezmo. Por otra parte, la ruptura de los conocimientos tradicionales se traduce en nuevas formas de articulación comunitaria a cargo de los grupos conversos y sus doctrinas. Las personas que no son parte de las iglesias cristianas tampoco tienen una referencia de identidad con la iglesia católica u otras iglesias. Es importante mencionar que antes de la llegada de las iglesias cristianas en el pueblo había presencia un cura católico. Para las personas cristianas el catolicismo no les brindaba la atención y seriedad para trabajar los temas espirituales. Algunos manifestaron que en el cristianismo se lleva una vida de orden, “ya no hay música y fiestas bailables como cuando andaban en el mundo del pecado” dice una mujer cristiana.

Ilustración 26. Una tarde después del culto



Fuente: fotografía propia, río Mira, febrero de 2016.

Ahora bien, mi intención en el siguiente capítulo es mostrar que estas historias de poblamiento, movilidad y flujos de migración hacia Ecuador permanecen invisibilizadas por los dominios discursivos de la nación, tanto culturales, económicos y políticos. Esto ha generado que esta frontera se construya en los márgenes controlados y transgredidos por los dispositivos de poder que se materializan en el ejercicio de lo político de las élites del país.

Mezzadra y Neilson (2103) sostienen que “La frontera se ha inscrito así misma en el centro de la experiencia contemporánea. Nos encontramos no solo frente a una multiplicación de diferentes tipos de frontera sino también ante un resurgimiento de la profunda heterogeneidad del campo semántico de la frontera (p: 9). Como ya se mencionó, la frontera colombo-ecuatoriana es producida en tres campos semánticos: regional/local, nacional, y transnacional. Particularmente el campo regional/local, es una entrada estratégica para la comprensión de los contextos contemporáneos en la definición de los territorios, la conectividad y simultaneidad de las prácticas de movilidad y flujos migratorios afrocolombianos, así como profundizar en el abordaje antropológico de las fronteras desde criterios coloniales y raciales, es decir regiones cuyos habitantes son contruidos previamente como “salvajes” y “barbaros” para así legitimar su conquista y su sometimiento por quienes se asumen así mismo como civilizados (Alonso, 1995). De esta manera,

Un reto continuo para marcos migratorios que se enfocan primordialmente en el movimiento entre estados-nación contemporáneos, es tratar con fronteras que tienen tanto dimensiones actuales como históricas. Concretamente [...] plantear la cuestión de las formas en que antiguas fronteras coloniales y categorías vinculadas a los estados coloniales penetran las experiencias de los migrantes hoy (Stephen, 2001, p.29)

En el siguiente capítulo veremos cómo la construcción de la región Pacífico y su zona fronteriza con Ecuador ha estado determinada, principalmente por las agencias neocoloniales que definieron imaginarios de representación racializados hacia este territorio y los pueblos que lo habitan, mediante la búsqueda de fundamentos biológicos, culturales y morales que justificaran supuestas nociones de inferioridad racial. Si bien, existe un amplio campo de producción intelectual sobre la emergencia de la raza y el racismo en Colombia (Wade, 1997; Meza, 2010; Restrepo, 2013; Saade, 2017); indagar sobre las ideas,

representaciones y nociones “racializadas” del Pacífico incorporadas en las discusiones nacionalistas, y en consecuencia de las políticas orientadas a gestar la identidad nacional, permite explicar cómo la “raza” contribuye a formar un campo que invisibiliza los rostros y trayectorias de la movilidad y flujos migratorios afrocolombianos en territorios que cumplen un lugar estratégico en la economía nacional: espacios para la ocupación y extracción de los recursos naturales. La invisibilidad en función de la raza categoriza a las comunidades como lo “no deseables”, calificativo que como veremos valora la presencia afrocolombiana no únicamente como amenaza a la unidad cultural y “biológica” de la sociedad nacional, sino también gesta una progresiva racialización de sus espacios que profundiza las exclusiones en estas comunidades en el nivel económico o social y no sólo por cuestiones biológicas o culturales.

Ilustración 27. Acta de nacimiento Pedro Requené

SERIE. A

EJERCITO NACIONAL **BOLETA DE INSCRIPCION No.** 242823



3^a ZONA Expedida al señor Pedro Requené

DISTRITO MILITAR No. 10 en el Municipio de Juncos Depto. de Moravia el día 16 de XI 1942



Cédula de ciudadanía No. 540496 Expedida en Juncos

DATOS BIOGRAFICOS		DATOS MORFOLOGICOS Y CROMATICOS	
Hijo de <u>Pedro Requené</u>		Color de la piel <u>Leucodermo</u>	
y de <u>Rafaela Moravia</u>		Forma del rostro <u>Ortalao</u>	
Nacido el <u>28</u> de <u>Agosto</u> del año de <u>1898</u>		Cabellos: clase <u>Enortilao</u> color <u>Castano-oscuro</u>	
Municipio de nacimiento <u>Juncos</u>		Fronte. Características: <u>Test. Cuil.</u>	
Municipio de residencia habitual <u>Juncos</u>		Cejas: forma <u>Arco</u> escasas? <u>no</u> pobladas? <u>si</u> depiladas? <u>no</u>	
Dirección de su domicilio <u>Congal. Camp. Cabo-Moravia</u>		Ojos: tamaño <u>Mediano</u> color <u>Castano Osc.</u>	
Estado civil <u>Soltero</u>		Nariz: dorso <u>Recto</u> base <u>Recta</u>	
Profesión u oficio <u>Agricultor</u>		Boca: tamaño <u>Mediana</u> forma de los labios <u>Mediana</u>	
Sabe leer y escribir? <u>si</u> Letrado? <u>no</u> Profesional? <u>no</u>		Barba: abundante? <u>no</u> escasa? <u>si</u> naciente? <u>no</u> imberbe? <u>no</u>	
Empresa o establecimiento donde trabaja:		Mentón o barbilla: inclinación <u>Test. recto</u>	
Calle Carrera No.		Orejas: tamaño <u>Medio</u> forma <u>Normal</u> particularidad	
Renta, sueldo o jornal <u>Quinta Provisión (\$ 0.60)</u>		Señales particulares: <u>Cicatriz blanca - parte sup. p. nudo</u>	
Conscripto? <u>no</u> Voluntario? <u>no</u> Infractor? <u>no</u>		Defectos físicos visibles:	
Nombre, apellido y dirección del fiador <u>Cabo de 2^a de 1937</u>			

MANO IZQUIERDA

INDICE	PULGAR
	

MANO DERECHA

PULGAR	INDICE
	

ORIGINAL

Fuente: Archivo familia Requené

4. CAPÍTULO: RAZA Y REGIÓN EN COLOMBIA

El 18 de julio de 2008, en la columna de opinión para el Espectador titulada “Postal de San Andrés de Tumaco”, el periodista Juan David Laverde Palma, manifestó “*Tumaco huele a berrinche*”. A renglón seguido señala:

Las 71 toneladas de basura que a diario vomitan sus 180 mil habitantes les otorgan a los aires circulares del puerto nariñense ese aroma inconfundible que despiden las letrinas. El tumaqueño promedio ni se da por enterado. Ni le va ni le viene que huelga distinto. Su olfato parece estar diseñado ya para soportar sin mayores esfuerzos esos efluvios y otros peores, anidados estos últimos en los barrios marginales, que son casi todos. Una nariz foránea, en cambio, apenas si puede respirar en aquellos arrabales embasurados sin ocultar una arcada. Nada nuevo, se diría. Ya parece un lugar común hablar del Tumaco miserable; del enclave cocalero; de las muertes que lo rondan casi a diario [...] del territorio con unas tasas de natalidad absurdas. No sin razón se dice que los tumaqueños se reproducen como conejos. (Laverde, 2008).

El 8 de mayo de 2012, el diputado antioqueño Rodrigo Mesa, expresó en pleno debate en la Asamblea de Antioquia que “*la plata que uno le mete al Chocó es como meterle perfume a un bollo*”, al rechazar posibles inversiones (mejoramiento de vías, obras de acueducto y alcantarillado) en los municipios chocoanos fronterizos con el departamento de Antioquia. En diciembre de 2017, la representante a la Cámara por el Centro Democrático, María Fernanda Cabal, en entrevista para la Revista Gente, señaló que “*Si uno pone a trabajar a los negros se agarran de las greñas*” haciendo referencia a las comunidades afrocolombianas. Los comentarios citados por personas de los medios de

comunicación y la élite política del país denotan la existencia perpetuada del racismo en Colombia.

Quisiera comenzar enfatizando, que los discursos racistas hacia la región Pacífico y las comunidades afrocolombianas, remiten a la existencia de un campo de elaboración ideológico que vincula el espacio de la región, los cuerpos y culturas afrocolombianas con estereotipos proferidos de precariedad y degradación, construyendo una *frontera interna* entre el Pacífico y las regiones centros del país. Teun A. van Dijk (2009) señala que los discursos de las élites pueden constituir una forma importante de racismo que crea relaciones de abusos de poder por parte de grupos e instituciones dominantes. Para este autor el racismo se entiende como “un sistema societal complejo de dominación fundamentado étnico o racialmente, y su consecuente inequidad” (Van Dijk, 2009, p.182).

El sistema de racismo está compuesto por un subsistema social y uno cognitivo. El primero está constituido por prácticas sociales discriminadoras a nivel micro, y por relaciones de abuso de poder ejercidas por parte de grupos e instituciones dominantes (estos grupos controlan las decisiones más cruciales de la vida cotidiana de los grupos minoritarios). Realizan este control las élites simbólicas “esas élites que literalmente -tienen la palabra- en la sociedad” (Van Dijk, 2009, p.182). El segundo subsistema de racismo es cognitivo. Las prácticas implicadas en abusos de poder o dominación tienen “una base mental que consiste en modelos parciales de eventos e interacciones étnicas, las cuales por su parte se encuentra enraizadas en prejuicios e ideologías racistas” (Van Dijk, 2009, p.183). De esta manera, el racismo presupone la existencia de representaciones mentales socialmente compartidas que marcan fronteras de la diferencia respecto de “*Nosotros sobre Otros*”.

En Colombia, la elaboración de discursos y representaciones racistas se remite a las tres últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX bajo su nominación como asuntos asociados a la “raza” (Saade, 2017). Dichos discursos y representaciones continúan vigente política y socialmente. Hoy, la sociedad blanca/mestiza, reconoce al Pacífico como una “región de negros”. Este reconocimiento codifica una serie de imágenes que disuelven las relaciones socioterritoriales de las comunidades afrocolombianas en una realidad ficcional, cuya característica principal es transformar la discursividad histórica de

la región en una forma de conocimiento e identificación que asocia a los territorios y comunidades con nociones de “atraso” “aislamiento” “salvajismo” y precariedad social y económica.

A mediados del XIX la dinámica racial fue un factor determinante en la formación de las regiones en Colombia, lo que imprimió dinámicas de inclusión y exclusión de las regiones y sus pobladores, haciendo de ellas geografías culturales diferenciadas (Munera, 1998). Peter Wade (1997) ha llamado a este proceso la “regionalización de la raza en Colombia” al hacer referencia a la construcción de representaciones de integración regional que legitiman un sistema de ideología dominante y pertenencia clasista tendientes a crear la identidad nacional. No obstante, lo que subyace en estas representaciones es la fijación de fronteras internas implicadas en la reproducción cotidiana del racismo a partir de gestar un orden racializado de las diferencias culturales y regionales.

La tendencia a la “regionalización de las razas” fue fundamental para que los proyectos políticos locales tomaran fuerza dentro de las dinámicas colectivas sociales, pero tuvo graves impactos para la configuración de un proyecto político de identidad nacional, ya que reveló el fraccionamiento nacional, la importancia de los poderes caudillistas y la autonomía de algunas regiones o poblaciones con respecto del poder nacional (García, 2005). Por un lado, desde la región Andina se construyó un imaginario de nación que se volvió dominante; sobre esta región se elaboraron los discursos nacionalistas en los que se afirman los proyectos de homogeneidad y representatividad de la identidad nacional con base a criterios de una superioridad racial (Munera, 1998). Por otro lado, a las regiones que no se enmarcaban en las coordenadas civilizatorias de los intelectuales de la época se les asignó un lugar de reconocimiento a partir de modos de diferenciación subalternos sobre los que se construyen los discursos de las diferencias regionales para significar inferioridad y exclusión. El reconocimiento que otorga la diferencia racial a las regiones y poblaciones instaura el ideal de una nación en la que el imaginario de la “blancura” es concomitante al desarrollo y progreso de las regiones (Castro-Gómez y Restrepo, 2008).

En estas formas de construir el proyecto de nación la geografía del país fue fragmentada, dando lugar a lo que algunos historiadores han denominado “un país de regiones”, es decir la valoración sobre las geografías y sus razas, luego popularizadas en

formas de estereotipos” (Múnera, 1998, p. 26). Civilizados y bárbaros marcan las fronteras entre quienes pretenden encauzar al país bajo el influjo de la civilización occidental y quienes resisten apelando a las estrategias más diversas según las circunstancias de dominación en que son sometidos. Al respecto la teoría crítica del colonialismo en América Latina ha brindado suficientes elementos para pensar los proyectos de Estado-nación en procesos constitutivos de un colonialismo interno (Quijano 2000, González-Casanova 2003) en el que las élites nacionales ejercen un poder de dominación y diferenciación racial hacia los pueblos que se encuentran en situación de desigualdad. Los Estados-nación instauran al interior de sus fronteras nacionales los procesos colonizantes que caracterizaron la relación de las colonias latinoamericanas con las metrópolis europeas ante de las guerras de independencia, es decir el establecimiento de fuertes jerarquías de diferenciación racial/cultural/epistémica y de género que favorecen la subordinación de los grupos sociales conquistados en aras de garantizar la explotación del trabajo y las riquezas de las colonias en beneficio del poder colonizador del orden mundial y nacional.

En Colombia los dispositivos de articulación de un colonialismo interno operan a través de un orden jerárquico y naturalizador de las diferencias entre poblaciones, espaciales y en los territorios que no sólo garantizan la explotación por el capital de unos seres humanos por otros, sino que también instaure relaciones de poder específicas que conforman las prácticas discursivas y políticas de representación de la diferencia cultural/histórica/racial. De manera particular, analizar los contextos históricos en que emergen los discursos y representaciones racistas constituyen un terreno de comprensión sobre las percepciones ya prefiguradas respecto a las características de la región Pacífico y las comunidades afrocolombianas, así como atender a las múltiples formas y contextos sociales en que la “raza” y el racismo se transforman y justifican procesos de dominación y explotación de unos grupos sociales frente a otros. Pero también, a tender a cómo justifican el despojo de tierras y territorios afrocolombianos considerados inferiores, con un fin “modernizador” y a favor de los capitales nacionales e internacionales.

5.1 REFLEXIONES TEÓRICAS EN TORNO A “RAZA” Y RACISMO

El significado de la categoría “raza”, sus contenidos y contextos históricos de surgimiento y definición, constituye un campo de reflexión al que permanentemente asisten científicos sociales en un esfuerzo por encontrar una explicación a las jerarquías de poder que genera la diversidad humana, y en particular las divisiones fundamentadas en factores culturales, regionales y biológicos que se hacen de esta diversidad (Yankelevich, 2015). Pese a la complejidad teórica de historizar el origen de la “raza” algunos autores coinciden en su definición como una invención y práctica social e ideológica que se ha desarrollado a través de los discursos de poder para diferenciar, segregar, tergiversar la otredad y, de esta manera, “racializar” por medio del determinismo biológico las relaciones sociales (Lawrence, 2010). En el marco de las discusiones de las ciencias sociales, principalmente, la antropología, la sociología y la historia, la comprensión analítica de la categoría gira en torno, al menos, a dos posiciones que no son excluyentes entre sí. *Primero*, las corrientes de pensamiento decolonial derivadas de la tesis de Aníbal Quijano, quien de manera detallada estudia la relación raza-acumulación originaria del capital. Para Quijano la raza, como un hecho social, aparece desde la conquista española, a través de diversas formas de trabajo (trabajadores asalariados, esclavos y semisiervos) codificando las diferencias raciales entre colonizador y colonizado. Para este autor, es en torno a la idea de raza donde se comienza a gestar el primer elemento constitutivo de las relaciones de dominación producto de la expansión del sistema capitalista “la formación de relaciones sociales fundadas en dicha idea produjo en América identidades sociales históricamente nuevas: indios, negros y mestizos y redefinió otras” (Quijano, 2000, p.245). De esta manera, describe a la raza como el acontecimiento, la invención sin la cual la modernidad/capitalista no pudo haber existido.

Segundo, el surgimiento de las teorías racistas del siglo XVIII y XIX de la pseudociencia para sustentar el racismo científico. En este periodo la historia de la ciencia decimonónica sus aportaciones a la teoría de la evolución, sus clasificaciones y tipologías de los grupos humanos fueron las bases científicas del pensamiento racista y las jerarquías raciales que, a su vez, establecían la lógica económica del imperialismo occidental (Castellanos, 2000). Las influencias del Darwinismo social en los intelectuales, biólogos y genetistas de la época concibieron la sociedad como un proceso evolutivo en la idea de que

las sociedades poderosas son innatamente mejores dotadas que los débiles por un proceso natural, y que su “*progreso*” es prueba de esta superioridad. La aplicación de estas nociones del darwinismo social a la vida de las naciones y de la humanidad comienza a utilizar la categoría de raza con el objetivo de organizar la naturaleza, especificidades, cualidades, rasgos y características biológicas de los seres humanos.

Lawrence (2010) sostiene que la construcción decimonónica de la raza sustenta el pensamiento actual de las diferencias raciales. Dicha construcción clasificó a los grupos sociales, principalmente, “blancos”, “asiáticos” y “negros” desde las siguientes características:

(1) Mental y cualidades temperamentales específicas de su grupo, que son (2) inherentes a la composición biológica de los miembros del grupo (Estas cualidades ahora son referidas como 'esencias raciales') (3) Las cualidades se pasan de una generación a otra por un mecanismo biológico (que, más tarde, en el período en cuestión, se asumió que era de carácter genético). (4) Estas diferencias cualitativas son fijas e inmutables, como resultado de su base biológica (5) Los grupos también difieren en ciertos fenotipos cualidades tales como la textura del cabello y el color de la piel; estas características externas pueden servir como signos de la posesión de la psicológica o conductual interna características. Y (6) en virtud de las características imputadas, los grupos se pueden clasificar por orden de superioridad e inferioridad con respecto a las características humanas importantes. (Lawrence, 2010, p. 298).

De acuerdo con lo anterior, las concepciones científicas de la raza intentan demostrar la correspondencia de las características biológicas y físicas con las capacidades intelectuales y psicológicas de los individuos y colectividades humanas. Como ha subrayado Michel Wieviorka (2009) la raza “contiene un fuerte determinismo que, en algunos casos, pretende explicar no solamente los atributos de cada miembro de una supuesta raza, sino también el funcionamiento de las sociedades o comunidades compuestas por tal o cual raza” (p:29). La raza del siglo XIX configura una serie de categorías fundamentadas en atributos fenotípicos (color de piel, tipo de cabello, forma de nariz, la capacidad craneana o el ángulo facial) para estructurar una clasificación racial de la humanidad. En este proceso se afirma la superioridad cultural indiscutible de las poblaciones blancas, a la cual se asocian nociones de civilidad y progreso, mientras que la

barbarie o lo salvaje lo están en las razas inferiores, en el contexto de América Latina: indígenas y afrodescendientes. Véase, por ejemplo, como sus *Lecciones elementales de la historia natural de los animales*, George Cuvier, fundador de la anatomía comparada, escribe que:

La raza negra [...] se caracteriza por su complexión oscura, su cabello crespo o lanoso, el cráneo comprimido y la nariz aplastada. La prominencia de la parte inferior del rostro y el grosor de los labios la aproximan a todas luces a la familia de los simios; y las hordas que la componen han permanecido siempre en el estado de la más absoluta barbarie. (Cuvier, 1827, p.97).

Aunque el concepto biológico de raza sobre el cual se fundó el racismo hoy no tiene la validez científica que se le dio durante los siglos XVIII y XIX (Balibar, 1988; Van Dijk, 1997; Beltrán, 2003) en la actualidad y, paradójicamente, en una época en la que los pueblos y las culturas afrodescendientes e indígenas han demandado ante los Estados nacionales el reconocimiento de sus diferencias en cuestiones referidas a la cultura y la etnicidad, la idea de raza sigue operando como un marcador de supuestas diferencias biológicas innatas a la esencia de estos pueblos.³⁰ La pervivencia de la raza busca legitimar un discurso elitista para excluir a los grupos afrodescendientes del ámbito político y económico, reducir a fuente de mano de obra su lugar en la comunidad nacional y convertir a sus territorios en lugares para la extracción de recursos naturales. Al respecto, teóricos sobre los estudios de la raza y el racismo (Wade, 1997; Todorov, 2007; Mbembe, 2016) concuerdan en que la raza es polisémica, no sólo es construida como un concepto de clasificación según rasgos biológicos de los grupos humanos, sino que adquiere mayores

³⁰ Uno de los padres de la genética moderna, premio Nobel y codescubridor de la doble hélice de ADN, el estadounidense James D. Watson, el 14 de octubre de 2007 en el Sunday Times de Londres sugirió que “los africanos son menos inteligentes” cuando se manifestó “pesimista respecto al futuro de África”, afirmado que “todas las políticas sociales están basadas en el hecho de que su inteligencia es la misma que la de los blancos, cuando todas las pruebas indican que en realidad no es así”. El discurso de Watson, pone de relieve las teorías del racismo científico que emergieron en el siglo XIX en las que la inteligencia y la capacidad intelectual de los seres humanos es determinada a partir de supuestas diferencias biológicas.

dimensiones al ser construida socioculturalmente para establecer fronteras de la diferencia entre identidades culturales, valorización de la otredad y autopercepción de determinados grupos sociales. En el caso específico de los grupos afrodescendientes, sus experiencias sociohistóricas y reconocimiento de su diferencia cultural, en cierta medida continúan estando profundamente condicionadas por las ideologías racistas pensadas para caracterizarlos desde atributos biológicos, culturales, morales o geográficos y, con base a esto, adoptar algún tipo de práctica o discriminación hacia estos grupos y, a veces su eliminación.

En mi perspectiva de análisis comparto las corrientes teóricas que establecen que el surgimiento de las jerarquías y presentaciones racistas emergen en la conformación de los Estados-nación en América Latina durante los procesos de independencia y construcción de pensamiento y acción política de los siglos XIX y XX. En estos contextos la producción de la raza ha sido importante “en tanto que permite el establecimiento de jerarquías dentro de la nación, las cuales privilegian a unos grupos y subordinan a otros” (Arias, 2007, p.18). En las dinámicas de organización nacional la raza se establece como un constructo social tendiente a reducir los particularismos, no solamente culturales, sino también políticos, como por ejemplo, imponer una lengua común a través de pedagogías de castellanización e inventar y difundir una historia nacional a través de las escuelas; pero, también en la producción de contextos particulares de diferenciación regionales y relaciones de poder en el que las élites ejercen un dominio real y simbólico sobre los pueblos considerados como distintos.

Los discursos y las prácticas nacionalistas apuntaron a afianzar grados de homogeneidad entre los integrantes de una comunidad que debía reclamarse nacional; no se trató de una voluntad o un deseo sino de una auténtica necesidad política sin la cual resultaba imposible legitimar el ejercicio del poder estatal de una nación que al reivindicarse única no podía más que ser excluyente. (Yankelevich, 2015, p.10)

Es importante resaltar que las ideologías racistas del siglo XIX no se construyeron de forma homogénea en los Estados-nacionales en América Latina. Cada Estado-nación de acuerdo con sus procesos históricos de conformación, jerarquías de poder establecidas al interior de sus fronteras nacionales y sus relaciones con el racismo científico decimonónico,

ha producido y experimentado diferentes formas en la construcción ideológica de la raza. Es importante referir aquí el texto de Tomás Pérez Vejo y Pablo Yankelevich “*Raza e historia en Hispanoamérica*” para estos autores el papel de la raza en la vida política del mundo contemporáneo ha sido fundamental en mucho de los procesos y debates políticos de la modernidad. “La idea de humanidad dividida naturalmente en razas con diferentes cualidades físicas, morales e intelectuales forma también parte del bagaje ilustrado, al menos con la misma fuerza y peso que el de una humanidad única” (Pérez y Yankelevich, 2007, p. 9). Aquí también habría que considerar que la idea de una humanidad dividida en razas tendrá diversas expresiones en la forma de organización política de los territorios y el reconocimiento de derechos de los grupos sociales que los habiten.

De acuerdo con las discusiones en torno a raza y racismo, particularmente en México y Brasil, investigadores de las ciencias sociales constantemente problematizan la necesidad de analizar el surgimiento de estas categorías desde un enfoque histórico-diferencial en cada Estado-nación. María Elisa Velázquez y Odile Hoffman (2010) señalan que las investigaciones históricas sobre la trata de la esclavitud, el trabajo, la economía colonial y la presencia de la raza en la construcción nacional deben insistir en la importancia de distinguir las características de los distintos periodos históricos y de las fuentes documentales de cada sociedad y grupos sociales: “como construcciones históricas, las categorías para identificar a diversos grupos sociales responden a circunstancias temporales y espaciales concretas” (Velázquez & Hoffman, 2010: 12). Por su parte, Roger Bastide, en su libro “*El prójimo y el extraño. El encuentro de las civilizaciones*” señala que comprender las situaciones raciales diferenciales y, en consecuencia, para resolver el problema de la democratización entre los grupos, depende en primer lugar del contexto cultural de cada sociedad.

No sólo la intensidad sino a menudo también la naturaleza de las relaciones raciales difiere según que se trate de una u otra región del mundo occidental, ya que tales relaciones se inscribieron en contextos culturales e históricos y en estructuras sociales diferentes. Ello obedece, asimismo, a que las razas o seudorazas confrontadas no son en todas partes las mismas; aquí se trata especialmente de judíos y no-judíos, mientras que en otros lugares será cuestión de blancos e indios o de blancos y negros. (Bastide, 1970, p. 54).

En Colombia la categoría de raza surge como un fenómeno político e ideológico sobre el que las élites intelectuales del naciente Estado-nación configuran un conjunto de doctrinas e ideas tendientes a definir la geografía nacional en regiones centro y regiones de fronteras, respecto de las cuales se organizan las dinámicas de modernización y progreso del país (Munera, 1998). La división en regiones centro/frontera se estableció con base en supuestas diferencias biológicas y culturales entre la población blanca, indígena y afrodescendiente. Estas diferencias conjugadas al entorno natural en el que habitan los grupos sociales, clima y naturaleza, pero también la cultura, son determinantes en el proceso de adscribir y reconocer identidades y dotarlas de contenidos valorativos.

En este orden de ideas esta tesis parte por entender a la raza como una categoría estructural y estructurante, constantemente manipulada y disputada por los sectores mestizos/blancos de la comunidad nacional que instaura relaciones de poder específicas manifestadas en discursos y representaciones de desprecio, humillación, explotación y formas de violencia contra las comunidades afrocolombianas y sus territorios.

El papel de la raza en la vida política y económica de la región Pacífico se manifiesta en una perspectiva interseccional que vincula las prácticas de racialización de los espacios de las comunidades afrocolombianas, representados desde nociones de “atraso” y “salvajismo” y, la fabricación de sus identidades, culturas y corporalidades como “vidas precarias”, es decir sujetos confinados a vivir en un estado de anonimato a tal grado que se vuelven invisibles. La idea de un país y sus regiones dividido naturalmente en “razas” con cualidades físicas, morales, culturales e intelectuales distintas forman también un país de “*geografías racializadas*” es decir una instrumentalización de las regiones por las élites del país para decidir qué población tiene derecho a vivir y qué población debe morir; en otras palabras, lo que Achille Mbembe ha denominado como “necropolítica”.

La manera en cómo el racismo funciona en Colombia se puede ver en la manera en cómo las violencias extremas, en la modalidad de economías del narcotráfico y economías extractivas, se han distribuido en el país de manera diferenciada. Si analizamos cuáles son las regiones más devastadas por la guerra, los desplazamientos y migraciones forzadas, nos encontramos que son regiones empobrecidas habitadas por pueblos afrodescendientes, indígenas y campesinos que han sido construidos como cuerpos desvalorizados y, sus

territorios bajo las nociones de conducirlos al “progreso” y “desarrollo” necesitan ser intervenidos constantemente por las fuerzas económicas y militares del país.

A continuación, analizaré como se articulan las nociones de “raza” y región en Colombia.

5.2 LA “REGIONALIZACIÓN DE LAS RAZAS” EN COLOMBIA

Las palabras de Alfonso Munera “Colombia: un país de regiones” constata la búsqueda frecuente de particularidades que identifiquen a los colombianos o la colombianidad. En esta búsqueda la pertenencia regional constituye un campo de relaciones que asigna características específicas a cada región definidas con base a referencias físico-naturales o “raciales” /culturales que instauran fronteras de la diferencia entre los grupos sociales. Si bien las regiones pueden definirse a partir de las referencias mencionadas, no podemos obviar que la definición de región es una construcción que se teje sobre las bases naturales a través de sistemas y símbolos de identificación y clasificación relativamente arbitrarios y maleables (Jimeno, 1994). El geógrafo Haesbaert, en su texto *Regional-Global: Dilema da região e regionalização na Geografia Contemporânea*, sostiene que todo proceso de regionalización y configuración de identidades regionales debe ser siempre considerado como un acto de poder: el poder de cortar, clasificar y, muchas veces, también nombrar. Cita también a Thrift quien desde una perspectiva materialista nombra a la región como una “invención histórica” (Haesbaert, 2010).

La región es producida socialmente y no un soporte material que permanece inmutable y/o estático al devenir de lo social y de la historia. Christian Grataloup (1991) teoriza la producción social de la región como los “periodos del espacio”, una imbricación de diferentes “recortes” de tiempo y espacio efectivamente vividos y producidos por los grupos sociales. En otras palabras, la región:

[...] debe estar siempre articulada en un análisis centrado en la acción de los sujetos que producen el espacio y en la interacción que ellos establecen, sea con la “primera” (cada vez más rara, como ya lo reconocía el propio Marx), sea como la “segunda” naturaleza. O sea, el espacio siempre visto en su sentido relacional, totalmente impregnado en las dinámicas de producción de la sociedad”. (Haesbaert, 2010, p. 6).

De acuerdo con lo anterior, la región, en un primer lugar es relacional, es decir, se produce a través de múltiples interrelaciones entre las personas y el espacio que reconocen lugar, posición, ubicación como creados y producidos. En segundo lugar, al ser construida por medio de interrelaciones, la región es la posibilidad de existencia de la multiplicidad de discursos, representaciones y experiencias en las formas de construirla y asignarle contenidos de pertenencia, ya que es el espacio en que pueden coexistir diferentes trayectorias de manera simultánea. De esta manera, si en la región se producen múltiples interrelaciones, estará siempre en construcción, en movimiento y cambio, además en ella se instauran relaciones de poder en constante procesos de negociación/dominación para la producción de símbolos de identificación o diferencia. La condición fluida y dinámica de estas relaciones y las múltiples formas en que la producción de la región está inscrita en la vida social de las personas implica analizar cómo han sido construidas y bajo qué estructuras políticas/culturales y relaciones de poder/saber. Aquí es importante traer a la discusión la relación entre las regiones y el Estado-nación, en cuanto la base de la consolidación y diferenciación de los grupos sociales no existe por fuera de los ordenamientos políticos e identitarios que instauran los estados para integrar sus diferentes partes desde el punto de vista territorial, regional y cultural y en la que se “enfatan ciertos rasgos culturales adoptados como distintivos de la unidad nacional, hasta convertir algunos en emblemáticos” (Jimeno, 1994, p.66).

Según Wallerstein (2011) los rasgos distintivos o emblemáticos de la comunidad nacional tienen que ver con los procesos de construcción identitaria, de diferenciación, de división y organización del trabajo que posibilitaron el nacimiento de las naciones y el desarrollo y consolidación de la economía-mundo como sistema. El surgimiento de los grupos étnicos, los nacionalismos, las diferencias de clase y “raza” adquieren existencia social en el seno de los Estados y el sistema mundial, simultáneamente y a veces de manera contradictoria. De manera particular, la creación de nacionalismos fue una creación de identidades nacionales, configurando sentidos de pertenencia culturales y regionales que marcan diferencias frente a la otredad, es decir, definen las relaciones de poder que son también símbolos de diferenciación y contraste a partir de discursos y representaciones sobre lo que sería el carácter propio de cada región, y simultáneamente se establece la pertenencia a la unidad nacional.

Unos y otros, contrastes y vínculos, se establecen de manera diferencial según cada historia regional y según la relación geopolítica y económica construida a lo largo del proceso de conformación de la unidad del Estado nacional. Las regiones sufren una adscripción al Estado-nacional que las sitúa de manera desigual, no homogénea, les atribuye ciertos rasgos y les asigna roles específicos. (Jimeno, 1994, p. 67).

En la construcción de las naciones, la homogeneización cultural fue un proyecto político, pero la realidad histórica de los pueblos, sus culturas e identidades, no ha sido conforme a principios de homogeneidad. A pesar de los intentos de crear identificaciones que borrarán las diferencias culturales, el mantenimiento de intercambios y solidaridades materiales y simbólicas en los grupos sociales y, en el caso particular, de los pueblos afrodescendientes, la referencia común a “África” como matriz de “localizaciones” para la reconstrucción de sus identidades y memorias históricas demuestran los límites de las políticas de homogeneización cultural conducidas por los Estados-nación. En efecto las identidades se extienden más allá de los límites impuestos por las élites nacionales (Barth, 1976). No obstante, alcanzar la homogeneidad, intensifica, por un lado, la creación de fronteras internas, como procesos de exclusión y negación de la diversidad cultural al interior de la nación; pero por otro, también determinados atributos y tradiciones son exaltados y no necesariamente desde valoraciones positivas como veremos más adelante.

En el caso de Colombia cada región presenta rasgos distintos contruidos de manera interna por los grupos sociales que la habitan y de manera externa por los dispositivos raciales orientados a crear la identidad nacional. A mediados del siglo XIX la significación histórico-cultural que tiene para las comunidades afrocolombianas los procesos de poblamiento y movilidad en las tierras del Pacífico entra en conflicto con la construcción de las élites intelectuales sobre el proyecto de Estado-nación. Luego del declive de la economía esclavista, las guerras de independencia y el subsecuente proceso de libertad de las personas de origen africano, las personas y familias afrodescendientes gestaron nuevas formas de apropiación y organización del territorio basadas en formas de producción destinadas principalmente al autoconsumo, diversos tipos de intercambio entre comunidades locales y en una escala menor a la explotación en las minas, esta última de manera artesanal y en una estructura de trabajo familiar y comunitaria (Restrepo, 2010). En este contexto la imposibilidad de los sectores dominantes de colonizar este territorio y

someterlo al control de las autoridades estatales comenzó a gestar un campo ideológico de la región en el que su configuración social, del paisaje y territorial, fue representado como una región en los márgenes. La idea de marginalidad evoca que, las nuevas formas de trabajo y producción construida por los afrocolombianos eran opuestas a la modernidad lo que significaba un retroceso al progreso del país. De acuerdo con, Rodríguez,

[...] la abolición de la esclavización instigó una profunda ansiedad sobre el trabajo y la mano de obra en la Nueva Granada. Los «negros» sin dueño eran motivo de constante temor para los criollos que años antes de 1851, fecha de la derogación legal de la esclavitud, imaginaron la ruina económica y el desorden social como resultados devastadores de la inminente y radical cambio en la organización de la sociedad y la operación del poder. (Rodríguez, 2012, p. 54)

No obstante, según Almario (2001) en el mismo momento histórico en que se declinaba el sistema esclavista, también empezaba a tomar forma el proceso de etnogénesis de los grupos afrodescendientes del Pacífico sur colombiano, analizados por el autor como la *desesclavización*, y la consecuente modalidad de poblamiento de estos grupos hacia los lugares considerados como la periferia del país. Lugar en el que se comienza a construir la “nueva” vida de las personas y familias afrodescendientes, en relación con sus capacidades de adaptabilidad al medio natural. El nacimiento de la nación en Colombia y las distintas estrategias de las comunidades afrodescendientes por construir su etnicidad se establecía de forma paralela, pues, mientras los sectores mestizos de la población iniciaron procesos de migración hacia los centros urbanos –principalmente Cali, Popayán y Medellín-, los afrodescendientes se adaptaron y apropiaron del territorio “rural” –tierras consideradas como baldías, propiedad de la nación- que no estaban en control de los grupos políticos y económicos del país, generando en el proceso de apropiación y construcción de los territorios del Pacífico sur la construcción de una *frontera cultural* (Restrepo, 2008) en las que las comunidades afrodescendientes han inscrito la producción de su identidad y diferencia cultural.

Declarados “ciudadanos” pero sin poder asumirlo los negros en Colombia desarrollaron una amplia gama de estrategias para sobrevivir como personas, familias y grupos sociales. Entre ellas está la migración generalizada –a partir del siglo XVIII y más aún después de la abolición [...] principalmente en la costa Pacífica. Allí construyeron modos genuinos de vida y de

producción, entre aislamiento, autoconsumo y dependencia de unos pocos negociantes de productos de extracción forestal (caucho, tagua, madera) (Almario, 2001, p.16).

La tendencia de poblamiento entre lo “urbano” y lo “rural” reproduce al interior del territorio colombiano las lógicas centro/periferia con que se instaura el colonialismo global, pues mientras lo “urbano/centro” será visto como el lugar del “progreso” y “desarrollo” de los “blancos” “mestizos” “indígenas civilizados”, lo “rural/periferia” es decir el Pacífico sur, será visto como el lugar de los indígenas semisalvajes y los “negros” (Almario, 2001).

Mientras que el Estado, a lo largo de los siglos XIX y XX, con un cubierto criterio etnocida, considerara las tierras del Pacífico como “baldíos nacionales”, el poblamiento, y el aprovechamiento de este por negros e indígenas las convirtieron en territorios étnicos. (Almario, 2001, p. 13).

El declive de la economía esclavista que caracterizó al Pacífico, empujó, por consiguiente, a los sectores dominantes a buscar nuevas estrategias de colonización acompañadas de reformas políticas y económicas que permitieran reactivar la economía, en regiones que como el Pacífico representaban una gran riqueza en recursos naturales, y en un contexto donde los intelectuales de la Nueva Granada dejaban claramente la posición de construir un proyecto de Estado-nación en relación con el fortalecimiento de la economía nacional, la apertura de nuevos mercados internacionales y la distinción racial, social y cultural entre el pueblo y las élites (Arias, 2007). Lo que se tradujo en la necesidad de emprender el estudio geográfico sistemático del país en su conjunto y de cada una de sus provincias y cantones, tanto en sus aspectos físicos como en su riqueza vegetal, mineral, agrícola y ganadera (Sánchez, 1998). De esta manera nace la Comisión Corográfica de Colombia, empresa creada con el fin de dar a conocer al país “en sus relaciones física, morales y políticas”, y que debía dar como resultado un mapeo geográfico y etnográfico de las provincias y sus recursos naturales y humanos, centrándose en aquellas que por su riqueza en recursos naturales y ubicación estratégica en zonas de fronteras abrían la posibilidad de construir vías de comunicación y fluviales para la incorporación del mercado nacional al mercado internacional, servir a la promoción de la inmigración extranjera al país, como medio para fomentar la agricultura y la industria.

Los intelectuales e ilustres que hacían parte de la Comisión Coreográfica, fueron: el geógrafo italiano Agustín Codazzi (principal responsable de la empresa), el escritor Manuel Ancizar, el botánico José Triana, los dibujantes Carmelo Fernández, Manuel María Paz y Enrique Price, los colaboradores, Lorenzo Codazzi, Ramón Guerra Azuola y Santiago Pérez. Entre las tareas que se designan a Agustín Codazzi estarán:

Cada una de las cartas provinciales irá acompañada de un itinerario y descripción general de la respectiva provincia y de los correspondientes itinerarios y descripciones particulares de los cantones en que ella esté dividida. Tanto los itinerarios provinciales, como los cantonales, deberán contener una relación detallada de los caminos, reducidos a jornadas de tropa y leguas granadinas, con indicación de las horas que se empleen en transitados y de los puntos militares que sean propios para la defensa de las provincias y de los cantones; cualidades del terreno e inconvenientes que presente a los transeúntes en el paso de los ríos, quebradas, cerros, bosques y pantanos. Las descripciones de las provincias y de sus cantones serán la explicación detallada de todo lo concerniente a la geografía física y política de la respectiva provincia y de sus cantones, con minuciosa expresión de sus límites, configuración, extensión, ventajas locales, serranías, ríos, etc.; y con inclusión de noticias tan cabales como sea posible adquirirlas, acerca de las producciones naturales y manufacturadas de cada localidad, su población y estadística militar; comercio, ganadería, plantas apreciables, terrenos baldíos y su calidad; animales silvestres; minería, climas, estaciones [-y como si lo anterior fuera poco, el artículo citado concluye con un lapidario -] y demás particularidades que sean dignas de anotarse. (Restrepo Forero, 1983: 281).

Los relatos de los viajeros integrantes de la Comisión Corográfica asociaron los factores geográficos y climatológicos de las regiones para jerarquizar y determinar la superioridad e inferioridad de los grupos sociales y sus posibilidades de desarrollo. El informe del geógrafo Agustín Codazzi, en su viaje al municipio de Novita en la Provincia del Chocó, relató:

El plátano, un poco de maíz y unas matas de caco y caña, a penas sirven para el consumo cotidiano al paso que abunda el pescado y los marranos de monte. El descendiente de la raza africana, sus necesidades, son casi ninguna. Desnudo vive el hombre, y la mujer con una simple paruma o guayuco, o un trapo amarrado a la cintura; con las palmas que tiene a mano hace sus chozas miserables [...] una raza que casi en su totalidad pasa sus días en una indolencia semejante, no es la que está llamada hacer progresar al país. (Codazzi, 1853, p.324).

El relato de Codazzi hace evidente cómo la idea del Pacífico como región en los márgenes es acompañada de representaciones racializadas de sus habitantes, pretendiendo, de esta manera transformar la discursividad histórica de las relaciones socioterritoriales que han labrado las comunidades afrocolombianas en la región, en una forma de identificación que asocia sus formas de producción, organización social y recursos naturales como cosas, objetos y mercancías. El Pacífico fue inventado por las élites como un espacio aparentemente inaccesible. Al respecto, Eduardo Restrepo considera que la forma en cómo son pensados y el lenguaje para describir a los afrocolombianos y sus territorios por las élites del siglo XIX crean al *“Pacífico como exterioridad”*.

Dicho lenguaje era utilizado por gente erudita como Agustín Codazzi, e implica una representación en términos de una población indolente y que encarnaba la anti-civilización, convirtiéndose en la viva representación de la antítesis del sueño de proyecto nacional. (Restrepo, 2007, p. 36).

El trabajo de vincular la marginalidad de la región con estereotipos raciales justificaría nuevos procesos de colonización del territorio y la mano de obra de sus habitantes en nombre del progreso de la región y fortalecimiento de la economía nacional. No en vano en su informe Codazzi, argumenta:

Nóvita debe su decadencia a la salida o muerte de varios hombres industrioses que se dedicaban a la explotación en grande del rico mineral que abunda en estas tierras. Para que la provincia progrese con la velocidad con que marchan todos los países industrioses, sería preciso que la clase jornalera estuviese obligada al trabajo [...]De lo contrario, el país puede día en día atrasarse más por la falta de brazos, o bien quedar estacionario, perjudicando así enormemente el pronto desarrollo de la riqueza pública. (Codazzi, 1953, p. 323).

En este escenario la conquista de territorios considerados inferiores con un fin modernizador y a favor de los capitales extranjeros, el desarrollo de las vías de comunicación el fomento a la agricultura y la industria, y la reorganización del sistema de producción extractivo oro y madera, estaría a cargo de “hombres-emprendedores” representantes de las regiones centro del país:

El antioqueño siempre emprendedor y activo no se estará quieto y pasará a la cordillera para dedicarse al cultivo de comestibles y aprovecharse del gran

mercado que se le presente, al paso que los hombres acaudalados, formaran sociedades para emprender la apertura a una vía que los conduzca pronto al Atrato para bajar por su oro y recibir las mercancías que estarán en los grandes depósitos del canal [...] es seguro que los antioqueños primero y los extranjeros después, vendrán a explotarlos por estar situados en la alturas en que la raza caucana, puede consagrarse al trabajo sin temor de enfermarse. Una nueva era se presentará entonces para el Chocó: la serranía se verá cultivada y habitada, quedando en las orillas del río Atrato los negros indolentes, siempre desnudos, siempre pobres. (Codazzi, 1853, p: 326).

De esta manera, la categoría de raza marca la diferencia de la superioridad territorial de los altiplanos frente a las tierras llanas, las selvas y las costas lo que iba acompañado de una fuerte marcación racial de los habitantes de estos territorios. La superioridad racial, el dominio geográfico y el progreso estaban en los altiplanos habitados por mestizos; las tierras llanas, las selvas y las costas representaban sectores subalternos poblados por indios, negros y mulatos. Los alcances de las imágenes y narrativas estereotipadas que vinculan espacios, ambientes y subjetividades concretas desembocan en una violenta fabricación del Pacífico y comunidades afrocolombianas; ambos han sido continuamente reducidos a un mismo significado: una forma de vida adosada a imágenes proferidas de precariedad y degradación. Dando lugar a la formación de una región racializada como una vía para localizar, señalar y clasificar a estas poblaciones. Desde el pensamiento racista “se argumenta la marginalidad y pobreza de regiones como la del Pacífico precisamente por la predominancia racial del “negro” (Restrepo, 2007).

El orden de diferenciación racial definido por las élites excluye a las comunidades afrodescendientes de los ámbitos sociales, políticos y económicos internos de la nación; a la vez que en sus territorios se localizan las fuerzas de producción que abren el camino para las operaciones del capital extractivo, en detrimento de los recursos naturales, el despojo de sus tierras, la degradación de sus lugares y un progresivo empobrecimiento de las comunidades. Véase, por ejemplo, cómo las primeras exploraciones y mapas elaborados por Agustín Codazzi, en las Provincias de Buenaventura y Tumaco, facilitaron la creación de las dos únicas carreteras que unen a las costas con las regiones altas, están dos ciudades del litoral, por su salida al océano Pacífico, han sido históricamente los puertos marítimos más importantes del país para la llegada y salida de grandes embarcaciones con destino a

los mercados asiáticos. Las puestas en marcha de camino por tierra buscaban conectar los puertos con las provincias de Cali, Popayán y Cauca; provincias que desde la colonia se habían posicionado como los mayores centros de acumulación del capital extractivo producto de la explotación aurífera. En el informe de Codazzi al Señor Gobernador de la Provincia de Buenaventura, cita:

La ciudad de Cali, capital de ella, por su posición central entre las provincias de Popayán y Cauca y su aproximación al mejor puerto de nuestras costas del Pacífico, está llamada a ser el punto de la escala comercial de los productos agrícola de las tres provincias y de las manufacturas y efectos extranjeros que se pueden introducir para el consumo de sus poblaciones, que cuentan ya un número considerable de sus habitantes [...] Dos vías carreteras, con el ascenso y descenso de 4 y 5 por ciento, se pueden abrir, la una desde Cali a la Buenaventura y la otra desde Buga al mismo puerto, teniendo en algunos punto hasta el 6 por ciento. La distancia directa de Cali a dicho puerto es de diez y seis leguas granadinas, y de Buga al mismo punto es de quince leguas; pero el camino de carros vendría a tener por la primera más de veinticinco leguas y la segunda igual distancia. (Codazzi, 1853, p: 365).

No es fortuito que el desarrollo vial y portuario que concibe el Estado colombiano en el departamento del Chocó y el Pacífico sur consista en una serie de conectividades de vías fluviales, muelles, embarcaderos fluviales mayores y muelles portuarios con el objetivo de abrir un sistema de comunicación y transporte que mediante la utilización y potencialización del Pacífico conecte a la región andina con los mercados de los países limítrofes, Centroamérica y el Caribe. El Plan Integral Regional para el Pacífico (PRI-PACIFICO) que formuló el Ministerio de Transporte (2005) durante el primer gobierno de Álvaro Uribe Vélez [2002-2006], recoge las aspiraciones de conectividad y modernización económica que las élites regionales se han planteado para integrar a la región Pacífico como un “espacio a desarrollar” (Tapia, 1999). Dentro de las estrategias del PRI-PACIFICO esta la creación de un sistema de comunicación y transporte norte-sur-norte para el Pacífico colombiano y desde allí con la región nororiental y sus fronteras binacionales, denominado Proyecto Arquímedes, en el siguiente cuadro se exponen el sistema multimodal, que integra todos los medios de transporte -carretero, férreo y fluvial- en el Departamento del Chocó y el Pacífico sur.

PROYECTO ARQUÍMEDES

- **Arquímedes Norte (Departamento del Choco)**

Desarrollo de los componentes de conectividad y articulación entre los sistemas marítimos (Gran Caribe - Golfo de Urabá) – Fluvial (creando infraestructuras para sistemas de acceso a los centros poblados de la Cuenca), Terrestre (Quibdó - Centro del País), de manera que las dinámicas económicas y sociales tengan los impactos requeridos para el mejoramiento de las condiciones de la zona.

- **Arquímedes Sur (Pacífico Sur, municipios costeros de Valle – Cauca – Nariño)**

Desarrollo de conectividad entre la Bahía de Buenaventura y la Bahía de Tumaco, vinculando a la economía nacional a más de cuatrocientas (400.000) mil personas y cinco (5'000.000) millones de hectáreas, con la implementación de sistemas de comunicación y transporte, aplicando tecnologías alternativas y creando infraestructuras para accesos a los centros poblados del territorio.

Fuente: Ministerio de Transporte. “Diagnóstico del Sector Transporte” 2007.

La propuesta de Arquímedes apuesta a la dotación de infraestructura y equipamiento para potenciar las ventajas competitivas de la región Pacífico y, con ello, conducir a Colombia hacia una transición que la ubique al lado de los países del sudeste asiático (Meza, 2010). Estos proyectos nos ayudan a contemplar las complejidades y transformaciones con que el proceso de acumulación del capital y el proyecto de desarrollo asociado a él: extracción y explotación de los recursos naturales, se justifican a partir de un conjunto de discursos y representaciones racistas que fabricaron los territorios y culturas afrodescendientes como exterioridades “salvajes” y “atrasadas”, que despejan el camino para la operación del capital extractivo y respalda estas operaciones con el poder que tiene a su disposición: desarrollo de las fuerzas de producción al interior de un sistema capitalista y de su marco institucional y político. De igual manera, colocan en evidencia como los proyectos de desarrollo en la región se han constituido sobre los supuestos que las élites elaboraron durante el siglo XIX, en el que las nociones del “Andinocentrismo” para hacer referencia a la región Andina -imaginada con una superioridad natural, blanca y mestiza, montañosa y fría- serían los llamados a desarrollar una civilización para la reproducción económica que se expanda sobre estos territorios inhóspitos, cuya pobreza e incomunicación se explican por la incapacidad de las personas

afrodescendientes para ejercer por si misma soberanía política y económica (Arocha y Moreno, 2007). De acuerdo, con Meza (2010) “de este modo se ha alimentado la retórica del desarrollo en el litoral Pacífico con la idea de que los pueblos negros del Chocó son pobres porque han vivido aislados” (p: 29).

No en vano, en marzo de 2018, el presidente de la Agencia Nacional de Infraestructura, Dimitri Zaninovic, en una conferencia en la Universidad de Harvard sobre “Los avances y retos del sector de infraestructura en Colombia”, presentó la cartografía de desarrollo vial del país en el marco del Programa Nacional “Las autopistas para la Prosperidad” y los proyectos “Autopista Conexión Pacífico 1, 2 y 3” que conectarán a Medellín con el Eje Cafetero y el Puerto de Buenaventura. Zaninovic, al ser interrogado por algunos estudiantes sobre porqué la región Pacífico y específicamente el departamento del Chocó no contaba con presupuesto para el desarrollo de infraestructura que conectará a las comunidades afrocolombianas con las regiones centro del país, respondió *“Es complejo el desarrollo vial en el Chocó, son territorios muy dispersos [...] sería bueno que la gente negra se agrupe a vivir en un solo lugar”*.

La manera de pensar, clasificar e imaginar los espacios y los grupos sociales que lo habitan, tanto en el discurso y representaciones de las élites como en la instauración de un colonialismo interno en Colombia, apelaron a lo que Achille Mbembe ha llamado procesos de fabulación, es decir la producción colonial de aislar las historicidades propias de ciertos grupos sociales y construir fronteras de la diferencia para representarlos a través de la impronta de un ser inferior y “aislado”. El trabajo de fabulación y sus efectos de violencia toman forma concreta en la relación entre los grupos sociales racializados desde una impronta de ser inferior y sus espacios. No obstante, estos grupos no están deslocalizados, habitan en espacios concretos, por tanto, los discursos y representaciones racistas buscan hacer de ellos una imagen aparentemente inaccesible, carente de memoria y vacía de significaciones propias.

Al respecto de lo anterior, la participación de dibujantes en la Comisión Corográfica fue de gran relevancia para plasmar las características ambientales, culturales y económicas de las regiones de la Nueva Granada a mediados del siglo XIX. Estas imágenes se

posicionaron como una “auténtica” representación del ambiente, lugares, momentos, personas “reales” y grupos sociales. A continuación, se muestran una serie de ilustraciones que evidencian la forma de concebir por los pintores de la época a las regiones y sus pobladores.

Acuarela 1. Nobles de la capital Tunja



Autor: Carmelo Fernández (1850)

Acuarela 2. Una casa en Nóvita, Colombia occidental



Autor: Manuel Maria Paz (1852)

Las acuarelas uno y dos muestran la construcción de una “diferencia racial” y socioeconómica de las regiones en Colombia. La acuarela uno coloca en evidencia las nociones de las buenas costumbres y el buen vestir con el que se representaban las élites de las regiones centro andinas. La acuarela resalta “al hombre notable, a pesar o, mejor aún, por la misma sencillez de su atuendo. Una sencillez que no deja de ser compleja; el conjunto de sombrero de copa alta, el chaquetón, los zapatos y la barba así lo evidencian” (Arias, 200, p.31). Por su parte la acuarela dos muestra el contraste de la división racial del trabajo en la provincia de Nóvita (que ahora es un municipio en el departamento del Chocó) esta provincia comenzó a tener importancia económica a principios del siglo XVII, cuando se encontró yacimientos de oro en la zona. En ella se representan dos personas de origen africano, semidesnudas como reflejo de su barbarie y atraso, y los blancos, de buen vestir, dentro de la casa mostrando el dominio de habitar una tierra que había sido dominada por medio de una economía extractivista, en la cual los pobladores afrocolombianos eran y continúan siendo herramienta de trabajo.

En esencia las imágenes de los viajeros de la época iluminan el estilo del pensamiento racial de las élites criollas acerca de su propio dominio sobre las provincias y los grupos sociales. En las acuarelas se producen y se ponen en circulación una narrativa visual por medio de la cual se construyen y posicionan discursos y representaciones racistas y cuyo objetivo es fraccionar y diferenciar la relación de las regiones centro/frontera. La realidad del país es presentada y reconocida a través de la conciencia visual de los intelectuales de la época y, en esa medida, las identidades subalternas son producidas desde la percepción de los viajeros. Los mundos de vida e identidades de las regiones fronteras se organizan en torno a la relación sujeto-mundo exterior, es decir las experiencias a priori de un campo visual y, de creación que les otorga atributos distintivos. Invocar a cómo vivían y qué hacían los habitantes del país en aquella época codifican y redifican ideologías y discursos racistas, estableciendo fronteras mentales y geográficas que separan el “nosotros” nacional de los “otros” inferiores. De esta manera para las élites criollas, la empresa coreográfica

Presentaba la oportunidad de recodificar, inventar y ordenar un territorio casi desconocido para ellos y la posibilidad de darle vuelco a la vida social y económica de la nación. En el mundo tumultuoso del periodo post-independentista, la exploración científica y geográfica parecía ofrecer el tipo de conocimiento necesario para el «progreso» de la nación y la consolidación del poder político. (Restrepo, 2007, p: 39).

El historiador Benedict Anderson, al proponer su interpretación de porqué fueron precisamente las comunidades criollas las que concibieron en época tan temprana la idea de su nacionalidad, mucho antes que la mayor parte de Europa concluye que los “funcionarios criollos peregrinos y los impresores criollos provincianos desempeñaron un papel histórico decisivo en la articulación de "comunidades imaginadas" como naciones (Anderson, 1993: 81, 101). Esta articulación en el caso de Colombia inventó el estado de la geografía nacional con supuestas nociones de diferencia regional entre salvajismo y civilidad. A partir de los discursos y representaciones de las élites criollas del siglo XIX se creó un modo dominante de pensar la nación de una manera profundamente racista, que condenó a la exclusión a gran parte de los grupos sociales y geografías que no encajaban en la representación de lo nacional por las fuerzas etnocéntricas y excluyentes del país. En este contexto:

El orden político se debía asegurar mediante el conocido modelo centro periferia, que jerarquizaba lo urbano sobre lo rural y que subordinaba a las ciudades patrimoniales, las villas y sitios, las haciendas, los reales de minas y pueblos de indios. Por su parte, el orden social se debía garantizar con la persistencia de hecho del sistema clasificatorio socioétnico, que estratificaba piramidalmente a los blancos, los indios y los negros y sus diversos cruces raciales; por cuanto los únicos ciudadanos que podían ejercer sus derechos plenamente eran los que pertenecían al grupo social dominante. (Almario, 2009, p.75).

Las nociones de civilización y progreso pensada desde los paradigmas de una superioridad racial comienzan a construir en el territorio nacional una idea de *frontera racial* que se traduce en los espacios de la vida cotidiana de los pueblos afrodescendientes e indígenas en situaciones de discriminación, explotación y exclusión. Como he señalado en la introducción de esta investigación, utilizo el concepto de frontera no en su significado de *límite* territorial, que separa a una nación de otra, sino en el sentido más antropológico, como espacio en el que se construyen y confrontan las diferencias culturales y regionales y que animan al surgimiento de discursos racializantes sobre el cuerpo, pero también, sobre los espacios y ambientes en que se movilizan los sujetos; instaurando prácticas de inclusión/exclusión y diferenciación/subordinación que se imprimen en la experiencia de quien pertenece o no a la nación.

De acuerdo con Eduardo Restrepo (2007), la función política del «realismo corográfico» es actualizar la fantasía de la raza y catalizar ideas sobre la diferencia somática que la radicalizan y la resumen a un conjunto de esencias que se evidencian en el cuerpo humano, y de las cuales emanan la inferioridad y superioridad como condiciones innatas. Sin embargo, sostengo que para la Colombia del siglo XIX la construcción ficcional de la raza se revela en la dialéctica sujeto-ambiente. El ejercicio etnográfico y visual de la Comisión Coreográfica localiza en espacios y ambientes concretos la jerarquización racial de la población, por tanto, el abordaje de la raza debe dar lugar a la conexión entre las narrativas visuales del sujeto al servicio de un imaginario elitista y la ubicación del sujeto en una dimensión espacio-temporal, entendida como los espacios vividos que representan formas de conocimientos locales arraigadas en experiencias, dinámicas y simbólicas, de adaptación y su cambio cultural en el transcurso del tiempo por

los actores sociales. En este sentido la raza define los cuerpos y grupos sociales en función de las relaciones espaciales, sociales y las de poder dentro de las cuales están situados.

5.2.1 Raza, espacio y ambiente

En la acuarela tres se plasma claramente por uno de los pintores más importantes de la época la articulación raza-espacio-ambiente. En ella el Pacífico es representado como un espacio inhóspito habitados por seres que a través de su desnudez y lo rudimentario de sus medios de producción se presentan como una figura natural y salvaje. Esta iconografía posiciona en el discurso de las élites el imaginario de una región postrada en un estado de incivilidad de la que el resto de las regiones blancas se habría escindido mucho tiempo antes.

Acuarela 3. Labores de extracción de oro del río o "lavado de oro"



Autor: Enrique Price (1852)

En 1853, en su informe al gobernador de la provincia de Barbacoas, Agustín Codazzi, describe en los siguientes términos a los individuos de la “raza” africana que habitan la provincia:

Los individuos de esta última [la ‘raza africana’], antes se dedicaban a la explotación de las minas; pero en el día, haciendo mal uso de la libertad

recién adquirida, han dejado en su mayor parte este trabajo por vivir en absoluta independencia, en las orillas de los ríos, sembrando unas pocas matas de plátano, algunas de maíz y otras de cañas, cuyos productos, unidos a los peces abundantes en los ríos, y a los zaínos y cerdos de monte, que pueblan las selvas no inundadas, les dan un grosero, pero seguro alimento. Como viven casi desnudos; con un simple guayuco los hombres, y las mujeres con una vara de bayeta sujeta a la cintura, si quieren hacerse una muda de ropa para presentarse en el pueblo, van a las playas de los ríos a lavar las arenas auríferas, y en pocas horas tienen lo necesario para sus compras. (Codazzi, 1853: 333-334).

La descripción de Agustín Codazzi intenta explicar el origen y la cultura de las poblaciones afrodescendientes en función del impacto del medio ambiente, y el principio fundamental de que la confluencia ambiente-raza hacía que estas personas no estuvieran dotadas para la civilización y el progreso. La intersección y confluencia del ambiente y la raza explican la contradicción existente entre las representaciones discursivas de las subjetividades hechas por el razonamiento intelectual y, los pueblos supuestamente “primitivos” cuya vida, lugares y pensamiento se creía que no tenían nada en común con la civilización occidental.

Por otra parte, Codazzi, señalaba

La raza africana está acostumbrada a estas condiciones, ni el clima de estos países ni su “atmósfera tan húmeda” les debilita el sistema, lo que da origen a las fiebres intermitentes, les representa entonces una “existencia débil i enfermiza”. Ante la influencia malsana de los vapores desprendidos de los manglares y sus lodazales, no encuentran un sepulcro ni siquiera en el hospital. Al contrario, dado que la gente se encuentra “ya acostumbrada a estos climas”, “viven fuertes i robustos” aumentando su número ante la gran y temprana fecundidad de las mujeres y el uso continuo del pescado.

Los discursos y representaciones racistas se continúan reproduciendo en los imaginarios actuales del Pacífico como un lugar atrasado, peligroso, con una natalidad incontrolable y hostil para la vida civilizada (basta con recordar las palabras del periodista Juan David Laverde). De igual manera, en un informe especial del Periódico el Tiempo (2003), titulado: “En los confines de Colombia”. Al hacer referencia a las comunidades afrocolombianas fronterizas con Ecuador, se lee textualmente; “La mayoría de los que

viven allí son nativos del Cabo que, además, por el número de niños que juegan en la playa, se podría decir que *están dedicados a garantizar que la especie no se extinga*. Viven en un espacio de unos 150 metros de largo por 50 metros de ancho, un pedazo de playa que se pelean el mar y la selva”. Llama la atención la expresión “dedicados a garantizar que la especie no se extinga”. En principio, evoca al pensamiento racistas del siglo XIX que vincula aspectos demográficos y las altas tasas de natalidad de la gente afro, con un supuesto “vigor racial”. Segundo, el concepto de “especie” es utilizado por la biología para hacer referencia al mundo vegetal y animal. Al utilizarla para referirse a un grupo social evidencia la construcción del “otro” desde lo no-enteramente humano. Estos discursos racistas producen un imaginario de las formas de vida afrodescendientes como “salvajes” “animales” aislados y, a quienes es importante civilizar y controlar.

De esta manera raza y región se establece como una maquinaria productiva de sujetos y territorios racializados. Es decir, aquellos a quienes se les ha negado el derecho a tener derechos; son aquellos que, se estima no deben moverse de su lugar, y están condenados a vivir en lugares de exclusión. La exclusión emerge como una práctica necesaria en la definición de quién merece ser miembro o no de la nación, y la raza tanto en las aproximaciones culturales como biológicas constituyó un dispositivo fundamental en este proceso (Yankelevich, 2015). En este contexto se construye al “otro” “no en un semejante-a-si-mismo”, sino en un objeto amenazador del que es mejor protegerse, deshacerse o al que simplemente *habrá que* destruir para asegurar su dominación total” (Mbembe 2016:39). La destrucción que señala Mbembe se revela de manera más brutal y distintiva en la relación entre los sujetos afrodescendientes y los lugares en que se movilizan y organizan sus modos de vida, es justamente en esta relación donde las poblaciones afrodescendientes y sus territorios corresponderían a un estado de degradación destinados a la extracción, dominación y explotación por quienes se asumen superiores.

En referencia a la relación raza y espacio el filósofo sudafricano V.Y. Mudimbe (2013) propone que en la simultaneidad de las dimensiones temporales y espaciales se pueden localizar las configuraciones de nuestra inscripción en la diferencia en un campo narrativo que tensiona los procesos de subjetivación, hecho posible mediante los discursos racistas y la transgresión de esos discursos en el espacio de la otredad. “Habitamos un

espacio. Sus campos hablan en nosotros, los sujetos particulares que somos” (Mudimbe, 2013, p. 182). En Colombia la raza y el espacio -región- denotan la construcción de fronteras raciales y regionales que pretenden codificar la vida de estas poblaciones en *categorías* fijas e inmutables de animalidad y salvajismo -la construcción biológica de su vida -y de su “cosificación”-, una forma “original” de vida que los condena a vivir y ver funcionar sus cuerpos, lugares y conocimientos desde afuera. Al respecto Homi Bhabha ha destacado la importancia que en los discursos racistas adquiere el concepto de “fijeza” para la construcción ideológica de la diferencia. Para este autor la fijeza “como signo de la diferencia cultural/histórica/racial en el discurso del colonialismo es un modo paradójico de representación; connota rigidez y un orden inmutable, así como desorden, degeneración y repetición demoníaca” (Bhabha: 1994, p: 91).

La a noción de “fijeza” significa un conjunto de imágenes y narrativas que asignan a los sujetos producidos como inferiores una realidad marginal representada al punto de no necesitar ninguna explicación. Por ejemplo, la significación del color de piel para los afrodescendientes se estructura desde un esquema epidémico-racial-colonial que no sólo organiza las percepciones de las personas afrodescendientes sobre su propia corporalidad, sino que también determina las relaciones de la gente afro con el mundo social. Los afrodescendientes se ven estigmatizadas cuando quieren ir más allá de la “fijeza” racial asignada a sus cuerpos, pues en todo proceso de transgresión en la búsqueda de un reconocimiento propio, las ideologías racistas refuerzan las normas de sumisión para mantener el orden de las jerarquías raciales. Al respecto diría Fanón:

[...] En el mundo blanco, el hombre de color se topa con dificultades en la elaboración de su esquema corporal. El conocimiento del cuerpo es una actividad únicamente negadora. Es un conocimiento en tercera persona. Alrededor de todo el cuerpo reina una atmósfera de incertidumbre incierta [...] Lenta construcción de mi yo en tanto que cuerpo en el seno de un mundo espacial y temporal, así parece ser el esquema. No me impone, es más bien una estructura definitiva del yo y del mundo (definitiva porque se instala entre mi cuerpo y el mundo una dialéctica afectiva. (Fanón, 2009, p.112).

La producción de la fijeza va acompañada del estereotipo, como estrategia discursiva, “una forma de conocimiento e identificación que vacila entre lo que siempre está “en su

lugar”, ya conocido, y algo que debe ser repetido ansiosamente” (Bhabha, 1994, p: 91). En el Lugar de la Cultura, Homi Bhabha, señala que el estereotipo produce procesos de identificación del sujeto, su cuerpo y su espacio a través de la producción de una imagen de identidad y la transformación del sujeto al asumir esa imagen. Es decir, sólo a través del *otro* construye el sujeto su identidad y sitúa su deseo de la diferencia. El estereotipo, es así un modo de representación complejo, ambivalente y contradictorio. Para el caso que nos ocupa las élites hacen de la diferencia regional y cultural un estereotipo en los modos de representarse a sí misma como distintas; el estereotipo marca la diferencia racial/regional y engrandece sus construcciones espaciales y culturales.

Las regiones no son un espacio físico delimitado; son una construcción sociohistórica, objeto de representaciones sociales y disputas entre grupos sociales por quienes las producen y elabora. De acuerdo con Denise Jodelet (1989) las representaciones sociales “constituyen una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido, que tiene una intencionalidad práctica y contribuye a la construcción de una realidad común a un conjunto social” (1989, p.36). Los intelectuales del siglo XIX en el naciente Estado nación colombiano representaron a las regiones y, en la misma medida, les atribuyeron significados que promueven identidades a los grupos sociales. En el caso específico del Pacífico, dichas representaciones no son inocuas o irrelevantes. Por el contrario, tienen su eficacia propia, ya que operan como un espacio de disputa para la instauración de modelos de desarrollo económicos en detrimento de los derechos territoriales de las comunidades. Ha este espacio de disputa he denominado la “racialización del despojo” analizando el surgimiento de dicha categoría en el contexto del conflicto armado interno colombiano y su intersección con las economías extractivas y economías del narcotráfico. En esta lógica se identifican cuatro ejes como punto de partida para la construcción de esta categoría: primero la asociación raza-región como mecanismo de diferenciación de las regiones en Colombia; segundo los medios utilizados por las políticas económicas y grupos armados ilegales para conseguir el despojo de tierras y territorios; tercero el aprovechamiento o uso de la tierra y el territorio y, cuarto las nuevas espacialidades que se construyen a partir del desplazamiento forzado como *inicio* o *resultado final* de un proceso violento de desarraigo territorial y cultural.

5.3 LA RACIALIZACIÓN DEL DESPOJO

El despojo se ha convertido en un tema crucial para las ciencias sociales, agendas gubernamentales y movimientos sociales en Colombia y América Latina. La producción de conocimiento sobre el despojo está atravesada por la actual coyuntura política y económica de los países latinoamericanos, principalmente para enfatizar en cómo operan las fuerzas económicas agenciadas por los gobiernos y las empresas que declaran actividades extractivas como la minería, la extracción de hidrocarburos, la generación de energía eléctrica, como actividades que tienen preferencia sobre cualquier otra actividad productiva para lograr el desarrollo económico de los países. De manera particular, en Brasil, Colombia y México los movimientos sociales de pueblos indígenas, campesinos y afrodescendientes en sus procesos de lucha en defensa de la tierra y territorios han denunciado el acaparamiento y la extranjerización de la tierra, fenómeno que permite a las multinacionales extractivas realizar trabajos de exploración y explotación de los recursos naturales no renovables, así mismo pueden obtener permisos de concesión sobre las aguas de las minas para facilitar la extracción de oro, plata y platino.

Una de las demandas constante de las multinacionales extranjeras a los gobiernos latinoamericanos es la construcción de carreteras, infraestructura de comunicaciones y centrales hidroeléctricas y la modernización de los puertos pesqueros para facilitar la llegada de maquinaria pesada y su posterior salida con los recursos naturales. Como resultado, Latinoamérica se ha convertido en escenario de importantes conflictos sociales por los derechos territoriales de la tierra, el agua y los recursos naturales. Estos conflictos - y la movilización de luchas asociados a ellos- enfrentan a los pueblos campesinos, indígenas y afrodescendientes con los agentes del capital global y, con sus gobiernos locales. Ante esta situación, los pueblos que se encuentran en las zonas estratégicas para la operación de las multinacionales extractivas se enfrentan a las fuerzas y condiciones que llevan al despojo de sus tierras y, con ello, la eliminación de sus económicas tradiciones y/o subsistencia, la fractura del tejido social comunitario, así como la degradación del medio ambiente y lugares de hábitat.

El despojo se alimenta de las dinámicas de desarrollo extractivas. Esta dinámica de desarrollo capitalista “la cual se basa en una frontera extractiva de expansión con conflictos

sociales cada vez más intensos por los derechos territoriales, la tierra, el agua y los recursos naturales asociados, puede verse a través del cristal de la lucha de clases, los conflictos políticos y las guerras por los recursos que han acompañado el proceso de extracción” (Veltmeyer y Petras, 2015, p. 14). El despojo guarda relación con la noción de “acumulación por desposesión” propuesta por David Harvey (2004) a partir de su relectura de la acumulación originaria del capital de Marx. Harvey hace referencia al desarrollo de las fuerzas de producción capitalista y de su marco institucional y político repercutiendo en los sectores empobrecidos la crisis de sobreacumulación de capital generado por la extracción, explotación y mercantilización de los recursos naturales. El argumento central de Harvey es que las fuerzas que llevaron a la acumulación del capital en el siglo XX y anteriormente, siguen existiendo. En este sentido resulta importante considerar el despojo y el extractivismo desde una perspectiva histórica de “continuidad y cambio” en el desarrollo del capitalismo global.

Al respecto, Immanuel Wallerstein (2011) en sus análisis del moderno sistema-mundo sostiene que el desarrollo de una economía-mundo capitalista se inicia con los procesos de conquista de las metrópolis europeas a los territorios de América, África y Asia. Principalmente vinculado a una economía extractiva mediante el saqueo de las minas de oro y plata del Caribe y de Centro y Sudamérica a principios del siglo XVI. Wallerstein toma como punto de partida en la aparición de la economía-mundo capitalista el análisis de su característica distintiva desde una doble orientación entre lo *económico* y lo *político* -no disociadas entre sí- “las decisiones económicas están orientadas primariamente hacia la arena de la economía-mundo, y mientras que las decisiones políticas están orientadas hacia las estructuras menores que tienen control legal (Estados, naciones-Estados, imperios)” (Wallerstein, 2011, p.93). Desde esta perspectiva, el Estado actúa como una entidad política utilizada para regular y asegurar derechos monopolísticos, garantizar el sistema de poder hegemónico de la economía-mundo a través de incrementar el flujo económico y, actuando como mediador en los sistemas de intercambio y transacciones económicas mundiales. Siendo el sistema político “independiente” vinculado por un sistema interestatal que acompaña al desarrollo económico moderno. En otras palabras, desde la colonia América Latina se ha insertado en una condición de dependencia económica en el sistema de la economía-mundo capitalista.

La invasión europea en los territorios de América impulsa el surgimiento de un mercado mundial administrado por los centros europeos. Logrando establecer núcleos de producción capitalista en las colonias conquistadas. Desde este momento histórico el capitalismo se mundializa adquiriendo una especificidad de patrón de dominio bajo el control de la hegemonía eurocentrada, constituido sobre la base de la esclavitud y exterminio de pueblos indígenas. Proceso desde el cual adquiere su carácter específico hasta los tiempos modernos.

Con la constitución de América (Latina) en el mismo momento y en el mismo movimiento histórico, el emergente poder capitalista se hace mundial, sus centros hegemónicos se localizan en las zonas situadas sobre el Atlántico—que después se identificarán como Europa—y como ejes centrales de su nuevo patrón de dominación se establecen también la colonialidad y la modernidad. En breve, con América (Latina) el capitalismo se hace mundial, eurocentrado y la colonialidad y la modernidad se instalan asociadas como los ejes constitutivos de su específico patrón de poder, hasta hoy.” (Quijano, 2000, p.342).

Quijano (2000) ha señalado en la noción de la colonialidad de poder una de las causas y efectos del moderno sistema/mundo, sosteniendo que en el despliegue de la colonización “Europa también concentro bajo su hegemonía el control de todas las formas de control de la subjetividad, de la cultura y en especial del conocimiento, de la producción de conocimiento” (p. 248). El resultado que impone hoy la colonialidad del poder es el despojo de tierras y territorios y la dependencia económica de los pueblos sometidos a las exigencias y designaciones de la nueva economía-mundo.

En Colombia, el despojo ha sido un aspecto central de la guerra y el conflicto armado en el país. Durante y después de las negociaciones del Estado con algunos grupos paramilitares entre el 2003 y el 2006, abrió el camino para señalar “el despojo de tierras y territorios” como un aspecto central de la guerra en Colombia (Arias y Caicedo, 2016). En el marco de la Ley de Víctimas y Restitución de tierras del 2011, el despojo constituye un objetivo central del Estado para la asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno. Al mismo tiempo, el concepto ha ganado fuerza a raíz de las denuncias de las formas de operar y efectos de las economías extractivas en los territorios habitados por pueblos indígenas, afrocolombianos y campesinos. Estos territorios en su

mayoría han sido producidos por los dispositivos de dominación del país en esquemas de racialización para significar “atraso” y “embrutecimiento” justificando así la “conquista”, explotación y saqueo de los recursos naturales a nombre del “progreso” de la nación, además de presentar las mayores tasas de desigualdades económicas, desinterés de las políticas institucionales y con frecuencia el sistema de justicia funciona de manera nula en sus reivindicaciones por la garantía de sus derechos humanos. A tal punto que, en los actuales contextos del postconflicto, los modelos extractivos, son promovidos por el Estado como un supuesto motor de desarrollo para las regiones más devastadas por el conflicto armado. Con esto se invisibiliza las luchas y resistencias que tejen las comunidades locales en la defensa de sus tierras y territorios de las fuerzas de producción extractiva.

La noción de despojo (tierras y territorios) genera consecuencias políticas y jurídicas, para la formulación de políticas públicas y para los procesos de reparación (y restitución) de las víctimas del conflicto armado. De acuerdo con el centro de Memoria Histórica (2009) no existe una noción totalizadora de qué es el despojo, lo que complejiza aún más las políticas de reparación a las víctimas. Para esta entidad el despojo de tierra y territorios se transforma en virtud del contexto y está condicionado por las relaciones y dinámicas subregionales, regionales y nacionales; así como por las dinámicas de poder, las relaciones políticas y económicas de los perpetradores, a lo que propongo además, los procesos históricos de racialización de las comunidades y regiones que inciden sobre las posibilidades de reparación, particularmente con relación a la visibilización de las dinámicas del despojo y la recomposición de relaciones socio-territoriales. En regiones como el Pacífico es el resultado de procesos violentos de explotación, marginación y exclusión de las comunidades afrocolombianas en múltiples escalas espaciales y temporales. De acuerdo con Caicedo (2016) la persistencia histórica de ciertas formas de desigualdad constituye un escenario propicio para el despojo.

Ahora bien, el ensamblaje del despojo con la historicidad misma de la región son una apertura para ampliar la lectura de los contextos contemporáneos de despojos y los procesos violentos de reconfiguración socioespacial en la producción de nuevos paisajes, espacialidades y temporalidades.

Las lógicas actuales de la violencia y de la explotación extractiva en esta región, perpetúan dinámicas de racialización y segregación, como una forma de instaurar dinámicas de explotación de los recursos naturales y los pobladores locales, romper el tejido sociocultural de las comunidades con sus territorios y limitar la capacidad de reproducción cultural de estos pueblos. En este contexto los despojos ocasionados por las economías extractivas se ensamblan también con las violencias armadas y economías del narcotráfico. Es decir, un entramado de fuerzas económicas legales e ilegales que desembocan en nuevas modalidades contemporáneas de expropiación, desplazamiento y la emergencia de nuevos dispositivos de control de la vida, el trabajo, la movilidad y la seguridad de las personas.

Siguiendo las aportaciones de Achille Mbembe (2016) podríamos decir que los ensamblajes del despojo contemporáneo tienen como centralidad la idea de la “raza” como principio ordenador de las diferencias políticas, económicas, espaciales y culturales, que reducen drásticamente las posibilidades de vivir de ciertos grupos sociales. Desde esta perspectiva el despojo bien puede ser considerado en su carácter inacabado; al igual que las diversas estrategias y luchas de resistencia de las comunidades frente a él. Al respecto organizaciones afrocolombianas y líderes sociales han conceptualizado al despojo como la “privación de un espacio para ser” es decir; el exterminio de sus territorios, identidades y la vida misma. En últimas, es el ensamblaje de las violencias neocoloniales y violencias perpetuadas por grupos guerrilleros, paramilitares y narcotraficantes, que en la disputa por el control territorial y acceso a recursos estratégicos para la movilidad de capital han llevado al desplazamiento forzado interno y migración transnacional de comunidades enteras; sumado a ellos la ola creciente de asesinatos a líderes sociales y ambientales.

Para estudiar las transformaciones que el despojo ha ocasionado a los territorios afrocolombianos en su organización cultural, política y económica, se requiere entrelazar las formas de operación de las economías extractivas con los modos de control y explotación territorial a mano de grupos armados ilegales. Lo que permite distinguir los límites del Estado sobre estos territorios, pero también detectar las interacciones entre este último y las operaciones de las economías ilegales. El trabajo etnográfico que realicé con

las comunidades del río Mira en junio del 2015 permiten una mayor ilustración de lo anteriormente dicho.

En este marco de análisis es importante traer a la discusión el atentado terrorista del 21 de junio del 2015 perpetrado por la guerrilla de las FARC contra el Oleoducto Trasandino (OT) que sale del departamento del Putumayo y termina en el municipio de Tumaco. Este atentado dejó sin suministro de agua a 160 mil habitantes de Tumaco y su área rural, entre ellos a las familias que habitan en el consejo comunitario Bajo Mira y Frontera. Según Ecopetrol el atentado produjo la rotura de la tubería y el derrame de crudo de 410.000 galones de petróleo en los ríos Mira, Rosario y Caunapí, en Tumaco. El entonces ministro de Ambiente en Colombia, Gabriel Vallejo, calificó el atentado como *“el peor daño ambiental y social de los últimos 10 años”* en el país (Semana, 2015). Las consecuencias han sido devastadoras para la población local, 111 kilómetros de la línea costera se contaminaron, 11.300 familias abandonaron sus economías tradicionales vinculadas con la extracción de crustáceos de los manglares y más de 14.000 pescadores artesanales tuvieron que interrumpir sus actividades (El Espectador, 2015). De manera particular en la vereda el Congal Frontera ocho familias pescadoras abandonaron el territorio y migraron hacia Ecuador.

Un mes después de este atentado terrorista viajé a la vereda el Congal y realicé en compañía de la señora Emperatriz Mosquera un recorrido en las veredas ribereñas para conocer cuáles fueron las principales afectaciones a sus economías tradicionales. En principio los pobladores locales manifestaron que estos actos terroristas no son nuevos en la región. La perforación del OT ha sido una práctica recurrente de la guerrilla de las FARC y el Ejército de Liberación Nacional (ELN). En la zona rural de Tumaco al ser un territorio selvático de difícil acceso, donde se concentra una de las riquezas petroleras del país, y dado la débil o casi nula presencia del Estado en estos territorios, los grupos armados ilegales tienen el control del oleoducto. Una situación similar se vive en la Región Norte de Santander donde ha habido reiterados ataques al oleoducto Caño Limón-Coveñas.

Las infraestructuras petroleras se convierten en objetivo de los grupos armados ilegales, por tres razones principales: 1. Para el contrabando de petróleo, principalmente

surtir los mercados ilegales de Ecuador; 2. Una fuente de financiación de estos grupos es promovida mediante la extorción a las compañías petroleras, lo que se conoce en Colombia como el pago de “vacunas”, en caso de que las compañías o subcontratistas se nieguen a pagar la “vacuna” los grupos armados ilegales recurren a otras tácticas como al secuestro de trabajadores o dinamitar oleoductos; 3. El petróleo es utilizado como un suministro de activo para la producción de cocaína.

Las vertientes y fondos de los ríos, los peces y las aves que resultaron afectados por el atentado terrorista de las FARC no han sido objeto de un solo estudio científico que determine el impacto del atentado o las actividades de restauración que se requiera. Tampoco las familias afectadas han sido reparadas o reubicadas en zonas donde puedan ejercer sus actividades cotidianas de producción. Por esta razón las instituciones locales y regionales encargadas de la conservación del medio ambiente no conocen cuál es el impacto en los ambientes marinos y terrestres, ni tampoco cómo se afectaron la fauna y la flora en esta zona de manglar. Frente a esta situación realicé una entrevista al entonces secretario de agricultura de la Alcaldía de Tumaco, quien manifestó *“es un problema entrar a ciertas veredas del Mira, los funcionarios somos objetivo militar de los grupos armados, esto genera que no podamos entregar un diagnostico completo sobre las consecuencias de este lamentable hecho”*³¹.

Al no tener una respuesta institucional en conjunto con algunas familias locales realizamos recorridos por puntos estratégicos en los que ellos desarrollan sus actividades de la pesca y extracción de crustáceos. En cada recorrido de viaje las extensas manchas de petróleo cubrían las aguas de los ríos y los manglares. Durante este tiempo se suspendieron las actividades de la pesca artesanal. Las comunidades, adultos, jóvenes y niños, desde el día del atentado utilizaron objetos cotidianos como (bandejas, baldes y ollas) para extraer el petróleo de la superficie de los ríos y manglares. Si bien algunas autoridades locales llegaron hasta algunos puntos afectados por el derrame de crudo, no se logró cubrir la totalidad de la zona afectada. Además, el crudo ya se encontraba asentado sobre la profundidad de los ríos y manglares lo que dificultaba su extracción.

³¹ Entrevista a Ricardo Puerta, Secretario de Agricultura de la Alcaldía de Tumaco, junio de 2015.

Para las familias “limpiar” el río del petróleo es la garantía para la sobrevivencia cotidiana y reproducción cultural. En lugares destinados para la pesca artesanal, adultos y jóvenes, con la esperanza de obtener algunos productos para el sustento familiar, tiraban sus atarrayas, horas después regresaban a la vereda con la atarraya y botes cubiertos de petróleo. Así mismo, en ciertos sectores del manglar donde las comunidades, principalmente mujeres y niños, acostumbra a extraer conchas y cangrejos lo único que se podía extraer era petróleo. Esta situación se puede resumir en las palabras doña de Empera, quien se dedica a la venta de cangrejos en el municipio de San Lorenzo, Ecuador: *“a río muerto, tierra muerta”*.

Como se ha señalado en el primer capítulo los ríos son el sustento económico y de movilización de miles de familias afrocolombianas que habitan en la zona de frontera colombo-ecuatoriana. La experiencia histórica en que las comunidades afrocolombianas han construido sus identidades, sus formas de conocer y los saberes tradicionales está espacialmente enraizada a los sentidos que le otorgan a su relación con los ríos. Los ríos se conciben también en términos de corredores de vida que comunican y socializan a las comunidades locales y fronterizas, sus prácticas culturales, actividades económicas y ecosistemas. En este sentido los ríos para las comunidades negras es la representación de sus prácticas eco-culturales colectivas de las que se derivan sus sistemas de producción tradicionales y economías locales (Escobar, 2010).

Las formas en cómo se relacionan las comunidades afrocolombianas con los ríos está relacionado en el modo en que resuelven las necesidades de su vida cotidiana; el imaginario histórico-social que construyen del río impulsa a la creación de proyectos de vida alternativos comprometidos con la defensa del territorio al ser asumido como el lugar que permite la creación de vida y que a través de las prácticas tradiciones de producción (pesca y agricultura) otorga los recursos necesarios para garantizar la sobrevivencia cultural. Para Felipe, joven afrocolombiano de 18 años, quien migró a Ecuador a causa del atentado terrorista en el río Mira, el río es asumido como *“la fuente que garantiza la comida a toda la familia”*. Sin embargo: *“Ya no hay que pescar, ahora solo sacamos petróleo. Todo desapareció. Con este atentado hemos perdido nuestro principal medio de*

producción y subsistencia. Da tristeza abandonar el lugar donde uno nació y creció, pero no hay otra alternativa, aquí solo queda coca y petróleo”.

Hoy en día Felipe y su familia viven en San Lorenzo, su única alternativa ha sido trabajar en una de las empresas de palma africana, su salario semanal oscila entre los 20 y 50 dólares semanales, recursos insuficientes para sostener a su madre y cinco hermanos. En este contexto los grupos armados, las empresas multinacionales y el nuevo huracán de reformas neoliberales que pretenden transformar en mercancía los paisajes, los pueblos y los recursos, pueden ser vistos como máquinas de guerra más interesadas en su propia supervivencia, que en soluciones pacíficas al conflicto (Escobar, 2010). Dicho de otra manera, la modernidad-capitalista por su misma estructura interna se niega a responder al carácter multidimensional de las prácticas de apropiación de los ecosistemas que han construido las comunidades afrocolombianas. La funcionabilidad de la “acumulación capitalista por desposesión” produce una significativa reconversión de los territorios locales, economías y culturales reduciéndolos a los valores del mercado, de tal forma que el “ecosistema” es concebido en términos radicalmente diferente por las comunidades que lo habitan (Escobar, 2010).

Las consecuencias del despojo no son únicamente la pérdida de tierras y territorios, sino también la fractura de toda la matriz histórica de significados y memorias que los grupos sociales construyen en sus prácticas de apropiación del espacio. El sometimiento del Pacífico a las dinámicas globales del capitalismo mundial resulta en una experiencia profundamente negadora, opresiva y de exclusión de las poblaciones afrodescendientes. Sobrevivir, producir, trabajar y crear mundos de vida dentro de un espacio codiciado por intereses económicos apuntan a un desdibujamiento del lugar y sus culturas.

La articulación entre las violencias armadas y economías extractivas ocasionan prácticas de despojo como formas de dominación y explotación para la producción y reproducción del capital. El despojo es un fenómeno plurifacético que se manifiesta a través de la eliminación de las economías propias, el envenenamiento de animales y cultivos para el autoabastecimiento, la segregación social de los excluidos a partir de las divisiones “raciales” y clasistas, los desplazamientos y migraciones forzadas. El despojo atraviesa todas las relaciones sociales, políticas, culturales y económicas y es, por tanto, común a la

acción estatal y no estatal. El capital, el Estado y los grupos armados ilegales se articulan en una política de desposesión que intenta des-localizar a las comunidades de sus territorios, con fines a la explotación y saqueo de los recursos naturales. En Tumaco y los territorios fronterizos con Ecuador esto ha instalado progresivamente una economía delictiva basada en la producción y comercialización de la coca, en el reclutamiento forzado de niños y jóvenes obligados a trabajar de sicarios, en los enfrentamientos entre bandas criminales y los desplazamientos forzados.

Lo anterior explica que estamos frente a una forma de racismo institucional en tanto constituye una forma de discriminación estructural en el que las políticas económicas ayudan a las empresas multinacionales a asegurar el acceso a tierras, minerales y otros recursos económicos, atentando contra los derechos culturales y territoriales de los pueblos étnicos, o bien destruyendo sus culturas y formas de organización socioterritorial, mientras que los costos son absorbidos por los pueblos campesinos, indígenas y afrodescendientes. Según Michel Wieviorka (2009) en las formas de operar del racismo institucional los grupos dominantes no son conscientes de los mecanismos de su dominación y, en última instancia, se pueden permitir una buena conciencia compatible con convicciones antirracistas. No obstante, los efectos de sus mecanismos de dominación si son racistas. Para este autor:

La fuerza del concepto de racismo institucional reside en indicar que la decadencia de las doctrinas científicas de la raza no implica, de ninguna manera, el del racismo en sí: es fácil constatar que ahí donde el racismo esta descalificado políticamente, prohibido por ley o echado a perder ante los ojos de los científicos, ahí donde los prejuicios no tienen cabida para expresar, si nada es llevado a cabo de manera voluntariosa para contrarrestar las tendencia espontaneas de las instituciones, los miembros de los grupos víctimas de racismo siguen confinados en puestos subalternos en la vida económica y política o sufren discriminación en el empleo, la vivienda y la educación. (Wieviorka, 2009, p. 40).

El concepto de racismo institucional permite además criticar los propios marcos normativos y constitucionales de reconocimiento de los derechos culturales y territoriales de los pueblos afrodescendientes en Colombia. Si bien, la reforma constitucional de 1991 reconoció a estas comunidades como un grupo étnico con una cultura propia, con derechos colectivos sobre sus territorios ancestrales, las fuerzas económicas que impulsan el

desarrollo del país actúan en detrimento de dichos derechos territoriales reconocidos constitucionalmente. Esto puede ser el resultado de lo que se ha llamado una “contrarrevolución étnica” (Antón, 2013) que muestra las paradojas del reconocimiento constitucional de los grupos étnicos y los derechos adquiridos.

En estos contextos podríamos advertir que la historia política en la que se ha encaminado el reconocimiento de la etnicidad afrocolombiana y sus derechos territoriales, ha estado permeada por diversos sucesos que buscan desestabilizar dicho reconocimiento, es decir, mientras en la década de los 90 el Estado inaugura los discursos de la diversidad cultural y su importancia en la constitución de la estructura social y cultural de la nación, a la par los proyectos de modernización que se instauran en el interior de sus fronteras políticas, operan como nuevas formas colonizadoras del orden global económico capitalista, en dirección a eliminar los rostros históricos y las resistencias emergentes de las comunidades afrocolombianas. Esto ha generado: “una reafirmación de la colonialidad del saber, del poder y de la naturaleza” (Escobar, 2010, p, 22). A esto se sumó que, en la segunda mitad de la década de los noventa, la región del Pacífico se consolidó como el principal escenario del conflicto armado y de posicionamiento para las economías criminales.

Las condiciones de posibilidad y reproducción del ejercicio territorial contemplado en instrumentos como la Ley 70 de 1993 se han quedado cada vez más cortos ante las vías de hecho que los actores armados y los nuevos agentes del narcotráfico han posicionado, implicando no en pocos casos el desplazamiento (o inmovilidad) forzado de poblaciones locales (Villa, 2011 citado en Restrepo, 2013)

En el fondo la utilidad del racismo institucional permite develar como en los lugares donde ocurren los despojos y se profundizan violencias, desigualdades y exclusiones, habitan grupos sociales históricamente marginados y relegados a vivir en condiciones de explotación, a la par que los paisajes locales y sus territorios son convertidos en mercancía para garantizar los procesos de circulación y acumulación del capital global. Las comunidades afrocolombianas se sitúan en un devenir histórico-político de despojos que va desde los espacios de la colonia o la plantación a un presente de desplazamientos y migraciones forzadas invisibles y no reconocidas en las prácticas de legibilidad migratoria

del Estado colombiano. La inserción de los afrocolombianos en Ecuador se establece en sitios de trabajo precarizado, o asentamientos en las periferias donde hacina una población afroecuatoriana expulsada de los sistemas políticos y económicos internos del país (volveremos sobre este punto en capítulo 6).³²

³² En suma, el carácter, el contenido y lugar de estos despojos bien pueden referir a lo que Saskia Sassen ha denominado como “expulsiones”. Para esta autora el concepto de expulsiones: Nos lleva más allá de la idea más familiar de desigualdad creciente como forma de aludir a las patologías del capitalismo global de hoy., Además trae al primera plano el hecho de que largas cadenas de transacciones que pueden terminar en simples expulsiones con frecuencia se originan en formas de conocimiento y de inteligencia que respetamos y admiramos. (Sassen, 2013, p. 11).

Dibujo 3. A río muerto, tierra muerta



Dibujo elaborado por Samuel en la vereda Congal-Frontera durante el derrame de crudo, junio de 2015.

Como se demostró en este capítulo las transformaciones significativas de los territorios afrocolombianos fronterizos con Ecuador no han sido únicamente producidas por las violencias y sus actores, las formas en que las élites conciben lo nacional y el Estado-nación en particular, en jerarquías que racializan a los grupos sociales, no solamente por su “color de piel” y culturas, sino también por sus regiones y modos de producción del espacio, aumentan las posibilidades de que se produzcan desplazamientos forzados internos y flujos de migración transnacional; en contextos políticos en el que la “visibilización” del

conflicto armado en regiones como el Pacífico aparece más como pretexto para justificar la ampliación de los controles policiales y militares sobre los espacios habitados por comunidades afrocolombianas.

Las comunidades afrocolombianas se encuentran profundamente articuladas con el Estado-nación, no desde el ejercicio de una ciudadanía activa, es decir en relación con el goce efectivo de derechos humanos, sino desde procesos históricos coloniales y neocoloniales que intentan transformar la discursividad histórica de los modos en que estas comunidades construyen territorios en espacios confinados a profundas desigualdades sociales, lo que incrementa las posibilidades de ser objeto de exterminio de los grupos armados y sus estrategias de despojo de tierras y territorios. De este modo es importante reconocer a la frontera colombo-ecuatoriana en una situación de conflicto y de fricción que se revela en las movilidades, desplazamientos, cruces fronterizos de las personas y familias; pero también en los sentidos que sobre los proyectos de vida personal y colectivo construyen los niños y jóvenes de estas comunidades. Viajar en lancha con cargamentos de cocaína no es una aspiración voluntaria, es el principio o resultado, de un entramado de violencias, estereotipamiento y fronteras internas que hacen que estos jóvenes a más no puedan aspirar. En el siguiente capítulo veremos este punto con mayor detalle.

Ilustración 28. Casa de familia pescadora abandona a raíz del derrame de petróleo



Fuente: fotografía propia. río Mira, diciembre de 2015.

Ilustración 29. Escuela abandonada en el río Mira



Fuente: fotografía propia, río Mira, marzo de 2017.

5. CAPÍTULO: “ESPACIALIDAD DE LAS VIOLENCIAS”

Es importante traer a la discusión como el despojo también configura una “espacialidad de las violencias” que restringe las movilizaciones rutinarias de las personas. En la frontera colombo-ecuatoriana no todas las personas y familias despojadas de sus territorios migran hacia Ecuador, algunas se reubican en veredas cercanas. Las redes de la familia extensa acogen a las personas despojadas y ofrecen las principales ayudas (vivienda, comida, ropa) para garantizar condiciones mínimas de estabilidad. Como ya se mencionó, en la década de los 90 esta zona de frontera se sitúa como uno de los principales escenarios para el accionar de grupos guerrilleros. A finales de los 90 también comienzan a tener presencia grupos paramilitares iniciando una serie de disputa con los grupos guerrilleros por el control de los territorios estratégicos para la cadena productiva de la coca. En el entremedio no de estas disputas territoriales las comunidades afrocolombianas han padecido las consecuencias, entre ellas la transformación de sus espacios locales en lugares del miedo y la guerra. En el testimonio de Samira, una joven de 17 años, que ha sido desplazada junto con su familia en dos ocasiones por grupos paramilitares, podemos observar cómo opera la “espacialidad de las violencias”.

Detrás de la casa que está en la otra orilla del río hay un cementerio. Allá entre los arbustos del manglar están enterrados toda la gente que asesinaron los paramilitares. Cada vez que mataban a alguien venían a las casas a prestar machete y hachas para desmembrar los cuerpos, algunos los tiraron al río, otros los enterraron manglar adentro. La gente del pueblo ya casi no va para allá. Los que se creen muy valientes van de vez en cuando a sacar conchas. Algunos dicen que escuchan voces, como si fueran almas que estuvieran pensando, otros aseguran a ver visto espantos y sienten que al caminar los están persiguiendo.

Samira tiene 17 años. Aprendió a remar a canaleta a la edad de 4 años. Ella dice ser una “culebra en el río” por su destreza en las aguas y sus conocimientos de las trochas que conectan con esteros donde abundan las guaguas, peces pequeños que son atrapados con anzuelos y carnada de chame. Hace 11 años, Samira vivía junto con sus padres y tres hermanos en la orilla del río, precisamente en aquella casa que en su parte trasera y entre mangles, montes y arbustos se esconde el cementerio que dejaron los paramilitares. Esas tierras les pertenecían a sus pueblos paternos de quienes heredaron la vocación para

sembrar cacao y plátano. La familia Martínez y los Nazareno, también tenían tierras que colindaban con la de los abuelos de Samira. Cuando llegaron los paramilitares al pueblo, su familia se mudó a vivir a la casa de su tía María, ubicada en la parte alta de la vereda. Recuerda que en horas de la mañana un grupo de 10 hombres altos y blancos, uniformados y con armas tocaron la puerta de su casa y advirtieron a sus padres que tenían una hora para desocuparla. Apenas tuvieron tiempo para hacer maletas, guardar algo de ropa y las herramientas de trabajo de su padre: atarrayas, anzuelos, machetes y botas. Salir de ahí era impostergable. En el relato de Samira:

Las horas siguientes lo dijeron todo. Los paramilitares llegaron por docenas. Eran aproximadamente 300 hombres, algunos se quedaron en nuestra casa, otros armaron pequeños cambunches en la parte trasera de la azotea.

Desde aquel momento la vida de Samira y su familia cambió. Sus tierras pasaron de ser el lugar en el que se cultivaban diferentes árboles y plantas para el consumo diario y la venta de frutas en veredas aledañas, a convertirse en testigo de las masacres cometidas por los paramilitares. Las masacres eran todos los días. Los paramilitares recorrían las veredas cercanas, andaban con lista en mano, buscando a los jóvenes que supuestamente eran ladrones o informantes de la guerrilla, una vez identificaban a sus víctimas se los llevaban al “matadero”, como ellos mismos le apodaron al lugar.

El eco de los gritos de la gente que era masacrada se escuchaba de orilla a orilla, también el sonido de las motosierras y machetazos cuando desmembraban los cuerpos. En ese instante de violencia nadie salía de sus casas. La gente de la comunidad empezó a sentir miedo de esas tierras. Este lugar se convirtió en un sitio de muerte, de ejecución. (Samira, comunicación personal, 11 de enero de 2015).

El padre de Samira recuerda la impotencia que sentía al no poder trabajar en sus tierras, en las que había permanecido 65 años. Los habitantes del pueblo bautizaron aquellas tierras como la “boca del muerto”, ahí no solamente fueron asesinados y enterrados los jóvenes de las veredas ribereñas, sino también hombres y mujeres paramilitares. Según la gente del pueblo eran frecuentes las peleas internas entre paramilitares que terminaban matándose unos a otros. En la actualidad los paramilitares ya no están, pero si sobreviven los recuerdos de las masacres y los cuerpos desmembrados, los gritos de auxilio de las víctimas aun retumban manglar adentro.

Para Samira, las voces que dicen escuchar quienes han frecuentado en los últimos años este lugar son los espíritus de las personas que fueron asesinadas: *“las familias de esos muertos ni siquiera se deben de imaginar que sus hijos están enterrados en estos manglares. Esos espíritus no van a descansar hasta que sus familiares los encuentren, por eso están penando”*. La “boca del muerto” es el lugar de las ausencias y los miedos que se ha instalado en el imaginario colectivo de la comunidad por medio de apariciones y voces. El manglar es testigo de las atrocidades de la guerra y la reconfiguración de la naturaleza que paso de ser el lugar de las vivencias cotidianas y economías tradicionales a convertirse en una gran “fosa común”.

Dibujo 4. El manglar como testigo



Dibujo elaborado por Samira, febrero de 2015.

El dibujo y testimonio de Samira abre la discusión para abordar a la naturaleza como testigo de las masacres cometidas por los grupos paramilitares. En este caso el manglar y el monte constituyen entidades vivenciales en los que se impregnan los imaginarios, representaciones y miedos de las personas en contextos de guerra. La naturaleza habla y se reconfigura a partir de las experiencias de los sujetos con sus lugares. Las masacres instauran un modelo de violencia sobre las personas y la naturaleza que desplaza las experiencias históricas en como las comunidades se han apropiado de sus espacios, a su transformación en ambientes inhóspitos. Algunos lugares de los manglares y montes se representan y son reapropiados por las comunidades como una naturaleza hostil y peligrosa

El relato de Samira también permite analizar que el despojo de tierras y territorios no solo ocasiona desplazamientos físicos de las personas, sino también construye una memoria donde la vivencia histórica con sus lugares recrea momentos de miedos e incertidumbres. En otras palabras, el miedo genera en las personas un proceso que podríamos denominar siguiendo a Oslender “desterritorialización mental” (2008). Esta se da cuando,

Como resultado de la violencia, ciertos lugares parecen peligrosos y esta percepción (mental) resulta en la evasión (práctica) de estos lugares y así en la pérdida o una ruptura del control territorial. Aun cuando el terror no haya sido experimentado de primera mano, sino en forma de rumores, una ansiedad más bien general puede rápidamente volverse percepción concreta de una amenaza externa y miedo que efectúan estos procesos de desterritorialización mental. (p: 12).

En el primer capítulo hablamos de que las comunidades construyen sus lugares a partir de prácticas de apropiación del espacio. Como también se mencionó, Gilberto Giménez (1996), ofrece el concepto de “fabricación” del territorio para mostrar las formas en que las comunidades y políticas económicas construyen territorios acordes a sus intereses y representaciones del espacio. En el contexto de las violencias accionadas por grupos armados ilegales también se desarrollan prácticas de apropiación del espacio. En estos grupos el espacio es apropiado a partir de formas parceladas medibles y cuantificables de la tierra para la siembra de cultivos de coca, instalación de laboratorios para la producción de cocaína e instalación de casas de campaña temporales para el accionar de sus

operaciones armadas. Siguiendo a Lefebvre estos grupos operan a partir de una concepción de “espacio abstracto”, el espacio instrumental. Este espacio se convierte en una entidad fundamentalmente visual: concebida y construida para ser vista a partir de un ejercicio de organización y control del espacio y los grupos sociales que lo habitan. Los grupos armados transforman la experiencia material, que vincula la realidad cotidiana de las comunidades, *el espacio vivido*, en una “espacialidad de las violencias”, que pretende reducir la significación histórica de la vivencia en los territorios a simple mercancía para el desenvolvimiento de las economías criminales.

Durante los recorridos comunitarios con pobladores locales era visible observar como algunos itinerarios que vinculan el sistema de lugares en el espacio local y transnacional se manifestaban a partir de recuerdos de masacres, desmembramientos de cuerpos, secuestros y asesinatos selectivos. En otras palabras, los grupos armados se apoderan de los lugares y realizan un adecuado tiempo-espacio acorde a sus estrategias de dominación y control de los territorios y pueblos que lo habitan.

Por otra parte, algunos de estos espacios fueron convertidos en “fosas comunes” en que los grupos armados intentaban borrar todo rastro de sus acciones. Lo cual complejiza los escenarios actuales de reparación a las víctimas y exhumación de cuerpos. Estas tragedias al igual que las geografías en las que están sembradas han permanecido totalmente invisibles ante el Estado colombiano.

En julio de 2017 realicé un taller de cartografía social con niños y jóvenes entre los 10 y 17 años en las veredas Sagumbita y Cacagual. El ejercicio consistía en representar por medio de dibujos los lugares más significativos para ellos en su territorio. Llama la atención el dibujo y testimonio de Carlos al que él llamó “*Cabeza en el río*”. Veamos:

Dibujo 5. "Cabeza en el río"



Fuente: Dibujo elaborado por Carlos, julio de 2017.

En el dibujo de Carlos aparece la cabeza de una mujer de cabello negro y piel blanca sumergida en un saco que navega sobre el río. Un hombre que boga sobre las aguas en compañía de un niño en una pequeña canoa construida con cedro se acerca hacia el saco, según Carlos, en el pensamiento del hombre se imagina que es coca -es recurrente que los pescadores encuentren coca navegando sobre las aguas, principalmente cuando hay crecidas de río e inundaciones-. Con precaución el hombre toma su canaleta y arrima el saco hacia su canoa y procede a desamarrar la gruesa cuerda que ata su abertura. Al inclinar sus ojos hacia la profundidad del saco se sorprender al ver la cabeza de una mujer, inmediatamente le grita al niño con voz alta y a la vez temerosa *¡cierra los ojos y apriétalos bien fuerte!* El niño obedece al hombre; sin embargo, su curiosidad lo impulsa a acercarse hacia el saco y corroborar por cuenta propia su contenido. Con una sensación de miedo y frío en su cuerpo le pregunta al hombre *¿quién es esa mujer? ¿dónde está el resto de su cuerpo?* El hombre le responde: *“a lo mejor es una paraca, esa gente hasta se mata entre ellos”*.

Carlos al describir su dibujo con una mirada tímida y una voz entre cortada, sintiendo temor por lo que decía, señaló que el hombre y el niño del dibujo eran él y su

padre. Menciona que, todas las tardes, después de salir de la escuela acompañaba a su padre a pescar en el estero que está cerca de Sagumbita, una zona que atrae a los pescadores por la diversidad de peces que llegan al lugar. Para Carlos navegar y abrirse camino en las trochas de los ríos resultaba ser una experiencia fascinante. Recuerda que una tarde que viajó con su madre a visitar a su tía Maruja a Tumaco, miró un programa de televisión sobre biología marina en el que se hablaba de la diversidad de peces que hay en el mar, con una leve sonrisa en el rostro presume que muchos de esos peces él ya los conocía porque no están solo en el mar, sino también en el río; incluso había logrado montar su propia colección de peces que guarda con mucho cuidado en el pequeño cuarto de madera que comparte con sus cuatro hermanos. Su hermano mayor, vive en Cali hace 15 años. Carlos recuerda que en una navidad él le llevó a regalar un pequeño afiche que titula: “La vida en el mar”. Carlos soñaba con ser biólogo marino.

Carlos ya no volvió acompañar a su padre a pescar. Los domingos su familia suelen navegar a Sagumbita a visitar a familiares, por su parte él prefiere quedarse en casa cuidando a su abuela, dice sentir miedo al pasar por ese lugar. En su cabeza se repite la imagen del rostro de la mujer unida a la pregunta que le hizo a su padre *¿dónde está el resto de su cuerpo?* A la que trata de responderse así mismo: *se lo comieron los peces y cangrejos*. Hoy en día Carlos ya no colecciona peces; en las tardes prefiere acompañar a su mamá al culto y tocar la batería de la iglesia cristiana a la que pertenecen. En sus ratos libres lee la biblia, su parte favorita son los versículos del apocalipsis, sobre todo aquellos que hablan del fin del mundo. Ahora sueña con ser baterista de música cristiana.

Al igual que Samira, el relato de Carlos, muestra como las geografías de los ríos que históricamente han significado para las comunidades afrocolombianas espacios de socialización de sus actividades productivas se transforman en espacio del miedo que obstruyen sus prácticas económicas a la vez que obstruyen los procesos de transmisión de saberes intergeneracionales y modifican las percepciones y aspiraciones de los niños sobre su presente y futuro. Situación que también repercute en la cohesión social al interior de las comunidades, dado que paulatinamente las personas son obligadas a modificar sus formas de organización social para adecuarse y responder al espacio producido por las violencias y grupos armados ilegales.

Ulrich Oslender (2008) en sus estudios con comunidades afrodescendientes en el Pacífico colombiano propone el concepto de “*geografías del terror*” para analizar las reconfiguraciones de los paisajes locales a consecuencia del conflicto armado en el país. Dicho concepto consta de siete puntos principales:

1. ***La producción de “paisajes de miedo”***. Estos pasajes también se manifiestan en territorios vacíos (o vaciados) creados cuando los pobladores locales huyen, y abandonan sus casas por amenazas, o temor de persecuciones y masacres. En la frontera colombo-ecuatoriana se hace evidente como algunas veredas se encuentran “vacíos” o presentan casas dispersas producto del abandono de sus habitantes huyendo de las violencias armadas. Por ejemplo, en la vereda La Barca, pueblo mareño, existen palafitos sembrados sobre las orillas del mar que dan testimonio del despojo territorial de las familias afrocolombianas a manos de grupos armados ilegales, pero también algunas movilidades en esta vereda fueron ocasionadas por las crecientes mareas que amanezcan constantemente lo rudimentario de sus casas de palafitos.

2. ***Restricciones en las movilidades y prácticas espaciales rutinarias***. El contexto del terror reduce los tránsitos cotidianos de las comunidades y personas; en otras palabras, lleva a una fragmentación del espacio. El espacio se muestra como una naturaleza peligrosa que bloquea la posibilidad de reapropiación de ese espacio por parte de las comunidades locales.

3. ***Dramática transformación del sentido de lugar***. Las experiencias de vida en el espacio son desplazadas por narrativas que traen a la memoria los recuerdos de las violencias armadas. en la frontera colombo-ecuatoriana se hace evidente una transformación generacional del sentido de lugar: mientras los adultos mayores suelen narrar sus experiencias de “abrirse camino” entre los mangles y ríos para construir sus asentamientos; los niños y los jóvenes narran esta geografía a partir de experiencias vinculadas a las violencias armadas, economías y rutas del narcotráfico.

4. ***Desterritorialización***. “Los desplazamientos forzados y la búsqueda de nuevos lugares de residencia son las muestras más visibles de este aspecto” (Oslender, 2008, p. 15).

Sin embargo, como observamos en los testimonios de Samira y Carlos, la desterritorialización también existe cuando las personas se sienten restringidas en sus movimientos y espacios rutinarios.

5. Movimientos físicos en el espacio. Los desplazamientos pueden resultar en migraciones de corta distancia y duración, por ejemplo, hacia viviendas de familiares en un poblado cercano. En el caso de la frontera colombo-ecuatoriana los desplazamientos forzados con frecuencia son entre veredas, hacia Tumaco o Ecuador.

6. Re-territorialización. Los procesos de desterritorialización deben ser vistos conjuntamente con los de re-territorialización. Lo uno no ocurre sin lo otro (Oslender, 2008). El retorno de las poblaciones desplazadas a su lugar de origen, por ejemplo, es uno de estos momentos que implican re-territorialización o la construcción de nuevos lugares en la sociedad receptora de la población desplazada. Es importante aclarar que el regreso a las tierras de origen no es fácil. Este acompañado por el miedo y la incertidumbre sobre posibles repeticiones de los fenómenos de violencia que originaron el desplazamiento forzado. En la frontera colombo-ecuatoriana las personas que huyen de la guerra suelen regresar por temporadas cortas, siempre informándose sobre qué grupos armados operan en la zona y las condiciones en que se encuentran las tierras, la casa y el pueblo.

7. Estrategias espaciales de resistencia. Las personas resisten a la imposición del terror individual y colectivamente en muchas formas y a muchas escalas, desde el plano personal y el comunitario, hasta el nacional y el global. En la frontera colombo-ecuatoriana los consejos comunitarios han logrado articular en el espacio nacional una política de denuncia frente a las atrocidades de la guerra. En el espacio local las familias crean escondites en su casa para salvaguardar la vida de las personas que están siendo buscadas por los grupos armados ilegales. A escala global, en Ecuador, la familia extensa ayuda a la reubicación de sus familiares desplazados y su posible inserción en espacios precarizados de trabajo.

A los siete puntos propuestos por Oslender agregaría un octavo punto **Espacios de Confinamiento**. Durante el taller de cartografía social, Vitalia, una niña de 14 años, dibujó lo que para ella y su familia ha sido la experiencia de movilidad por el río y entre veredas.

En su dibujo, además narra la historia de su tío José, quien fue asesinado por grupos paramilitares al ser “confundido” como informante de la guerrilla de las FARC. José había recibido amenazas en las que se le advertía que si cruzaba hacia veredas cercanas controladas por grupos paramilitares sería asesinado. Pese a las advertencias una tarde de domingo decidió ir a visitar a su madre a la vereda Cacagual. Al llegar a este lugar fue reconocido y asesinado por los paramilitares.

Dibujo 6. Espacios de confinamiento



Fuente: Dibujo elaborado por Vitalia, febrero de 2016.

El dibujo de Vitalia tiene un contexto más amplio de explicación. El 19 de septiembre de 2001 en Tumaco fue asesinada la monja, Yolanda Cerón, por un sicario que le propició varios disparos. Su trabajo con las comunidades afrocolombianas, sus peticiones de titulación de tierras, así como sus denuncias en contra de las acciones contra la

población civil perpetrados por el Bloque Libertadores del Sur de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), motivaron su asesinato (Verdadabierta/10/2014). Aprobada la Ley 70 de 1993, la cual permitía a las comunidades afrocolombianas conformar consejos comunitarios y solicitar se les reconocieran derechos colectivos, Yolanda emprendió una campaña pedagógica de socialización, principalmente con las comunidades rurales y ribereñas para que se organizarán y exigieran el reconocimiento de títulos colectivos sobre los territorios, consiguiendo así la titulación de 96.000 hectáreas de tierra para 9.000 afrocolombianos en el departamento de Nariño. Hacia un año que los grupos paramilitares habían anunciado su llegada a Tumaco, intimidando a diversos sectores de las organizaciones de comunidades negras que exigían ante el Estado la titulación de sus territorios colectivos.

Fue precisamente en el momento en que se entregaban los primeros títulos colectivos a las comunidades beneficiarias cuando la irrupción de actores armados empezó a manifestarse y con ella una dinámica que dramáticamente dio marcha atrás a la suerte de las comunidades negras en el Pacífico y embarcó a la región entera en un mar de violencia y terror (Oslender. 2008, sf)

La llegada de los paramilitares se asocia con la disputa militar de la región a la guerrilla de las FARC y el ELN (Restrepo, 2003). Principalmente, la presencia paramilitar en la zona rural de Tumaco buscaba el control de los cultivos de coca y rutas para el tráfico de cocaína. Sin embargo, sus acciones armadas tenían como objetivo militar a los líderes y representantes de los consejos comunitarios de Tumaco. Así el 2 de febrero de 2000 asesinaron a Francisco Hurtado, gestor del Consejo Comunitario del Alto Mira y Frontera. Tras la muerte de Hurtado se registraron más asesinatos selectivos, entre los que se encuentran el de los periodistas Marisol Revelo, de Radio Mira y Teletumaco y Flavio Bedoya del periódico Voz, este último asesinado según alias ‘Pablo Sevillano’ por pertenecer al Partido Socialista y ser colaborador de la guerrilla. (Verdadabierta/10/2014).

En un principio los grupos paramilitares al mando de Pablo Sevillano tenían control de la zona urbana de Tumaco. Ganaron la simpatía de los comerciantes locales (la mayoría provenientes de Medellín) por sus estrategias de “limpieza social” la cual consistía en el asesinato de asaltantes, pandilleros e indigentes, consumidores de drogas y pandillas

juveniles. “A punta de masacres, asesinatos selectivos y amenazas a comerciantes, y funcionarios oficiales, ‘Pablo’ y sus hombres se convirtieron en los personajes más temidos de la región” (Semana, 2003). Progresivamente estos grupos fueron ganando terreno en las zonas costeras y ribereñas del municipio. La cartografía de la guerra en Colombia ha ubicado la presencia de los grupos guerrilleros en las zonas selváticas y montañosas, mientras que los grupos paramilitares con frecuencia controlan las zonas urbanas. En el caso de Tumaco, la zona rural y ribereña era el escenario más cotizado para la movilización de las economías criminales, principalmente tráfico de armas y laboratorios para la producción de cocaína. En los Consejos Comunitarios del Alto Mira y Bajo Mira y Frontera el bloque Libertadores del Sur llegó a disputarle a las FARC los principales centros de acopio y rutas para la salida de la droga. Pobladores locales de la vereda el Congal manifiestan que en el 2003 llegaron aproximadamente 300 hombres uniformados y solicitaron a toda la población incluidos, niños y adultos, reunirse en la cancha de futbol de la comunidad. En palabras de la señora Lidia, habitante de la vereda:

Esa gente llegó con un ruido estruendoso. Un montón de lanchas se parquearon en el embarcadero y comenzaron a desembarcar unos hombres altos, la mayoría de ellos blancos. Eran como las 5 de la tarde. Yo me encontraba en el culto de la iglesia. Con megáfonos fueron alertando a la comunidad para que nos reuniéramos en la cancha de futbol porque nos iban a dar instrucciones de cómo se manejarían las cosas de ahora en adelante. También exigieron que las familias les entregarán a los muchachos que supuestamente eran informantes de la guerrilla. Los paramilitares traían una lista como de 10 muchachos, lograron llevarse a tres de ellos, siete se salvaron porque estaban en el monte cortando madera y fueron alertados a tiempo sobre la llegada de estos grupos. Los muchachos que se llevaron no regresaron más, con los días uno de ellos fue encontrado muerto en un estero de la punta del Mira, de los otros se desconoce su paradero. (Lidia, comunicación personal, 11 de marzo de 2017).

La primera acción de mando de los paramilitares sobre la comunidad fue controlar la movilidad en la parte alta del río Mira que desemboca en el poblado de Palma Real, territorio ecuatoriano. De igual manera, se le exigió a la comunidad que la producción de los cultivos de coca tenía que vendérsela a ellos. Si eran sorprendidos vendiendo el producto a grupos guerrilleros serían asesinados.

Ellos aquí se posicionaron como los amos y señores del pueblo. La gente vivía con miedo porque solo hablaban de matar a quienes no cumplían sus reglas. La gente que cultivaba su coca le vendía el producido a ellos, al precio que ellos querían. En las veredas de la parte baja del Mira esa gente cometió muchas matanzas, sobre todo de jóvenes de las comunidades que supuestamente eran informante de las FARC. En ocasiones llegaba el ejército y había enfrentamiento entre ellos. Con el tiempo uno ya no sabía de qué bando venían las balas, si de la guerrilla, los paramilitares o el ejército, era un constante fuego cruzado. (Lidia, comunicación personal, 11 de marzo de 2017).

Los paramilitares impusieron parámetros de control espacial que restringían los movimientos rutinarios de las personas sobre sus espacios, principalmente ejercían una vigilancia en el “monte” lugar de trabajo de las personas. La espacialidad del río Mira fue fragmentada en diferentes espacios, una con presencia de grupos guerrilleros, otra con presencia de grupos paramilitares y en otras operaban algunos mandos de las Fuerzas Militares del país. Las familias y personas sentían temor de cruzar de una vereda a otra, la incertidumbre de no saber qué bandos operaban en cada una de las veredas restringía sus actividades de intercambio y comercialización de productos *“pues uno nunca sabe con quién está hablando y menos si es informante de alguno de esos grupos”* señaló la señora Lucha, habitante del Congal. Es necesario indicar que estos parámetros de control espacial no son fijos, pues la fluctuación del poder territorial a través de confrontaciones militares hace que la situación concreta del control territorial pueda ser re-mapeada en cualquier momento (Oslender, 2008). Sin embargo, generan condiciones de confinamiento: la imposición de medidas sobre la movilidad de las personas por sus espacios, el control en el acceso de alimentos e insumos básicos de diferentes comunidades, sin tener la oportunidad de ejercer libremente sus relaciones socioeconómicas, familiares, entre veredas y con su entorno.

El confinamiento puede ser concebido como una modalidad de desplazamiento forzado o despojo. Es decir, estos no ocurren solamente cuando las poblaciones locales son expulsadas a la fuerza de sus tierras y obligadas a re-territorializarse en otros espacios; sino también cuando son confinadas dentro de sus propios espacios de vida. Otra de las modalidades de confinamiento de los grupos paramilitares y guerrilleros fue enterrar minas antipersonas entre la selva. Las comunidades sentían temor de caminar “monte arriba” pues

no sabían en que lugares podrían ser detonadas estas minas antipersonas. Situación que restringió el trabajo de hombres, mujeres y niños en sus parcelas de tierra. Estas geografías al ser territorios “aislados” de la vida política y social del país refuerzan más las condiciones de vulnerabilidad y confinamiento de las comunidades locales a mano de grupos armados ilegales. Son realidades poco visibilizadas y reconocidas en las memorias del conflicto armado colombiano. Las experiencias de confinamiento viven en la memoria colectiva de los pueblos, siendo narradas en relatos traumáticos de dolor. Como ya se mencionó esta situación genera una desterritorialización mental del espacio vivido y el tejido comunitario construido histórica y generacionalmente. Para el Codhes, el confinamiento, contempla diferentes acciones adelantadas por los actores armados del conflicto:

Prácticas como los minados; las restricciones a la circulación, las situaciones de combate; el uso de escudos humanos; los mecanismos de traslado, control y empleo de fuerza de trabajo en cultivos de uso ilícito; la prohibición de actividades tradicionales y restricción de horarios; el reclutamiento forzoso; las amenazas; los asesinatos selectivos; los bloques a misiones médicas y/o humanitarias; las limitaciones al abastecimiento; el permiso de circulación a personas específicas de los núcleos familiares, entre otros tipo de ejercicios de coerción por parte de actores armados legales o ilegales, contribuyen a la configuración de situaciones de confinamiento. (Codhes, 2008, p.2018).

Los anteriores ocho puntos proponen un itinerario para acercarnos a la racialización del despojo y su ensamblaje con la “espacialidad de las violencias” como conjunto de prácticas, emociones, representaciones y desplazamientos que operan desde una escala local (el río, el “monte” la vereda) hasta una escala transnacional. La espacialidad de las violencias se reproduce entre el racismo que se funda en procesos de racialización de los rasgos fenotípicos y lugares de las comunidades afrocolombianas, y el racismo que “fabrica” a sus identidades y corporalidades como “vidas” precarias”: sujetos confinados a espacios de marginalidad a tal grado que son objeto de los grupos armados y sus estrategias de despojo no solo de la vida material y productiva, sino también de la vida simbólica y cultural.

Considero importante detenernos a analizar con mayor profundidad las representaciones que los jóvenes hacen de su espacio ¿Cómo producen el espacio? y ¿Qué

significados le atribuyen a esta producción? Para dar respuesta a estas preguntas en el siguiente apartado se exponen algunas narrativas recopiladas durante el trabajo en campo.

6.1 TESTIMONIOS DE GUERRA EN LA FRONTERA

Armas de juguete

Eran las tres de la tarde, me encontraba en la cancha de fútbol tomando unas fotografías al río y la densidad de los manglares. Mi intención era captar en la imagen lo representativo de la naturaleza para las comunidades. En ese momento se acercan sigilosamente dos niños, Steven y Andrés, me preguntan con una fuerte voz que se impone:

- ¿Qué está haciendo?
- Tomando unas fotografías al río, respondí.

Los niños se miran entre sí con cierta frialdad, sus miradas transmitían desconfianza hacia mi respuesta. Steven, pregunta ¿usted es periodista?

- No. Soy estudiante.
- Tenga cuidado, no vaya a ser que por andar tomando fotos le metamos unos pepazos (tiros), sentenció Andrés.

Steven tiene 11 años y Andrés 12 años. Una los ve de cerca o de lejos y piensa que son inofensivos. Siempre juegan con armas elaboradas de trozos de madera torpemente clavados, asemejando un rifle o una pistola. Esa tarde de manera muy sutil me presumieron sus armas, las portaban sobre la cintura de sus pantalones. En ese instante me llamó doña Martina y me sugiere que no me acerque a esos niños, son hermanos, en el pueblo han ganado la fama de buscapleitos y, según ella desde que su mamá los envió a estudiar a Tumaco llegaron con malas mañas y solo juegan a ser sicarios.

La mamá de Steven y Andrés ve normal que sus hijos jueguen con armas de juguete. Para ella, jugar con armas no tiene nada de malo, eso les ayuda a ser más “hombrecitos” y a defenderse de la gente que les quiera hacer daño. El padre de los niños está preso en una cárcel en Ecuador, lo capturaron transportando coca en el fondo de unos bultos con cacao. Por esta razón, su madre los envió a estudiar a Tumaco y regresan a la

vereda en vacaciones. En Tumaco viven con una tía y un hermano mayor en el barrio Nuevo Milenio, lugar conocido como “*sal, si puedes*” una zona controlada por bandas criminales dedicadas a la extorsión y microtráfico de drogas; para ingresar a este barrio es fundamental tener familiares o conocidos, quienes deben avisar a los jefes de las bandas sobre la llegada de cualquier foráneo, de lo contrario la mayor probabilidad es ser asesinado.

Steven y Andrés asisten al taller de dibujos “Cartografías de mi territorio”. A diferencia de los otros niños deciden hacer uno entre ellos. En la socialización del dibujo representan a dos hombres sobre una moto, el hombre que va en la parte trasera lleva un arma y dispara en el pecho de una persona que va caminando sobre la calle.

Steven, dice: él que dispara es mi hermano, ese man tiene un ojo fijo para tirar el gatillo, ra-ta-ta-ta-ta-ta lo descarga todo en un segundo. Andrés, le complementa: entre más lejos él este su tiro va más a la fija.

Para estos niños su hermano mayor es un héroe. Se incorporó hace dos años como sicario para una banda criminal en Tumaco, nunca ha sido arrestado por la policía y tampoco las bandas enemigas lo han intentado asesinar, eso se debe al respeto y poder que ha ganado en la zona, indica Steven. Según él su hermano ha asesinado a 5 personas, algunos por órdenes de sus superiores y otros porque se le atravesaron en el camino.

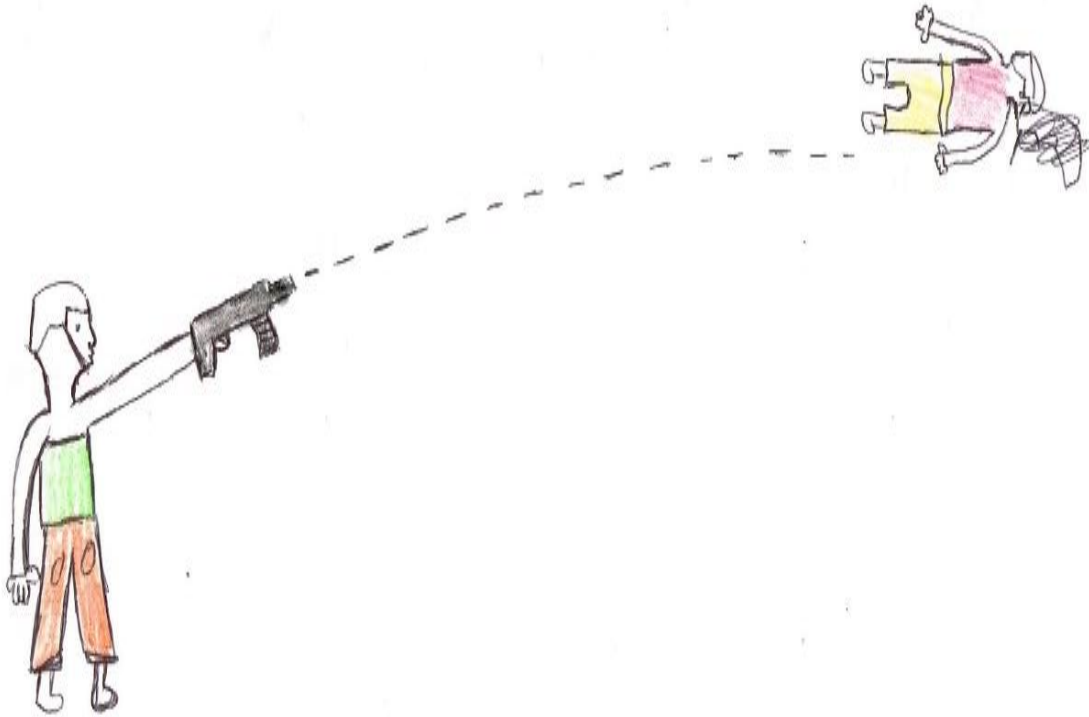
Steven y Andrés conocen diferentes tipos de armas, incluso presumen que su hermano les ha enseñado a disparar. Quieren tener una pistola de verdad, balas de verdad. Ellos quieren ser sicarios.

Dibujo 7. Armas de juguete



Fuente: Dibujo elaborado por Steven y Andrés, febrero 14 de 2016.

Dibujo 8. El soldado



Fuente: Dibujo elaborado por Brayan, febrero 25 de 2016.

Testimonio de Brayan

(16 años).

El ejército se metió al pueblo a las 6 de la mañana. Llegaron en busca de mi hermano Juan y mi papá. Era un domingo, día en que no se va al monte a trabajar. Despertaron a todo el pueblo. Run-run-run-run sentimos cuando las lanchas llegaron,

venían con metralletas y fusiles. Tocaron de casa en casa preguntando don vivíamos. Nadie decía nada.

Fueron entre 30 y 40 minutos los que los soldados invirtieron en recorrer todo el pueblo y esculcar casa por casa. Todos teníamos miedo y salimos corriendo a escondernos en el aserrío. Mi hermanita lloraba, mi madre le tapaba la boca. Los uniformados llegaron a la casa de don Pedro, le pusieron un fusil en la cabeza y lo amenazaron que si no decía dónde estábamos lo iban a matar. Don Pedro no tuvo otra opción que mostrarle nuestra casa, en la punta de la vereda. Los soldados quemaron nuestra casa con las gallinas y cerdos, nuestro motor, incluso hasta al perro. Se tomaron cada esquina del pueblo, la gente no salía de sus casas.

Pasaron como 10 minutos y obligaron a la gente a reunirse en la cancha. Llamaron al centro a doña María y su hija Laura, volvieron a amenazar en matarlas y quemar todo el pueblo si la gente no decía nuestro paradero. El hijo de doña Martha, un muchacho que le decían “Película”, les dijo: búsquenlo en el aserrío, allá deben estar escondidos.

Mi hermano y mi papá corrieron hacia los arbustos. Escuché las botas de los soldados caminar sobre el monte. Nos hicieron una emboscada. Mi mamá, mi hermanita y yo nos escondimos entre los bloques de madera y nos tapamos con costales. Sentía miedo. Oí el disparo, mi mamá grito. Mataron a mi hermano.

No mataron a mi papá, pero le advirtieron que, si continuaba de faltón, vendrían por él.

Dibujo 9. El culto



Fuente: Dibujo elaborado por Juanita, febrero 15 de 2016.

Juanita tiene 14 años, para ella la muerte ha llegado a su familia gota a gota. En los últimos nueve años han sido asesinados su hermana y hermano. Empezaron con Efrén, el mayor, a balazos lo mataron los paramilitares junto a su mujer en un bailadero de uno de los caseríos más recónditos del río Mira que se esconde entre la espesura de manglares y arbustos. Marcela, su hermana, fue asesinada por un guerrillero cuando salía del culto, en venganza porque su marido le debía la plata de una mercancía (coca). “Le descargó como 15 tiros en el pecho, cabeza y abdomen, un tiro le atravesó los ojos” dice Juanita tocándose el rostro.

Juanita que estaba en el fondo de la iglesia, empezó a gritar. Se mantuvo ahí, en cuclillas. Ella no encontró habla. Y no era para menos: su hermana estaba muerta en el suelo y ensangrentada.

La mamá de Juanita esta presa en Perú, la capturaron transportando cocaína, fue condenada a ocho años de cárcel. Juanita, desde muy temprana edad, ante la ausencia de la madre tomo su lugar, como es frecuente en el Pacífico. Ahora Juanita vive en casa de su prima Lucero y tiene bajo su cuidado a Sofía y Kevin, los hijos mellizos de Marcela. Juanita no conoce a su papá.

LA VENGANZA

28 de enero de 2016.

Es día de ayuno en la iglesia cristiana. Las familias, en su mayoría compuestas por papá, mamá e hijos lucen sus mejores vestidos, no es un día cualquiera, es un día especial para alabar a Dios. Ricardo y Ferney se encuentran en la iglesia. Se saludan. ¿Y tú papá? pregunta Ricardo, ¿por qué no viene nunca? ¿no le gusta ser cristiano? ¿no le gusta el campo?

- No puede. Responde Ferney.
- ¿Por qué?
- Porque está muerto: le pegaron 10 tiros en el Bucanero.
- ¿Por qué?
- No lo sé, mi mamá dice que fueron los paramilitares porque mi papá no les quiso vender la coca a ellos, sino a la guerrilla. ¡Se la descargaron toda, como en las películas!
- - Mi tío también le vende la coca a la guerrilla, pagan mejor y no andan con tanta vuelta, esos manes si son serios.
- Sí, es mucha más plata. Mi papá hasta se alcanzó a comprar un motor. Y me regalo una pistola de juguete, hasta parece de verdad y tiene sonido ta-ca-ta-ca-ta-ca, suena durísimo.
- Ahora que salgamos del culto me la prestas y jugamos a que matamos a los que mataron a tu papá, ta-ca-ta-ca-ta-ca, los prendemos a tiros por hijueputas.

- ¡Listo! Les disparamos por detrás, así le dispararon a mi papá, menciona Ferney, lustrando sus ojos y señalando su pequeña espalda. Cuando mataron a mi papá, yo estaba sentado en su falda. A mí me cayó toda la sangre en la cara. Mi abuelo dice que por fortuna los tiros no me atravesaron a mí.
- Ni modo, te salvaste. Vamos a orar.

Los anteriores relatos evidencian que la violencia ejercida por los grupos armados y las estrategias de expansión territorial del capitalismo se manifiestan en una tentativa de desterritorializar cultural y físicamente a las comunidades. Como ya se explicó las dinámicas de los procesos de desterritorialización comprometen los valores y concepciones que dan sentido a sus mundos de vida. Los testimonios de las familias pioneras en los procesos de poblamiento, sus estrategias de sobrevivencias por mantener una autonomía alimentaria en medio de cultivos de coca, las aspiraciones de niños y jóvenes y las formas de representar sus espacios impregnados de memorias que dan testimonio de la guerra, el dolor y el despojo, ofrecen un espacio de interpretación en el que la frontera cultural constantemente está siendo redefinida, una cierta combinación de nuevos países, espacialidades y temporalidades que se caracterizan, también por una gran diversidad de relaciones sociales y económicas. Con los dibujos y testimonios de los niños y niñas, encontramos que los grupos armados se han aprovechado de la condición de vulnerabilidad de los niños, niñas y jóvenes para que cumplan responsabilidades y labores propias de la guerra. Sus testimonios y representaciones sobre el espacio, la frontera y la vida misma, muestran los impactos y repercusiones de la guerra sobre sus aspiraciones y proyectos.

La espacialidad de las violencias entendido como un proceso social, político, económico y “racial” de dominación y control de los territorios y comunidades afrocolombianas al tiempo que reconfigura los paisajes locales hace emerger nuevas territorialidades, con sus significados y representaciones, que reconfiguran la cotidianidad de las comunidades, sus culturas, economías y formas de organización. En los anteriores testimonios podemos observar como en la cotidianidad el espacio es percibido por los niños, niñas y jóvenes a través de una serie de prácticas que interpelan las memorias colectivas de las familias pioneras y que asumen significados particulares acorde a la generación de pertenencia y proyectos de vida. El territorio como producto y las

territorialidades como ejercicio de la producción social del espacio, implica conflictos, rupturas y transformaciones. De acuerdo con García (2012) todo proceso de despojo (el autor lo conceptualiza como destierro) hace emerger nuevas condiciones territoriales, -lo que Haesbaert ha llamado re-territorialización- que configura a su vez la cotidianidad de los desterrados, sus culturas y formas de organización.

Los lugares del destierro (territorios de expulsión, refugios, asentamientos, nuevos barrios de reubicación y territorios de retorno), generan nuevas formas de violencias y exclusión para con los pobladores afrodescendientes desterrados. Sin embargo, en estos lugares también se dan acciones y discursos de resistencia por parte de los mismos desterrados, lo que pone en juego la dialéctica de la producción del espacio, haciendo posible que los sujetos desterrados articulen distintas formas de organización para sobrevivir en una sociedad que los discrimina y excluye, tanto por su condición de afrodescendientes como por su condición de desterrados. (García, 2012, p. 72).

Es decir, en lugares de despojo y destierro, las comunidades, familias y personas despliegan distintas prácticas y discursos de sobrevivencias individuales o colectivas para enfrentar las desigualdades, racismos y carencias de las que puedan ser objeto en las sociedades de acogida (volveremos sobre este punto más adelante).

6.2 LA MILITARIZACIÓN DE LA VIDA: “PLOMO” Y SOLDADOS

“¿Cómo logra usted que los niños y jóvenes no se involucren con los grupos criminales si aquí no hay inversión social? En este pueblo solo hay criminales, soldados y plomo” refiere un líder local de la comunidad. En uno de los foros de seguridad realizado en Tumaco en octubre de 2017 el expresidente anunció la llegada de 6500 soldados más para una operación militar denominada Atlas. Es la operación militar más gigantesca en las últimas cuatro décadas de conflicto armado en el país. En enero de 2018 unos 2000 mil uniformados fueron desplazados hacia Tumaco con el objetivo de combatir a las disidencias de las FARC, bandas criminales y carteles del narcotráfico y garantizar el orden público en el municipio. Esta operación fue bautizada como ÉXODO 2018.

La presencia de militares en Tumaco no es una estrategia de seguridad nueva. Durante los dos periodos de gobierno (2002-2010) del expresidente Álvaro Uribe Vélez su política de “Seguridad Democrática” -nombre que acuñó para su programa de gobierno- en la lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado, con el apoyo de los Estados Unidos, se centró en ejercer un control militar en las zonas con mayor presencia de actores armados. Esta política también se esforzó en comprometer a los países fronterizos (Ecuador, Panamá, Brasil, Venezuela y Perú) con el reforzamiento militar de las fronteras binacionales en la lucha contra el *terrorismo*³³, habiendo alcanzado importantes acuerdos de cooperación en este campo, pero habiendo generado también fuertes reacciones negativas; entre ellas: las denuncias de comunidades indígenas, campesinas y afrodescendientes que habitan en las zonas de fronteras al quedar en medio del fuego cruzado no solamente por los grupos armados que operan en el territorio nacional, sino también por las fuerzas militares extranjeras que a nombre de la protección de sus fronteras del conflicto armado también han criminalizado y atentado contra la población civil.

³³ Uno de los mayores rechazos de los gobiernos de Venezuela, Ecuador y Brasil a la política de seguridad democrática de Álvaro Uribe fue cuando pretendió que los gobiernos de la región declararan terroristas a la guerrilla de las FARC. Los gobiernos fronterizos mostraron rechazos frente a esta exigencia ya que ha sido una reducción del conflicto colombiano a un problema de terrorismo. Es importante señalar que reconocer a las FARC como terrorista ha sido una iniciativa de los Estados Unidos para promover la instalación de bases militares estadounidenses en el país, principalmente en territorios con una gran riqueza de fuentes de agua y minerales. Situación que ha sido denunciada por los activistas sociales como una estrategia internacional que a nombre de la “lucha contra el terrorismo” busca controlar y acaparar territorios ricos en recursos naturales. Para Uribe los Estados Unidos es el único país que posee la capacidad para apoyar la respuesta militar del gobierno colombiano a la amenaza de la guerrilla de las FARC “El fuerte rechazo que han despertado el Plan Colombia y la política de Seguridad Democrática se ha debido, entre otras razones, a que se los considera como parte de la estrategia regional de Estados Unidos, que apuntaría a extender su perímetro de seguridad del Caribe hacia los Andes a partir del aprovechamiento del conflicto colombiano. Según ha sido denunciado por centros académicos, medios de comunicación y sectores gubernamentales y no gubernamentales de Brasil, entre los intereses de Washington estaría también el de aprovechar su presencia en zonas colombianas como Caquetá y Putumayo para controlar recursos como el agua o las muy diversas especies amazónicas e internacionalizar la Amazonia” (Ramírez, 2006, p. 71).

Durante los dos mandatos de Uribe, por primera vez, en la historia del país, se aumenta de manera significativo la presencia de militares en las fronteras. Sin embargo, esto también fue motivo de conflicto con el gobierno de Ecuador bajo el mandato del expresidente Rafael Correa, quien manifestó su rechazo a la política de seguridad del gobierno colombiano al percibirla como una estrategia de involucrar al gobierno ecuatoriano en el conflicto interno del país, y en la estrategia estadounidense del país frente a él. A finales de la década de los 90 se fortalece el patrullaje de las fuerzas armadas de Colombia en la frontera colombo-ecuatoriana. De manera constante militares colombianos realizaban incursiones en territorio ecuatoriano, violando la soberanía territorial de dicho país. Bajo el gobierno de Uribe estas incursiones se justifican porque la guerrilla de las FARC había presencia en territorio ecuatoriano y según él esta guerrilla financió la campaña electoral que llevó a Rafael Correa a la presidencia de Ecuador. En medio de un clima de conflicto binacional que se agudizó con la muerte de “Raúl Reyes” (miembro del secretariado de las FARC) el 1 de marzo de 2008 en la operación militar de Colombia en territorio ecuatoriano, las comunidades afrocolombianas padecían las consecuencias de la militarización fronteriza: el estigma de ser asociados como “guerrilleros” en territorio ecuatoriano, secuestros, masacres, desplazamientos forzados, asesinatos selectivos y reclutamiento forzado a mano de grupos armados ilegales.

Si bien durante el programa de Seguridad Democrática en la frontera hubo una disminución de homicidios, baja a cabecillas de las FARC y el ELN, así como una disminución del número de ataques adjudicados a estas guerrillas, paralelamente las Autodefensas Unidas de Colombia -grupos paramilitares- vinculados a las economías del narcotráfico controlaban los territorios en los que antes hacían presencia grupos guerrilleros y, con ello imponían sus propios métodos de despojo de tierras y territorios, desplazamientos forzados, masacres, desaparición forzada, violencia sexual y de género, reclutamiento de jóvenes y niños, entre otras violencias.

Muchos de los éxitos militares en la política de Seguridad Democrática de Álvaro Uribe han sido denunciado por organizaciones sociales, activistas y organizaciones de derechos humanos como “falsos positivos”: homicidios sistemáticos cometidos presuntamente por agentes del Estado. Se descubrió que en el afán de los militares de reportar bajas de parte de

la guerrilla – y con ello recibir estímulos: días de vacaciones, ascenso o estímulos económicos- miembros del ejército secuestraban jóvenes campesinos, indígenas, afrodescendientes y de barrios de las periferias urbanas, para luego asesinarlos y reportarlos guerrilleros dados de baja en combate. El sistema de bonificaciones a las Fuerzas Militares se estableció mediante el Decreto 1400 del 25 de mayo de 2006 y la Directiva ministerial 029 del 2005 del Ministerio de la Defensa Nacional que desarrolló los criterios para pagos de recompensas por la captura o el abatimiento en combate de miembros de grupos al margen de la ley y bonificaciones por operaciones de importancia nacional. En el Decreto 1400 de 2006, se explica:

Artículo 1º. *Bonificación por Operaciones de Importancia Nacional, Boina.* Créase la Bonificación por Operaciones de Importancia Nacional, Boina, para los Miembros de la Fuerza Pública y funcionarios del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, que participen en una operación de importancia nacional, la cual se otorgará por cada ocasión.

Parágrafo 1º. Esta bonificación podrá ser otorgada a una misma persona tantas veces cuantas se haga acreedora a ella, por participación en operaciones de importancia nacional.

Parágrafo 2º. La bonificación de que trata este artículo solo será reconocida y pagada por la participación en la respectiva operación de importancia nacional.

Aumentar significativa las estadísticas de supuestos guerrilleros muertos en combate contribuía a justificar la ayuda militar y económica estadounidense en la contra el “terrorismo”. De acuerdo con Rojas y Benavides en el informe “Ejecuciones extrajudiciales en Colombia, 2002-2010 obediencia ciega en campos de batalla ficticios” aproximadamente 10.000 civiles fueron ejecutados por el Ejército entre 2002 y 2010. Para estos autores: “Podemos llamarlos 'falsos positivos' o 'ejecuciones extrajudiciales', pero realmente estos fueron asesinados a sangre fría [...] Fueron meticulosamente planeados y llevados a cabo por miembros de todos los rangos” (Rojas y Benavides, 2017).

En el río Mira, también hubo falsos positivos, un poblador local -quien pide no ser revelado por su nombre-, comenta:

Con la llegada del ejército la situación por estas tierras se complicó. Imagínese allá dentro del monte y entre manglares el ejército hacía y

deshacía con la población. Varios jóvenes de aquí desaparecieron. El Ejército se llevaba a los muchachos y los embarcaba en sus lanchas, nunca más se volvía a saber de ellos. Hubo casos que el mismo ejército les decía que les iban a ayudar a buscar trabajo con los grupos paramilitares para que rasparan la hoja de coca, los muchachos emocionados se iban con ellos. Hasta el sol de hoy día no se sabe dónde están [...] en estos casos la gente no denuncia ¿a quién denunciarnos? Si las mismas autoridades en Tumaco están involucradas con los delincuentes. A esto súmele que la gente no tiene dinero para pagar una lancha que los llevé a la fiscalía de Tumaco. Estas han sido muertes perdidas.

En Tumaco muchos abusos cometidos por grupos armados legales o ilegales no se denuncian debido al control social que imponen estos grupos en barrios periféricos y comunidades rurales y ribereñas. Muchas de las historias pasadas y recientes de asesinatos, desapariciones forzadas, violencias sexuales y de género, reclutamiento forzado, despojos y desplazamientos forzados, permanecen en el anonimato de las víctimas, familiares y comunidades. Denunciar puede conducir a nuevos riesgos en un contexto de profunda impunidad. Human Rights Watch en su último informe “Violencia reciclada. Abusos por grupos disidentes de las FARC en Tumaco, en la costa pacífica de Colombia” pone la atención en la impunidad judicial en todos los delitos. Según este informe de 512 casos de homicidios investigados entre enero de 2017 y octubre de 2018, la Fiscalía solo logró 17 acusaciones y una condena.

La impunidad sigue siendo la regla para los graves abusos que ocurren en Tumaco. De los más de 300 homicidios cometidos allí desde 2017, solo se ha condenado a una persona por uno homicidio. No se han logrado acusaciones, ni mucho menos condenas, en relación con ninguno de los casos de desapariciones, reclutamiento ilícito o desplazamiento forzado. Una causa importante de estos pobres resultados es la cantidad insuficiente de jueces, fiscales e investigadores que están a cargo de estos casos en Tumaco. (HRW, 2019, p. 4)

Si bien gran porcentaje de los homicidios y delitos han sido realizados por las disidencia de las FARC y bandas criminales. La presencia de militares en los barrios, veredas y espacio público profundiza aún más la situación de inseguridad de las comunidades. En los barrios urbanos y veredas rurales y ribereñas son frecuente los patrullajes del ejército. Sobre los puentes altos de palafito -en medio de extremas carencias

económicas- soldados y policías, contribuyen también a crear una espacialidad de las violencias y espacios de confinamiento. La gente cuando observa al ejército en las calles por lo general se esconde en sus casas, pues en cualquier momento se puede desencadenar un enfrentamiento entre estos y grupos armados ilegales. Algunas personas refieren que la masiva presencia de los militares no ha contribuido a la generación de orden y seguridad en el municipio *“los sicarios matan en las narices de los policías y soldados”* refiere un habitante del casco urbano de Tumaco. Al respecto, María, trae a la memoria el asesinato de su hijo mayor en una de las veredas fronterizas con Ecuador:

Un domingo en la tarde mi hijo mayor fue a vender cerveza a los muchachos que estaban jugando futbol en la cancha del pueblo. En ese entonces el ejército andaba patrullando estos montes para obligar a la gente a erradicar las matas de coca. Dos soldados se le acercaron a mi hijo y le compraron unas latas de cerveza. Unos muchachos que estaban cerca y que trabajaban para los guerrilleros miraron a mi hijo conversar con esos soldados. En horas de la noche esos muchachos llegaron a mi casa a buscar a mi hijo para llevárselo por que el jefe de ellos necesitaba preguntarle porqué estaba hablando con los soldados. Mi hijo les explico que simplemente les estaba vendiendo las cervezas. Esos guerrillos le dijeron esas explicaciones tiene que dárselas al patrón. Obligado se lo llevaron, mi mamá y yo les suplicamos que lo dejaran en paz que él era un muchacho sano que no andaba en cuentos raros. Al otro día encontramos a mi hijo muerto en un estero con más de diez tiros, sobre su pecho un letrero que decía “por sapo”. (María, comunicación personal, 14 de junio de 2016).

La narrativa de María tiene explicación en uno de los pilares del programa de Seguridad Democrática que vinculó a la sociedad civil con el conflicto armado. Bajo el argumento de la importancia de la solidaridad ciudadana con las Fuerza Pública, este programa explica: “la participación de los ciudadanos, su colaboración con la administración de justicia y su apoyo a las autoridades, son parte esencial del fortalecimiento de la justicia, de la democracia y, en consecuencia, del fortalecimiento del Estado de Derecho. Estos son deberes de obligatorio cumplimiento, como dispone la Constitución. Pero, ante todo, la cooperación ciudadana reposa en el principio de solidaridad sobre el que se funda el Estado Social de Derecho”. Así se generó un estimado económico para el pago de información y recompensas a personas que condujeran a la

captura o abatimiento de cabecillas de las FARC. Esta política ha sido criticada por vincular a las personas al conflicto armado.

Es paradójico que se vincule en el marco de una política de seguridad a los ciudadanos como “informantes” del conflicto armado. Esta paradoja puede ser explicada con el concepto de “biopolítica” de Michael Foucault, una tecnología de poder que se centra en el aseguramiento y protección de la vida de la población. No obstante, en la relación política-vida se despliegan tecnologías de la muerte para la eliminación de las vidas consideradas “desechables”. Lo paradójico de reconocer “vidas desechables” en el conflicto armado colombiano, y sobre todo ponerles precio, es que gran porcentaje de los jóvenes y niños vinculados a las guerrillas y demás grupos criminales, son pertenecientes a comunidades históricamente excluidas por condiciones regionales, clasistas y racistas; convirtiéndolos en víctimas de un sistema en la cual ellos también son victimarios. De ahí que, las políticas de recompensas contribuyen a crear un espacio del terror, donde la muerte se siente no sólo como hecho fisiológico, sino como un hecho social.

Así, la muerte puede ser inducida por agentes sociales o estatales que controlan nuestras vidas a través del manejo de los miedos. En otras palabras, el miedo no es sólo un sentimiento que los seres humanos tenemos, sino que viene inducido por el poder y es utilizado como mecanismo de control de la población. Se aniquila, entonces, para producir miedo y, así, reorganizar la sociedad. La producción de la "otredad negativa" requiere que una parte de las víctimas sean aniquiladas, para que sus muertes sirvan como ejemplo. La muerte violenta, entonces, se convierte en un instrumento empleado para producir ciertos efectos esperados sobre la población. De lo "negativo" (y directo) del aniquilamiento del individuo se pasa a lo "positivo" (e indirecto) de la regulación y normalización de la población. (Griscione, *sf*, 2016).

En el río Mira, lo anterior se expresó en una mayor vulnerabilidad de las comunidades. Con frecuencia las personas que platicaban con soldados o tenían familiares en el ejército eran asumidas como “sapos”. Al interior de una unidad familiar en el río Mira se pueden encontrar miembros vinculados a las filas del ejército o grupos guerrilleros. Es el caso de la familia Benavides.

En el 2005 mi hijo mayor estaba prestando su servicio militar en el ejército. A él lo trasladaron para un municipio de Popayán, durante más de 10 años

mi hijo no pudo venir a visitarnos a la vereda porque su primo, el hijo de mi hermana, andaba trabajando con la guerrilla. Mi sobrino me advirtió que mi hijo no viniera por estos tiempos porque la cosa estaba caliente y si los guerrillos lo miraban por el pueblo me lo matarían. Lo que más me dolió fue cuando mi sobrino me dijo que su patrón le había ordenado matar a cualquier muchacho de la comunidad que estuviera de sapo con el ejército. Prácticamente me dio a entender que el mismo podría matar a su propio primo. (Eneida, comunicación personal, 28 enero de 2017).

Las políticas de militarización de la zona fronteriza han generado consecuencias socioeconómicas y de seguridad devastadoras para las comunidades afrocolombianas. Según documentan organizaciones afrocolombianas y grupos defensores de los derechos humanos con frecuencia el ejército se niega a aceptar la neutralidad de la población civil y presiona a los ciudadanos para que colaboren con información acerca de la ubicación de los grupos armados y laboratorios de coca. Una táctica que originó la criminalización de la población local y el desplazamiento forzado de una gran cantidad de personas en la frontera. Además, los constantes enfrentamientos entre Fuerzas militares y grupos armados en el entre medio de la población civil han empujado a una profunda crisis humanitaria en la zona de frontera.

La presencia de militares en los territorios afrocolombianos también ha llevado al encarcelamiento de jóvenes afrocolombianos por supuestas vinculaciones a grupos guerrilleros. La profesora Martha, docente en la vereda Carlos Sama, río Mira, por más de 20 años ha sido docente en la zona rural del municipio de Tumaco, y en los últimos cinco años se encuentra realizando su labor docente en esta vereda cercana a Ecuador. La profesora trae a su memoria a cada uno de los estudiantes que han pasado por su aula “son tan pocos los niños y jóvenes que he tenido como estudiantes en el río Mira, que recuerdo a cada uno de ellos”, refiere. En la actualidad a su salón de clase solo asisten ocho estudiantes entre los 5 y 18 años.

Para esta profesora la reducción de la población estudiantil en el río Mira obedece a tres razones: primero, los niños desde edad muy temprana ayudan a sus padres y abuelos a las actividades del campo; segundo, el reclutamiento de niños y jóvenes por los grupos armados ilegales y, tercero el encarcelamiento de jóvenes a manos del ejército.

Yo vengo a la vereda todos los lunes y me quedo de interna hasta el viernes. El fin de semana viajo a Tumaco, a mi casa. Cuando uno toma la lancha desde la bocana para llegar a la vereda, con frecuencia se encuentra a los exestudiantes con pasamontañas y armados sobre las orillas de los ríos vigilando y controlando el paso de las lanchas. Ha estos campos no llega ninguna autoridad educativa, los rectores de las instituciones educativas operan desde Tumaco, ellos no vienen por miedo de los grupos que operan en la zona. Los docentes arriesgamos nuestra vida, es una zona en conflicto latente. Los padres o familiares de los estudiantes en su mayoría le venden la hoja de coca a los grupos o son guerrilleros, la gente no tiene más opciones, el campo no produce, y mucha gente se están muriendo de hambre. En muchas ocasiones las escuelas son utilizadas como laboratorios para la producción de cocaína. De esta manera la práctica del docente se desplaza, siendo uno de nuestros grandes desafíos “educar en contextos de guerra”. (Martha, comunicación personal, 25 de agosto de 2017).

Al respecto del testimonio de la maestra en las regiones en que pervive el conflicto armado colombiano la garantía de los derechos humanos de los niños, niñas y jóvenes no ha sido una preocupación del Estado y sus instituciones. El Observatorio de Memoria y Conflicto (OMC) del Centro Nacional de Memoria Histórica, contiene un registro de 16.879 casos sobre el reclutamiento y utilización de niños, niñas y adolescentes por grupos armados legales e ilegales en el marco del conflicto armado. Las medidas para prevenirlo y mitigarlo han sido francamente débiles e insuficientes. Cabe resaltar que estos son los casos que se han logrado registrar. Muchos de los niños, niñas y jóvenes reclutados han sido asesinados en combate con la fuerza pública o entre grupos al margen de la Ley. Los casos de reclutamiento se han presentado en contextos regionales y socioculturales que bien podríamos relacionar: regiones y comunidades con una nula o débil presencia estatal, prestación de servicios de salud, educación, justicia y, sobre todo: habitadas por comunidades indígenas, campesinas y afrocolombianas. En este contexto testimonios como el de la maestra se convierten en una ruta de visibilización y reconocimiento para la garantía de derechos para niños, niñas y adolescentes en contextos de guerra. Las prácticas pedagógicas de las y los maestros muestran los retos que Colombia tiene en materia de relación y protección de la niñez.

Ilustración 30. Niño trabaja en la cosecha de cacao



Fuente: fotografía propia, vereda Carlos Sama, julio de 2017.

El 26 de agosto nos encontrábamos con la maestra Martha dialogando sobre los desafíos de la educación en estos territorios. De repente una mujer de la comunidad informa que el ejército había capturado a varios jóvenes y que uno de los grupos guerrilleros había ordenado que ninguna persona podía salir de la comunidad hasta aclarar la situación. Estábamos en una situación de confinamiento armado. La mujer explica que en horas de la tarde los jóvenes venían bajando de sus fincas después de recolectar cacao. Al llegar a la vereda un hombre que trabaja para un grupo guerrillero de la zona les pidió que le ayudaran a remolcar una lancha vieja hasta uno de los brazos del mar y que a cambio les pagaría 50 dólares. Los muchachos acceden. De esta manera amarran la lancha vieja a la lancha del guerrillero y lo acompañan durante el trayecto. De manera sorpresiva paso una lancha “piraña” del ejército y se acerca a ellos. Los soldados al revisar la lancha en que viajaban los jóvenes y el guerrillero encontraron un arma y municiones. De inmediato acceden a interceptar la lancha con todos sus tripulantes. Los jóvenes son puestos a manos de las autoridades en Tumaco.

Cuando al pueblo llego la noticia de que el ejército se había llevado a los jóvenes, bajaron algunos guerrilleros y prohibieron la salida de cualquier persona de la vereda. Alegando de que alguien de la comunidad había informado al ejercito sobre la presencia de guerrilleros en la zona, el confinamiento duro un día. En este transcurso de tiempo la gente ninguna persona podía ir a pescar o salir a trabajar a sus fincas. El silencio y el miedo se apoderaba de las personas conforme pasaban las horas, nadie hablaba. Al pasar los días los jóvenes fueron trasladados al centro penitenciario en Buchely, Tumaco, para ser sentenciados por tráfico y porte ilegal de armas y colaboradores del grupo guerrillero la Gente del Orden. Dada esta situación algunos familiares de estos jóvenes vendieron un motor y cuatro cerdos para pagar un abogado para su defensa. Los medios de comunicación presentaron esta noticia como un nuevo triunfo de las fuerzas militares contra las disidencias de las FARC. Es importante resaltar que los jóvenes son capturados sin acceso a una justa defensa y en franca violación al debido proceso.

Ilustración 23. Estudiantes de la vereda Carlos Sama



Fuente: fotografía propia, vereda Carlos Sama. julio de 2017.

¿Resultados de las políticas de militarización?

Ilustración 24. “Vidas que no importan”



Fuente: Fuerzas Armadas de Colombia, Ejército Nacional 2017.

Durante el trabajo de campo realizado con las comunidades del río Mira, además de profundizar, no solo en sus memorias, historias y testimonios, sino también en la forma en que los medios de comunicación muestran ante la opinión pública el conflicto armado en un territorio que, como Tumaco, muchos colombianos no reconocen como parte de la nación, y si lo hacen es a través de una “espacialidad de las violencias” que a manos de los medios de comunicación no profundiza en las dinámicas del conflicto, sus orígenes y consecuencias a las comunidades, sino que criminaliza a jóvenes y comunidades enteras en donde los grupos armados tienen mayor presencia. La noticia que más me impactó, no por su contenido, pero sí por la historia que narraba la fotografía que la acompaña (Ilustración 24) fue el Comunicado de la Operación Militar Policía ATLAS “Duro golpe al anillo de seguridad de alias “Guacho” en Tumaco”. Durante esta ofensiva seis integrantes de este GAOR resultaron asesinados en el desarrollo de la operación. Con esta operación las

Fuerzas Militares enviaron un mensaje a la población tumaqueña de “tranquilidad y confianza en su fuerza pública, la cual trabaja sin descanso para traer seguridad a la costa Pacífica nariñense”.

El lugar común de los jóvenes asesinados envueltos en bolsas de plástico y capturados que aparecen en la fotografía es: jóvenes afrodescendientes empobrecidos del Pacífico colombiano. Estos jóvenes, tal vez, ocupan el lugar más bajo de una fuerza criminal alimentada por el abandono y exclusiones de muchos territorios y regiones consideradas como la periferia del país. Son estos jóvenes el principal objetivo de las políticas de seguridad y militarización de la sociedad ejercida por el Estado a nombre de la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo. Como ya se ha mencionado, en las últimas décadas las acciones militares se han orientado a la incautación de toneladas de coca en la frontera, pero también al asesinato de jóvenes afrocolombianos que hacen parte de las estructuras de los grupos criminales y narcotraficantes. De igual manera el encarcelamiento de jóvenes por supuestos vínculos a grupos guerrilleros. Desde el discurso de la seguridad democrática eliminar a estos jóvenes debilita al narcotráfico y a las violencias armadas, a la vez que pugna por devolver la “confianza” de la población civil en las Fuerzas Militares. Este discurso tiende a restarle importancia a las necesidades y a la exclusión social que viven los jóvenes en sus contextos locales, para hacerlos ver como maquinarias productivas de violencias y economías ilícitas. Sin temor a equivocarme, podría decir que estos jóvenes padecen más violencias de las que ejercen: violencias históricas de exclusiones que se interceptan y se fortalecen en la producción y reproducción de violencias asociadas al narcotráfico. Como dice Rosana Reguillo “ser joven es un factor de riesgo de morirte simplemente por serlo” (Reguillo, 2013). No obstante, el factor de riesgo al que se refiere Reguillo puede exacerbarse de acuerdo con los lugares de movilización de los jóvenes, como a condiciones socioculturales, “raciales” y económicas que inciden en el entramado de posibilidades para la construcción de sus proyectos de presente-futuro en contextos de vida o muerte.

Las políticas de militarización en territorios que han sido producidos como mercancía y sus pobladores como “vidas desechables” aparecen siguiendo a Achille Mbembe como un “-lenguaje privilegiado de la guerra social-: se actualiza bajo la ideología

de la seguridad y expande los mecanismos de optimización- bajo el clivaje riesgo/protección- como declinación de las figuras ciudadanas. La raza, como máquina productiva de ciertos sujetos, organiza a una “nueva economía de lo viviente” (Mbembe, 2016). Así raza y racismo aparecen en los discursos de la seguridad y protección contra ciertos sujetos producidos como criminales. En el fondo es la administración masiva de la muerte y los encarcelamientos de ciertas poblaciones consideradas “desechables” la dimensión necropolítica del gobierno y de la acumulación del capital.

Es importante resaltar que los niños, niñas y jóvenes que han dado su testimonio en esta investigación, comparten experiencias o sociabilidades cotidianas con algunos de los grupos armados ilegales, de esta manera las aspiraciones al poder, las armas o los viajes con cocaína se desenvuelven en contextos en los que tienen una experiencia previa y cotidiana en la guerra, pues sus redes familiares, de amistad o algunos lugares estratégicos en la movilidad cotidiana de su sistema de lugares están o han estado imbricados al dominio territorial de algún grupo armado. Como se analizaba en el testimonio de la familia Benavides, muchos niños, niñas y jóvenes han convivido con la presencia cotidiana de un grupo armado, o más aún, con familiares combatientes. Por lo que frecuentemente algunos perciben el involucramiento o reclutamiento en un grupo armado como un trascurso natural en la vida cotidiana, por tanto, la reflexión de “a más no puedo aspirar” determina las formas en cómo los grupos se relacionan con los pobladores.

En síntesis, podríamos resumir el éxito de las políticas de seguridad democrática en el Pacífico como: el asesinato de personas afrodescendientes, muchos de ellos en condición de anonimato y, paradójicamente un recrudecimiento de las economías criminales asociadas al narcotráfico, el fortalecimiento de viejos y nuevos grupos armados ilegales y un incremento en la producción de cocaína sin precedente en la historia del narcotráfico en el país.

6.3 VIAJES Y RETORNOS

Retomemos el testimonio de Ricardo Nazareno.

Hace cinco años Ricardo Nazareno llegó a Ecuador en busca de refugio. Nacido en la vereda el Congal-Frontera, a la edad de 10 años se desplazó junto con su familia a la vereda

Bocana Nueva, su padre se dedicaba principalmente a la pesca; la cercanía de la Bocana Nueva con el océano Pacífico favorecía las actividades pesqueras de su padre. Ricardo trae a la memoria recuerdos de su infancia, entre manglares y montes, acompañaba a su mamá a recolectar plantas medicinales y plátano, cacao y coco para la comida diaria y la venta en poblados cercanos de Ecuador. Ricardo recuerda que desde muy niño y en gran parte de su juventud se sentía ecuatoriano *“con mi madre veníamos casi a diario a Ecuador, a vender coco y pescados [...] eran tan frecuentes los viajes que uno se sentía ecuatoriano. A Tumaco poco subíamos ya que allá no rinde mucho la venta y nos quedaba el trayecto mucho más lejos en comparación con Ecuador”*.

A la edad de 30 años Ricardo comenzó a cultivar la hoja de coca junto con su padre:

Nosotros no conocíamos la coca. La conocí por primera vez porque un amigo que estaba vinculado a un grupo paramilitar me invitó a cultivarla, dijo que ese era el negocio que cambiaría mi vida. Al principio ganábamos mucho dinero. Con mis primeras raspadas compré un motor y se lo regalé a mi padre para que se traslade con mayor facilidad a pescar. Mi padre llevaba 55 años como pescador, siempre en canoa y canaleta, el viejo ya se sentía cansado, su espalda cada vez estaba más encorvada y comenzó a sufrir de los riñones. Navegar estos ríos a punta de canaleta es un trabajo muy difícil. La gente lo hace por la pura necesidad.

Con la compra del motor el padre de Ricardo podía viajar con mayor comodidad a los poblados cercanos y fronterizos a vender sus productos. Para las comunidades tener un motor y una lancha de fibra les significa una satisfacción en cuanto a los traslados para sus actividades pesqueras y agrícolas. Durante ocho años Ricardo vendió la hoja de coca a grupos paramilitares. Recuerda también, que participó en los laboratorios para producir pasta de cocaína.

Cuando uno trabaja en las cocinas de los grupos armados la paga es mejor. Para ese entonces yo me ganaba por cada kilo de pasta cerca de USD1000. Mi plan era comprar electrodomésticos para la casa y ahorrar, porque no quería que mis hijos crecieran en ese monte; la vida allá es muy hostil. Uno como padre aspira que sus hijos vayan al colegio y si ya es decisión de ellos también a la universidad, en ese campo solo hay monte y zancudos, no hay más posibilidades para los muchachos.

Ricardo recuerda que una tarde mientras se tomaba unas cervezas en unos de los bailaderos cercanos de la vereda un amigo lo invitó a venderle la hoja de coca a la guerrilla de las FARC, el pago era más rentable en comparación con los paramilitares. Ricardo accedió. En la siguiente cosecha, como era de costumbre, hombres paramilitares llegaron a su finca a comprarle la cosecha. Ricardo les comentó que la cosecha estuvo mala y que estaba esperando que las matas crecieran más. Los paramilitares no contentos con su respuesta preguntaron a vecinos si grupos guerrilleros estaban comprando coca en la zona. Algunas personas por miedo a represarías de este grupo les confirmaron que efectivamente la guerrilla de las FARC estaba mandando a sus hombres a comprarles la hoja de coca.

Al día siguiente los paramilitares regresaron a mi finca. Amenazaron que, si no les decía la verdad, quemarían todo el pueblo. Con mucho miedo les confesé que el producido de ese mes se lo vendí a un grupo guerrillero. Me dieron 24 horas para salir de la vereda, de lo contrario me matarían. Ese día los minutos se convirtieron en horas, mi mujer me arreglo un maletín con ropa, tomé mi lancha y salí huyendo para San Lorenzo. A una semana de estar acá me llegó la noticia que habían matado a mi hijo mayor. Gente de la comunidad les informó que mi hijo también le estaba vendiendo el producido a la guerrilla. Lo agarraron en su finca, me lo mataron. En ese tiempo en San Lorenzo también había presencia la guerrilla y los paramilitares. Yo vivía escondido, mi mujer y mis hijas se quedaron en el pueblo, no las quise arriesgar a que huyeran conmigo, si me encontraban estos grupos me matarían y también a ellas.

Con la llegada a Ecuador Ricardo comienza en el arduo trabajo de solicitar refugio. En principio llegó a vivir a la casa de su hermana mayor quien vive junto con sus cinco hijos en unos de las bajamares de San Lorenzo. En este territorio la presencia de colombianos y más aún de las personas que habitan en la frontera con Colombia con frecuencia asociados a grupos guerrilleros y paramilitares. Para Ricardo llegar a Ecuador, esta vez no para vender pescados o productos agrícolas, sino para huir de las amenazas de un grupo paramilitar, le ha significado enfrentarse a vivir con el estigma de ser asociado a algún grupo criminal colombiano.

“El hecho de yo haber cultivado coca no me hace guerrillero ni paramilitar. Es lo que la gente no entiende, yo era un campesino que como muchos miré en los cultivos de coca

una posibilidad para acceder a otras cosas” ¿A cuáles? Pregunté, “a un televisor, un equipo de sonido, una plancha y un motor. Pero lo más importante aspirar a darle una mejor vida a mis hijos y mi a mujer” ¿Qué sería una mejor vida? Lo interrumpí. “Que los muchachos tengan ropa y cuadernos para ir al colegio, montarle un negocito a mi mujer para que ella también tenga dinero para sus cosas, arreglar la casa, al menos que mis hijos tengan una cama decente para dormir. Esas cosas son un privilegio para los campesinos, el cultivo de la tierra solo da para comer, no da para más”.

Hace cinco años Ricardo no regresa a su pueblo. Después de la firma de los Acuerdos de Paz con la guerrilla de las FARC, en los territorios fronterizos con Ecuador, se han agudizado las violencias asociadas a la presencia de grupos armados ilegales. La aparición de las llamadas disidencias, nuevos carteles del narcotráfico y bandas criminales, el incremento de los cultivos de coca hace de estas espacialidades lugares hostiles para pensar en el retorno. De manera particular, después del desarme de las FARC y la extensión de grupos disidentes a territorio ecuatoriano, el gobierno del presidente Lenin Moreno, ha reforzado la presencia de militares en esta frontera. La frontera colombo-ecuatoriana se encuentra militarizada en ambos lados.

En el 2018 una pareja de ecuatorianos fue secuestrada y posteriormente asesinada a manos del grupo disidente Frente Oliver Sinisterra que encabeza alias “Guacho” y un equipo de periodistas también fue secuestrado y asesinado después de 17 días de cautiverio. Esto forjó que el gobierno de Ecuador renunciaría a ser sede y garante de las negociaciones de paz entre Colombia y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en rechazo del incremento de las violencias y afectaciones a sus connacionales. Las acciones armadas y la respuesta de los gobiernos de Colombia y Ecuador afectan la vida de miles de familias afrocolombianas. Ricardo constantemente tiene que luchar con los estigmas que las violencias armadas ponen a los cuerpos de las personas afrocolombianas, según él:

Todo negro colombiano en Ecuador ha sido llamado guerrillero y ahora disidente. La policía ecuatoriana te detiene en las calles, te piden papeles y algunas veces te detienen injustamente solo porque tu nacionalidad y, en el caso de nosotros los negros, el color de piel nos convierte en sospechosos.

Algunas veces me han llamado el primo de alias “Guacho” debe ser porque soy negro. Como para la gente blanca todos los negros nos parecemos...”.

Asociar a los afrocolombianos como guerrilleros o paramilitares y de manera particular vincularlos como familia de “Guacho” no es un evento fortuito. Walter Patricio Arízala, alias “Guacho”, un hombre afrodescendiente de procedencia ecuatoriana, después de su salida de la Columna Móvil Daniel Aldana de las FARC, se ha convertido en el mayor objetivo militar para las autoridades de Colombia y Ecuador. A él se le atribuye la organización de las disidencias de las FARC en el suroccidente del país, incluso en territorio ecuatoriano. El frente comando por “Guacho” controla gran parte de los cultivos, procesamiento y la comercialización de cocaína hacia el centro y sur de América, es el principal distribuidor de cocaína al cartel de Sinaloa. Según documentan diferentes medios de comunicación “Guacho” controla las rutas de salida de cocaína al exterior. También se le atribuye ser el principal hostigador para evitar la erradicación de cultivos ilícitos en las comunidades afrocolombianas fronterizas con Ecuador. Los atentados contra la infraestructura eléctrica y petrolera del 2016 y 2017 en Tumaco, se le atribuye a la disidencia comandada por él.

El gobierno de Ecuador también persiguió a “Guacho” por las acciones violentas contra la explosión de una estación de policía en San Lorenzo, dejando como resultados varios muertos. Según informaciones de inteligencia controlaba los ríos Mira, Mataje, en el corregimiento de Llorente, las veredas El Azúcar, Vallenato, Los Cocos, El Playón, La Corozala, La Aduana, Yarumal, La Isla, Piedra Fina, Las Marías, San Lorenzo (Ecuador), El Pan, Piedra Sellada, Mayasquer, Tobar Donoso, Mate Plátano. Lugares dónde se encarga de cobrar el impuesto o gramaje de la pasta base de coca” (El Herald, 6 de octubre 2017). Durante tres años Alias “Guacho” fue objetivo militar de las fuerzas armadas en Colombia, los mítines de seguridad encabezados por el presidente de Colombia, Iván Duque, en Tumaco, tenían como fundamento reforzar la seguridad y el despliegue de las fuerzas armadas en la zona fronteriza para dar con su captura. Finalmente, el 22 de diciembre de 2018 alias “Guacho” fue abatido en la vereda Peña Caraño, jurisdicción de Llorente, en Tumaco. Allí se lanzó la operación Perla IX de las fuerzas armadas de Colombia que dio como resultado la neutralización del máximo jefe del frente Oliver Sinisterra. Tras la

muerte de “Guacho” alias “Contador” es el nuevo capo del narcotráfico más poderoso en el Pacífico nariñense³⁴.

Durante mi visita a San Lorenzo en abril de 2017, acudo a entrevistar a Ricardo. Al llegar a nuestro encuentro saca de su maletín la portada de un periódico y me lo enseña: “mire lo que yo le decía, ahora todo negro colombiano en Ecuador es Guacho”.

Ilustración 31. Desde el sueño de la frontera...



Fuente: periódico la hora Ecuador, 17 de abril de 2018.

El testimonio de Ricardo y la portada del periódico la “hora Ecuador” reflejan los procesos de reconfiguración espacial y sociocultural de la frontera colombo-ecuatoriana. A pesar, de que esta frontera ha sido mediáticamente visibilizada por los gobiernos de Colombia y Ecuador como una zona en la que confluyen diversos grupos armados ilegales y carteles del narcotráfico, existen pocos esfuerzos por comprender los procesos de ruptura,

³⁴ El 2 de marzo de 2019 en la vereda Santo Domingo, río Mira se produjeron fuertes enfrentamientos entre miembros de grupos ilegales armados ocasionando una nueva ola de desplazamiento forzado de 150 personas que se refugiaron en la parroquia de Palma Real, Ecuador. Esto generó un reforzamiento de las Fuerzas Armadas de Colombia y Ecuador para el control de las personas y embarcaciones que circulan por los ríos de la frontera, ruta de los narcotraficantes.

perdida y transformación de los contextos socioculturales de las comunidades afrocolombianas afectadas drásticamente por las violencias armadas.

La invisibilidad de los rostros y narrativas de las víctimas, son algunas de las circunstancias que nos hacen pensar que el peso de la racialización histórica del Pacífico colombiano como un lugar de “negros” y una “gran despensa” para la explotación de recursos naturales, convierte a las comunidades afrocolombianas en “vidas que no importan” y las confina a vivir en lugares de profundas exclusiones y carencias. Si bien la portada del periódico la “hora Ecuador”, titulada *“desde el sueño de la frontera”* estigmatiza que las aspiraciones de niños y jóvenes es llegar a convertirse en “Guacho”, no podemos pasar por alto que esta es la posibilidad más inmediata ante las carencias y escasas oportunidades en sus territorios. A esta portada subyace un sentimiento de impotencia frente al reflejo de una realidad que ensombrece las expectativas de las infancias y juventudes afrodescendientes en Colombia. En algunas de mis visitas a la vereda el Congal, una señora comentó *“la solución no es que maten a “Guacho” muchos “Guachos” han salido de estas selvas y muchos “Guachos” continuarán saliendo. Aquí el problema es que no existen oportunidades para estos jóvenes ¿Qué oportunidades puede haber en un territorio donde solo hay coca y fusiles?”*

En esta frontera los desplazamientos forzados, el despojo de tierra y territorios, los cruces hacia Ecuador y toda la espacialidad de las violencias implica mucho más que buscar un nuevo territorio de acogida. Esto implica, además, una condición de incertidumbre, de temor hacia el presente, pues el racismo y los discursos estereotipados en la sociedad ecuatoriana les recuerda cotidianamente a las personas afrocolombianas que no son de ese lugar y que su presencia evoca la representación de las violencias y la guerra en Colombia. Para los afrocolombianos que huyeron de la frontera y decidieron reubicarse en territorio ecuatoriano, el despojo alude a las tierras y casas abandonadas, pero también a los sentimientos de una nación en los que sienten no valer nada, y una condición social subordinada. Recordemos las palabras de Ricardo: *“la gente negra no vale nada en Colombia”*.

En el testimonio de Ricardo la migración transnacional de afrocolombianos parte de dos disyuntivas: primer, los procesos de dislocación y pérdida del territorio de “origen” que obligan a la gente a migrar hacia San Lorenzo, Ecuador. En este lugar las personas viven experiencias de discriminación y exclusión, estas personas son vistas cada vez más como “una amenaza y molestia política”. Segundo, en la experiencia cotidiana en el “nuevo” hogar las redes de parentesco se convierten en el espacio de acogida y ayuda para la adaptación en la sociedad receptora. En el entre medio de estas dos disyuntivas la desintegración familiar y dispersión de las comunidades constituyen el núcleo central de la fractura entre lo emocional y lo económico de la vida cotidiana. El recuerdo del lugar de origen, antes y después, de la migración permite reconstruir individual y colectivamente las identidades culturales que a la vez manifiesta el cambio cultural ocasionado por el desplazamiento, la desposesión territorial y las tragedias silenciadas. Por lo que la nostalgia, el duelo y la memoria histórica influyen directamente.

¿Cómo pensar en el retorno? Durante la realización de esta investigación las violencias asociadas al conflicto armado en Colombia se profundizaban. Como se ha documentado la guerra entre grupos armados por el control de tierras y territorios abandonos por las guerrillas de las FARC en el proceso de dejación de armas y el surgimiento de las disidencias de las FARC escriben un nuevo capítulo de la guerra en Colombia. Desde que comenzó a implementarse los Acuerdos de Paz, entre el gobierno y las FARC (2016) la cifra de líderes sociales asesinados ha aumentado catastróficamente. Durante el 2018 según cifras de la Defensoría del Pueblo e Indepaz han sido asesinados 226 líderes sociales. El lugar común de estas personas a las que se les ha arrebatado la vida: campesinos ambientalistas y comunales, indígenas y afrodescendientes reconocidos en sus comunidades por su defensa a los territorios contra las multinacionales extractivas; defensores de la sustitución de cultivos de uso ilícito; voceros que han denunciado ante el gobierno las violencias ejercidas por grupos paramilitares y guerrilleros contra las comunidades. En otras palabras: defensores de la vida, el medio ambiente y los territorios.

A pesar de las constantes alertas que emiten distintas instituciones de derechos humanos y organizaciones de la sociedad civil, el asesinato de líderes sociales y defensores de Derechos Humanos en Colombia no cesa. Hasta la fecha el gobierno ha realizado

captura selectivas de presuntos homicidas, pero no ha logrado dar una respuesta contundente sobre los autores intelectuales de estos crimines. Se escucha decir en las selvas de Tumaco “*están borrando del mapa a los líderes sociales*”. Estas personas ruegan a su territorio llegue la paz que les prometieron, convertida en oportunidades, programas para fomentar la producción agrícola en el campo y seguridad. Los líderes sociales luchan por la paz y la implementación de los Acuerdos de Paz, ellos residen en territorios en medio del conflicto armado en los que sus pobladores siguen siendo víctimas del despojo y la impunidad. Desde el 2016 hasta lo que va del 2019, **531 líderes sociales y defensores de derechos humanos han sido asesinados en el país**, de ellos 26 son afrocolombianos pertenecientes a las regiones de Tumaco, Cauca y Chocó. Según Indepaz (2018) La dinámica objetiva de asesinato de líderes y de persistencia de graves abusos a los derechos humanos esta animada por la matriz de varios vectores activos en el pos-acuerdo y que tienen como lógica común implícita la oposición violenta a la transición al posconflicto:

- La recomposición territorial por la desaparición de las FARC como organización militar y la disputa de diversos grupos por el control de rentas que anteriormente sustentaron la economía de guerra en estrecha relación con negocios ilegales.
- La recomposición de poderes locales y regionales en las zonas de mayor incidencia de las FARC al desaparecer el poder armado y hacerse visible el poder desde organizaciones sociales en el territorio y sus tensiones con poderes políticos y económicos subordinados en condiciones de conflicto armado.
- La persistencia del Complejo Paramilitar que se sustenta en nuevas formas de articulación de grupos armados narco paramilitares, con parapolíticos, funcionarios cooptados – aliados y negociantes que se nutren de la continuidad de la violencia armada.
- La reorganización del narcotráfico y sus redes mafiosas que se apoyan en negociantes del lavado de activos, narco paramilitares, grupos sicariales, agentes del Estado y nueva alianzas con organizaciones transnacionales del crimen organizado. (cárteles mexicanos, gringos, dominicanos, italianos, etc.). (Indepaz, 2018, p. 21)

En este contexto en que las garantías de paz para las comunidades son casi nulas o francamente no existen, para las personas que han huido de sus territorios se hacen

impensable el retorno. Con el asesinato de líderes sociales y defensores de derechos humanos, se profundiza la incertidumbre de las personas sobre sus territorios y proyectos de vida. Este trabajo ha demostrado que los conflictos socioterritoriales en el Pacífico no se trata de la clásica contradicción capitalista entre empresarios y trabajadores asalariados. Por el contrario, nos encontramos ante asesinatos selectivos y procesos de despojos de tierras y territorios bajo la lógica de fuertes violencias que destruyen los mundos de vida de las comunidades afrocolombianas y a la vez reconfigura sus territorios en nuevos espacios ocupados por las economías criminales y sus modos de producción, explotación y dominación de los territorios y pobladores locales.

Los testimonios de los campesinos acerca de la contradicción de la política de sustitución de cultivos ilícitos, que durante el gobierno del expresidente Juan Manuel Santos, se presentaba como el camino hacia un posible escenario de postconflicto, hacen visible la contradicción de dos modelos de producción opuestos: la producción capitalista y la agricultura de subsistencia. En la región Pacífico la expansión capitalista se construye en los proyectos de extractivismo minero y agroindustrial; estos proyectos como han denunciado los líderes locales llegan a los territorios con sus propios ejércitos armados y estrategias de despojo de tierras y territorios. Los cultivos de coca han aumentado significativamente y con ello las disputas entre grupos armados ilegales por el control de tierras y territorios. Como se ha documentado ampliamente las economías de subsistencia tratan de sobrevivir en medio de una espacialidad atiburrada de cultivos ilícitos controlados por los grupos armados ilegales en territorios que persisten históricas desigualdades sociales; generando una progresiva precarización de los lugares y transformando la discursividad histórica de las formas de producción del espacio en experiencias cargadas de miedos, angustias y vivencias en la guerra.

El exterminio de líderes sociales y defensores de derechos humanos es un eslabón más de la pirámide de las violencias armadas en contextos de impunidad. La lucha de estas personas va en contra del proyecto económico de la nación: expandir el extractivismo, controlar y acaparar los territorios en comunidades rurales, a la par que los cárteles del narcotráfico y grupos armados ilegales expanden las fronteras transnacionales para los mercados de la cocaína. En un escenario político que “justifica” ante la opinión pública

internacional la necesidad de reforzar los programas de militarización en territorios claves de la guerra y, que, a su vez, son estratégicos por la riqueza de recursos naturales para las multinacionales extractivas.

Ilustración 32. Las nuevas generaciones



Fuente: fotografía propia, río Mira, diciembre de 2018.

7. CAPÍTULO: CONCLUSIONES

A lo largo de estos seis capítulos hemos visto que un rasgo central de la vida fronteriza entre Colombia y Ecuador es su heterogeneidad, marcada por la diversidad de trayectos y desplazamientos de las personas en el espacio local y transnacional. Esta frontera alude a una porosidad con marcadas desigualdades y diferencias, donde la colindancia con la también heterogeneidad de las comunidades afrocolombianas está impregnada de conflictos sociales y económicos que no solo redefinen las prácticas sociales y representaciones colectivas de estas comunidades sobre la frontera y sus espacios, sino también transforman sus paisajes y territorios en nuevas temporalidades que hacen visibles los significados y consecuencias del conflicto armado, las violencias y los procesos históricos de “racialización” de los espacios.

Se resalta que la frontera es el escenario de la guerra, el despojo de tierras y territorios, los desplazamientos forzados, desplazamientos por desbordamientos de ríos; pero también es el escenario de las memorias colectivas que evocan el pasado como un punto de referencia para dar cuenta del cambio cultural que en las nuevas generaciones tiene su vivencia en los ríos. Importante es resaltar como con la penetración del narcotráfico no solo se ha acentuado el proceso de concentración de la tierra, lo que dificulta el funcionamiento de las economías tradicionales y el funcionamiento de comercio entre veredas, sino también es el principio o resultado de las aspiraciones de niños, niñas y jóvenes, como una “posibilidad” ante las carencias y desigualdades sociales en las que se encuentran.

La vida fronteriza es mucho más rica y compleja de lo que hemos expresado en este trabajo e incluye los intensos procesos transnacionales que se componen de las relaciones de la “familia extensa”, además de una poderosa circularidad donde se recrean procesos de cambio cultural que tienen que ver con nuevas representaciones del espacio, nuevos paisajes, nuevos itinerarios y trayectos, entre muchos otros fenómenos. Dichos aspectos no pertenecen a contextos sociales disociados de la historicidad misma de la frontera, pues son patentes las articulaciones entre ellos. Esta situación se expresa particularmente en los flujos de migración, pues los procesos de cruce hacia el país vecino son un elemento importante en la definición de las cartografías culturales y políticas y en la construcción de territorialidades.

Una cuestión resulta insoslayable en los procesos de cruce fronterizo: la salida constante de jóvenes y adultos que dejan el país en busca de mejores condiciones de vida. De manera particular en estas personas el peso central del fenómeno migratorio sigue descansando en la ausencia de expectativas y oportunidades para crear un proyecto de vida en nuestro país. Sin dejar de reconocer que la migración de afrocolombianos a Ecuador es un fenómeno histórico, que incluye motivaciones familiares, comerciales y de amistad. El peso de esta migración también se da en el escenario de las profundas desigualdades sociales en la región. No obstante, los flujos de migración contemporáneos se ensamblan además con las violencias armadas, los despojos y economías del narcotráfico, que no son el fin último; constituyen tan sólo el eslabón de un gran proceso de nuevas trayectorias y construcción de territorialidades. Estos ensamblajes transforman abruptamente a la frontera en una espacialidad de las violencias, reconfigurando los contextos comunitarios, las redes familiares y los vínculos de las personas con los lugares.

Al respecto de lo anterior quisiera retomar las preguntas que abrieron esta investigación ¿Qué relación existe entre las concepciones del espacio fronterizo, la memoria histórica y los ordenamientos socioespaciales del río para las comunidades afrocolombianas? ¿Cómo las comunidades afrocolombianas construyen lugar a partir de la movilidad? En principio para las personas, familias y comunidades el espacio en la frontera con Ecuador no es vacío e inerte. Este espacio se ha construido históricamente en las interacciones sociales entre comunidades y naturaleza. En dichas interacciones se han establecido relaciones de poder que organizan la vida comunitaria; es decir los ordenamientos económicos, políticos y culturales que dotan de significados la vivencia en el espacio. De esta manera la frontera, es un *producto social*. Ella es el resultado de la acción social, de las prácticas, las redes, las movilidades, las experiencias sociales, pero *a su vez es parte de ellas*. La espacialidad de la frontera se organiza en el sistema de lugares en el que circula los lugares de residencia, las redes de intercambio, el trabajo, los vínculos de parentesco y conocimientos que lo configuran y que a su vez quedan determinadas por él. El sistema de lugares organiza espacios locales y transnacionales, en los que circulan y se movilizan no solamente las personas, sino también las memorias y experiencias del cambio cultural.

Las comunidades afrocolombianas producen el sistema de lugares. No obstante, esta espacialidad es constantemente controlada por otros grupos sociales (grupos armados y políticas económicas) que fragmentan el sistema de lugares imponiendo su atomización como una “espacialidad de las violencias” que se aleja de la configuración histórica de la realidad social y cotidiana de las comunidades, bajo representaciones y vivencias del miedo que hacen que el *espacio vivido* se muestre y se ha reapropiado, principalmente, por las nuevas generaciones, como un producto aislado y fracturado de los procesos históricos de su producción y, con ello, el establecimiento de nuevas relaciones de producción, dominación y explotación de territorios y los grupos sociales que lo habitan.

El río Mira es producido por las comunidades en tres rasgos comunes (históricos, relacionales e identificadorios). Las historias de poblamiento, los intercambios comerciales, los vínculos de la familia extensa y las actividades de la vida rutinaria corresponden a un conjunto de posibilidades y prescripciones cuyo contenido es a la vez espacial y social. En las memorias de las familias pioneras, niños, niñas y jóvenes, el lugar de nacimiento, los lugares de residencia que se alteran entre el río y el mar, los viajes a Ecuador (por motivos comerciales o como una ruta del narco) definen al río Mira como una “configuración de posiciones múltiples”, lo que equivale a decir que en un mismo espacio pueden coexistir diferentes prácticas que dan testimonio del cambio cultural de los lugares en el cual continúan viviendo y que no es más los lugares en los que vivían. En cuanto a las movilidades de las personas y comunidades, atraviesan múltiples fronteras y límites cuyo funcionamiento involucra: primero, los controles desde un *racialismo* que estigmatiza y criminaliza las movilidades de las personas y, donde el control de las tierras y territorios como recursos necesarios para el capitalismo son fundamentales. Esto último se manifiesta en una *frontera interna* de ocupación y explotación económica de la región Pacífico que modifica y destroza las culturas y territorialidades de la gente afrocolombiana. Un ejemplo de esto son los monocultivos de la palma africana y su impacto en la destrucción de los cultivos tradicionales de estas poblaciones, atentando contra la soberanía y autonomía alimentaria. Segundo, la construcción de una *frontera cultural* en la que lo funcional y simbólico de la vida cotidiana resulta de una apropiación del espacio que incluye tanto los objetos (materiales) como las acciones (inmateriales y temporales).

Tercero, la frontera como el lugar de la experiencia individual y colectiva que se ensambla con una “espacialidad de las violencias”. En ella las violencias armadas, desplazamientos forzados, confinamientos y expulsiones hacia el espacio local/transnacional permanecen en anonimato.

De esta manera la frontera colombo-ecuatoriana habla del espacio como un conjunto de trayectorias, que pone en primer plano el *movimiento*, es decir, las movilidades desplegadas en un sistema de lugares que se produce en y con el espacio, en un espacio que, de alguna manera, está siempre abierto al cambio cultural. Retomando a Doreen Massey (2008) el espacio es muy importante políticamente porque tiene un potencial de transformación muy grande al imaginarlo en su posibilidad de ser reconstruido para que nuevas trayectorias espaciales puedan ser dibujadas en otras direcciones, y por lo tanto en nuevas representaciones. En la frontera colombo-ecuatoriana las nuevas trayectorias espaciales entre generaciones destacan la multiplicidad de convivencias en un mismo espacio. Por ejemplo, las conexiones del río y el mar con los circuitos globales de las economías del narcotráfico y con el espacio que rememoran las personas adultas como el territorio de sus identidades, conocimientos y culturas.

Como fui presentando al inicio del trabajo, las movilidades de las personas pueden ser comprendidas en un campo regional que no se limita al espacio local, aunque surgen de allí, sino que también se ensamblan con trayectorias históricas a Ecuador. Así la vivencia en *movimiento* contribuye a la construcción de culturas y a una apropiación del espacio en circuitos más amplios. La compleja realidad de esta frontera no puede ser abordada desde categorías separadas, requiere del análisis interseccional entre los estudios espaciales, regionales y antropológicos precisamente para analizar cómo los conceptos de movilidades, espacio, frontera, región, sistema de lugares y capitalismo se mixturán y entran en tensión en la comprensión del fenómeno migratorio.

La frontera colombo-ecuatoriana es una realidad cambiante y conflictiva en la cual existen múltiples narrativas acerca de los procesos de poblamiento, movilidad y encuentros entre los pueblos afrocolombianos y afroecuatorianos, pero también de desencuentros, conflictos y disputas entre los diversos grupos sociales que confluyen en este lugar. También existen diferencias importantes entre las representaciones que sobre este espacio

han construido las comunidades afrocolombianas y las que se instauran con la emergencia del Estado-nación, la cuales como hemos visto perviven y se profundizan hasta ahora. La frontera, es además un campo de tensiones, conflictos económicos, armados y étnicos, tensiones nacionalistas y choques culturales entre las regiones y grupos sociales que se atribuyen una “superioridad racial” y las regiones a las que le asignan el lugar de la “inferioridad racial”. Las jerarquías regionales y “raciales” se convierten en un justificante de las élites colombianas para menospreciar y segregar las vidas afrocolombianas. Este trabajo ha propuesto la articulación “raza” y región como categorías fundamentales en la lectura de las desigualdades, exclusiones y exterminio de ciertos grupos sociales en contextos de dominación y explotación del capitalismo. El vínculo de las comunidades con la frontera se articula entre la lógica de la producción mercantil del espacio: es decir la lógica de la dominación del capital, y la lógica de la producción del espacio, como espacio vivido. De manera particular el modo en como el capital y las jerarquías raciales y regionales en Colombia han producido la espacialidad de la región Pacífico y ubicado en condiciones de marginación a las comunidades afrocolombianas, entra en contradicción con las memorias y prácticas de apropiación del espacio por estas comunidades. Como se documentó en este trabajo en el ordenamiento de las regiones en Colombia ha sido la “raza” el criterio fundamental para la clasificación, dominación y explotación de estas poblaciones.

El entramado de violencias que encarna la raza y la racialización del Pacífico, como marcación negativa para significar “salvajismo” y “aislamiento” que emerge en el siglo XIX, hoy en día, continúa operando sobre los espacios, territorios y comunidades afrocolombianas profundizando en la creación de fronteras internas de segregación racial. La segregación racial no solamente opera entre regiones; sino que también en el interior de una misma región se construyen mecanismos de diferenciación que segregan a ciertos grupos sociales en función de supuestas diferencias raciales. Por ejemplo, los afrocolombianos desplazados que migran hacia Pasto, Medellín, Cali o Bogotá constátenme están siendo revictimizados como delincuentes y criminales, además de ser segregados a vivir en las periferias de estos territorios en los que opera una distribución inequitativa de las oportunidades. La “raza” opera en un devenir histórico-político que va desde la emergencia de los Estados nacionales, la división y el reparto del mundo entre “civilizados”

y “barbaros” aun presente de migraciones forzadas, campos de refugiados, lugares de asentamiento y sitios de trabajo precarizado donde se hacina una población excedente. Retomando a Saskia Sassen (2015): una población expulsada de los sistemas políticos y económicos. En efecto la raza ha sido un principio en el ejercicio del poder y mecanismo de diferenciación de conductas, pensamientos, costumbres, etc., entre los grupos sociales.

Ante el exterminio cultural y los flujos contemporáneos de los desplazamientos y migraciones forzadas de afrodescendientes en América y África, así como las territorialidades que construyen en los lugares de “acogida” ante la no posibilidad de retornar a los lugares de expulsión, se hace urgente construir una *cartografía global de las movilidades afrodescendientes*; retomar categorías como la “*diáspora*” para analizar los nuevos procesos de destierro ocasionados por las distintas formas de control y dominio contemporáneo que despliegan los Estados, el neocolonialismo, el racismo y la acumulación del capital. Analizar y poner a debatir desde la interdisciplinariedad los nuevos procesos de diáspora de pueblos afrodescendientes a escala local y global es una puerta de entrada para comprender el devenir histórico-político de la raza que va de los espacios de la colonia y la plantación, la emergencia del pensamiento ilustrado, a nuevos procesos de explotación y dominación que segregan las vidas afrodescendientes y sus territorios a los lugares más precarios de la vida humana. Se trata de ensamblar las trayectorias y continuidades entre la *acumulación primitiva del capital* -colonialismo y esclavitud- con las formaciones contemporáneas de una *acumulación capitalista por despojo* que se desenvuelve en un espacio de globalización neoliberal, que perpetua dinámicas de racialización y marginalización hacia los pueblos afrodescendientes a escala planetaria.

En los últimos años la frontera que Colombia comparte con Panamá por el departamento del Chocó, Pacífico, ha sido una de las rutas para el tráfico de personas provenientes de diferentes países africanos que emprenden travesías con el fin de llegar a los Estados Unidos. Pobladores locales del corregimiento de Acandí (Chocó) han informado a la Armada Nacional haber encontrado cuerpos de adultos, niñas y niños africanos flotando sobre el mar. Estas personas viajan en lanchas en condiciones inhóspitas. Con frecuencia las lanchas naufragan y con ello la pérdida de vidas humanas. El naufragio

de africanos en el Pacífico colombiano es una extensión del naufragio de africanos en el mediterráneo tratando de llegar a las costas italianas. Gran parte de los flujos de migración de africanos por la frontera de Colombia y Panamá provienen de Brasil; sin embargo, estas personas se han movilizado también por España, Francia e Italia, siempre desde lugares del anonimato. Es decir, estamos ante una geopolítica de las movilidades afrodescendientes que desde el momento de la expulsión del lugar de origen genera en las geografías de diferentes países del mundo “lugares de tránsito”: no hay un asentamiento definitivo. *La gente se ve obligada a proyectar el sentido de su propia vida a partir del movimiento.* Éxodos humanos que bien pueden relacionarse: personas y pueblos enteros expulsados del lugar de origen por las fuerzas globales de un capitalismo por desposesión y bajo la complacencia de una necropolítica de los gobiernos que controlan las tierra y territorios y, con ello, la administración masiva de poblaciones a través de una economía de la muerte a gran escala. Otro aspecto importante es que con frecuencia las rutas de las movilidades afrodescendientes se establecen por espacios y lugares que han sido producidos histórica y políticamente a partir de prácticas de racialización donde se hacina una población excedente y expulsada de las configuraciones internas (políticas, económicas, culturales y sociales) de los Estados nación -la frontera con Panamá es habitada por indígenas y afrodescendientes en extremas condiciones de precariedad-. En este sentido, las rutas e itinerarios de las personas afrodescendientes en contextos de migraciones forzadas se estructuran en dinámicas de idas y venidas entre las periferias del sistema mundo-capitalista. Esta estructura de circulación se apoya en una economía que en sí misma administra los espacios de la vida y la muerte. Los viajes con cargamentos de cocaína de jóvenes afrocolombianos son un claro ejemplo.

Las movilidades de afrocolombianos en la frontera con Ecuador ahora incluyen nuevas trayectorias: el norte de Chile. Antofagasta es el nuevo escenario para la llegada de cientos de afrocolombianos provenientes de Tumaco, Buenaventura y Barbacoas, es decir una ampliación del sistema de lugares. En este lugar las personas están insertas en algunas de las dimensiones económicas que originaron la expulsión del lugar de origen; la minería, microtráfico de drogas, prostitución; de manera particular las mujeres afrocolombianas son codiciadas para la trata de personas. Sumado a ello las prácticas de racismo y xenofobia en Chile han llevado a conformar grupos que se autoproclaman “defensores de la identidad

nacional” para perseguir y en algunos casos exterminar a los migrantes afrodescendientes. Estas movilidades se desenvuelven en escenarios políticos de reformas de leyes migratorias que a partir de un uso político de la raza categorizan a los seres humanos en categorías de migrantes legales e “ilegales”, esta última es la que se busca erradicar por sus argumentos que presentan a ciertos sujetos como un riesgo para la estabilidad política y económica de los Estados. Otros casos que se relacionan son los flujos de migraciones de comunidades afromexicanas a los Estados Unidos³⁵ o la migración de la población haitiana que en la última década ha tenido como destino Brasil, Colombia, Chile, México y Estados Unidos. “*Vivimos en la diáspora*” fueron las palabras de la profesora Stella en el río Mira al reflexionar sobre las movilidades en la frontera. Sus palabras nos convocan a nuevos abordajes sobre los espacios de las movilidades afrodescendientes y su imbricación con la espacialidad de las violencias racistas, económicas y políticas; así como las posibilidades del refugio, la sobrevivencia física y material en las sociedades de “acogida” y los nuevos procesos de territorialización que emergen ante la aspiración de salvar la vida.

En esta investigación los testimonios de niños, niñas y adolescentes han sido centrales. Estas personas se socializan en un contexto de violencias cotidianas que deja secuelas profundas en sus aspiraciones y proyectos. Es recurrente al preguntar a estas personas sobre qué esperan de su futuro que ellos respondan “nada”. La *nada* en contextos de guerra es la manifestación de un estado de precarización de la vida humana que ha dañado la experiencia individual y colectiva y disminuido el control de las personas sobre la propia vida y sus posibilidades de futuro. Es importante resaltar que las escuelas en estos contextos no necesariamente representan un espacio de formación y movilidad social para las personas. La experiencia pedagógica está atravesada por el control de grupos armados ilegales. Algunas escuelas se han convertido en laboratorios para la producción de cocaína, desplazando de esta manera la práctica formativa para la instalación de economías criminales. Se hace necesario en futuras investigaciones reconstruir las trayectorias de estas escuelas, las educaciones que se agencian en contextos de guerra, los currículos y

³⁵ Ver el trabajo de: Quecha, R. Citlali (2016). Familia, infancia y migración: un análisis antropológico en la Costa Chica de Oaxaca. Universidad Nacional Autónoma de México e Instituto de Investigaciones Antropológicas.

conocimientos que circulan en el acto de educar. Y cómo los maestros y maestras se convierten en actores claves para elaborar nuevos procesos educativos que gesten una pedagogía de la libertad en medio de las más profundas hostilidades y violencias.

Uno de los mayores obstáculos para el abordaje etnográfico de esta investigación fue la elaboración de mapas sobre las veredas. Muchos de estos territorios hoy no existen o algunos han cambiado su punto de ubicación geográfica. Todo esto ha sido producido por los despojos de tierras y territorios, pero también por desbordamientos de ríos e inundaciones del mar que han arrasado con veredas enteras. Dar seguimiento a estas movilizaciones implicó moverme por puntos estratégicos del sistema de lugares para reconstruir desde la voz de las personas sus lugares de residencia y conocer los cambios en el espacio. Así se evidenció que los territorios y las formas de poblamiento pueden ser mediante la articulación en red, y por lo tanto pueden ser reconstruidos también en y por el movimiento. En esta frontera los movimientos de población se repiten, esto también es una forma de re-territorialización en el espacio. La gente en cada ruta de viaje o cambio de residencia tiene el control de este movimiento, el control de esta movilidad en el espacio en una escala que vincula lugares ribereños y mareños, produce nuevos territorios mediante el control de la movilidad. Desde el momento en que se controla espacial y materialmente el acceso de algún flujo (sea de mercancía, de personas o de capital), se está transformando el espacio en un territorio (Haesbaert, 2013).

Las movilizaciones, las rutas y nuevos arraigos de los pobladores locales son casi invisibles para el Estado. En el momento en que estas movilizaciones se convierten en migraciones forzadas hacia Ecuador, se requiere un mayor control de los flujos de migración para medir el impacto de la guerra en estos territorios y generar acciones que permitan mitigar los efectos de las violencias armadas sobre los grupos sociales. No obstante, en la frontera colombo-ecuatoriana estas migraciones permanecen en anonimato. Decenas de familias migran cada mes a Ecuador huyendo de la guerra, el narcotráfico y la pobreza. Una migración silenciosa. Las prácticas de legibilidad migratoria en Colombia desconocen el impacto de la migración forzada con alcance transnacional en este territorio. La frontera es visible cuando el gobierno ejecuta acciones militares en la lucha contra el narcotráfico o bajas a las disidencias de las FARC, negando los rostros y trayectorias de la

población migrante a la vez que criminaliza los liderazgos locales. Se requiere entonces, de nuevos trabajos de investigación que permitan realizar una cartografía de la región para mapear los lugares del despojo, las trayectorias de los desplazados forzados y los nuevos arraigos territoriales más allá de las fronteras nacionales. Reconstruir una cartografía del conflicto armado mostrará sus memorias y las nuevas geografías del despojo de tierras y territorios. De manera particular, las veredas de la Barca y el Antiguo San Jacinto, lugares en los que quedan restos de palafitos sembrados sobre las orillas del mar que dan testimonio de los antiguos poblamientos, son un reto para los estudios socio espaciales e históricos en cómo reconstruir la memoria de los lugares a partir de las ausencias. Por otra parte, como se evidencio en esta investigación, algunos testimonios se refieren a la presencia de mujeres y hombres “blancos” como la representación de la guerra y el terror. Esto nos convoca a analizar en futuras investigaciones las “otras” racialidades que emergen en el marco del conflicto armado colombiano. Esto es: “la presencia de hombres y mujeres “blancas” como dispositivos del terror y las masacres contra las comunidades afrocolombianas”.

La apropiación del río Mira por los cárteles del narcotráfico, esto incluye, la apropiación de las trayectorias y conocimientos espaciales de las personas sobre los manglares, ríos y corrientes marítimas como una ruta de la cocaína tiene implicaciones en la formación de la vida del espacio fronterizo para las comunidades. En la relación comunidades afrocolombianas y economías criminales no prevalece la apropiación política y cultural de las personas sobre la organización del espacio, sino ante todo un *espacio instrumental*, atomizado y homogéneo, que impone mecanismos de socialización que señalan lo que hay que hablar y aquello de lo que no se debe hablar; es decir un régimen del miedo y el terror que genera confinamiento de las comunidades y restringe sus actividades rutinarias. El espacio instrumental nos habla de acciones e intervenciones armadas contras los pobladores locales, de la creación de fronteras internas controladas por diversos grupos armados ilegales y de las nuevas representaciones del espacio que circulan vinculadas a las vivencias en contextos de guerra. A partir de esta labor instrumental se conforma un espacio que “elimina, suprime, evacua y transforma todo lo que se le opone mediante la violencia” en sus diferentes modos: desplazamientos forzados, asesinatos selectivos, despojo de tierras y territorios, reclutamiento forzados de niñas, niños y jóvenes, entre

otras. No obstante, las fracturas en el espacio vivido, esto es la dominación y explotación del espacio, nunca termina de imponerse a las posibilidades de una reapropiación del espacio fracturado por las comunidades afrocolombiana. Esto es la reapropiación de las memorias, las culturas, identidades, saberes y economías propias, como lugares de sobrevivencia y reafirmación de sus derechos colectivos y culturales, fundamentados en un ejercicio emancipatorio del espacio y las relaciones de poder/saber que se desenvuelven en él.

Mi perspectiva etnográfica en este trabajo fue poner a debate la fractura en el espacio que ha dejado y continúa profundizado la guerra, las economías extractivas, el narcotráfico y el cambio climático, por lo que considero oportuno trabajar nuevas líneas de investigación que aborden la reapropiación del espacio fracturado desde las agencias colectivas afrocolombianas. No obstante, como ya se mencionó, cada itinerario de movilidad, desde la cultura, lo político o las aspiraciones de los jóvenes, puede ser leído como una acción de resistencia. Se resiste ante la adversidad, el despojo, las violencias armadas y desigualdades sociales. De hecho, las aspiraciones de los jóvenes en viajar con cargamentos de cocaína al exterior, también puede ser leída como una resistencia ante el empobrecimiento progresivo de sus comunidades y la ausencia del Estado en estos lugares. El narcotráfico ofrece un espacio de reconocimiento a estos jóvenes que la sociedad les ha negado. Lo interesante será indagar por otras alternativas de movilidad y ascenso social para los jóvenes que no estén insertas en las economías criminales. Esto obliga a repensar el papel del Estado, la sociedad civil, los derechos humanos y de más instrumentos y políticas multiculturalistas que reconocen a los pueblos afrodescendientes, pero que no se traducen necesariamente en una dignificación de sus condiciones materiales de existencia. Algunas de las fotografías que ilustraron este trabajo en las que se hacen visibles los cultivos tradicionales de coco, cacao y plátano en el entre medios de los cultivos de coca, constituyen un lugar de resistencia en la lucha por la autonomía y soberanía alimentaria. La pregunta abierta es ¿cuáles son las posibilidades de reconstruir la vida de los cultivos tradicionales en contextos de control y profundización de las economías criminales -con sus ejércitos, dominios y tecnologías-?

Otro elemento que marca la vida en la frontera son los procesos de reterritorialización de afrocolombianos en Ecuador. Los viajes y retornos, las metáforas de rupturas y la pérdida del lugar de “origen” así como las conceptualizaciones sobre la colombianidad en contextos transnacionales son algunos ejes analíticos que complejizan aún más el estudio de esta frontera. Con frecuencia las personas afrocolombianas que residen en Ecuador definen el territorio de origen enfatizando su dimensión simbólica, en el campo de las representaciones. El despojo de tierras y territorio es uno de los factores que incide en que hoy ya no exista una vinculación identitaria con un territorio bien delimitado, sino con varias referencias territoriales en el sistema de lugares, al mismo tiempo. Se hace necesario en futuras investigaciones analizar este campo de representaciones y sus implicaciones en las identidades nacionales y locales.

De otro lado, las implicaciones conceptuales de las categorías “racialización del despojo” y “espacialidad de las violencias” son de tal profundidad analítica que no pretenden ser resultados en este trabajo, sino que abren nuevas líneas de investigación para futuros análisis que aborden otras preguntas que por ahora solamente pueden enunciarse de manera general: ¿Cómo se manifiesta la racialización del despojo en la producción espacial de otras regiones del país? ¿En los barrios urbanos poblados por personas afrocolombianos en situación de desplazamiento forzado cómo se produce una racialización del espacio? ¿Cómo se manifiesta la espacialidad de las violencias en las relaciones espaciales y temporales que construyen los afrocolombianos en situación de refugio? ¿Es posible ensamblar la racialización del despojo con las violencias políticas y económicas contra afrocolombianos en contextos transnacionales? ¿Qué estrategias de resistencia crean las personas afrocolombianas en situación de desplazamientos y migraciones forzadas? ¿Cómo reconstruyen sus mundos de vida en las sociedades de “acogida”? ¿Qué conocimientos y saberes permanecen en situación de destierro? ¿El despojo, la racialización y violencias pueden ser considerados como nuevos procesos de diáspora? ¿Es posible construir alternativas para la protección de la vida en contextos de profundización de un neoliberalismo y capitalismo por despojo? En resumen: ¿Es posible que los conceptos de “racialización del despojo” y “espacialidad de las violencias” permitan explicar otras manifestaciones de racismo, desplazamientos y migraciones forzadas que no necesariamente surgen de regiones en conflicto armado?

Finalmente, en términos de los estudios de desplazamientos forzados de afrocolombianos ya no pueden ser pensados solo como un problema que se desenvuelve en dinámicas internas del país, sino interpretar estos desplazamientos como problemas de larga duración y su extensión a otros países de la región. Se requiere de profundizar en una etnografía multisituada en geografías que como la frontera colombo-ecuatoriana no representan un interés político para el Estado, esto permitirá analizar los orígenes de las movilidades como las conexiones con otros lugares a escala global. Sobre las posibilidades del retorno también se hace necesario analizar etnográficamente cómo quedan los territorios en términos ambientales y económicos después de la llegada de las economías extractivas y criminales *¿Es posible reconstruir la vida en estos espacios?*

Ilustración 33. *El viaje...*



Fuente: fotografía propia. Frontera colombo-ecuatoriana, agosto de 2018.

BIBLIOGRAFÍA

- Aprile-Gnisset, Jacques. (1993). Poblamiento y hábitat del Pacífico. Cali: Universidad del Valle.
- Anderson, Benedetti. (1983). *Imagined Communities*. Londres, Verso Editions and NLB.
- Almario, Oscar. (2001). Anotaciones sobre las provincias de Pacífico sur durante la construcción temprana de la República de la Nueva Granada, 1823-1857. *Anuario de Historia Regional y de la Frontera*, N. 6. pp. 115-161.
- _____ (2009). De lo regional a lo local en el Pacífico sur colombiano 1780-1930. *HiSTOReLo* Vol. 1, No. 1, junio, pp. 77-123.
- Arias V, Julio 2007 *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales* (Bogotá: Universidad de los Andes Facultad de Ciencias Sociales).
- Arias Vanegas, J y Caicedo Fernández A. (2017). Etnografías e historias de despojo: Una introducción. *Revista Colombiana De Antropología*, 53 (1), pp. 7-22.
- Arocha, Jaime y Moreno, Lina del Mar. (2007). Andinocentrismo, salvajismo y afro-reparaciones. En Mosquera, Claudia y Luis Claudio Barcelos (eds.) *Afro-reparaciones: memorias de la esclavitud y la justicia reparativa para negros, afrocolombianos y raizales*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia. Pp. 587-616.
- Appadurai, Arjun. (1990). Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy *Theory Culture Society*, n. 7, pp. 295-310.
- Augé Marc (2008). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa editorial. Barcelona: España.
- Barbary, Olivier, Dureau, Françoise & Hoffmann, Odile. (2007). Movilidad y Sistemas de Lugares. En: *Ciudades y sociedades en Mutación. Lecturas Cruzadas sobre Colombia*. Coords: Françoise Dureau, Olivier Barbary, Vincent goueset, Olivier Pissoat, Thierry Lulle. Universidad externa de Colombia.
- Bauman, Zygmunt. (2012). *Modernidad Líquida*. México: Fondo de cultura económica.

- Barth, Fredrik. (1976). Los grupos étnicos y sus fronteras. México: Fondo de cultura económica.
- Bastide, Roger. (1973). El prójimo y el extraño. El encuentro de las civilizaciones. Amorrortu editores. Buenos Aires, Argentina.
- Bermeo, Lara y Pabón Ayala, Nathalie. (2008). Las relaciones de seguridad entre Colombia y Ecuador: una nueva construcción de confianza. Bogotá: resdal.
- Butler, Judith. (2006). Vida precaria: el poder del duelo y la violencia 306 - la ed. - Buenos Aires. Paidós.
- Bhabha, Hommi. (1994). El lugar de la cultura. Buenos Aires: Manantial.
- Campos. García. (2012). Racialización, racialismo y racismo. Discernimiento necesario. Fundación Dialnet N°. 273, pp. 184-199
- Castellanos Guerrero, Alicia. (1995). Ciudad Juárez, la vida fronteriza. Chicago, University of Chicago Press.
- _____(2000). Antropología y racismo en México. En (México, D.F. Desacato, núm. 4, (México, D.F., Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social).
- Castro-Gómez, Santiago Y Restrepo, Eduardo. (2008). Genealogías de la colombianidad. 1a ed. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2014). Putumayo: La voraginé de las caucherías. Memoria y testimonio. Primera parte. Bogotá: CNMH.
- Codazzi, Agustín 1853 a, Mapa corográfico de la Provincia de Barbacoas, mapa manuscrito, mapoteca 6-17, Archivo General de la Nación, Bogotá.
- Colmenares, Germán. (1987). La formación económica de Colombia. En: OCAMPO, José Antonio, ed., Historia Económica de Colombia, Bogotá, Fedesarrollo: Siglo XXI Editores, 1987.
- Criscione, Giacomo. (2016). La muerte como técnica de gobierno en los tiempos de la Seguridad Democrática. Nómada 45, octubre, Universidad Central, Colombia.
- Cuvier, George. (1827). The Animal Kingdom Arranged in Conformity with Its Organization. Londres, Geo B. Whittaker.
- Clifford, Jame.s (2008). Itinerarios transculturales. Barcelona, España: Gedisa editorial.
- Das, Veena, Poole, Deborah. (2008). El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas Cuadernos de Antropología Social N° 27, pp. 19–52.
- Deleuze, Gilles. 2007. Lógica do sentido. São Paulo: Perspectiva.
- Díaz Casas, Maria Camila. (2015). Salteadores y cuadrillas de malhechores. Una aproximación a la acción colectiva de la “población negra” en el suroccidente de la Nueva Granda, 1840-1851. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Domenach H. y Picouet M. (1990). “El carácter de reversibilidad en el estudio de la migración”, Notas de Población, 49. Santiago: CELADE.
- Emmerich, Norberto. (2005). Fronteras, muros y límites en la globalización.

- Escobar, Arturo (2010). Territorios de la diferencia. Lugar, movimientos, vida, redes. Colombia: Envión editores.
- Fanon, Frantz. (2009). Piel negra, mascararas blancas. Buenos Aires: Akal editores.
- Friedemann, Nina S. de. (1984). Estudios de negros en la antropología colombiana: presencia e invisibilidad. En Arocha y Friedemann (eds), un Siglo de investigación social: antropología en Colombia. Bogotá: etnos.
- _____ (1993). La saga del negro. Bogotá: Instituto de Genética Humana, Facultad de Medicina, Pontificia Universidad Javeriana.
- García, Andrés. (2010). Espacialidades del Destierro y la Re-existencia: Afrodescendientes desterrados en Medellín, Colombia. Tesis de Maestría. Universidad de Antioquia, Colombia.
- García, Jorge. (2011). La Etnoeducación Afro “Casa Adentro”: Un modelo político-pedagógico en el Pacífico colombiano. Revista Pedagogía y Saberes núm. 34 (págs. 117-121). Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- García Insuasty, María Angélica. (2005). Las Políticas de la Geografía: Fronteras en Colombia siglo XIX” GIS Réseau Amérique latine. Actes du 1er Congrès du GIS Amérique latine : Discours et pratiques de pouvoir en Amérique latine, de la période précolombienne à nos jours, 3-4 novembre 2005, Université de La Rochelle, Nov 2005, La Rochelle, Francia.
- Garduño, Everardo. (2003). Antropología de la Frontera, la Migración y los Procesos Transnacionales. Frontera Norte, volumen 15, No. 30, julio-diciembre, pp: 65-89.
- Giménez, Gilberto. (1996). Territorio y cultura Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, vol. II, núm. 4, diciembre, 1996, pp. 9-30 Colima, México: Universidad de Colima.
- González, Casanova, Pablo. (2003). Colonialismo interno: Una redefinición. En: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/marxis/P4C2Casanova.pdf>.
- Grimsson, Alejandro (2000). Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro. Buenos Aires: Ediciones Ciccus/La Crujía.
- Grataloup, c. (1991). Les régions du temps. In Périodes : la construction du temps historique. Paris : Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales e Historie au Présent.
- Haesbaert Rogério. (2002). Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad. Universidad Nacional autónoma de México.
- _____ (2014). Dilemas da Região da Regionalização na Geografia Contemporânea. Rio de Janeiro. Bertrand Brasil.
- Harvey, David. (2001). Space of capital: toward a critical geography, Nueva York, Rutledge.
- _____(2012). La condición de la posmodernidad. Amorrortu/editores.

- Hirai, Shinji. (2012). "Sigue los símbolos del terruño": etnografía multilocal y migración transnacional. En: Métodos cualitativo y su aplicación sobre migración internacional. Por los caminos de la investigación sobre migración internacional. Marina Ariza y Laura Velasco (coordinadoras). Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM y El Colegio de la Frontera Norte, pp.81-114.
- Hoffmann, Odile. (1999). Familia y vereda en el río Mejicano (Tumaco). revisión de algunas nociones. En publicación: Documento de trabajo no. 36. CIDSE, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Valle del Cauca, Cali, Colombia: Colombia. abril.
- _____ (2003). Espacio y movilidad de la gente negra en el Pacífico sur colombiano: ¿hacia la construcción de una sociedad regional? Estudios Afroasiáticos, Año 24 n. 3, pp. 43-47.
- _____ (2007). Comunidades negras en el Pacífico colombiano. Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Hall, Stuart. (2011). Pensar en la diáspora: en casa, desde el extranjero. En Diáspora: reflexiones teóricas. Editora: Nattie Golubov, 127-148. México: Universidad Nacional Autónoma de México/CISAN.
- Jimeno, Myriam. (1994). Región, nación y diversidad cultural en Colombia. En: Territorios, Regiones y Sociedades. Renán Silva (editor). Universidad del Valle: Departamento de Ciencias Sociales, pp. 65-78.
- Jodelet, Denise. (1984). La representación social: fenómeno, concepto y teoría. En Serge Moscovici (compilador). Psicología social II. España: Paidós.
- Lawrence, Blum. (2010). Racialized Groups: The Sociohistorical Consensus. Illinois The Monist, vol. 93, no. 2, pp. 298-320.
- Leal, Claudia y Restrepo Eduardo. (2003). Unos bosques sembrados de aserríos. Historia de extracción maderera en el Pacífico colombiano. Medellín: Universidad de Antioquia, Universidad Nacional de Colombia e Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icanh).
- Lefebvre, Henri. (2013). La producción del espacio. Madrid: España. Capital Swing, editorial.
- Stephen, Lynn. (2011). Murallas y Fronteras: El desplazamiento de la relación entre Estados Unidos - México y las comunidades transfronterizas Cuadernos de Antropología Social, núm. 33, enero-julio, pp. 7-38 Universidad de Buenos Aires Buenos Aires, Argentina.
- Lopéz Beltran, Carlos. (2003). El sesgo hereditario. Ámbitos históricos del concepto de herencia biológica (México: Universidad Nacional Autónoma de México).
- Losonczy, Anne-Marie. (2006). La trama interétnica. Ritual, sociedad y figuras de intercambio entre los grupos negros y embera del Chocó. Bogotá, Colombia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icanh) e Instituto Frances de Estudios Andinos (Ifea).

- Marcus, George. E. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 111-127.
- _____ (1995). Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography. *Annual Review of Anthropology*, Vol. 24 (1995), pp. 95-117 Published by: Annual Reviews Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/2155931>
- Meza, Carlos Andrés. (2010). Tradiciones elaboradas y modernizaciones vividas por pueblos afrochocoanos en la vía al mar. Bogotá, Colombia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- _____ (2006). Territorios de frontera: embate y resistencia en la cuenca del río Cacarica. en *Universitas Humanísticas*, núm. 62 (págs.: 385-429).
- Mezzadra, Sandro - Neilson, Brett. 2013. *La Frontera Como Método*. Editorial: *Traficantes De Sueños*. Argentina.
- Mejía D. y Camacho A. (2014). Consecuencias de la Aspersión Aérea en la Salud: Evidencia desde el Caso Colombiano” versión en español publicada en el libro “Costos Económicos y Sociales del Conflicto en Colombia”. Universidad de los Andes.
- Medina, Patricia. (2009). Educación intercultural en América Latina. Memorias, horizontes históricos y disyuntivas políticas. México: Editores Plaza y Valdez.
- Mudimbe V. Y. (2013). *África. Pensamiento y controversias*. México: El Colegio de México.
- Meza Ramirez, Carlos Andres. (2010). Tradiciones elaboradas y modernizaciones vividas por pueblos afrochocoanos en la vía al mar. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Mintz, S., Sidney y Price., Richard. (2012). El origen de la cultural africano-americana: una perspectiva antropológica. México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapala; Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Munera, Alfonso. (1998). El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810). Banco de la República (Bogotá Áncora Editores).
- Oslender, Ulrich. (2004). Geografía de terror y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: conceptualizando el problema y buscando respuestas. In: Eduardo RESTREPO y Axel ROJAS (Eds.). *Conflicto e (in)visibilidad: retos en los estudios de la gente negra en Colombia*. pp. 35-52. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- _____ (2008). Comunidades negras y espacio en el Pacífico colombiano. Hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH.
- Quecha, R. Citlali. (2016). Familia, infancia y migración: un análisis antropológico en la Costa Chica de Oaxaca. Universidad Nacional Autónoma de México e Instituto de Investigaciones Antropológicas.

- Quijano, Anibal. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. en: Lander, Edgardo (editor) La colonialidad del saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas (págs. 201-245) (Buenos Aires: CLACSO).
- Restrepo, Eduardo. (2010). El Pacífico: Región de fronteras. Fundación Universitaria Claretiana.
- Restrepo, Eduardo. (2007). «'Negros indolentes' en las plumas de corógrafos: Raza y progreso en Occidente de la Nueva Granada de mediados del siglo XIX». *Nómadas* 26: 28-43.
- Restrepo Forero, Olga. (1983.) La Comisión Corográfica. Avatares en la configuración del saber. Tesis de grado de Sociología. Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez, C. José Darío. (2015). Génesis, actores y dinámicas de la violencia política en el Pacífico nariñense. Bogotá, Colombia: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Rojas B. Omar E. y Benavides S. Fabian L. (2017). Ejecuciones extrajudiciales en Colombia, 2002-2010. Obediencia ciega en campos de batalla ficticios. Editorial: Universidad Santo Tomas. Bogotá.
- Romero, Mario Diego. (1998). Familia afrocolombiana y construcción territorial en el Pacífico sur, siglo XVIII. En: Maya, Adriana (coord.). Geografía humana de Colombia. Tomo VI: Los afrocolombianos. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. pp. 103-140.
- Saade G, Martha. (2017). La racialización del orden moral “Sentidos comunes” En la Colombia de la primera mitad del siglo XX” en: Pérez Vejo, Tomás y Yankelevich, Pablo (comps) Raza y Política en Hispanoamérica México (Bonilla Editores: Colmex).
- Sánchez, Efrain. (1998). Gobierno y Geografía: Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada. (Banco de la República: El Áncora Editores).
- Sassen, Saskia (2013). Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales. Katz editores. Buenos Aires: Argentina.
- _____ (2014). Inmigrantes y ciudadanos. De las inmigraciones masivas a la Europa fortaleza. Siglo XXI, España.
- _____ (2015). Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global. Buenos Aires, Argentina: Katz editores.
- Schiller Glick, Basch N., L. & Blanc-Szanton C. 2005. "Transnacionalismo: un nuevo marco analítico para comprender la migración", en *Revista Bricolage*, 3(7).
- Scott, James. (1998) *Seeing Like State*. New Haven and London: Yale University Press.
- Steward, Julian. (2014). Teoría del cambio cultural. México: Universidad Iberoamericana; Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa; Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

- Tapia, Carlos Hernando. (2009). Territorio, recursos naturales y organización social ente la comunidad negra de Tribugá, municipio de Nuquí, costa Pacífica chocoana. Bogotá: Fundación Natura.
- Tilly, C. (2003). The politics of collective violence. Cambridge University Press.
- Thrift, N. (2008). Non-representational theory: space, politics, affect. Abingdon e Nova Yor: Routledge.
- Troulliot, Michel-Rolph. (2001). La antropología del Estado en la era de la globalización. Encuentros cercanos de tipo engañoso. Current Anthropology, Vol.42, N°1.
- Valenzuela. José Manuel, coord. (2014). Transfronteras. Fronteras del mundo y procesos culturales. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Valenzuela, Arce, José Manuel. (1996). El debate de las identidades en la frontera norte: Relaciones y sujetos sociales: La deconstrucción de la identidad nacional. Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- Van Dijk, Teun A (2009). Discurso y poder (Barcelona Editorial Gedisa).
- Velázquez, María Elisa & Hoffmann, Odile. (2007). Investigaciones sobre africanos y afrodescendientes en México: acuerdos y consideraciones desde la historia y la antropología. Diario de Campo, pp.62-68.
- Velazco, Juan Carlos. (2016). El Azar de las Fronteras. Políticas Migratorias, Ciudadanía y Justicias. Fondo de Cultura Económica.
- Vélez-Ibáñez, Carlos G. (1996). Border Visions. Mexican Cultures of the Southwest United States, Tucson, The University of Arizona Press.
- Vilorio de la Hoz. (2007). Economías del departamento de Nariño: ruralidad y aislamiento geográfico. Documentos de trabajo sobre economía regional y urbana. Banco de la República-Economía Regional.
- Wade, Peter. (1997). Raza y etnicidad en Latinoamérica (Quito Ediciones Abya Yala).
- Wallerstein, I. (2011). El moderno sistema mundial: La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI. Tomo I. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2011). *El moderno sistema mundial: La segunda era de gran expansión de la económica. Mundo capitalista, 1730-1850.* Tomo III. México: Siglo XXI.
- Wieviorka, Michel. (2009). El racismo: una introducción (Romanya-Valls, Barcelona).
- Whitten, Norman. (1992). Pioneros negros: la cultural afro-latinoamericana del Ecuador y Colombia. Quito: Centro Cultural Afroecuatoriano.
- Yankelevich, Pablo (coordinador) (2005). Inmigración y racismo: Contribuciones a la historia de los extranjeros en México. (México, D.F.: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos).
- Zelmelman, H. (2011). Configuraciones críticas, pensar epistémico sobre la realidad. México: IPECAL.

Leyes:

- Constitución Política de Colombia (1991). Artículo transitorio 55.
- Ley 70 de comunidades negras (1993). Artículo 1.

Periódicos:

- El país (2018). Tumaco obtiene el título de distrito especial, industrial, biodiverso y ecoturístico. Recuperado en: <https://www.elpais.com.co/colombia/tumaco-obtiene-el-titulo-de-distrito-especial-industrial-biodiverso-y-ecoturistico.html>.
- El tiempo (2018). Los tentáculos de los carteles mexicanos amenazan Nariño. Recuperado en: https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/vinculos--_de-carteles-mexicanos-con-pacifico-para-narcotrafico-292114.
- Verdaabierta.com (2014). Comunidades afro, tras tierras ancestrales en Nariño. Recuperado en: <https://verdadabierta.com/comunidades-afro-tras-tierras-ancestrales-en-narino/>

Organismos nacionales e internacionales:

- *Caracterización territorios PDET Pacífico-FIDA*. Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural (Rimisp) (2017). Recuperado en: https://rimisp.org/wp-content/files_mf/1514264326FIDA_Caracterizacio%CC%81nPDETPACIFICO_2017.pdf [15 de noviembre de 2018].
- *Colombia-Desplazamiento masivo Tumaco, Nariño*, Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de Naciones Unidas (2017) <https://www.humanitarianresponse.info/en/operations/colombia/document/colombia-desplazamiento-masivo-tumaco-nari%C3%B1o-flash-update-no-1-13102017>. [15 de noviembre de 2018].
- *Desplazamientos masivos en Barbacoas y el Charco*, Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de Naciones Unidas (2018) <https://www.humanitarianresponse.info/en/operations/colombia/document/colombia-%E2%80%93-flash-update-no-1-desplazamientos-masivos-en-barbacoas>. [12 de noviembre de 2018].
- *Desplazamiento masivo Tumaco (Nariño)*. Oficina de Naciones para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (2017). Recuperado en: <https://www.humanitarianresponse.info/en/operations/colombia/document/colombia-desplazamiento-masivo-tumaco-nari%C3%B1o-flash-update-no-1-13102017> [11 de noviembre de 2018].
- *Disidencias de las Farc ¿Cuáles son, ¿dónde están, ¿qué hacen?* Fundación Ideas para la Paz. 2018. Disponible en:

<http://cdn.ideaspaz.org/media/website/document/5a567abca3064.pdf>. [15 de noviembre de 2018].

- *Dinámicas del conflicto armado en Tumaco y su impacto humanitario*, Fundación Ideas para la Paz (2014) <http://www.ideaspaz.org/publications/posts/926> [14 de agosto de 2018].
- *Los grupos armados de Colombia y su disputa por el botín de la paz*, International Crisis Group (2017) <https://www.crisisgroup.org/es/latin-america-caribbean/andes/colombia/63-colombias-armed-groups-battle-spoils-peace> [25 de marzo de 2018].
- *Problemas, desafíos y oportunidades para la protección de los derechos de los migrantes forzados de Colombia y las soluciones duraderas, en el contexto del proceso de paz colombiano*. Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (2015). Recuperado en:
- *Tendencias globales desplazamiento forzado en 2015*, La Agencia de la ONU para los Refugiados (2017). Forzados a huir <https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/Publicaciones/2016/10627.pdf?view=1> [21 de diciembre de 2018].
- *Situación del Ecuador. Evaluación de necesidades Globales*. La Agencia de la ONU para los Refugiados (2008). Recuperado en <http://www.acnur.org/t3/eng/situacion-del-ecuador/>
- http://www.codhes.org/~codhes/images/DOCUMENTOS-DE-INTERES/Refugio_y_construccion_de_paz_en_Colombia.pdf
- *¿Qué Hace el Gobierno y los poderes del Estado en la Situación de Agresiones a líderes Sociales?* Indepaz (2018). disponible en: http://www.indepaz.org.co/wp-content/uploads/2018/05/%c2%bfque%cc%81-hace-el-gobierno-y-los-poderes-del-estado-en-la-situacio%cc%81n-de-agresiones-a-lideres-sociales_.pdf [15 de diciembre de 2018].